



ALMANAQUE
GRZALI
1900

p 20
p 22
p 32
p 46
p 54
p 77
p 88
p 97
p 118
p 122
p 130
p 150
p 169
p 182

Angel Estrada Cal
Ed. Wilde
Juan B. Ambrosetti
Pastor S. Oblizado
Idiona M. Sarmiento
Ramon Parrales
Jose L. de
Familia
la muerte de la ¹⁹⁴⁰ Christine L. Lacombe de France
Mouner Jean
J. M. Estrada
M. Leguizamón
Ez-to Quesada
Ruben Darío

H. BARELLI, HIJO

IMPORTACIÓN

Florida 328

Buenos Aires

ORNAMENTOS DE IGLESIA ARTÍCULOS PARA EL CULTO

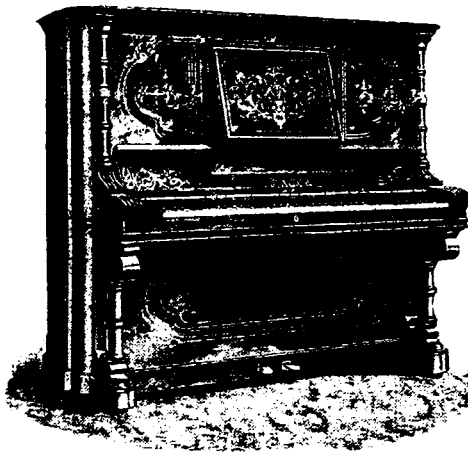
... PIANOS ...

Armoniums,
Organos y Arpas

—*—

Pianos de las mejores
marcas :

Erard
Pleyel
Boisselot
Steinway
Bechstein
Günther
Scheidmayer y Söhne
Rönisch
y otros



Campanas
y
música sagrada

—*—

Pianos de las mejores
marcas :

Glaser
Bechtel
Rosenkranz
Apollo
Quandt
Ruch
Ibach
Roessler
y otros

TARIFA GENERAL DE PRECIOS DE NUESTROS PIANOS

MARCA DE LOS PIANOS	Formato pequeño	Formato de salón	Gran formato de salón	Gran formato de concierto	De media cola	De cola entera
	alto aproximativo m. 1.27	alto aproximativo m. 1.32	alto aproximativo m. 1.37	alto aproximativo m. 1.45	largo aproximativo m. 2.29	largo aproximativo m. 2.70
Glaser	\$ 450
Bechtel	» 500
Rosenkranz	» 550	650	750
Apollo	» 600	700	800	900
Boisselot	» 700	800	900
Ruch	» 700	800
Rönisch	» 750	850	900	1000
Scheidmayer	» 750	850	900	1000
Günther	» 800	900	1000	1200
Bechstein	» 900	..	1100	1400
Pleyel	1500	1800
Erard	» 1200	1500	1800	..	2000	2500
Steinway	» 1400	..	1700	2000	2500	3000

Arpas ERARD de doble movimiento, desde 1000 á 3000 \$ m/n. c. u.

VENTAS Á PLAZO Y POR MENSUALIDADES

POR MÁS DETALLES, PÍDASE EL CATÁLOGO ESPECIAL ILUSTRADO

IGNAGIO ORZALI



ALMANAQUE



ORZALI



PARA

1900



*Fotografias de los Sres. Alejandro S. Witcomb
y Freitas y Castillo*



BUENOS AIRES

COMPANÍA SUD-AMERICANA DE BILLETES DE BANCO

Calles Chile 263 y San Martín 155

1900

AÑO DE 1900

ÉPOCAS MEMORABLES

De la creación del mundo.....	5900	De la erección de nuestra Santa Iglesia Catedral.....	288
Del Diluvio Universal.....	3857	De la toma de esta ciudad por los Ingleses y su reconquista	93
El presente año es de la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.....	1900	De su gloriosa defensa y restauración de Montevideo.....	92
Del descubrimiento del Río de la Plata por Solís.....	404	De nuestra regeneración política.....	90
De la primera fundación de Buenos Aires por Don Pedro de Mendoza.....	360	De nuestra independencia	84
De la segunda por Don Juan de Garay....	320	Del Pontificado de Nuestro Santísimo Padre León XIII.....	23
De la corrección gregoriana	528		

TÉMPORAS

Marzo 7, 9 y 10	Septiembre 19, 21 y 22
Junio 6, 8 y 9	Diciembre 19, 21 y 22

SANTOS PATRONOS DE LA REPÚBLICA

Buenos Aires.....	San Martín.....	11 de Noviembre
Entre Ríos.....	San Miguel Arcángel.....	29 de Septiembre
Santa Fe.....	San Jerónimo	30 de Septiembre
Jujuy.....	Nuestro Señor Jesucristo en su transfiguración.....	6 de Agosto
San Juan.....	San Juan Bautista.....	24 de Junio
Salta.....	San Felipe.....	1.º de Mayo
Tucumán.....	San Miguel Arcángel.....	29 de Septiembre
Córdoba.....	San Jerónimo	30 de Septiembre
Corrientes	San Juan Bautista.....	24 de Junio
Catamarca.....	San Juan Bautista.....	24 de Junio
La Rioja.....	La fiesta de Todos los Santos.....	1.º de Noviembre
Santiago.....	Santiago Apóstol.....	1.º de Mayo
Mendoza.....	Nuestra Señora de las Mercedes.....	24 de Septiembre
San Luis.....	San Luis.....	25 de Agosto

División Eclesiástica de la República Argentina

Arquidiócesis de Buenos Aires. — Abraza la Capital Federal, la isla de Martín García, y los territorios nacionales del Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego y la Isla de los Estados.

Diócesis de La Plata. — Abraza la provincia de Buenos Aires y el territorio nacional de La Pampa.

Diócesis de Santa Fe. — Abraza la provincia de Santa Fe y los territorios nacionales del Chaco y Formosa.

Diócesis del Paraná. — Abraza las provincias de Entre Ríos y Corrientes, y el territorio nacional de Misiones.

Diócesis de Salta. — Abraza las provincias de Salta y Jujuy.

Diócesis de Tucumán. — Abraza las provincias de Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca.

Diócesis de Córdoba. — Abraza las provincias de Córdoba y La Rioja.

Diócesis de San Juan de Cuyo. — Abraza las provincias de San Juan de Cuyo, Mendoza, San Luis y el territorio nacional de Neuquén.



EL PASADO, EL PRESENTE Y EL FUTURO

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo -- Ropa de cama y de mesa.



- L. 1 † La Circ. del Señor.
- M. 2 s. Isidoro, obispo.
- M. 3 sta. Genoveva, virgen
- J. 4 ss. Gregorio y Aquilino.
- V. 5 *Vigilia*, s. Telesforo.
- S. 6 † Los Santos Reyes.
- D. 7 s. Julián, mártir.
- ☾ *Cuarto creciente*
à la 1.23 p.
- L. 8 ss. Luciano y Severino ob.
- M. 9 s. Julián y sta. Basilisa, m.
- M. 10 ss. Nicanor y Guillermo.
- J. 11 ss. Atanasio é Higínio, m.
- V. 12 s. Benito, abad.
- S. 13 s. Gumersindo, presbítero
- D. 14 Triunfo del S. N. de Jesús.
- L. 15 ss. Mauro y Macario.
- ☽ *Luna llena à las*
2.51 a.
- M. 16 s. Marcelo, papa y mártir.
- M. 17 ss. Antonio, a, y Sulpicio.
- J. 18 La Cátedra de s. Pedro.
- V. 19 ss. Canuto y Mario.
- S. 20 ss. Sebastián y Fabián.
- D. 21 La Sag. Fam. de Nazaret.
- L. 22 s. Vicente, mártir.
- M. 23 ss. Ildefonso y Raimundo.
- ☾ *Cuarto menguante*
à las 7.36 a.
- M. 24 ss. Timoteo y Feliciano.
- J. 25 Conversión de s. Pablo.
- V. 26 s. Policarpo, obispo.
- S. 27 s. Juan Crisóstomo, obispo
- D. 28 s. Julián, obispo.
- L. 29 s. Francisco de Sales, o.
- M. 30 sta. Martina, virgen.
- ☾ *Luna nueva à las*
9.6 a.
- M. 31 s. Pedro Nolasco.

- J. 1 ss. Severo é Ignacio.
 V. 2 † La Purific. de N. Sra.
 S. 3 ss. Blas, ob. y Félix, m.
 D. 4 ss. Andrés y Gilberto.
 L. 5 sta. Agueda, virgen y m.
 M. 6 sta. Dorotea y s. Tito.

☾ *Cuarto creciente
 à las 6.5 a.*

- M. 7 s. Romualdo, abad.
 J. 8 s. Juan de Mata, fundador.
 V. 9 sta. Polonia y s. Sabino.
 S. 10 sta. Escolástica.
 D. 11 *Septuagés.*, s. Saturnino.
 L. 12 sta. Eulalia, virgen.
 M. 13 Oración en el Huerto.

☽ *Luna llena à las
 9.34 p.*

- M. 14 s. Valentin, pr. y m.
 J. 15 ss. Cratón y Benigno.
 V. 16 ss. Gregorio y Jerón.
 S. 17 ss. Donato y Silvino, ob.
 D. 18 *Sexagésima*, s. Simeón.
 L. 19 ss. Gabino y Álvaro.
 M. 20 Comm. de la P. del Señor.
 M. 21 ss. Félix y Severo, ob.
 J. 22 Cát. de s. Pedro en Ant.

☾ *Cuarto menguante
 à las 0.27 a.*

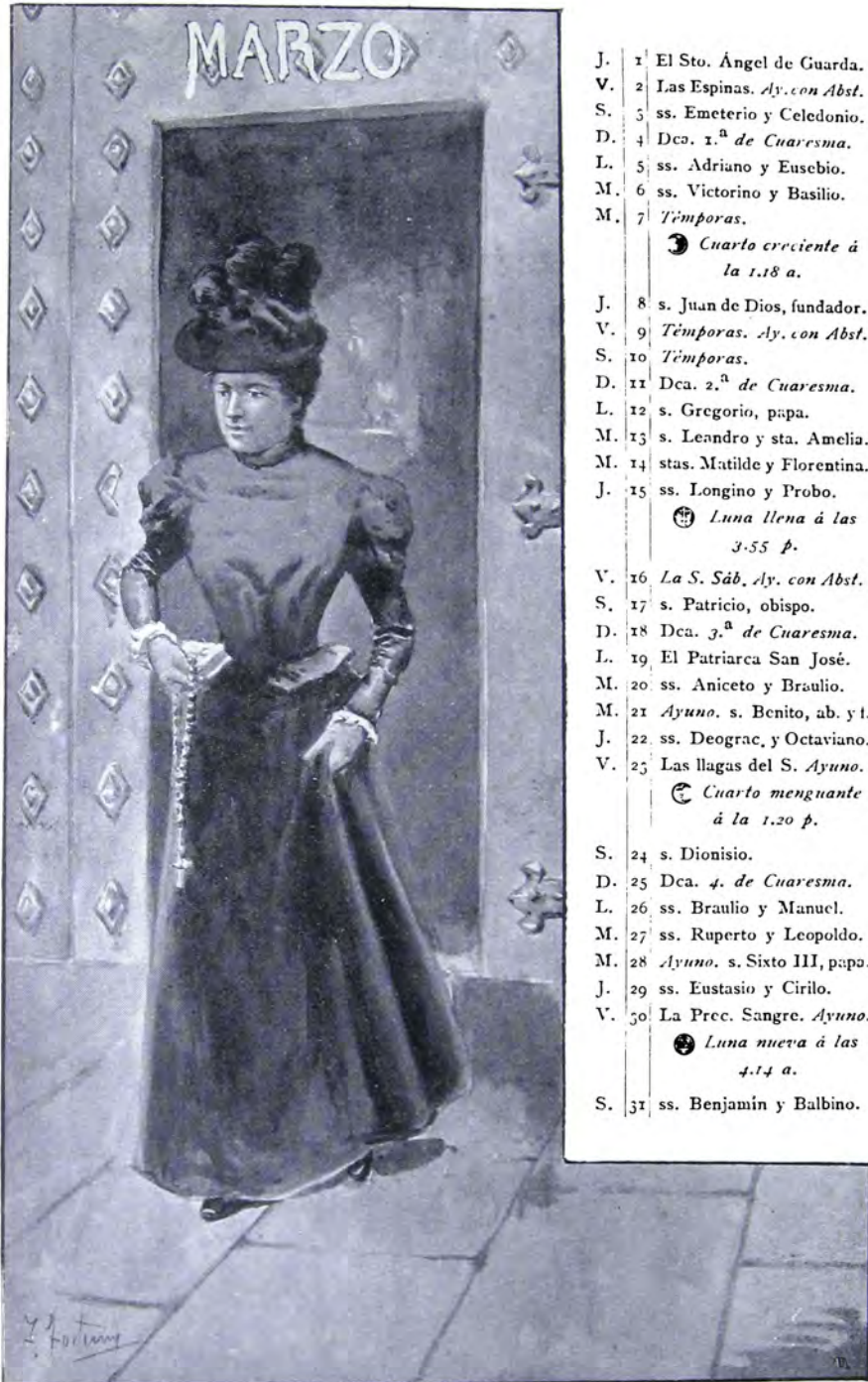
- V. 23 sta, Marta. y s. Policarpo.
 S. 24 sta. Primitiva, mártir.
 D. 25 *Quincuagés.*, s. Donato.
 L. 20 s. Alejandro, obispo.
 M. 27 ss. Baldomero y Julián, m.
 M. 28 *Ceniza*. Ayuno con abst.

☽ *Luna nueva à las
 7.8 p.*



L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Ropa de punto para señoras, hombres y niños.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Perfumería surtida.



- J. 1 El Sto. Ángel de Guarda.
V. 2 Las Espinas. *Ay. con Abst.*
S. 3 ss. Emeterio y Celedonio.
D. 4 Dca. 1.ª de Cuaresma.
L. 5 ss. Adriano y Eusebio.
M. 6 ss. Victorino y Basilio.
M. 7 *Témporas.*
☾ Cuarto creciente á la 1.18 a.
J. 8 s. Juan de Dios, fundador.
V. 9 *Témporas. Ay. con Abst.*
S. 10 *Témporas.*
D. 11 Dca. 2.ª de Cuaresma.
L. 12 s. Gregorio, papa.
M. 13 s. Leandro y sta. Amelia.
M. 14 stas. Matilde y Florentina.
J. 15 ss. Longino y Probo.
☽ Luna llena á las 3.55 p.
V. 16 La S. Sáb. *Ay. con Abst.*
S. 17 s. Patricio, obispo.
D. 18 Dca. 3.ª de Cuaresma.
L. 19 El Patriarca San José.
M. 20 ss. Aniceto y Braulio.
M. 21 *Ayuno.* s. Benito, ab. y t.
J. 22 ss. Deograc. y Octaviano.
V. 23 Las llagas del S. *Ayuno.*
☾ Cuarto mengnante á la 1.20 p.
S. 24 s. Dionisio.
D. 25 Dca. 4.ª de Cuaresma.
L. 26 ss. Braulio y Manuel.
M. 27 ss. Ruperto y Leopoldo.
M. 28 *Ayuno.* s. Sixto III, papa.
J. 29 ss. Eustasio y Cirilo.
V. 30 La Prec. Sangre. *Ayuno.*
☽ Luna nueva á las 4.14 a.
S. 31 ss. Benjamín y Balbino.

D.	1	Dca. de Pasión.
L.	2	s. Francisco de Paula.
M.	3	s. Benito de Palermo.
M.	4	s. Isidoro, arzobispo.
J.	5	ss. Vicente y Zenón.
V.	6	Los siete dolores de N. S. <i>Ayuno con abstinencia.</i> ☾ <i>Cuarto creciente á las 4.38 a.</i>
S.	7	ss. Epifanio, m. y Ciriaco.
D.	8	Dca. de Ramos. <i>S. Santa.</i>
L.	9	Lunes Santo. <i>Ay.</i>
M.	10	Martes » »
M.	11	Miércoles » <i>con abs.</i>
J.	12	Jueves » »
V.	13	Viernes » »
S.	14	Sábado » » ☽ <i>Luna llena á las 8.45 a.</i>
D.	15	Dca. de <i>Resurrección.</i>
L.	16	sto. Toribio de Liéb.
M.	17	s. Aniceto, papa y mártir.
M.	18	s. Eleuterio, papa y mártir.
J.	19	s. Salvador de Orta.
V.	20	sta. Inés, m. y s. Teótimo.
S.	21	ss. Anselmo y Anastasio. ☾ <i>Cuarto menguante á las 10.17 p.</i>
D.	22	Dca. <i>in albis.</i> s. Teodoro.
L.	23	s. Jorge, mártir.
M.	24	s. Gregorio, obispo.
M.	25	s. Marcos Evangelista.
J.	26	ss. Cleto y Marcelino.
V.	27	s. Anastasio, papa.
S.	28	s. Prudencio, obispo. ☽ <i>Luna nueva á la 1.6 p.</i>
D.	29	El S. Sepulcro de N. S.
L.	30	sta. Catalina de Sena.



L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Ropa blanca confeccionada.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Ropa blanca sobre medida para hombres y niños.



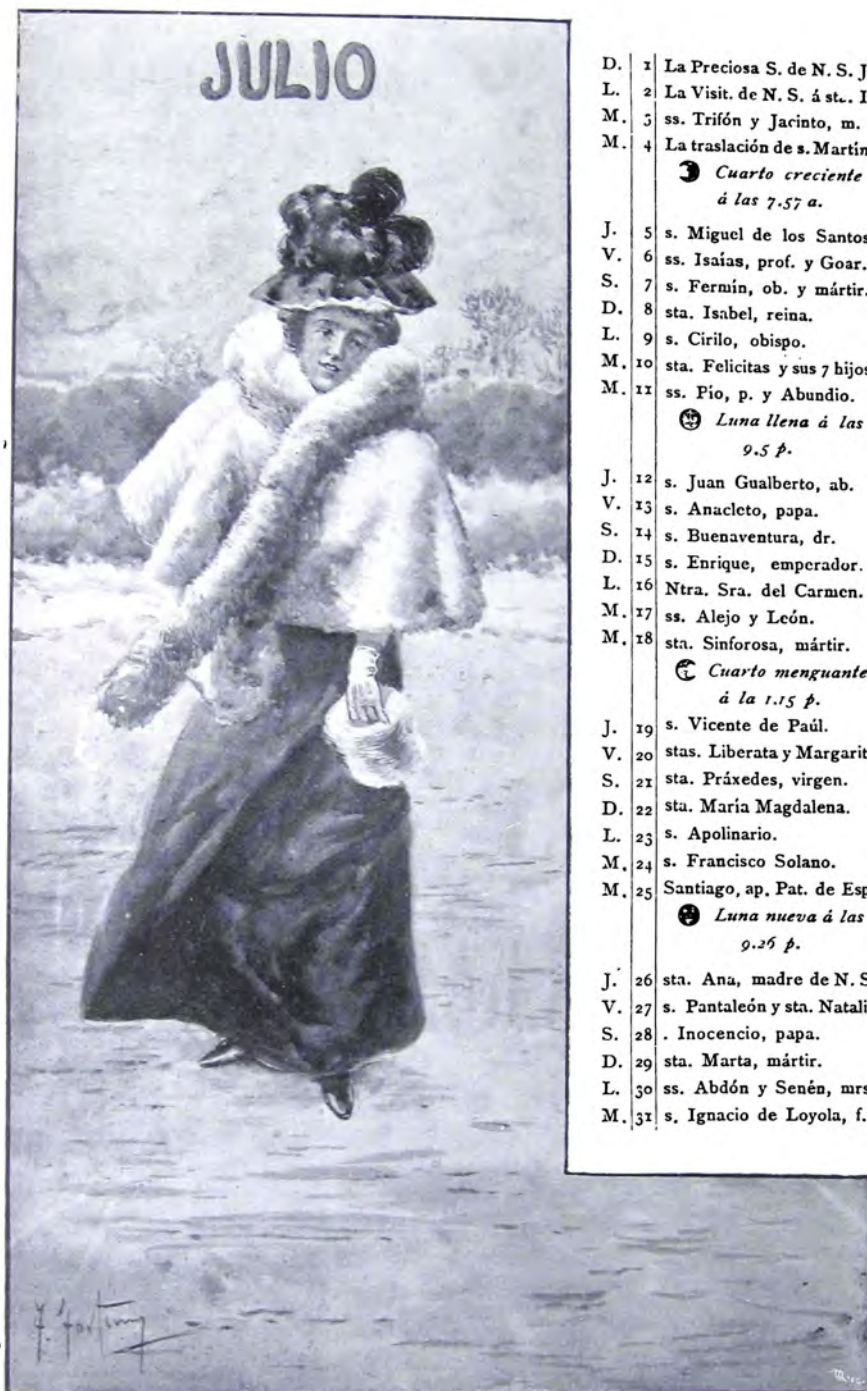
- | | | |
|----|----|-------------------------------------|
| M. | 1 | ss. Felipe y Santiago, ap. |
| M. | 2 | s. Atanasio, ob. y dr. |
| J. | 3 | La inv. de la Santa Cruz. |
| V. | 4 | sta. Mónica, virgen. |
| S. | 5 | ss. Pío V y Eulogio. |
| | | ☾ Cuarto creciente
à las 9.22 p. |
| D. | 6 | Patrocinio de s. José. |
| L. | 7 | s. Estanislao, ob. y m. |
| M. | 8 | La apar. de s. Miguel Arc. |
| M. | 9 | ss. Gregorio y Geroncio. |
| J. | 10 | s. Antonino, obispo. |
| V. | 11 | s. Mamerto, obispo. |
| S. | 12 | sto. Domingo de la Calz. |
| D. | 13 | Ntra. Sra. de Luján. |
| | | ☽ Luna llena à las
11.20 p. |
| L. | 14 | ss. Bonifacio y Pascual. |
| M. | 15 | s. Isidro, labrador. |
| M. | 16 | s. Juan Nepomuceno. |
| J. | 17 | s. Pascual Bailón. |
| V. | 18 | s. Félix de Cantalicio. |
| S. | 19 | s. Pedro Celestino, papa. |
| D. | 20 | s. Bernardino de Sena. |
| L. | 21 | Rogaciones. s. Venancio. |
| | | ☾ Cuarto menguante
à las 4.14 a. |
| M. | 22 | Rogativas. sta. Rita. |
| M. | 23 | Rogativas. Santiago, ap. |
| J. | 24 | † Ascensión del Señor. |
| V. | 25 | s. Gregorio VII. |
| S. | 26 | s. Felipe Neri, confesor. |
| D. | 27 | sta. María Magdalena. |
| | | ☽ Luna nueva à las
10.23 p. |
| L. | 28 | s. Gregorio VII, papa. |
| M. | 29 | Ntra. Sra. de los Desamp. |
| M. | 30 | s. Fernando, rey. |
| J. | 31 | Octava de la Ascensión. |

- V. 1 s. Segundo.
 S. 2 *Ayuno y abstinencia.*
 D. 3 Dca. de Pentecostés.
 L. 4 s. Francisco Caraciolo.
 ☾ *Cuarto creciente á las 2.42 p.*
 M. 5 ss. Bonifacio y Doroteo.
 M. 6 *Témporas.* s. Norberto.
 J. 7 s. Pablo, obispo y mártir.
 V. 8 *Témporas.* s. Salustiano.
 S. 9 *Témporas.* s. Primo.
 D. 10 La Santísima Trinidad.
 L. 11 s. Bernabé, apóstol.
 M. 12 s. Juan de Sahagún.
 ☽ *Luna llena á las 11.22 p.*
 M. 13 s. Antonio de Padua, c.
 J. 14 † **Corpus Christi.**
 V. 15 ss. Vito y Modesto.
 S. 16 s. Juan Francisco.
 D. 17 ss. Manuel y Sabel.
 L. 18 s. Ciriaco y sta. Paula, m.
 M. 19 ss. Gervasio y Protasio.
 ☾ *Cuarto menguante á las 8.40 a.*
 M. 20 s. Silverio, papa.
 J. 21 Octava de Corpus. s. Luis.
 V. 22 El Sant. Corazón de Jesús
 S. 23 s. Juan, presb. y conf.
 D. 24 † **La Nat. de s. Juan B.**
 L. 25 ss. Próspero y Eloy.
 M. 26 ss. Juan y Pablo, márt.
 ☽ *Luna nueva á las 9.11 a.*
 M. 27 ss. Zoilo, m. y Ladislao.
 J. 28 *Ayuno y abstinencia.*
 V. 29 † **ss. Pedro y Pablo ap.**
 S. 30 La Conmem. de s. Pablo.



L. Athemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Gran surtido de camisas, cuellos y puños.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Mosquiteros portátiles.



D.	1	La Preciosa S. de N. S. J.
L.	2	La Visit. de N. S. á st. I.
M.	3	ss. Trifón y Jacinto, m.
M.	4	La traslación de s. Martín. ☾ Cuarto creciente á las 7.57 a.
J.	5	s. Miguel de los Santos.
V.	6	ss. Isaías, prof. y Goar.
S.	7	s. Fermin, ob. y mártir.
D.	8	sta. Isabel, reina.
L.	9	s. Cirilo, obispo.
M.	10	sta. Felicitas y sus 7 hijos.
M.	11	ss. Pio, p. y Abundio. ☽ Luna llena á las 9.5 p.
J.	12	s. Juan Gualberto, ab.
V.	13	s. Anacleto, papa.
S.	14	s. Buenaventura, dr.
D.	15	s. Enrique, emperador.
L.	16	Ntra. Sra. del Carmen.
M.	17	ss. Alejo y León.
M.	18	sta. Sinforosa, mártir. ☾ Cuarto menguante á la 1.15 p.
J.	19	s. Vicente de Paúl.
V.	20	stas. Liberata y Margarita
S.	21	sta. Práxedes, virgen.
D.	22	sta. María Magdalena.
L.	23	s. Apolinario.
M.	24	s. Francisco Solano.
M.	25	Santiago, ap. Pat. de Esp. ☽ Luna nueva á las 9.25 p.
J.	26	sta. Ana, madre de N. S.
V.	27	s. Pantaleón y sta. Natalia
S.	28	. Inocencio, papa.
D.	29	sta. Marta, mártir.
L.	30	ss. Abdón y Senén, mrs.
M.	31	s. Ignacio de Loyola, f.

M.	1	s. Pedro <i>Ad vincula</i>
J.	2	Ntra. Sra. de los Ángeles.
V.	3	La Inven. de s. Esteban. ☾ <i>Cuarto creciente</i> <i>á las 6.29 a.</i>
S.	4	sto. Domingo, fundador.
D.	5	Ntra. Sra. de las Nieves.
L.	6	La Transfigur. del Señor.
M.	7	s. Cayetano, fundador.
M.	8	s. Ciriaco y comp., márt.
J.	9	ss. Justo y Pastor, herm.
V.	10	s. Lorenzo, mártir. ☽ <i>Luna llena á las</i> <i>5.13 a.</i>
S.	11	ss. Tiburcio y Alejandro.
D.	12	sta. Clara, v. y s. Aniceto.
L.	13	ss. Hipólito y Casiano.
M.	14	s. Eusebio. <i>Ayuno y abs.</i>
M.	15	† La Asunción de N. S.
J.	16	ss. Roque y Ambrosio. ☾ <i>Cuarto menguante</i> <i>á las 7.29 p.</i>
V.	17	s. Pablo y sta. Juliana, m.
S.	18	ss. Floro y Agapito.
D.	19	s. Joaquín, Padre de N. S.
L.	20	s. Bernardo.
M.	21	sta. Juana Francisca, v.
M.	22	ss. Timoteo é Hipólito, m.
J.	23	s. Felipe Benicio.
V.	24	s. Bartolomé, apóstol. ☽ <i>Luna nueva á las</i> <i>11.36 a.</i>
S.	25	ss. Luis, rey y Ginés.
D.	26	El P. Corazón de N. S.
L.	27	s. José de Calasanz.
M.	28	s. Agustín, obispo y doct.
M.	29	La degollac. de s. Juan B.
J.	30	† sta. Rosa, patr. de A.
V.	31	s. Ramón Nonato, conf.



L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Precio fijo.

L. Adhemar Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo. — Especialidad en ropa blanca con iniciales.

S. 1 ss. Gil, abad y Gedeón.
☾ *Cuarto creciente*
à las 3.39 p.

D. 2 ss. Antolín, m. y Esteban
L. 3 ss. Sandalio, m. y Lalislao
M. 4 sta. Rosa de Viterbo.
M. 5 s. Lorenzo Justiniano, ob.
J. 6 ss. Eugenio y comp., m.
V. 7 sta. Regina, virg. y mártir
S. 8 † La Natividad de N. S.
☽ *Luna llena à las*
12.49 p.

D. 9 El S. Nombre de la V. M.
L. 10 s. Nicolás de Tolentino.
M. 11 ss. Proto y Jacinto, mrs.
M. 12 ss. Leoncio y compañeros
J. 13 ss. Amado y Felipe.
V. 14 La Exaltación de la Cruz.
S. 15 s. Nicomedes, mártir.
☾ *Cuarto menguante*
à las 4.40 a.

D. 16 Los 7 dolores de la V. M.
L. 17 s. Lamberto, o. y mártir.
M. 18 s. José de Cupertino. c.
M. 19 *Témporas.* s. Jenaro, m.
J. 20 ss. Eustaquio y compañ.
V. 21 *Témp.* s. Mateo a. y ev.
S. 22 *Témp.* sto. Tomás de V.
D. 23 s. Lino, papa y mártir.
☽ *Luna nueva à las*
3.40 a.

L. 24 Ntra. Sra. de la Merced.
M. 25 sta. María del Socorro.
M. 26 s. Cipriano y sta. Justina.
J. 27 ss. Cosme y Damián, m.
V. 28 s. Wenceslao, mártir.
S. 29 La Dedic. de s. Miguel A.
D. 30 s. Jerónimo, doctor.

- L. 1 stas. Máxima y Julia, mrs.
 ☾ *Cuarto creciente*
á las 4.54 a.
- M. 2 Los ss. Ángeles Custodios
 M. 3 ss. Cándido y Maximiano.
 J. 4 s. Francisco de Asís, f.
 V. 5 ss. Plácido y Florián.
 S. 6 ss. Bruno, fund. y Magno.
 D. 7 Ntra. Sra. del Rosario.
 ☽ *Luna llena á las 11.1 p.*
- L. 8 stas. Pelagia y Brígida.
 M. 9 s. Dionicio Arcopag.
 M. 10 s. Francisco de Borja.
 J. 11 ss. Fermín y Nicasio, ob.
 V. 12 N. S. del Pilar de Zarag.
 S. 13 ss. Fausto y Eduardo.
 D. 14 La Maternidad de N. S.
 ☾ *Cuarto menguante*
á las 5.34 p.
- L. 15 sta. Teresa de Jesús, v. y f.
 M. 16 ss. Galo y Martiniano.
 M. 17 sta. Eudvigés, virgen.
 J. 18 s. Lucas, evangelista.
 V. 19 s. Pedro de Alcántara.
 S. 20 s. Feliciano y sta. Irene.
 D. 21 La Pureza de la V. María
 L. 22 ss. Felipe y Severo.
 ☽ *Luna nueva á las*
9.11 p.
- M. 23 ss. Servando y Germán.
 M. 24 ss. Rafael y Evergisto.
 J. 25 ss. Gabino y Bonifacio.
 V. 26 s. Evaristo, papa.
 S. 27 sta. Sabina y s. Vicente.
 D. 28 ss. Simón y Judas, apóst.
 L. 29 s. Narciso, obispo.
 M. 30 ss. Claudio y Marcelo, m.
 ☾ *Cuarto creciente*
á las 4.1 p.
- M. 31 s. Quintín, mártir.



L. Adhemar. Maison de Blanc, Sainpacha y Cangallo — Gran surtido de artículos para baño.

Compañías argentinas de seguros «La Estrella» y «América» — Dirección general: Buenos Aires, calle Florida 222

J.	1	† Todos los Santos.
V.	2	Comm. de los f. difuntos
S.	3	s. Valentin, presbítero.
D.	4	s. Carlos Borromeo, arz.
L.	5	s. Zacarías, profeta.
M.	6	ss. Leonardo y Severo.
		☾ Luna llena á las 6.43 a.
M.	7	s. Florencio, obispo.
J.	8	ss. Severino y Mauro.
V.	9	ss. Teodoro y Alejandro.
S.	10	s. Andrés Avelino.
D.	11	s. Martín, obispo.
L.	12	s. Diego de Alcalá.
M.	13	s. Estanislao de Kostka.
		☾ Cuarto menguante á las 10.21 a.
M.	14	s. Serapio, mártir.
J.	15	ss. Eugenio y Leopoldo.
V.	16	ss. Edmundo y Rufino.
S.	17	s. Gregorio Taumaturgo.
D.	18	La Basílica de s. P. y s. P.
L.	19	sta. Isabel, reina.
M.	20	s. Félix de Valois.
M.	21	L. Presentación de N. S.
		☾ Luna nueva á las .3 p.
J.	22	sta. Cecilia, virgen y m.
V.	23	s. Clemente, papa.
S.	24	s. Juan de la Cruz.
D.	25	sta. Catalina, virgen y m.
L.	26	Los desposorios de N. S.
M.	27	ss. Facundo y Primitivo.
M.	28	ss. Gregorio y Esteban.
J.	29	s. Saturnino, papa.
		☾ Cuarto creciente á la 1.18 a.
V.	30	s. Andrés, apóstol.

S.	1	sta. Natalia v. y s. Casiano.
D.	2	1. ^a de Adviento.
L.	3	s. Francisco Javier.
M.	4	s. Pedro Crisólogo.
M.	5	s. Sabás, ab. y sta. Grata. ☾ <i>Luna llena á las 6.21 p.</i>
J.	6	s. Nicolás, obispo de Bari.
V.	7	s. Ambrosio, obispo.
S.	8	† La Purísima Concep.
D.	9	2. ^a de Adviento.
L.	10	Ntra. Sra. de Loreto.
M.	11	s. Dámaso, papa.
M.	12	ss. Donato y Hermógen.
J.	13	sta. Lucía y s. Eustaquio. ☾ <i>Cuarto menguante á las 6.26 a.</i>
V.	14	ss. Nicasio y compañeros.
S.	15	s. Eusebio, obispo y conf.
D.	16	3. ^a de Adv. s. Valentín.
L.	17	s. Lázaro, obispo.
M.	18	Ntra. S. de la Esperanza.
M.	19	<i>Témp.</i> s. Nemesio, m.
J.	20	sto. Domingo de Silos.
V.	21	<i>Témp.</i> sto. Tomás, ap. ☾ <i>Luna nueva á las 7.44 a.</i>
S.	22	<i>Témp.</i> s. Demetrio.
D.	23	4. ^a de Adv. sta. Victoria.
L.	24	s. Luciano, <i>Ayuno y abst.</i>
M.	25	† La Nativ. de N. S. J.
M.	26	s. Esteban, protomártir.
J.	27	s. Juan, apóstol y evang.
V.	28	Los santos Inocentes, m. ☾ <i>Cuarto creciente á las 9.31 a.</i>
S.	29	sto. Tomás Cant., ob.
D.	30	La trasl. de Santiago, ap.
L.	31	s. Silvestre, p. pa.



«La Estrella» y «América» — Seguros contra incendio, Anuales y marítimos

«La Estrella» y «América» comprenden en los seguros el riesgo de explosiones de gas, de vapor y efectos del rayo



Año Nuevo

¡Un año más!... ¡Qué hermosas ilusiones
disipa el viento de la noche triste!
¡Qué obscuras tintas el paisaje viste!
¡Qué incierto el paso en el camino está!
¡Un año más! ¡Una esperanza menos
que vuela con dolor desvanecida!
En la amarga carrera de la vida
un sueño menos, un abismo más!

Vosotras que la rubia cabellera
ceñís de flores, vírgenes hermosas,
que con coronas de fragantes rosas
ornáis alegres vuestra casta sien,
temblad por vuestra frágil hermosura
que cederá al rigor del tiempo breve,
como al rayo del sol la blanca nieve,
como á la hoz la rubicunda mies!

¡Ay! esos rizos blondos, perfumados,
perderán sus hechizos celestiales;
esas púdicas formas virginales
su artístico atractivo perderán:

y pasarán las pláticas de amores
y el dulce halago de los verdes años;
y en cambio los adustos desengaños,
las tardes melancólicas vendrán!

Así el arpa que ayer en bellas cuerdas
arrancó de placer trémula nota,
hoy sin murmurio está, hoy está rota,
desnuda de sublime inspiración;
así el árbol de espléndido ramaje
que su ancha copa levantó hasta el cielo,
hoy seco y derrumbado por el suelo,
es tronco yerto, imagen del dolor!

¡El tiempo! ¡el tiempo!... ¡Cuán ligero pasa!
¡Cuán presto vuela en su veloz carrera!
No transige con nadie, á nadie espera,
corriendo hiere, huyendo es triunfador:
las ruedas de su carro son los siglos
que giran en perpetuo movimiento;
su cifra es el eterno pensamiento
que nace y muere inexcrutable en Dios!

Como la ola del mar, como la nube
que arrastra el viento en ronco torbellino;
como el rayo del cielo en su camino
vuelan los hombres de una en otra edad:
¡cuántas generaciones han pasado!
¡cuánta grandeza! ¡cuánto imperio fuerte
hundidos en la sombra de la muerte!
¿Qué queda de ellos? ¡polvo y vanidad!...

¡Oh! si el reloj del tiempo inexorable
pudiéramos parar! Si en nuestra fiesta
no se apagara el eco de la orquesta,
no enmudeciera el himno del festín;
si los felices no lloraran nunca;
si el gozo de la víspera liviana
no fuera un desencanto en la mañana
ni un amargo eslabón del porvenir:

¡qué hermosa fuera entonces la existencia!
¡qué bella la jornada de la vida!
La juventud alegre y distraída
¡cómo gozara en brazos del placer!
¡Oh! si el reloj del tiempo inexorable
pudiéramos parar!... Niñas hermosas,
ceñid á vuestra frente, en vez de rosas,
las fúnebres guirnaldas del ciprés!

L. Navarrete Martínez

La voz de las tumbas

Entre «La Estrella» y «América» distribuyeron beneficios durante el mismo tiempo de 8 y 12 años \$ 1.015.885



DOCTOR MANUEL D. PIZARRO

Comprometido á escribir algunas líneas para corresponder debidamente al pedido de un trabajo que debe ser publicado, quisiera hablar sin decir nada, como los murmullos del viento, que, al colarse en las grietas de las tumbas, parecen remedar la voz de los muertos.

¡Vano empeño, tratándose de la palabra humana, que en sí misma es idea, espíritu impalpable, luz, calor y vida!

Hay, empero, en la historia de las naciones épocas desgraciadas y tristesimas, períodos de agonía y aun de muerte, en que las palabras mismas se desvanecen, y son palabras huera, sin sentido, sin calor ni vida; palabras inútiles, yertos despojos del idioma, que suenan en el vocabulario nacional como las ráfagas del viento en las grietas de un panteón;

palabras ininteligibles, sin espíritu que las anime, sin alma que las vivifique!

Son palabras muertas, que pierden toda su importancia social y científica con la negación de lo absoluto, y señalan ese estado agónico de la sociedad, en sus períodos de descomposición, es decir, de corrupción, ó de solución de partes, al pasar del *sér* al *no sér*.

«La palabra *derecho*, como la palabra *libertad*, se ha dicho, son meros nombres.....» «Los adjetivos que continuamente le aplica la prensa, *inajenable, imprescriptible, sagrado, eterno, inviolable*, contribuyen á que se conciba el derecho como una entidad metafísica, misteriosa, ante la cual uno se inclina temeroso, especie de semidiós que sólo desciende á la tierra en medio de frases sonoras, envuelto en figuras de retórica, en sentencias breves y terminantes que no dejan lugar á duda.»

Así se explica la moderna escuela que confunde la verdad con el instrumento que emplea para descubrirla, y convierte en *ciencia* lo que es sólo un *método* de investigación científica.

Y lo que de la libertad y del derecho se dice y se enseña en la moderna escuela, que al suprimir de un solo golpe lo absoluto y necesario, suprime los fueros de la razón, y deja al mundo reducido á lo contingente y mudable, desterrando del mundo la verdad misma; se dice también de la justicia, de la moral, de la conciencia, del patriotismo, del deber, de la ley, de la virtud, de la abnegación y de todo cuanto tiene origen en aquel primer principio de los seres y de las cosas!

¡Oh, qué larga, y cuán amarga y desconsoladora suele ser, en ciertos períodos de la historia de las naciones, la estadística de estas terribles y tristísimas defunciones! El diccionario de las naciones aparece entonces como una gran necrópolis, y el espíritu público, rodeado de sombras y abrumado de toda suerte de dolores y de penas, lee á cada paso, en las páginas de aquel libro como en las lápidas mortuorias del panteón, el fúnebre *aquí yace!*

En esas épocas ó períodos de la historia de las naciones, nada es, ni puede ser, estable ó duradero!...

Pero veo que me voy internando en un campo sombrío y pavoroso, y comienzo á sentir miedo y frío! ¡Me parece que estoy aspirando un hálito de cementerio, mefítico y letal! ¡Tengo miedo, mucho miedo, de todos aquellos *muertos*; y más miedo tengo todavía de los *vivos* que me parece ver pasar delirantes y frenéticos por entre las tumbas de la gran necrópolis!

¡Ya me apresuro, por lo tanto, á terminar estas líneas, escribiendo en ellas la palabra salvadora; la única que puede restituir la salud y la vida á los pueblos que agonizan; la palabra misteriosa, de salud y de vida para todos; la que disipa todas las sombras, ilumina todos los horizontes y calma todos los dolores; la única de eterna verdad, y que con voz festiva ó quejumbrosa se escapa de todas las cunas y de todas las tumbas: *Dios!*

Septiembre 29 de 1899.



Se ahogó un borracho en una tinaja de vino.

Lloraba su viuda, pero un amigo la consolaba diciéndola:

—No hay que compadecerle, señora; la muerte ha sido para él un baño de placer.

—¿Por qué llora la niña?— dice indignado un opulentísimo banquero.

—¡Señor!— responde el aya— tiene un capricho absurdo.

—¿No he dicho que satisfagan todos sus caprichos, cueste lo que cueste? Calla, niña, y se hará lo que deseas.

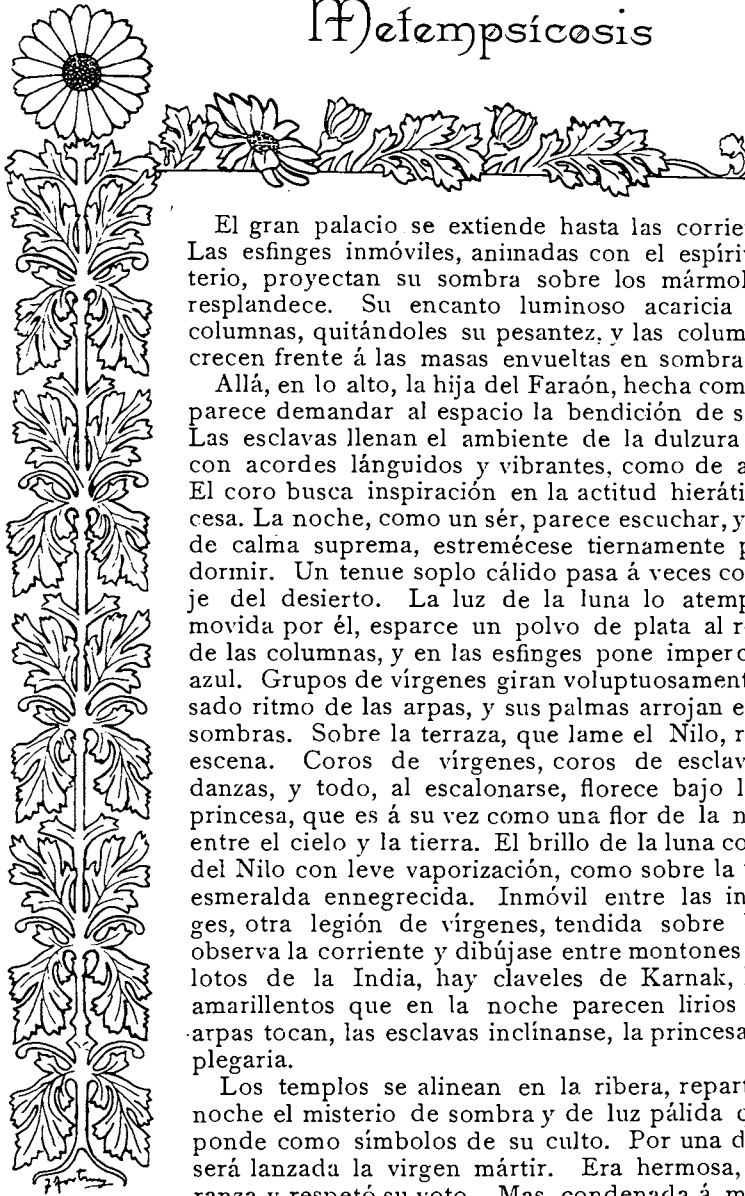
—¡Señor!

—Ni una palabra más.

—Es que quiere que calentemos el mar para que se bañe.

—Pues bien; ¡que se caliente!

Metempsícosis



«La Estrella» y «América» aseguran buques que navegan en los ríos y en las costas atlánticas

El gran palacio se extiende hasta las corrientes del Nilo. Las esfinges inmóviles, animadas con el espíritu de su misterio, proyectan su sombra sobre los mármoles. La luna resplandece. Su encanto luminoso acaricia parte de las columnas, quitándoles su pesantez, y las columnas inmóviles crecen frente á las masas envueltas en sombra.

Allá, en lo alto, la hija del Faraón, hecha como de espumas, parece demandar al espacio la bendición de sus claridades. Las esclavas llenan el ambiente de la dulzura de sus arpas, con acordes lánguidos y vibrantes, como de arpas bíblicas. El coro busca inspiración en la actitud hierática de la princesa. La noche, como un sér, parece escuchar, y, en abandono de calma suprema, estremécese tiernamente para volver á dormir. Un tenue soplo cálido pasa á veces como un mensaje del desierto. La luz de la luna lo atempera y, como movida por él, esparce un polvo de plata al rozar las moles de las columnas, y en las esfinges pone imperceptible reflejo azul. Grupos de vírgenes giran voluptuosamente, con el pausado ritmo de las arpas, y sus palmas arrojan en el piso leves sombras. Sobre la terraza, que lame el Nilo, reproducese la escena. Coros de vírgenes, coros de esclavas, músicas y danzas, y todo, al escalonarse, florece bajo la figura de la princesa, que es á su vez como una flor de la noche, flotante entre el cielo y la tierra. El brillo de la luna corre en el agua del Nilo con leve vaporización, como sobre la tersura de una esmeralda ennegrecida. Inmóvil entre las inmóviles esfinges, otra legión de vírgenes, tendida sobre los mármoles, observa la corriente y dibújase entre montones de flores. Hay lotos de la India, hay claveles de Karnak, hay nenúfares amarillentos que en la noche parecen lirios blancos. Las arpas tocan, las esclavas inclínanse, la princesa murmura una plegaria.

Los templos se alinean en la ribera, repartiéndose de la noche el misterio de sombra y de luz pálida que les corresponde como símbolos de su culto. Por una de esas puertas será lanzada la virgen mártir. Era hermosa, amó sin esperanza y respetó su voto. Mas, condenada á morir, pidió que la arrojasen á las ondas del Nilo. No quería inmortalizar su cuerpo: el aceite, las telas y el perfume la aterrorizaban, como si su alma dolorida pudiese errar en la envoltura de la momia.

Los sacerdotes deseaban cumplir la ley: pero desafiando la muerte, las jóvenes sacerdotisas cumplieron el voto de la mártir. Y en la noche argentada, la princesa entre su corte, hará cubrir de flores á la virgen peregrina del Nilo.... Las arpas suenan, las esclavas yerguen sus palmas,

la princesa cae de rodillas. Flotante sobre la esmeralda ennegrecida, la virgen viene, la virgen llega, la virgen pasa. Los cabellos, como una alga de oro, mojados en el agua, palidecen en la luna. Pero una leve aureola, como llama ondulante de un cirio, nimba su frente y luce el reflejo del azufre sobre una flor de nieve. Los nenúfares amarillentos, que parecen lirios blancos, caen sobre el agua, y algunos se prenden á la túnica y otros flotan entre los hilos del cabello de oro.... La virgen pasa, la virgen se aleja, la virgen se pierde. Las arpas han cesado en sus dulces acordes, óyense los pasos de la legión de vírgenes que sube ; la brisa cuenta á las palmeras que,



DR. ANGEL ESTRADA (HIJO)

SOUKUP

al arrojar las flores, escuchóse entre las notas un sollozo. Entre los juncos de las riberas se detuvo la peregrina. Los somnolentos cocodrilos la vieron, sin tocarla, en la indecisa luz del alba. Después llegó un joven, y frente á ella bebió, con la fatiga, del agua pantanosa....

La brisa del norte cuenta á las palmeras — y las vírgenes del palacio y la hija del Faraón lo oyen — que en la tumba de limo ha brotado una planta. —Sus flores son nuevas y un poeta de Alejandría

las ha llamado rosas.—La brisa, sin dar á esto importancia, prosigue: «El joven que murió pensando en la virgen, es por Osiris un pájaro azul.

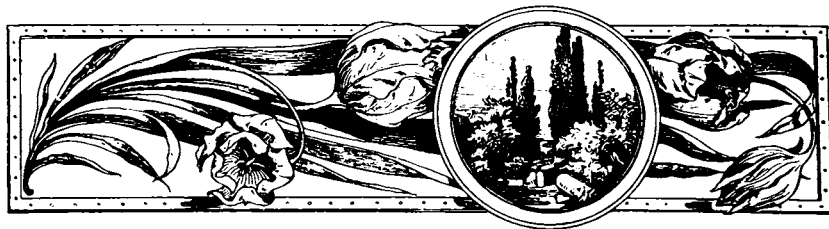
Así, después de la muerte, el misterio se ha cumplido. Y el rosal adora mirar el pájaro; su color de turquesa traslúcida lo encanta, sueña con el vuelo de sus alas y sufre cuando ellas lo alejan. Y el pájaro se enloquece por el perfume de aquellas rosas, cuyo recuerdo le llena de dolor su libertad en el aire.»

Y la brisa suspira: «He ahí que hay congojas hasta después de la muerte.... ¿por qué se amaron? Su destino era no amarse».

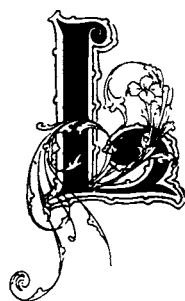
Las vírgenes y la princesa oyeron sin comentar, y, silenciosas, quedaron pensativas. Y desde entonces las palmeras de Egipto, cada vez que un pájaro pica una rosa, un nenúfar, un lirio, murmuran, con un estremecimiento de melancólico amor, el relato de la antigua brisa!

Angel Estrada

«La Estrella» y «América» pueden asegurar efectos embarcados, á diversas condiciones á convenirse



Sobre Poesía



Los poetas todos que llenan de armonías dulcísimas el mundo de las ideas, tienen indudablemente algo de más ó algo de menos que los otros hombres. La poesía es una enfermedad de la inteligencia, un estado anormal del pensamiento, pero tiene, como lo fantástico, la belleza de las ilusiones y la utilidad del lujo.

No es lo natural, por cierto, expresar las ideas en poesía; la imaginación que crea esas expresiones tiene que esforzarse en recortar pensamientos, en remendar ideas, en alargar conceptos ó cercenar juicios.

La poesía resulta de los juegos y combinaciones de palabras, como las composiciones en las imprentas de la elección de tipos.

Lo natural es que se piense en prosa, pero la prosa torturada, añadida, estirada, sorprendida, trastornada, revuelta y desglosada, puede dar lugar á la poesía.

Para ser poeta es necesario conseguir expresar con la mayor dificultad posible, exactamente todo aquello que no se tiene la intención de decir.

La poesía es, pues, la manera de presentar siempre ó casi siempre pensamientos contrahechos. Es el modo de expresar mal una mínima parte de un todo que se pudiera haber dicho perfectamente bien.

Un amigo mío, cada vez que lee un verso admisible y que contiene alguna idea, exclama: « ¡qué lástima que este verso no esté en prosa! »

Para un verso que sale espontáneamente, hay mil que han sufrido todas las torturas imaginables.

Cuando veo hacer versos me imagino asistir á la fabricación del alambre; allí el lenguaje pasa por una hilera finísima donde el pobre deja su solidez.

La poesía resulta de la tortura del pensamiento en una cárcel de palabras.

La espontaneidad en la poesía es rarísima y los poetas de nacimiento tienen, á mi modo de ver, una hipergénesis de los órganos del pensamiento, de lo cual resulta un desarreglo intelectual.

Los tiempos en los cuales la poesía abunda en todos los pueblos, son los tiempos primitivos, las épocas próximas al nacimiento.

De manera que escudriñando la historia, se puede desglosar de ella este principio:

« Cuanto menos industria más poesía. » O lo que vale lo mismo :
• cuanta más gente desocupada más poetas. »

Para ser poeta se necesita tener tiempo de sobra; lo mismo que para gastar lujo es necesario tener dinero de más.

La poesía, pues, como el lujo, entra en la categoría de las cosas superfluas.

Excusado es discutir sobre su utilidad, como lo hacen algunos.

Los que quieren encontrarle utilidad á todo lo que hay en el mundo, son unos visionarios.

No sólo hay sobre esta tierra cosas completamente inútiles, sino que las hay hasta perjudiciales.

La utilidad de la poesía es semejante á la de las pulgas, de los mosquitos y otras sabandijas.

Para mí, el único defecto que tiene el lenguaje, es el de prestarse á la poesía.

Pero ya que desgraciadamente ella existe en el mundo, á par de otros males, conformémonos con nuestra suerte y busquemos qué clase de sentimientos inspiran los poetas.

A mí me inspiran compasión, y cada vez que sé que una persona que aprecio hace bellos versos, me veo tentado á exclamar: « ¡ pobre, tan estimable por todo, pero poeta ! »

Otros admiran á los poetas y se encantan con los dulcísimos acordes de su lira.

Algunos piensan que ellos son seres sublimes dotados de una sensibilidad exquisita y una alma grande como el espacio y elevada como las estrellas fijas.



Dr. EDUARDO WILDE

« La Estrella y « América » tienen comisarios de averías en los principales puertos del exterior.

Estos suelen tener razón. Verdaderamente hay poetas que escriben bellezas tales, que bien merecían estar en prosa. En esas obras inmortales, el grandioso pensamiento ha salido á luz, á pesar de la poesía; ¡ cuán luminoso y encantador no se habría mostrado si hubiera venido por los rectos y fáciles caminos de la prosa!

Necesario es confesar, sin embargo, que el hombre es dado á lo fantástico, á lo misterioso y á lo increíble, por vía de divagación, y que no es raro en él, teniendo estas condiciones, que alguna vez piense en poesía como se piensa en la realidad del horizonte y se da existencia sólida y corpórea al cielo azul que nos rodea.

Vivimos actualmente en una época de materialismo y hacemos muy bien, á mi modo de ver.

Los ferrocarriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventaja á los idilios y los sonetos.

Ahora se piensa más en encontrar la solución de un problema mecánico, que en hallar un consonante para concluir felizmente un verso.

Todo está en armonía con las necesidades del hombre y con las urgencias sociales.

Hay actualmente menos soñadores porque hay más hambre; la prosa abunda porque las necesidades del estómago se han vuelto más apremiantes que las del corazón.

Antes se destinaba al trabajo el tiempo que le sobraba al amor; ahora el amor es un detalle, un accidente del trabajo.

Y no es, por cierto, muy á propósito para inspirar cantos amorosos, ver desembarcar carbón de piedra ó colocar cables para el alumbrado eléctrico.

En fin, no es tiempo de poetas! La fabricación de poemas se ha hecho muy difícil y apenas si se encuentra en el mundo uno que otro filósofo descarriado que se dedique á esa especie de comercio!

La razón principal de este decaimiento poético, es que en la Bolsa no se cotizan versos sino cueros, á causa de que se venden más y más caros los cueros que los versos y que satisfacen mejor las existencias del cuerpo.

Un poeta argentino ha dicho que la poesía sublime y elevada escasea, porque no hay grandes acontecimientos políticos que contar; pero para nosotros, esa no es la verdadera razón.

Las guerras heroicas y las santas revoluciones de los pueblos, pueden dar ocasión á poemas épicos, pero la poesía no se encierra toda en ellas.

La verdadera poesía ha comenzado por cantar sentimientos y por tomar como elementos de sus obras, los suaves impulsos de un corazón enamorado.

Adán debió ser poeta, pero poeta en prosa, cuando solo, en el paraíso, bajo la sombra de los árboles y sobre un piso de flores, declaró á Eva su amor.

La poesía no necesita salir al mundo para encontrar su esfera de acción; en cada sentimiento, en cada impulso del corazón hay un millón de poemas.



Para asegurar en condiciones ventajosas, ocúrrase á «La Estrella» y «América»

La compasión, el amor, la tristeza, el odio, los celos, la ambición, y cuanto sentimiento puro ó compuesto pone al hombre en relación con sus semejantes, es un manantial de poesía.

Y francamente, quizá los únicos poetas que tienen un legítimo derecho á hacerse perdonar sus versos, son los que cantan el amor y los sentimientos tiernos.

La poesía, si fuera un lenguaje fácil y admisible, sería el lenguaje propio para hablar á las mujeres.

Ellas, las pobres, son débiles de espíritu y afectas, por consiguiente, á desear lo que no entienden y admirar aquello cuyo significado no conocen.

La poesía en estos casos gusta como la música. Cuanto menos músico es uno tantas más piezas le agradan, precisamente porque uno no las entiende.

Tiene la poesía otro atractivo más: el atractivo de lo ilegítimo y anormal.

Hablar en prosa es común y fácil; hablar en verso es imposible, y el que tomándose el tiempo necesario para producir, produce algún verso agradable, sonoro y que retrata algún sentimiento delicado, ha puesto una pica en Flandes.

Las mujeres son de suyo caprichosas y amoldan perfectamente á su espíritu y á sus gustos la poesía, que no es más que un capricho de la prosa.

Por eso es más común que una mujer se enamore de un poeta que de un sabio, precisamente porque le gusta más lo que brilla mucho y seduce desde luego los sentidos, ó roza suavemente los sentimientos más comunes, que aquello que dirige sus toques á lo más profundo del alma, ó á lo más exquisito y delicado del pensamiento.

Cuál es el mejor poeta, es lo más difícil de decir y quizá lo más fácil de saber, en cada caso especial.

El juicio sobre los poetas no debe hacerse jamás en general ni en conjunto, porque cada uno de ellos presenta una faz distinta y cualidades especiales, que no pueden compararse con las de otro y que, por consiguiente, no son susceptibles de admitir la misma medida, ni aún aislada de aquellas con que el juicio y el gusto aprecian las diferentes clases de literatura.

El poeta que gusta más hoy, no será el más preferido mañana, porque los juicios, como los sentimientos, cambian con las circunstancias del espíritu.

De este modo se explica cómo lo que nos ha seducido tanto en un momento dado, según la impresión que nos dominaba, nos parece frío y pálido cuando lo apreciamos en otra escena y bajo diferentes impresiones.

El mejor poeta es ninguno, porque es aquel que se lee con más gusto, y no hay un tipo de gusto clásico en poesía, ni en ninguna otra cosa que se dirija ó se destine á sentimientos.

Un autor respetabilísimo dice que el mejor poeta es aquel cuyos versos lleva el viajero de buena gusto en el bolsillo de su paletó, para leerlos durante el viaje.



La definición sería perfecta si se supiera cuál es el viajero de buen gusto; pero saber esto es tan difícil como saber cuál es el mejor poeta.

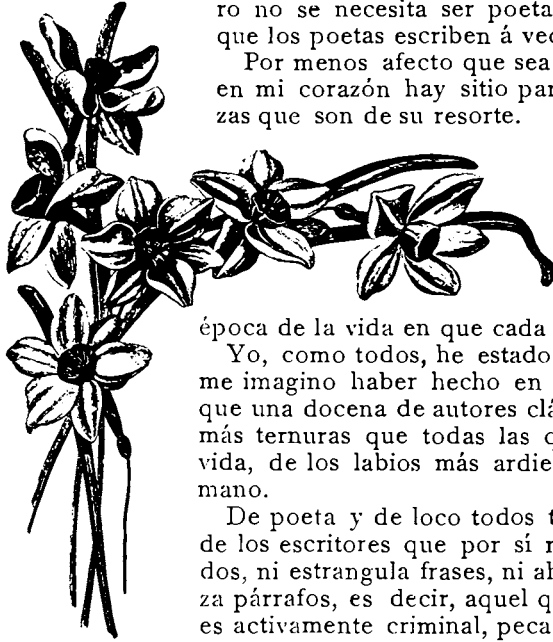
No averiguemos, pues, cuál es el poeta preferible y admitamos que hay poetas conforme hay desgracias sublimes.

Cuenta la historia que los espartanos utilizaron los talentos poéticos de Tirteo para hacer triunfar sus huestes, arrebatadas por un entusiasmo loco, y todos sabemos ahora que se toca el tambor para infundir valor en los batallones que se dirigen á la pelea.

He ahí, pues, dos cosas que son semejantes por los efectos que producen; pero decir que el toque de tambor es lo mismo que una poesía patriótica, es hacer la mayor justicia y el mayor epígrama á la poesía.

No soy poeta. ¡Dios me libre de semejante cosa! Pero no se necesita ser poeta para conocer las bellezas que los poetas escriben á veces.

Por menos afecto que sea á la poesía, conozco que en mi corazón hay sitio para algunas de las delicadezas que son de su resorte.



No he tenido nunca grande afición á las exageraciones y á las ficciones de que tanto gasto se hace en poesía, pero estoy íntimamente convencido de que hay una

época de la vida en que cada uno es poeta.

Yo, como todos, he estado alguna vez enamorado y me imagino haber hecho en aquella época más poesía que una docena de autores clásicos juntos y haber dicho más ternuras que todas las que han salido durante la vida, de los labios más ardientes en todo el linaje humano.

De poeta y de loco todos tenemos un poco, y aquel de los escritores que por sí mismo no guillotina períodos, ni estrangula frases, ni ahorca conceptos, ni destruye párrafos, es decir, aquel que no hace poesía, que no es activamente criminal, peca á lo menos juzgando las obras de los otros y poniendo parte de su buen ó mal sentido al servicio de los efectos que puede producir una obra poética.

Para ser buen poeta no debe uno preocuparse ni de la gramática, ni de la retórica, ni de la filosofía escolástica.

Lord Byron, que es el menos repugnante de todos los poetas, es decir, el jefe de la poesía universal, no hizo sino dos cosas para subir á tan cumbrado sitio:

1.º Aumentar el idioma inglés con un sinnúmero de palabras y construcciones nuevas que inventó.

2.º Convencerse profundamente de que todos los hombres eran unos canallas, de que no lo eran menos las mujeres y de que el corazón humano es un manicomio.

* * *

Al leer años más tarde estos párrafos, encontré que me había dejado arrastrar por la imposición de la polémica. (1) Mi contendor entendía que no

(1) Polémica con el Dr. Pedro Goyena.

podía haber poesía sin verso.—Ahora yo creo que el verso es un molde en donde se vacía un pensamiento de cierta naturaleza llamada poética.

No hablo de todos los versos, se entiende.

Poesía ahora para mí, es el sentimiento puro, elevado, sincero, emanado de un espectáculo ó de una concepción de índole estética.

El arte en todas sus formas es poesía—lo es la música, la pintura, la escultura, la literatura, los ruidos de los bosques solitarios, las nubes que viajan por los cielos, las tormentas del mar, todo lo que afecta intensa y delicadamente nuestros sentidos y aún lo que no los afecta: la religión íntima es poesía, el patriotismo positivo sin agresiones, es poesía, y por último, lo es la tristeza, que nadie deja de tener por más feliz que sea.

Hay párrafos en prosa que superan en poesía á todos los poemas ó trozos escritos en verso hasta el día.

«La muerte de Nelly», por ejemplo, en una obra de Dickens.

O Wilde



UNA FAMILIA POBRE



Instantánea de Arturo Laberne

Manchas de color



LA HERMOSURA

A mi hijo Casimiro.

Aquella delicada rosa blanca habia florecido al borde del lago de transparentes aguas, donde bajan, de noche, á bañarse las estrellas....

— Parece que no es usted feliz, dijo un día á la flor una náyade de ojos verdes y áureos cabellos, al notar su palidez.

— Verdad, contestó la rosa, exhalando un suspiro.

— ¡Vamos!... apuesto á que está usted enamorada.

— ¿A qué ocultarlo? amo á un blanco lucero que viene

á rondar todas las noches estrelladas mi rosal, sin que se atreva á posarse en mis pétalos....

— ¿Un lucero? ¿no será un cocuyo?

— No es un cocuyo, señora náyade, sino un lucero muy hermoso desprendido de esa constelación que, como sarta de fúlgidos diamantes, vemos brillar en la negra cabellera de la noche.... ¡Ay de mí! ¡Y no poder decirle que le amo; sin duda está enamorado de otra flor y esa sospecha me hace sufrir mucho.... ¿No ve usted qué descolorida estoy?

— No comprendo, siendo usted tan hermosa, cómo es tan desgraciada.

— ¿No ha leído usted á la Coronado?

— No leo nunca.

— Mal hecho.

— ¿Y qué dice esa señora?

— Pues esa señora dice que es una desdicha nacer hermosa, y tiene mucha razón. Para la hermosa se han tejido, con sutilísimas hebras de luz, las redes de la seducción y del engaño; para ella aguza en las sombras su puñal la envidia; todas las desdichadas que arrastran sus blancas alas de ángel por el fango son hermosas. En este mismo campo, habrá visto usted perseguir á las mariposas más lindas, para ser atravesadas con agudos alfileres de oro, expiando así el delito de haber nacido her-

mosas. Yo misma presiento mi próximo fin en regio búcaro, lejos de mi rosal amado....

— ¡Pero eso es terrible !

— No lo sabe usted bien, señora náyade; en la hermosura es en lo que se ceba más ferozmente la maledicencia. Todo ese ejército de alados insectos y brillantes uniformes que me corteja desde que nace la aurora hasta que muere el sol, se venga de mis desdenes, calumniándome y vanagloriándose de favores no concedidos. Esas campánulas azules que crecen junto al rosal, me llaman orgullosa y fatua, porque las ofende mi hermosura; la brisa me trae sus cuchicheos y más de una vez he deseado morir al verme objeto de sus crueles mofas...

— Pues la compadezco á usted, dijo la náyade, acariciando á la flor.

— Gracias... ¡ Ah! créame usted, la hermosura es una verdadera desdicha.

— ¿ Y no tiene usted esperanza de que por fin el lucero...?

— Ya le he dicho á usted que no tardaré en ser arrancada del tallo para consumirme en dorado búcaro... ¡ si al menos me dejaran morir en mi rosal, envuelta en rayos de sol! Pero soy demasiado hermosa para que tengan lástima de mí. Confíese usted, señora náyade, que la Coronado tiene razón. También para la mujer es una desdicha nacer bella. Dios, en sus inexcrutables designios, ha querido que las rosas fuéramos la imagen fiel de la hermosura femenina...

— ¿ Por qué? preguntó sorprendida la náyade.

— Porque, como ella, en el palacio ó en la choza, vivimos rodeadas de espinas en el rosal.

Septiembre de 1899.

Casimiro Prieto



Jugaban al ajedrez don Tadeo y don Crisóstomo: los dos eran muy tardos para mover una pieza. Empezaron la partida al mediodía; eran las siete de la tarde, y habían hecho tres jugadas. Don Tadeo adelantó un peón y se levantó.

— ¿ Se marcha usted? — le dijo su contrario.

— Sí, voy á comer: tardaré dos horas nada más. Si juega usted, avíseme por teléfono.

Don Tadeo se indispuso después de comer: hizo llamar al médico y éste declaró que tenía una pulmonía: quince días después salió á la calle y volvió al café; su contrario estaba todavía delante del tablero y en aquel momento movía otro peón. Don Crisóstomo no había notado su ausencia, y había comido y dormido quince días en la sala de juego.

— ¿ Puedo salir á un negocio urgente? — preguntó don Tadeo al hacer su jugada.

— Según....

— Tengo que seguir un pleito; es cuestión de algunos meses.

— Es lo que necesito para hacer la otra jugada — respondió don Crisóstomo; — puede usted seguirle.

Ley de herencia



LUIS GARCÍA

I

Hombre inculto, bravo y fiero,
 Juan, por el hambre acosado,
 abandonando el poblado
 se convirtió en bandolero.
 Fué el terror de los caminos
 y el azote de la villa,
 al frente de su cuadrilla
 de ladrones y asesinos;
 y convertido en señor
 de aquella comarca entera
 no hubo quién no le cediera
 hacienda, vida ú honor....

Ansioso el Rey de poner
 á la media luna traba,
 por aquel tiempo luchaba
 contra el árabe poder;
 al par que el mahometano

su ejército reunía
 y presuroso venía
 al encuentro del cristiano,
 yendo en su sangriento afán
 á chocar en dura guerra,
 precisamente en la tierra
 de la que era el terror Juan.

En la brega confundidos
 luchaban valientemente,
 cuando llegó de repente
 Juan con todos sus bandidos.
 Miró el combate sereno,
 á los suyos arengó
 y arrojado se lanzó
 á buscar al agareno.
 Su acero de sangre rojo
 en el árabe se hundía
 y el enemigo caía
 ante su brazo y su arrojo.

Por su valor soberano
 la victoria fué alcanzada
 y su hazaña presenciada
 por el monarca cristiano,
 el que le hizo caballero,
 y conde de Puñofuerte,
 cambiándose de esta suerte
 la vida del bandolero,
 pues le dió, á más de nobleza,
 el monarca agradecido,
 un feudo muy extendido,
 fuente de grande riqueza.

II

Por sabios ó por valientes,
 por su belleza ó su gracia,
 distinguió la aristocracia
 de Juan á los descendientes.
 Unirse á ellos era honor,
 pues que ya nadie sabia
 que tal gente descendía
 de Juan el salteador.
 Hubo entre ellos trovadores,
 virreyes, sabios, guerreros,
 navegantes y banqueros
 y santos é inquisidores.

Mas de su nombre orgullosos,
 derrochaban un caudal

y ellos y ellas por su mal,
se hicieron muy caprichosos
Viéndose el conde postrero,
después de dilapidado
lo poco que hubo heredado,
con nobleza y sin dinero.

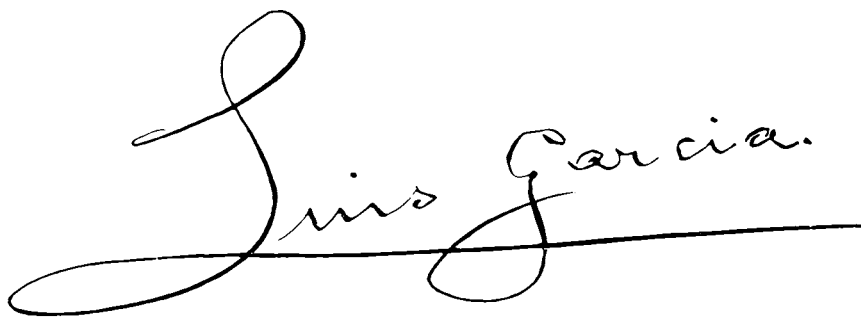
III

El conde de Puñofuerte
á Buenos Aires llegó,
y en un enlace pensó
que mejorase su suerte.
Conoció al fin á una hermosa
y la asedió el calavera,
puesto que sabía era
tan rica como graciosa,
y entre protestas amantes,
delante de mucha gente,
fué y la robó diestramente
un gran collar de brillantes.

IV

En crítica situación
se vió el conde colocado,
ya que se encontró encerrado
en la cárcel por ladrón.
Comentó el caso la prensa,
y un abogado novel
gustándole el caso aquel,
se encargó de su defensa,
consiguiendo el defensor
una completa victoria
sólo con narrar la historia
de Juan el salteador.
Con ayuda de la ciencia,
quedó probado y palpable,
que si el conde era culpable,
lo era por la *ley de herencia*.

Y la justicia su celo
una vez más demostró,
y en aquel caso falló
contra Juan ¡contra el abuelo!



—¡Señor, señor! librame de los malos pensamientos—decía un hombre mirando al escaparate de un joyero.

—¿Qué te pasa?—le dijo su mujer.—¿Has tenido malas tentaciones? Vamos á la iglesia, reza y arrepíentete.

El marido se dejó llevar y rezó devotamente.

—Cuéntame ahora la tentación—dijo la mujer—cuando concluyeron las devociones.

—Pues bien : has de saber, querida mía, que al mirar aquella hermosa pulsera de oro y diamantes, tuve intención de entrar en la joyería, comprarla y regalártela.

* * *

Se vió un hombre tímido en el caso de nombrar padrinos, y encomendó su representación á dos sujetos.

—¿Por qué los elegiste?—le preguntó un amigo.

—Porque me dijeron que arreglan toda clase de cuestiones.

—Es verdad; pero te advierto que todo lo arreglan á balazos.

Timoteio

(CUENTO DE TIERRA ADENTRO)

Timoteio acababa de cumplir veinte años. De naturaleza enclenque, aunque espigado, revelaba en sus facciones el mísero fruto de varias generaciones consanguíneas.

De familia patricia, había podido conseguir el ingreso al Colegio Nacional, pero las influencias tropezaban con su incapacidad, y tres años llevaba en plena lucha, para desligarse del primero. En su última prueba y al retirarse

desesperado de la mesa de examen lloró.— En el hogar se repitieron esos llantos; su madre, su buena madre, como todas, creyendo á Timoteio una lumbrera, lloró también por la injusticia cometida con el pobre niño, y en el paroxismo de su dolor, sacaba el cuero á las señoras de los catedráticos con quienes tenía afectuosa relación, mientras que el padre, conociéndolo mejor, se indignaba á su vez, por el poco caso que habían hecho de su recomendación y de la del Gobernador, su amigo: y en su despecho de político desairado, pensaba ya en pasarse á la oposición.

Felizmente, un acontecimiento inesperado aplazó tan negros proyectos y mitigó tanto dolor.

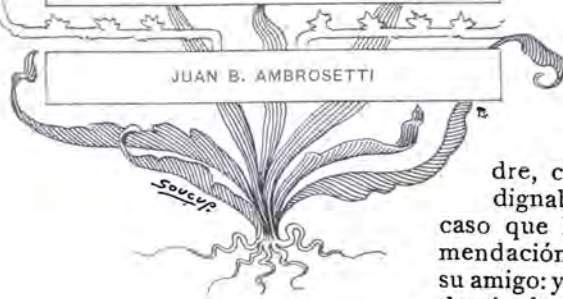
S. S. Ilustrísima el nuevo Obispo anunciaba su próxima visita pastoral.

La pequeña ciudad, tranquila de ordinario, pero de sincera fe religiosa, se trastornó con la fausta nueva; y mil proyectos se hicieron para el mayor esplendor de las festividades que merecía tan alta dignidad, quien desde largo tiempo no honraba con su presencia á los buenos feligreses.

Los medios eran escasos, pero la fe, que todo lo puede, aguzó los ingenios.



JUAN B. AMBROSETTI



«sucupais», se suiz y kocu, conserva el cabello y quita totalmente la caspa

Los hombres se encargaron del vestuario del piquete, de las camaretas, de los discursos y de la música, para lo cual se trajeron á lomo de mula á ocho sopladores de una provincia hermana, y, como refuerzo eficaz, por intermedio de la policía, se *pegó* una arreada de todos los bombos y clarinetes que alegran en sus chayas, á las buenas gentes de los cerros y quebradas.

Los piquetanos limpiaron los rémingtons y ensayaron algunas descargas, derrochando como cosa ajena, los cartuchos del parque nacional.

Los presos sudaron la gota gorda, arrancando los yuyos de las calles principales y clavando los postes del embanderamiento.

Por su parte, el gobierno se asoció al acto nombrando comisiones y más comisiones, sin darles ni medio.

En las escuelas, desde la mañana hasta la noche, no se oía sino ensayar el himno nacional.

De puro cansados, los sastres se pinchaban ya los dedos cosiendo ternos de ropa ó se los quemaban planchando levitas seculares.

Las viejas arcas y baúles se abrieron y desbordaron: cortinas, sobrecamas de seda, crochets y géneros ricos y vistosos; mientras las señoras, sin descansar, remataban las chinitas en mandados, llevando y trayendo mil objetos para el adorno de la Iglesia y del frente de sus casas.

Los sauces y álamos sufrieron una poda espantosa y sus despojos en grandes atados, pasaban por las calles, á la cincha de burritos de todo pelaje.

En las cocinas los jarabes, jaleas de frutas, arropes y compotas, humeaban en las pailas de cobre, bajo la vigilancia de las negras y del ojo avizor de las patronas, que con intermitencias entraban y salían, no sin repartir de paso pellizcos y coscorrones á las chinitas que, en cuclillas del lado de afuera, fregaban con cascotes y ceniza, la vieja vajilla de plata labrada.

El resto de las casas presentaba el mismo aspecto de inusitado movimiento; en el comedor el ruido de las tijeras sobre la gran mesa, se entremezclaba con los chillidos y cotorreos femeninos que se cambiaban con las que cosían en la sala.

Como el tiempo volaba, no había que pensar en siestas, y, desde temprano, aquel ir y venir ocasionaba protestas mudas á los dueños de casa, quienes se desquitaban morrongueando en los corredores en manga de camisa ó encharcándose de mate dulce, alternados con sendos cigarros de chala.

De conformidad al programa oficial; y á la hora convenida, el señor Obispo hizo su entrada solemne á la ciudad, en la sopanda del Gobierno, tirada por ocho mulas blancas, repartiendo bendiciones, bajo los arcos de follaje, entre el estampido de las camaretas, el chisporroteo de los cohetes, los disparos de cuanta arma de fuego había podido hallarse y los vivos atronadores de los buenos habitantes, muchos de los cuales, á caballo, venían acompañándolo desde lejos, con banderas en las manos y no pocas botellas en las alforjas.

Para qué detallar las fiestas! Baste decir que superaron toda expectativa.

El pobre señor Obispo, mientras tanto, fué la única víctima, y á no ser su alma cristiana y su mansedumbre ejemplar, hubiera tenido motivos muy serios para quejarse.

Hacía una semana que no lo dejaban descansar, todo el mundo quería visitarlo, hombres y mujeres, y con esa bonhomía propia de los pueblos chicos, lo tertuliaban de un modo atroz en todos los minutos libres.

El abuso rayaba en lo increíble, pero, S. S. I. se había resignado y con sus bellas dotes de carácter tenía para todos y cada uno palabras corteses, para muchos de infinita dulzura y de consuelo, y, para no pocos, bondadosas recriminaciones, que infiltrándose saludablemente en sus almas, volvieron la paz á muchos hogares.

La familia de Timoteio era de las más asiduas; pero como en el salón no cabía mucha gente, los niños quedaban en los patios esperando á sus mayores.

Por otra parte, á éstos les gustaba más eso y tenían sus motivos.

Los familiares de Su Señoría, por orden de éste, repartíanles las innumerables golosinas que, en bandejas primorosas, entraban sin cesar en aquella casa, conducidas por una legión de mucamas, quienes traían aprendido de memoria el mensaje respectivo.

Timoteio, á pesar de sus veinte años, se había hecho un asiduo concurrente, comía á dos carrillos y estaba encantado.

Una tarde llegó su mamá más temprano que de costumbre, y dando un vistazo al salón, vió que por fin podía satisfacer su orgullo materno presentando á su hijo.

Su Señoría acababa de almorzar.

Timoteio, enseñado de antemano, prosternóse ante el santo varón y besó con fuerza el anillo pastoral.

El bondadoso señor tuvo frases amables para el niño, quien, ruborizado, se pisaba los botines, y concluyó por meterse el dedo en la boca, mientras su mamá charlaba.

Cuando el señor Obispo supo que era estudiante de preparatorios, preguntóle con tono afable:—¿Y para qué piensa estudiar, mi amigo?

Ante esa pregunta, y más ruborizado que nunca, Timoteio sintió que en su cerebro cruzaba un rayo de luz, y recordando con dolor el desastre de sus exámenes, respondió con tono balbuceante y lacrimoso:

—Para Obispito, Ilustrísimo señor!...

Para Obispito!



24 de Julio de 1899.



La mujer de un maquinista de imprenta, despertó á su marido que dormía dando voces.

—¿Qué tienes? ¡despierta!

—¡Ah! ¿conque era un sueño?

—¿Qué estabas soñando?

—No me lo recuerdes. Figúrate que soñé que salías de cuidado, y que me decía la partera:—«¿Tiene usted muchos pañales?—Pues, ¿qué ocurre?—Que esta señora es una máquina excelente, y dará á luz veinte mil niños por hora».



•Eucaliptus• de Ruiz y Roca, para el caballo, indispensable en su tocador

Nocturno

Estoy muy triste — Duermes ;
yo velo soñador sobre cubierta :
se oye el batir del agua, y en el cielo
brilla la luna con su calma espléndida.

Yo pienso en ti — Tú abarcas,
animas, enalteces y compendias
mi vida — errante vanidad que cruza
por un inmenso páramo sin huella.

Tú eres mi amor — La gloria,
los rumbos inmortales de grandeza
en ti se funden hoy. Tú lo eres todo—
serás mi eternidad, si hay vida eterna.

Medito en Dios — Él nace
con firme convicción en la conciencia
cuando un amor inextinguible y puro
con nuestra lucha de dolor tropieza.

Y creo en ti — Silencio!
el viento de la noche azota y besa
mi frente con furor y con cariño: —
soplo del porvenir, impregna ideas.

Soy todo tuyo — Duerme
confiada en mí: mi acción, mi inteligencia,
mi fe en el arte, en la razón humana,
todo concluye en ti y en ti comienza.

Héme feliz — El hombre
en dos grandes crepúsculos se encierra:
la patria — aurora fúlgida; la amada —
trémula luz que al infinito llega.

Yo pienso en ti — Tú colmas
la vaga lucidez de mi impaciencia;
en ti los dos crepúsculos se unen,
el cielo en ti comulga con la tierra.

Duerme, bien mío! — Siento
el hálito de luz de las estrellas;
oigo el alma de Dios — el universo:
y todo vuelve á repetirme: es ella!



Un pobre sale de un bodegón completamente borracho; se quita el sombrero y pide limosna á un transeúnte.

—¿Tiene usted valor—le responde éste —para pedir en tal estado?

—¡Ah, señor!—contesta el pobre;—me han emborrachado de limosna.

* *

P. D. de una carta de Dolorcitas.

«Indudablemente voy á tronar con Alfonso: es insoportable, y me he cansado de sus exigencias: quiere ser el único, y me condena á dúo eterno: eso no será: se acabó la tiranía. ¿Sabes lo que me dijo ayer?

—«Dolores, no permito que haya grupos en tu corazón; quiero estar solc».

«Pues se acabó su reinado: esta noche dentro de mi corazón se proclama la república».

Psicología del pudor

Et qui redire, quum perit, nescit pudor.
SÉNECA.—*Agamemnon*.—Act. II.—v. 113.
Femina amissa pudicitia alia abnuerit.
TÁCITO.—*Annales*.—Lib. IV.—cap. 3.

Confieso que no pocas veces ha sido foco exclusivo de mis meditaciones el concepto clarísimo que los escritores de la vieja Roma tenían de la emoción cuya naturaleza psicológica y papel social son hoy verdaderos rompecabezas de profesores y estudiantes.

Por cierto que los psicólogos de la antigüedad excedían en observación á los contemporáneos que, frecuentemente, se extravían en los laberintos de las hipótesis y de las especulaciones metafísicas.

De modo que los filósofos antiguos no se preocuparon mucho del abolengo de esa emoción encantadora que hasta Diógenes el Can reputaba como un adorno exquisito de la virtud.

Aquellos sabios tenían paladar griego: saboreaban el manjar realizado por el marco artístico del refinamiento social, sin imaginarse el sucio vivero invadido por el esclavo... Admiraban la perla, complemento de la femenil belleza, sin obscurecer su argentada palidez con el recuerdo prosaico del génesis de aquella secreción marina.

Obsérvase, empero, que entre los filósofos griegos y romanos, el pudor ha sido definido como una calidad peculiar del bello sexo. Con razón lo identifica Spencer con la castidad, al denunciar la emoción pudorosa como un signo de avanzado desarrollo social.

Sin embargo, Mantegazza atribuye al pudor un origen egoísta, y extiende sus efectos á uno y otro sexo: «El pudor, ha dicho, es un respeto físico de nosotros mismos».

También lo ha generalizado James, imaginando una doble reflexión interna de parte de la persona que se ruboriza: la repulsión que la vista de ciertos actos ajenos nos sugiere; y la idea de que fuéramos los actores de tan vergonzoso espectáculo.

Como se ve, para James, el pudor es una vergüenza refleja y prematura.



DR. ERNESTO J. WÉIGEL MUÑOZ



«Eucalyptus», de Raiz y Roca, conserva el cabello, quita totalmente la caspa

Sergi opina que dicha emoción vergonzosa tiene su asiento en un impulso descendiente de la envidia: la indumentaria (armas, adornos, trajes) se inició en los hombres, sobre todo dentro de los pueblos guerreros; y naturalmente, las mujeres se avergonzaban al compararse con los individuos del sexo masculino.

La tesis es ingeniosa, pero choca con el concepto vulgar del pudor, en sus formas civilizadas, y revelado por el fenómeno vasomotor del *rubor*.

Además, me atrevo á sostener que la indumentaria ha tenido distinto origen en la mujer que en el hombre. Este ha cubierto su cuerpo, obrando en virtud de los instintos defensivos y preventivos que se desarrollaron en medio de su constante actividad; mientras que el vestido femenino ha debido comenzar en el período de lo superfluo, cuando germinaban las emociones radicales del sentimiento estético.

El tatuaje, los adornos, los trajes y demás atavíos indumentarios, comienzan á perfeccionarse cuando las mujeres intervienen en las danzas guerreras, abriendo el camino á las bellas artes de los pueblos civilizados.

Y que el pudor está vinculado á los sentimientos estéticos, aun más que á la castidad, lo demuestran las observaciones de viajeros que han visitado pueblos cuyas costumbres púdicas están reñidas con las de nuestras sociedades. En dichas agrupaciones el pudor tiene mucho que ver con el vestuario, pero casi nada con los instintos sexuales.

Por otra parte, la fisiología del pudor es tan ilustrativa como la antropología y la etnología: la mímica pudorosa es evidentemente defensiva, aproximándose mucho á las del miedo, la vergüenza, la modestia, la timidez y el recato. Difiere de la primera de las emociones premencionadas en el signo del «rubor», que también se presenta en el rostro de las personas vergonzosas, tímidas, modestas ó recatadas.

Sin embargo, el pudor tiene de común con el miedo la energía de los impulsos internos y tendentes á resguardar de los sentidos ajenos el exterior de nuestro propio organismo: se trata, pues, de una forma del temor, generada por la vida social, y más sentimental que instintiva.

En sus profundos estudios de psicología fisiológica, Wundt ha demostrado que el rubor procede, en la emoción púdica, de una innervación de los vasos constrictores de la fisonomía, y en virtud de la cual los vasos faciales se paralizan para compensar el trabajo excesivo de las vías circulatorias del corazón.

Esta víscera late, efectivamente, en el «verdadero» pudor; pero de un modo diverso al del susto: en éste, la reflexión fisiológica es centripeta, determinando afluencia de sangre á los músculos cardiacos, y «palidez» del rostro; mientras que en el pudor interviene una corriente centrífuga en dirección á la fisonomía, donde se produce una congestión local.

De lo expuesto se deduce cuán fácil es confundir el pudor con otras emociones defensivas y que también son acompañadas de ruborización facial: las personas modestas elogiadas con exceso; las tímidas ó susceptibles que se reputan ofendidas; y las que son sorprendidas en algún secreto de su natural recato; son víctimas de conmociones análogas á las del pudor.

Pero en tales casos, no es difícil establecer la distinción entre la pudicia y la pusilanimidad. Más grave es el problema psicológico en los casos, desgraciadamente frecuentes, de pudor simulado.

Entonces interviene la vanidad, cuyo papel predominante ha sido descrito por Mantegazza en su capítulo acerca de la mímica de la *coquetería*: «Su fórmula general, dice el autor citado, consiste en ocultar los

naturales defectos y en aumentar los atractivos, que llegan hasta ser simulados cuando no existen. En toda reunión de buen tono abundan las personas poseedoras de lo que llaman los ingleses el *courtship*: éste acciona con la mano despojada del guante, porque desea lucir la belleza plástica de dicha extremidad; aquél mueve impaciente sus pies, de una pequeñez y finura extraordinarias; la condesa A. se ríe hasta de los muertos, para que pueda admirarse su hermosísima dentadura; la pudibunda y virtuosa marquesa B. gasta un palmo de bata, porque es dueña de unos hombros dignos de la diosa Juno; y el príncipe C. se presenta de calzón corto para que la seda de sus medias revele las curvas elegantes de sus bien torneadas pantorrillas.»

Sólo que los mencionados casos suelen acarrear el eclipse momentáneo del pudor. Pero..... ¿y si éste es falsificado ó meramente convencional?...

Un médico amigo mío tuvo que prestar sus auxilios facultativos á una bella andaluza, víctima de un accidente callejero. El joven galeno tuvo que recurrir al cloroformo para conseguir que la lesionada se dejase tantear el tobillo, que parecía dislocado.

—Es una virtud selvática! — exclamaba mi amigo, después de haber efectuado la cura debajo de las faldas arrolladas en torno de la garganta de la pantorrilla damnificada.

Por la noche fué á un teatro por horas, y vió á su hermosa y pudibunda cliente haciendo el papel de mariposa bailarina en no recuerdo qué zarzuela «de aparato».

Buenos Aires, 1899.



—¿Conoces á Nin, el tirador de carabina?— decían á un andaluz, que ponderaba tener la misma habilidad.

—Todo lo que hace no es nada: yo puse de perfil á un amigo, y á veinte pasos le quité una nube que tenía en el ojo izquierdo.

* * *

Correspondencia amorosa.

«Señora: no me gusta perder tiempo; es usted libre; yo lo soy más; ¿quiere usted que nos casemos?»

«Caballero: todas las noches voy al teatro, y jamás he visto ningún drama que tenga la catástrofe al principio».

* * *

—Juanita, ¿es cierto que te casas en terceras nupcias?

—Es verdad.

—Mira que hasta ahora has ganado la partida, y no siempre ha de ser lo mismo.

—Por eso debo dar á los hombres la revancha.

Un país ingobernable

(TRADICIÓN)

Cierto día de fiesta en el cielo, por no haber caído ningún condenado, el buen Dios dispuso elecciones en la tierra, ordenando á San Pedro recomendará á los pueblos que viven en gracia de Dios, cada uno enviara un delegado á que solicitase aquello que más le conviniera, dispuesto á conceder *una* gracia.

No poco trabajo costó al viejo Portero celestial descubrir desde tal altura cuáles eran los pueblos que vivían en gracia de Dios; pero, al fin, tras reñidas elecciones, se abrieron las puertas del cielo, y con registros buenos, falsos ó adulterados, empezaron á llegar.

La verde Erin mandó á San Patricio, y como irlandés de cepa, solicitó que nunca faltaran las *más ricas* papas á su rebaño.

—Concedido, dijo el Señor; pero no olvides que no es lo único bueno que, cual el maíz, el tabaco y el cacao, os ha mandado la América, y cuando el rebaño acreciente, enviad vuestros sobrantes á plantar papas en esa parte del planeta, tan fértil, como escasa de brazos.

San Isaac solicitó y obtuvo el *más grande* Imperio para los rusos, y desde entonces, en tan dilatadísima región de pueblos de tantas lenguas, andan los moscovitas que no se entienden, y como merienda de negros, sin llegar al *quibus*, que en cuanto al *conquibus*, lo absorbe por completo su amo y señor, el Czar de todas las Rusias.

Presentóse Saint Denis ante el trono excelso, y saludando militarmente, no quitándose el casco de sobre la cabeza (agrega el mentiroso cronista francés) sino la cabeza de sobre los hombros, como indirecta ó recuerdo al Padre Eterno del martirio sufrido por su santo nombre, dijo:

—Pardon, Monsieur. Je demande pour la France la *plus jolie* armée du monde!

—Concedido. Hermoso sí, pero preved que por descuido ó relajación no deje poner el pie adelante á los prusianos.



DR. PASTOR S. OBLIGADO

De rubias barbas, casi bermejas, sobre traje escocés, siguióle San Jorge, fijándose el binóculo al hacer la venia:

—Os pido, Señor, la primera marina del Océano, para Inglaterra.

—Concedido. Y los mejores bistecques de yapa, agregó San Pedro, que, como viejo chanzonero, estaba de vena aquel día.

Después de dos soldados sin cabeza (perdida en el martirio), tocó el turno á un santo Obispo sin corazón. Al menos, los genoveses juran y rejurán que se lo tienen en reserva, como su sangre en *la sacra ampollita*, con obligación de liquidarse una vez por año, y expuso:

—Solicito para los italianos,—dijo San Jenaro, que dentro de ellos salgan los primeros artistas del mundo.

—¡Saldrán! Aunque no quede ninguno en casa, agregó el portero.

Así fueron desfilando los Enviados de todas las naciones, pidiendo cada cual *una gracia*, según sus instrucciones. Ni por casualidad pidió alguno lo que más convenía á sus representados, pero todos estos humildes siervos del Altísimo agregaban: «lo *primero*», «lo más *grande*», «lo *único* en el mundo».

—Que avance otro, se oyó.

—No hay más, contestó Pedro.

—¿Tan pronto ha concluído la larga letanía de pedidos?

—Allá á lo lejos divíbase algo que se mueve entre nubes de polvo. Por fin llegó Santiago, caballero en su caballo blanco.

—¿Qué pide el perezoso?

—El *más rico* vino que produzca la tierra.

—Concedido.

—Las *más* lindas mujeres con la sal de Andalucía.

—¡Hola! Galante es el noble hidalgo.

—Pido....pido....

—¡Calla, chico! no seas grosero, que la buena crianza es lo primero,—dijo Pedro tirándole de la capa.

—Quiero para España un buen gobierno.

Al que por lo cargoso se le puso un *no ha lugar*, y por lo que, desde entonces, no hay lugar en España para gobierno bueno.

En esto se abrieron las nubes, y entre albos girones del color de su nombre, apareció coronada de rosas una morena virgen americana, sencilla como criolla, y hermosa como buena. Recatada y modesta, sollozó á media voz solicitud velada por el pudor.

Oportuno nos parece recordar que el Papa-Clemente X, ante quien tramitó la canonización de la bella peruana, exclamó todo azorado: «¡Limeña y Santa? ¡Preciso será lluevan rosas para crearlo!» ¡Y rosas llovieron!....

—Toda rendida y confusa tu humilde sierva, pide *el mejor* clima para su pueblo, cuya benignidad llegue á ser proverbial, dijo Rosa.

—Concedido. Será tu país un Perú. Es ya un Potosí, y cuando se cansen de extraer plata, les daré sal, y cuando las limeñas la mermen por su uso y abuso, hasta el guano se les convertirá en oro.

Rendida y arrodillada, llena de gracia y candor, agregó:

—Pídote, Señor, des el *más chiquito* pie á las limeñas, y clara inteligencia á todos los hijos de la América que me aclaman su Patrona.

—Al fin mujer, en lo pedigüeña, murmuró por lo bajo Pedro.

—Está bien, Rosa; pero cuida que ese lindo pie no *sea pie* para muchas manos, y vayan tus paisanas de patitas á los infiernos, ó no caigan por *tapadas*, siempre de pie.

—Señor! Señor!

—¡Cómo, todavía?

—Concede á mi patria un buen gobierno.

—Rosita, Rosita....¿no tienes que pedir otra cosita?

Iban ya á cerrarse las puertas del cielo cuando, empolvado y jadeante, llegó un tercer militar, bravo y dadivoso, que dividía su capa ó poncho con el primer friolento que tropezara. Excusó su retardo, pues hasta tres veces había tenido que ganar elecciones á un cierto San Sebastián que andaba embrollando la lista para ir á representar como su Patrono, la nueva patria argentina. Cabalgaba brioso y magnífico *pampa*, más veloz que el viento de su nombre, y á tal punto saltador, que desde el Tupungato saltó al cielo.

—Ya sabía, dijo el Señor, que os enviarían los de aquella joven nación, tan valerosa como inconstante. Buena gente: algo variable cual sus aires. Les di Virreyes, y ambicionaron Reyes, luego República; clamaban por Libertad, y al fin tanto abusaron de ésta, que en poco tiempo la consumieron. Les proporcioné hasta un lindo tirano, con quien más constante se mostraron. ¿Pretenden ahora ensayar algún Dictador?

—Quieren el Río *más ancho* y dilatado.

—Lo tendrán. Y pueden llamarle de Plata, para satisfacer vanidades; aunque no tenga una *blanca*, agregó Pedro.

—Quieren las Pampas *más grandes* de la tierra y la *más alta* montaña de América.

—Concedido. Aunque nada tengan en ellas, dijo el portero.

—Quieren....

—¿Todavía? murmuró amostazado el Altísimo. Pero, inmutable el pedioso, seguía impertérrito el Santo Patrono de Buenos Aires, sin que nadie reparara ya en el importuno.

—Lo último, Señor, lo último. Pido prosperidad para el pueblo argentino, y un buen Gobierno. Paz sobre todas las cosas, que debe ser algo muy bueno, aunque sólo la conocen de oídas, pues no saben mis representados lo que es vivir en paz.

Oyóse por única respuesta el estruendoso portazo, que siguió retumbando en la tierra

Y he aquí por qué no puede haber un buen gobierno en la Argentina. Otra cosa hubiera resultado si Rosa, Santiago y San Martín empezaran sus pedidos por donde acabaron, ó limitádose á la más humilde súplica: «Dadnos, Señor, lo que más nos convenga». Pero vaya á enmendarse el carácter nacional en un día. Ni en la experiencia de trescientos años hemos adelantado un paso. No en balde se dijo: «Genio y figura hasta la sepultura». Tal fútil transposición el secreto es por lo que ni España, el Perú, la América toda, más dada al fantaseo y fandanguillo, al parecer, que á lo provechoso, haya logrado buena y estable dirección.

Si tradiciones á ésta semejante se encontraren, no implica que el autor imite á Dumas, ni Palma á Lafuente, sino que en todas partes se cuecen habas, apareciendo en muchas cierto aire de familia, pues á la postre, sudamericanos, españoles y franceses reconocen por tronco común la vieja *mater latina*, y quien lo hereda no lo hurta.

Pastor S. Obligado.



Una de las grandes ventajas económicas para un país es que «el seguro nacional sea para el capital nacional».

Moreno

De la noche sombría ni las huellas
quedan; reprime el mar su movimiento,
y el pálido fulgor de las estrellas
se eclipsa en el cenit del firmamento.

Allá á lo lejos, soñadora, grata,
entre rayos de luz, crepusculares,
la prora va que se alejó del Plata
con quien jamás retornará á sus lares.

Sér varonil, que sin temor, entrega
la Junta que admirara su talento,
al turbio mar que sin descanso brega.
con las furias titánicas del viento.

Atleta pensador, numen brillante,
de corazón y espíritu sereno,
á cuyo paso el piélago sonante
va diciendo, con júbilo: ¡Moreno!

Y la que ansiosa busca otro hemisferio —
frágil barquilla de graciosa vela—
tras sí dejando sombras y misterio,
sobre el oleaje turbulento vuela.

Vuela mientras en su seno, convulsivo
el mártir va sin levantar la frente,
como quien sufre penetrante y vivo
el fuego de un dolor omnipotente.

La idea de la patria le devora,
¡patria de sus amores, codiciada,
por quien delira, se entusiasma, llora,
y asciende su alma á la región soñada!....

¡La eterna ley de la creación lo quiere!
y aquel prócer de Mayo, esclarecido,
con la entereza de los justos, muere
salvando las penumbras del olvido.

1899.

Juvenio C. Rosé



Histórico.

Un cazador que adora á su perro, nota que éste tiene alguna perturbación en la vista; quiere que le reconozca, no un veterinario, sino un médico, pero no se determina á decirselo á un oculista famoso. Por fin se encarga del asunto una señorita amiga del facultativo, que después de ingeniosos preámbulos le dice:

—¿Es usted aficionado á la caza?

—No, la odio.

—¡Ah!... pero ¿le gustarán á usted los perros?...

—Los aborrezco.

—Pues bien, basta de rodeos: tengo un capricho que exijo de su galantería, y en cambio le prometo á usted el secreto de esta cura.

Y le expone su deseo.

El oculista se pone serio, la señorita sonríe con dulzura, y el sabio concluye por sonreír, y dice:

—Hacen ustedes de nosotros lo que quieren; que entre el perro.

El animal es introducido en el consultorio, y el sabio le examina.

—Tiene un defecto en la vista—dice reconociéndole los ojos.

—¿Y qué se debe hacer?

—Ponerle lentes.



Educación



TODO aquel que, preocupándose del porvenir de nuestra patria, estudie con atención las manifestaciones de nuestra sociabilidad en sus diversas fases, deberá reconocer con sentimiento que ellas no presagian, por desgracia, el engrandecimiento del país, porque si bien aumenta la riqueza material, debemos lamentar continuamente, tanto en el gobierno como en el pueblo, un decaimiento alarmante del sentido moral. Los administradores de los dineros públicos no los cuidan cual es su obligación, cuando no los distraen y malversan lastimosamente; el pueblo, por su parte, tampoco ofrece ejemplos mejores.

¿A qué se debe un estado de cosas tan poco halagüeño, por cierto?

Para nosotros, es indudable que á la falta de educación. Aunque la afirmación parezca algo absoluta, es exacta.

A pesar de los grandes edificios escolares, á pesar de las ingentes sumas que se invierten en su sostenimiento por cuenta del Estado, se educa menos que hace veinte ó treinta años.

Tal afirmación parecerá una paradoja, y, sin embargo, no lo es. La instrucción se ha extendido mucho, el número de analfabetos disminuye á diario; pero la educación, la que forma el corazón y el carácter del individuo, ha perdido también mucho, tanto en el hogar como en la escuela.

La mayoría de los padres de familia poco ó nada se preocupan de la verdadera educación de sus hijos. Les dejan, como una gracia, adquirir malos hábitos cuando niños y vicios cuando jóvenes. Les conceden una libertad que no está de acuerdo con su escasa experiencia, les defienden enérgicamente contra las amonestaciones y castigos del maestro, cuando éste trata, lo que no siempre sucede, de corregir sus malas inclinaciones ó sus defectos de carácter. Todo lo que le exigen, si algo le exigen, es que saquén buenas notas en los exámenes; como si bastara saber únicamente aritmética, geometría, física, geografía ó química, para ser un hombre honrado, un ciudadano útil á sí mismo, á su familia y á su patria.

Los maestros, ó no pueden ó no quieren corregir los defectos de carácter y de educación que el niño ya lleva cuando llega al colegio.

Y el resultado es el que tiene que ser. El niño de hoy, que insulta como una gracia á sus sirvientes y á sus maestros, cuando no á sus propios padres; que se ve consentido y mimado; que no tiene quien modere sus pequeñas pasiones; que está acostumbrado á que se llenen todos sus caprichos y deseos;—que, una vez llegado á la juventud, tiene todo

Los capitales realizados y reservas de «La Estrella» y «América» son inmediatamente disponibles.

género de licencias, lógica y naturalmente se convierte en un sér sin hábitos de trabajo, apasionado y voluntarioso, incómodo para los demás y para sí mismo; que si llega por los vaivenes de la fortuna ó por las trapisondas de la política á ocupar una posición, será despótico y arbitrario y

si no la alcanza, será un empleado discolo, remiso y poco trabajador. Esto es lógico y natural.

Y aun más: acostumbrado á satisfacer todas sus pasiones, á tener dinero para todo, sin nociones de moral, de orden, de economía y de honradez, querrá seguir satisfaciendo sus immoderados deseos, y de ahí, cuando su sueldo no le alcance, los robos, los prevaricatos y las coimas; de ahí la arbitrariedad de los que mandan y la corrupción de los que obedecen; de ahí el desorden y la bancarrota de las instituciones oficiales.

Todo esto es lógico y por ello sostenemos que la falta de una educación verdadera es la causa principal del mal que lamentamos. Inútil es agregar que la base de esa educación, es y debe ser la enseñanza religiosa.



Dr. ENRIQUE B. PRACK

Sin ella, ya lo hemos dicho otra vez, toda virtud será una flor sin fragancia, un misero fuego fatuo que desaparecerá al primer soplo de las pasiones ó al primer impulso de las conveniencias individuales. En vano se le enseñará al niño de hoy, al gobernante de mañana, que la ley ó las conveniencias sociales prohíben tal ó cual acto, si no se le enseña al mismo tiempo el temor de Dios, y la existencia de aquel gran Tribunal, donde no priman las recomendaciones y á cuyos fallos nada y nadie escapa.

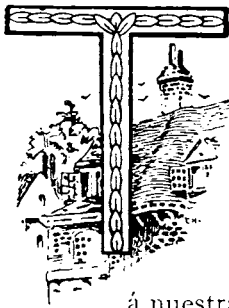
La Plata, 1890.

Enrique B. Prack



La jota

VOZ DE LA TIERRA



TENGO verdadera pasión por la música española: la grande, como la chica, la seria como la cómica, sobre todo esta última, ó más bien dicho, el *género chico*.

Me gusta, porque en esa música el arte, aunque parezca mentira, resulta más natural y más llano, desde que autores, cómicos y público coinciden fácilmente y la inteligencia se efectúa con sencillez y naturalidad. Porque en ese *género chico* no hay nada de conceptos inabordables: todo es á flor de tierra y entre gente

á nuestra imagen. Por esto los actores están en su terreno y todo el mundo los comprende.

Me gusta porque cada una de sus obras son cuadros de la madre tierra, hermosos, tiernos, llenos de luz, una primavera, en que las ideas y pensamientos, como diría Moya, son verdaderos cómicos por la variedad de trajes con que saben presentarse en escena; en que los claveles dobles revientan de orgullo, las rosas se presentan encendidas como el rubor ó blancas como la inocencia, la avara azucena no quiere enseñarnos antes de morir los hermosos hilillos que encierra, y la presumida dalia, coqueta impenitente, majestuosa y arrogante, luce con mujeril vanidad sus espléndidas galas.

Y me gusta, por fin, el *género chico*, porque su música no tiene parecido, ni antecedentes, ni reglas, ni filiación posible, y es nerviosa y juvenil y chispeante como el dorado champagne, que salva con sus inquietas burbujas la prisión de su transparente copa de cristal que lo contiene.

Porque, como hermosamente dijo Iriarte,

.... aunque le falte
De voz humana el auxilio.
Habla, expresa las pasiones.
Mueve el ánimo á su arbitrio.
Declama, recita, pinta,
Tiene alma, idea y sentido:
Es poesía sin palabras
Y retórica sin ritmo.

Esa es la música española, grande ó chica, Bretón ó Chueca, la que me encanta y subyuga, la que tiene el raro poder de arrancarme al estudio de los temas áridos para hacer tartamudear á mi pluma conceptos como los que dejo escritos, más dignos de una



inteligencia fresca, alegre y juvenil que de la que ya se arrastra tarda, pesada, como que le pesa el fardo de la vida.

¡Ah! sí, lo declaro sin reparos: pasionista por todo lo que huelga á tomillo y albahaca, á geranios y marimónas, allí estoy donde se cante una *soleá* ó se baile una de esas jotas en que se mueven á compás el corazón y las piernas, los suspiros y los ojos.

Estaré un poco atrasado, según la ridícula opinión de los inteligentes melómanos, pero eso no importa.

Con que me guste basta y sobra, por lo menos para que yo goce de buenos ratos cada vez que oigo el punteo de la jota, que alegra el alma como un Sábado de Gloria, ó un beso de la madre en plena frente después de largos años de ausencia.

La ópera es muy hermosa, no lo niego: es un bello conjunto de arte y sentimiento que habla á la cabeza con Wagner y al corazón con Rossini.

Pero, á lo que te criaste, Chato: — á mí me satisface más, se aviene mejor á mis gustos, *me tira* más la música española, porque me inunda el alma de melodías, de esas que se comprenden, que el labio repite sin que nadie se las haya enseñado y el oído retiene como retiene la placa del fonógrafo la canción que ha de repetir sin que pierda una sola de sus brillantes notas

Por esa afición que me domina, siempre me verán allí donde se canta ó baila una jota, buena ó malamente, porque me contento con que sea jota, ó *jótica*, pues, sobre todo, ésta es la que más me encanta

y que se diferencia de la otra en que es la del pueblo, modesta y sencilla, bailada por las baturras y los *matracos*, cantada por los quintos del lugar, musicalmente cantu-

rreada por cualquier mozo de voz ronca, pero con cada ¡ay! que ni el de la muerte.

Yo, tal vez por castigo del cielo, no he visto bailar la jótica en la tierra donde nació, «en Aragón la más hermosa...», pero me figuro que las baturras no lo harán mejor que una artista española, la señora Juana Damel, que en la jota de *Gigantes y cabezudos* se le podría aplicar estos versos de Rueda:

Quando enarca su cuerpo como culebra,
Y en ondas fugitivas gira y se quiebra
Al brillante reflejo de las arañas,
Estalla atronadora vocinglería,
Y en un compás arranca la melodía
Palmas, risas, requiebros, flores y cañas.



FRANCISCO GARCÍA Y SANTOS

«La Estrella» pagó por siniéstrros en los últimos 8 años (2.ª época) \$ 1.807.824,06

La jota es el alma y vida de todas las fiestas aragonesas, en que la Pilarica tiene un altar en cada pecho, un cariño en cada boca y una plegaria en cada gran corazón, de aquellos en los que sólo habita la pureza y la honradez, la lealtad y la nobleza y el heroico valor que dió á la querida madre patria el imborrable y glorioso 2 de Mayo.

Mi imaginación reproduce así la escena de una fiesta tan hermosa como sencilla y que ojalá vean algún día, allí, junto á la Pilarica, estos mis ojos que ha de comer la tierra.

Los mozos, con el cacherulo, en la *caeza*, suelto el ajustador, y bien apretadas las alpargatas, se acercan á las mozas de aparejo redondo y las invitan á bailar, ofreciéndoles la mano dura y callosa. Ellos alargan la suya, y cogida de la mano, llega la pareja al centro del corro, donde la moza se desprende, dando una vuelta bajo el brazo del baturro.

Quedan ambos frente á frente: ella con los brazos en jarras; él subiéndose la faja *po atrás y po adelante*. Con las manos abiertas y como si no aguardaran otra cosa, los tañedores rasguean los cuatro acordes preliminares de la jota y empiezan á puntear ésta con las púas sobre el cordaje de las viluelas.

¡Ya se armó!

La jota es contagiosa, y aumentan las parejas que es un gusto. Oyese el chasquear de los dedos ó el castañeteo de las *pulgaretas* que agitan las manos de los bailarines:—ellas con los brazos hacia abajo, acariciados hasta el codo por el fleco del mantoncillo; ellos con los brazos en alto, las piernas ágiles, la faja medio suelta por el vivo movimiento del baile, y siempre separadas las parejas, hasta que se oye la primera *canta*:

Son tus ojos dos delitos
Negros como las tinieblas
Y tienes para ocultarlos
Bosques de pestañas negras.

A poco más empiezan las caritas «de risa», que es como decir que la fiesta ha llegado al colmo de su alegre barullo. Los mozos se limpian el sudor con sus *moqueros* azules; las mozas siguen sin *reblar*; el tocador tampoco *rebla*, á pesar de haberle saltado la prima, y... una alma caritativa que ha visto por el ventano los primeros y cárdenos resplandores del alba, canta por fin:

Me despido de tu puerta
Como el sol de las paredes,
Que por las tardes se va
Y por la mañana vuelve.

Esto es lo que se llama en Aragón una «mijaja é jota»: —escena admirablemente descrita por Villanoba, el eximio pintor literario de los bailes españoles.

Si eso no es de lo más lindo que puede verse sobre «la redondez del globo terráqueo de la tierra terrestre», como dice el sargento andaluz de *Gigantes y cabezudos*, que venga Dios y lo diga y... si no lo dice... *mago moro*.

¿Y habrá español, ó retoño de español, de buena cepa, como yo lo soy, para honra mía y de mis descendientes, al que no le retoce el alma por todo el cuerpo oyendo una jota ó una jotica?

No lo creo, y si todavía queda por allí algún rezagado, bien merecería que lo condenaran por siempre jamás á no oír la jota, que es como si

dijéramos *la voz de la tierra* que recuerda á sus hijos las alegres horas de la juventud, las caricias de la madre querida, la campana de la *iglesita*, blanca como una paloma, que con su lengua de bronce lo llamaba á orar, el casto abrazo de la *mañana* y la vuelta de los quintos al dulce y hermoso hogar de sus cariños y amores.

Montevideo, Noviembre de 1899.

Francisco Garcia y Santos



Don Blas es un avaro á quien robaron todo cuanto poseía. Cuando los amigos supieron lo ocurrido, acudieron á consolarle.

—Felizmente—le decían—no has variado de situación; vivías en la miseria, y en realidad, no empeoras. Estás de enhorabuena; antes te privabas de casi todo, y ahora te privarás de todo en absoluto. Tenias el peligro de dar, y ya no lo tienes. Recuerda que no eras el dueño de tu dinero.

—¿No era yo el dueño de lo mío?

—No, eras el guarda nada más.

* * *

Querido Lucas: Me pides informes acerca del novio de tu hija: seré lo más lacónico posible.

Nació en Febrero, por ser el mes más corto; creció despacio y se crió delgadito, por miedo de hacer bulto; anda de puntillas, por no molestar á los vecinos. Estudia poco, por no abusar de la ciencia. Su en-



Cuadro de S. Rodríguez Etchart. — París 1899

gimimiento le libró de ser soldado, porque no llega á la talla. Es corto de vista, corto de genio, corto de alcances y tímido para los pagos.

Meditación

PRIMAVERA

I

He sentido su aliento embalsamado, como el roce suavísimo de una caricia de perfumes desconocidos, y mi espíritu fatigado por la lucha incesante de la vida, ha recibido la emanación de sus dulces efluvios. Algo como un frescor de vida nueva se posó en mi frente abatida, y todo mi ser se estremeció gratamente como si una corriente misteriosa de inspiraciones purísimas comunicara á mi sangre para calmar el enardecimiento de un estado febriciente de sobreexcitación nerviosa. Como si llegaran al espíritu anhelante las blandas armonías de notas misteriosas, y lo envolvieran en las ondas de sus encantos indecibles, comunicándole los sentimientos más hermosos, he sentido sus caricias purísimas, sus rumores cadenciosos, sus cantos juveniles, el trino de sus aves y el frescor de sus brisas perfumadas.

Ni la amargura, ni el dolor, ni los sinsabores, ni el infortunio, han podido arrebatarme esa sensación de placer íntimo que ha recorrido mi ser, como recorre el pensamiento la grata escena de las horas felices. Ah! Es que Dios es para todos; y la primavera brillante que sucede á la niebla brumosa de los inviernos del corazón, no es más que un aliento misterioso que transforma la naturaleza, y lleva á los espíritus fatigados el frescor de su savia y el encanto de sus amores!....

II

Sí, la vida tiene, como la naturaleza, sus inviernos brumosos; el espíritu sus noches heladas, largas, muy largas, como las horas del martirio; el corazón aterido suele buscar el calor de los afectos, y no lo encuentra. Golpea el pecho y busca con el ansia de la pureza, la respuesta de sus



F. E. VIDAURRÁZAGA

La Estrella y «América» comprenden en los seguros el riesgo de explosiones de gas, de vapor y efectos del rayo

impulsos nobles; pero sólo responde el desengaño que acumula la hiel de la amargura en sus arterias.

Entonces, el alma busca las alturas, y eleva á su Dios el lamento de sus penas, junto con la plegaria. Esa alma espera en Dios, confía en Dios, porque á El se entrega!

III

Nada es eterno en esta vida. Ni el sufrimiento, ni la desgracia, ni los infortunios. Todo se transforma y se renueva. El cuerpo endeble, enfermizo, agonizante, se robustece y vigoriza, según sea la voluntad que gobierna los mundos y á que obedece su existencia. Y ese es el misterio de las dichas íntimas y de los encantos que muchos ignoran.

Esa alma encuentra la comunicación con su Dios; y por eso renacen en ella las esperanzas, brotan las ilusiones y los encantos cuando la naturaleza despierta del invierno brumoso y frío y ostenta su verde ropaje entre los tiernos arpegios de sus rumores blandos y melódicos. Son caricias divinas que rozan el espíritu, refrescan la mente, y hacen sentir al corazón las emociones íntimas de dichas ignoradas! A éstas no puede arrebatarse el egoísmo, ni la maldad, ni la envidia, porque ellas son el vínculo misterioso que liga al hombre con el Creador.

IV

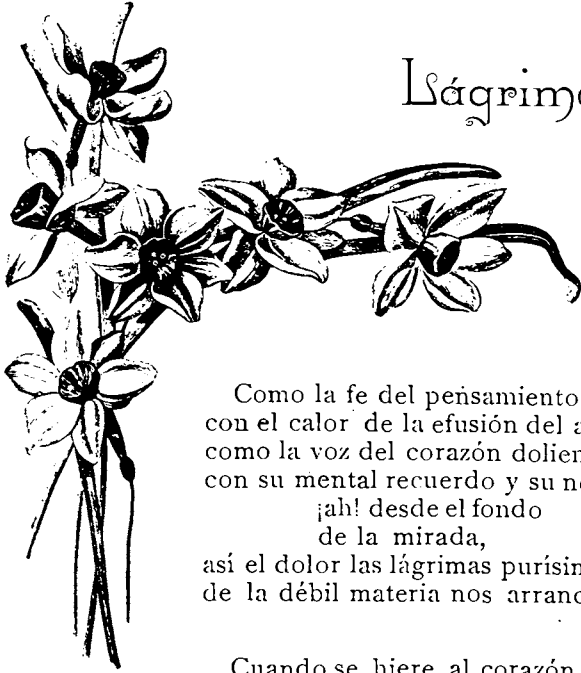
Sí; que canten las aves sus amores con las notas más dulces y süaves; con sus trinos purísimos. Que allá en los frondosos follajes de los mansos arroyuelos, los poetas del sentimiento busquen las tiernas impresiones de sus arpas de oro, y arranquen la suavidad de las brisas en las plácidas ondas, para transportar á la rima su vaguedad encantadora; mientras mi espíritu se abisma en la contemplación de esa obra maestra de Dios, que cuanto más estudiamos menos comprendemos!

Y es porque esa obra no se estudia con el ojo del botánico, ni del arqueólogo, sino con las fibras más íntimas del sentimiento y con estas dos potencias de nuestro sér: alma y corazón!



Un hablador se suscribe al teléfono, y apenas colocan en su casa el aparato, llama á la central y dice:

- ¿Puedo hablar ya con quien quiera?
- Sí, señor.
- ¿Qué necesito hacer?
- Pedir comunicación con quien desee.
- Pues póngame usted en comunicación con todo el mundo.



Lágrimas

*Las que no lloran son almas
Sin fe, sin amor, sin jugo.*

RUBÍ.

Como la fe del pensamiento mismo
con el calor de la efusión del alma;
como la voz del corazón doliente
con su mental recuerdo y su nostalgia,
¡ah! desde el fondo
de la mirada,
así el dolor las lágrimas purísimas
de la débil materia nos arranca.

Cuando se hiere al corazón amante
con la quietud de la promesa falsa;
cuando se hiere á la mirada ardiente
con el desliz de la sonrisa helada,
de cuantos lloran
la suerte ingrata,
cada gota es un hilo desprendido
del surtidor feliz de la constancia.

Cuando el errante desterrado llora
junto á las puertas de la augusta patria,
y átomo leve, en continuada angustia
sobre las ondas de la vida pasa,
rogando al cielo
con su mirada,
espíritus sublimes son entonces
las inocentes perlas que derrama.

Cuando la heroica voluntad se humilla
al torpe son de la feroz matanza,
y el polvo vil del escenario triste
junto á la sombra de los muertos vaga
como en espiras
desconcertadas,
las lágrimas que vierten los que sufren
son el hálito cruel de la desgracia.

¡Ah! pero aquellas que una madre vierte
sobre la losa de la tumba amada,

Para los seguros sobre edificios y mobiliarios ocurrase á las compañías «La Estrella» y «América».

dónde consagra su ternura angélica
al hijo de su amor y de sus entrañas,
esas queridas
divinas lágrimas,
caricias nobles que en su pecho se abren,
son esencia de amor, lágrimas santas.

Estas cálidas perlas que tremantes
la noche del espíritu señalan;
estas cálidas perlas que en su cauce
se agolpan y deforman y batallan
como suspiros,
sin ruido de alas,
son las sacras insignias del quebranto,
las desprendidas lágrimas del alma!

Paraná, Agosto de 1899.

Rodrigo S. Etchart



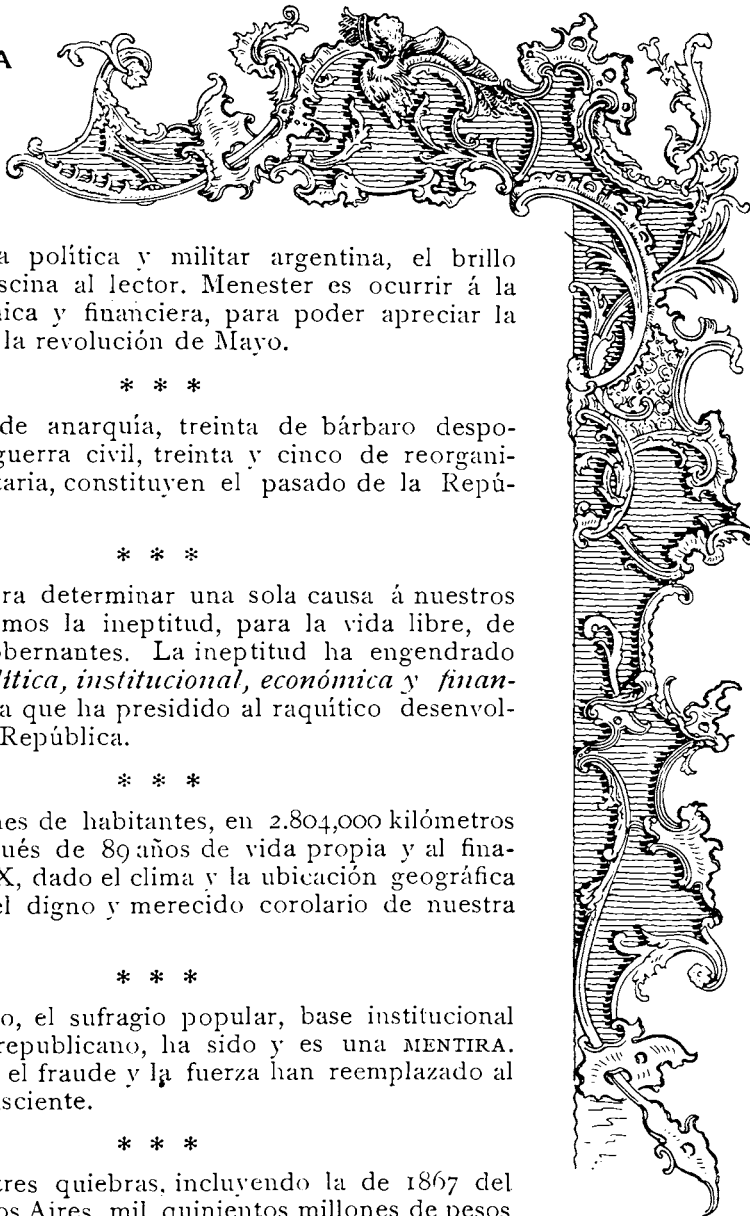
ARTISTAS ARGENTINOS



S. Rodríguez Etchart

Finanzas

MENTIRA
Y
VERDAD



En la historia política y militar argentina, el brillo del conjunto fascina al lector. Menester es ocurrir á la historia económica y financiera, para poder apreciar la importancia de la revolución de Mayo.

* * *

Veinte años de anarquía, treinta de bárbaro despotismo, diez de guerra civil, treinta y cinco de reorganización fragmentaria, constituyen el pasado de la República.

* * *

Si posible fuera determinar una sola causa á nuestros males, señalaríamos la ineptitud, para la vida libre, de gobernados y gobernantes. La ineptitud ha engendrado *la mentira política, institucional, económica y financiera*, fuerza ésta que ha presidido al raquítico desenvolvimiento de la República.

* * *

Cuatro millones de habitantes, en 2.804,000 kilómetros cuadrados, después de 89 años de vida propia y al finalizar el siglo XIX, dado el clima y la ubicación geográfica de la patria, es el digno y merecido corolario de nuestra vida.

* * *

En lo político, el sufragio popular, base institucional del organismo republicano, ha sido y es una MENTIRA. La falsificación, el fraude y la fuerza han reemplazado al voto libre y consciente.

* * *

En finanzas, tres quiebras, incluyendo la de 1867 del estado de Buenos Aires, mil quinientos millones de pesos de deudas nacionales, provinciales y municipales, el descrédito consiguiente del gobierno argentino y la bancarrota escandalosa de los bancos oficiales, son hechos que colocan á la República entre los pueblos del mundo peor administrados.

* * *

Nuestros gobiernos han vivido del déficit. En 88 años de vida propia, sólo en cinco ó seis no lo ha habido. Según la estadística oficial, los déficits acumulados de los últimos 33 años (1864-1896), alcanzan á la enorme suma de 322 millones de pesos oro.

* * *

Para enjugar los déficits, se ha empleado el empréstito forzoso en un principio, y después la emisión de papel inconvertible y el uso del crédito.

* * *

Hemos emitido desde 1826, más de 1000 millones de pesos. En 1867

parte de esta deuda fué chancelada con un concordato al 4%, y en el presente no faltan quienes pretendan escamotear el 50% de los 296 millones en circulación, por medio del cambio de un papel inconvertible con otro también inconvertible.

* * *

A la mentira de nuestra moneda se pretende agregar la mentira de una fijeza de valor imposible. Algo más: se busca impedir su apreciación para fomentar su depreciación por medio de emisiones disimuladas.

* * *

Iniciamos el uso del crédito externo con un empréstito de 5 millones para construir el puerto, dotar esta ciudad de aguas corrientes y fundar pueblos en las costas del sud. Ex-

cusado es recordar que nada de esto se hizo, y que el producto de este empréstito (1824) se disipó en descuentos y en gastos de guerra.

* * *

Desde esa época, el monto de la deuda consolidada argentina ha aumentado á saltos.

5 millones	1824
47 »	1870
107 »	1881
277 »	1888
400 »	1898

Una de las grandes ventajas económicas para un país es que «el seguro nacional sea para el capital nacional».



DR. JOSÉ A. TERRY

Las obras públicas fueron el pretexto, pero en realidad el abuso del crédito ha servido para enjugar el abuso del déficit.

* * *

El empréstito inglés de 1824 fué negociado al 70 % y al 6 % de interés, sin garantías especiales. El empréstito Morgan de 1891, se realizó también con el 6 % de interés, y sus títulos se cotizaron al 60 % en un principio, garantizados especialmente con el producto de los derechos de importación. Además, se obligó al gobierno á no contraer nuevos empréstitos durante tres años, ni acordar nuevas garantías, y á retirar de la circulación 15 millones anuales de la moneda inconvertible.

* * *

En 1868, 1871 y siguientes, el gobierno argentino hacía empréstitos sin garantías ó con la general y nominal de la renta de aduana. Hoy se discute seriamente si debemos entregar á ciertos prestamistas una parte de la soberanía argentina, en forma de arrendamiento y administración del impuesto al alcohol.

¡Cuidado! La pendiente es rápida y fatal. De la alta banca á la usura y á los sindicatos de voraces intermediarios, y después Egipto, Túnez....

* * *

El gobierno que no tiene crédito y continúa pidiendo, se expone á perder su independencia financiera, tanto ó más preciosa que la independencia política.

* * *

¿Qué hacer? Pagar, se dice; pero para pagar se pretende unificar deudas provinciales, cédulas hipotecarias, deudas nacionales, es decir, nuevas manipulaciones creditorias y colosales comisiones para sindicatos intermediarios, á más de las quitas, esperas y favores deprimentes. El honor argentino mansoado nuevamente, con gran contento de los que viven, como plantas parásitas, de los gobiernos mendicantes.

* * *

Para recuperar el crédito no basta pagar. Necesario es nivelar el presupuesto de verdad. Pagar habiendo déficit, es lo mismo que no pagar.

* * *

Los momentos son de justificada expectativa. Financieramente, ni nuevas emisiones de moneda falsa, ni crédito de buena ley. Económicamente, la rápida apreciación del papel inconvertible, plantea y exige certera é inmediata solución de serios problemas vinculados á la industria y al comercio argentino.

* * *



A \$ 1.800.000 ascienden los capitales suscritos de las compañías «La Estrella» y «América»

¿Qué hacer? No hay más que un medio digno de un pueblo que se estima y que aprende en su propia historia.

Enterrar para siempre la *mentira*, causa de tantos males, y levantar resueltamente, en su lugar, la *verdad institucional, política, económica y financiera*.




Don Roque es un borracho distinguidísimo. Cuéntase de él que, llegando á su casa en un día muy caluroso de Enero, pidió un vaso de agua, y su señora le dijo asustada, tomándole el pulso:

—Roque, ¿estás enfermo?

En ninguna mesa de Buenos Aires se sirven vinos tan excelentes como en la suya. El primer día que convidó á un amigo, á mitad de la comida éste pidió al mozo de comedor un poco de agua.

El mozo le miró con sorpresa, y le dijo como dudoso:

—Pide el señor....

—Un poco de agua.

Se le vió vacilar sonriendo, y por fin salió del comedor; y como tardase un poco, don Roque preguntó por él.

—Creo, le dijo el invitado, que ha ido á traerme agua, porque se la pedí hace poco rato.

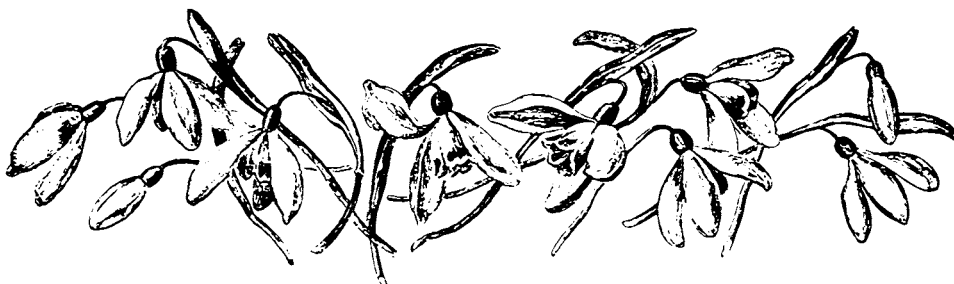
—¿Agua?—dijo don Roque echándose á reír. Es el primer caso que ocurre en mi mesa: el muchacho debe estar aturdido y no sabrá qué hacer. Veremos cómo resuelve ese conflicto.

En aquel instante el mozo entró en el comedor. Traía en una mano la toalla y en la otra la palangana.



Cuadro de S. Rodríguez Etchart. — Paris 1899

A \$ 908.955,58 se elevan los capitales realizados y reservas de las compañías «La Estrella» y «América»



Inglaterra

SU IDIOMA — SU ORGANISMO



EN un interesante y nuevo libro, encontré desarrollada esta tesis: el idioma inglés es el más perfecto de Europa.

Y la demostración estaba ahí, también, sobre esta fórmula: el idioma más perfecto es el más articulado.

El inglés se articula, casi á voluntad, soportando con flexibilidad envidiable la unión de palabras distintas, que se armonizan para expresar ideas nuevas, á veces del todo diferentes de las palabras combinadas.

Lo cual, por la riqueza del medio en que nació y se ha desenvuelto, con raíces en las lenguas griegas y latinas, tan profundas y tan enérgicas como la de su propio origen, le dan una contextura excepcional.

Pero el inglés no se ha depurado. Está lleno de letras que no sueñan, puestas para recordar un pasado muerto, del cual ni el polvo queda; y si bien va despojándose gradualmente, de sus viejas vestiduras, su marcha es demasiado lenta.

Necesita y espera un reformador —¿un Sarmiento?— que tenga la claridad de la visión, y la voluntad del esfuerzo, dos elementos que no se ligan cuando la luz del genio alumbró el camino.

Tardará en venir, seguramente, entre otras razones, porque los ingleses aman poco las reformas.

Bagehot, el admirable expositor del gobierno inglés, dice: que no hay nada tan difícil de comprender, para un inglés, como una idea nueva.

Y no se necesita penetrar profundamente su historia, para apreciar toda la verdad que encierra esta afirmación tan autorizada.

La Inglaterra vive de su pasado, amarrada á la tradición, que se revela tanto en los actos solemnes, como en los detalles más triviales de la vida.

Y en todas partes aparece una mezcla informe de prácticas triviales ó repugnantes, confundidas y actuando simultáneamente con todo lo que la civilización y el imperio de la libertad han conquistado de más completo y perfecto.

El fenómeno es tan real y palpante, que el espíritu se



Los capitales realizados y reservas de «La Estrella» y «América» son inmediatamente disponibles

detiene muchas veces delante de esta cuestión: ¿Inglaterra es un país civilizado, ó una nación semi-salvaje?

En sus rivalidades con las naciones continentales, la duda ha sido planteada, y la discusión ha abierto heridas, que no se han curado, ni curarán en muchos años; pero que felizmente no sangran, porque son heridas de amor propio.

Para juzgar á Inglaterra, se necesita mirarla muy de cerca.—Es, tal vez, osadía de mi parte; pero yo digo que los hombres de origen latino no estamos preparados para dominar, sin un serio estudio del medio en que vive, la estructura de aquel gran pueblo.

El inglés es sin iniciativa, me decía un compatriota: hace lo que se le ordena, y nada más, aun cuando para conseguir el objetivo que persigue, sólo tenga que dar un paso.

Los ingleses son los hombres más farsantes del mundo, me decía otro: son insoportables.

Y podía así, aglomerar opiniones, indefinidamente, como la de que los ingleses son mal educados, ó tan vanos, que exigen del extranjero el conocimiento completo de su idioma, para hablar con él, para entenderlo.

A mi vez observo que todas estas opiniones son un lado de la cuestión, pero que están muy lejos de resolverla.

Cuando se recorre Londres, Inglaterra, se siente su clima; la multitud de elementos ambientes que trabajan su sociabilidad y han presidido y presiden su desenvolvimiento, en su aislamiento relativo con las demás agrupaciones civilizadas, el fenómeno se impone, aun permaneciendo lejos de sus clases ilustradas, como yo he permanecido, y no conozco sino por mis lecturas.

Entonces se presentan estas interrogaciones: ¿ese amor al pasado es una deficiencia ó una virtud? Esas manifestaciones bruscas, ¿acusan ausencia de cultura ó son efecto de otras causas? Esta exigencia del conocimiento del idioma, ¿es vanidad ó necesidad?

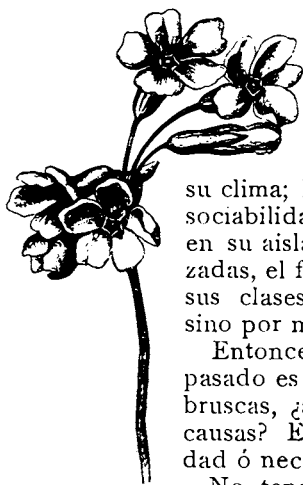
No tengo gran conocimiento de estas cosas; pero por lo que yo sé, es imposible responder á aquellas preguntas, sin agregar explicaciones que definan y aclaren las respuestas mismas.

¿Qué habría sido de Inglaterra sin su amor al pasado?—Macaulay nos enseña que no hay en sus instituciones escritas una sola destinada á afianzar la conquista de una libertad ó de un derecho que no sean tan antigua en su ejercicio como el pueblo mismo.

Sus formas híbridas sirvieron al pueblo romano para construir su legislación sobre las *Doce Tablas*, y no ha sido hasta hoy igualado, en la materia civil que especialmente cultivó.

La Inglaterra sigue el mismo proceso. Sin abandonar el pasado que la ha constituido fuerte y libre, modifica su legislación civil y política, haciendo «planas derechas con renglones torcidos».

Lentos son sus progresos, y á las veces no bastante amplios; pero tienen una solidez de acero.—No conozco nación que haya conquistado su estabilidad tan firmemente duradera, conciliando lo que á los americanos nos parece inconciliable, el amor á la libertad y el culto á la corona; el respeto profundo á la autoridad escudada por la ley, y la resistencia varonil, invencible contra el abuso, cualquiera que sea la región donde se nutre, y el poder que lo proteja.



Y así es en todo, y en todas partes.

Lo que se ve claro es este sorprendente poder de un pueblo, purificado por la misma crudeza de su clima, y la multiplicación de las fuerzas activas en constante lucha, para poner en contacto el hombre con el hombre, abaratar la vida y hacerla agradable, por la combinación de todos los elementos al alcance del poder humano, sin otro secreto que la libertad, sin otro resorte que la *pasividad* gubernamental.

La reina es adorada; ¿hasta dónde alcanza su autoridad? — A la familia, y eso cuando no hay de por medio un interés público.

¿Cuál es la base del gobierno? — La opinión, y su virtud más grande *refleja en*: también es la condición única de su vida.

¿Está eso escrito en sus instituciones? — No: sus instituciones dicen otra cosa; pero está escrito en la conciencia pública, lo que vale más, y tiene el poder de la eficacia.

Por eso, la mejor calidad de sus estadistas se revela en esa fuerza de transacción, que unía á Peely Cobden, á Gladstone y á Parnell, destrozando el partido conservador, primero, para dar vida al Peelista, al cual no le viene bien ningún traje antiguo, y al partido liberal, después, con la reproducción del fenómeno, que ha dado origen al partido Gladstoniano.

En Inglaterra, la acción gubernamental se siente, en especial, cuando protege.—El hombre es tan libre, cuando quiere, en tanto que se mantiene dentro de su derecho.

Y así se desenvuelve su comercio y sus industrias, tendiendo todas las fuerzas vivas á obstruir la acción paternal del poder público, para dejar amplia la puerta á la competencia, á la acción industrial.

Esa es la gran fuerza dinámica de Inglaterra: la que conserva y da vigor á su vitalidad, haciéndola madre fecunda de naciones, prepotente por su propia virtualidad.

Su influencia no es instable porque no obedece á causas transitorias, y pueden cambiarse sus reyes, renovarse sus hombres públicos, sin que se conmuevan sus fundamentos institucionales, ni se perturben sus fuerzas creadoras.



La Estrella pagó por simonios en los últimos 8 años 1.275 época \$ 1.207.824,00

Es difícil desconocer sus defectos, sus errores, aun cuando predomine en el espíritu un gran sentimiento de admiración: sus llagas están ahí, hablando á los ojos, al corazón: pero, para juzgarla, no deben olvidarse los elementos que la trabajan, y son un obstáculo para su marcha rápida hacia el ideal humano.

Por mi parte, pienso que empiezo á comprender á Inglaterra, la índole de sus tendencias, su proceso histórico, y esta contradicción manifiesta, entre el amor y la reflexión, que dobla la rodilla delante de una corona y eleva estatua á Cronwell en la plaza pública, haciendo constar que lo honra por haber decapitado un mal rey; esta persistencia ruda é insuperable, que salvaguarda la libertad común, y mantiene en esclavitud perpetua, por siglos, la varonil y mártir Irlanda; y para decirlo de una vez, este raro y extraño acuerdo entre el formulismo antiguo y sus prácticas ridículas con la más amplia libertad individual.

Una nación es un organismo, es decir, una imperfección.—Para apreciarla, no hay que ir á examinar sus llagas, y someterlas, aisladas, á la luz de un ideal. Se necesita encerrar su conjunto para buscar en sus virtudes las compensaciones de errores agravados por la acción del tiempo: comparar el vigor de su constitución y de su estabilidad; la índole y amplitud de sus tendencias; su concurso eficiente en el trabajo por la felicidad humana; la solidez de sus instituciones y de sus libertades; la escala de sus progresos, y una multitud de otras causas, que forman la tela compleja de su vida.

Por muchas facetas, la Inglaterra ocupa la primera línea en el mundo civilizado, y se queda atrás en otras. Podría irse muy lejos en la admiración, si se lo estudia por sus facetas culminantes, ó sufrir cruel decepción, si el espíritu se detiene en sus imperfecciones.

Hay algo, sin embargo, fuera de toda duda, y es que no se puede visitar Inglaterra, sin sentir que el pensamiento se agranda, obligado por la influencia del medio ambiente, á meditar acerca del papel reservado á las naciones, en la grande obra de la felicidad humana, resistiéndose así el peso enorme de responsabilidades, á que parecen extraños, pueblos nuevos como el nuestro, olvidadizos y despreocupados.

Alfonso



Dos hermanos quisieron hacer su árbol genealógico, y resultó de sus investigaciones:

Que su padre había sido contrabandista.

Su abuelo ladrón.

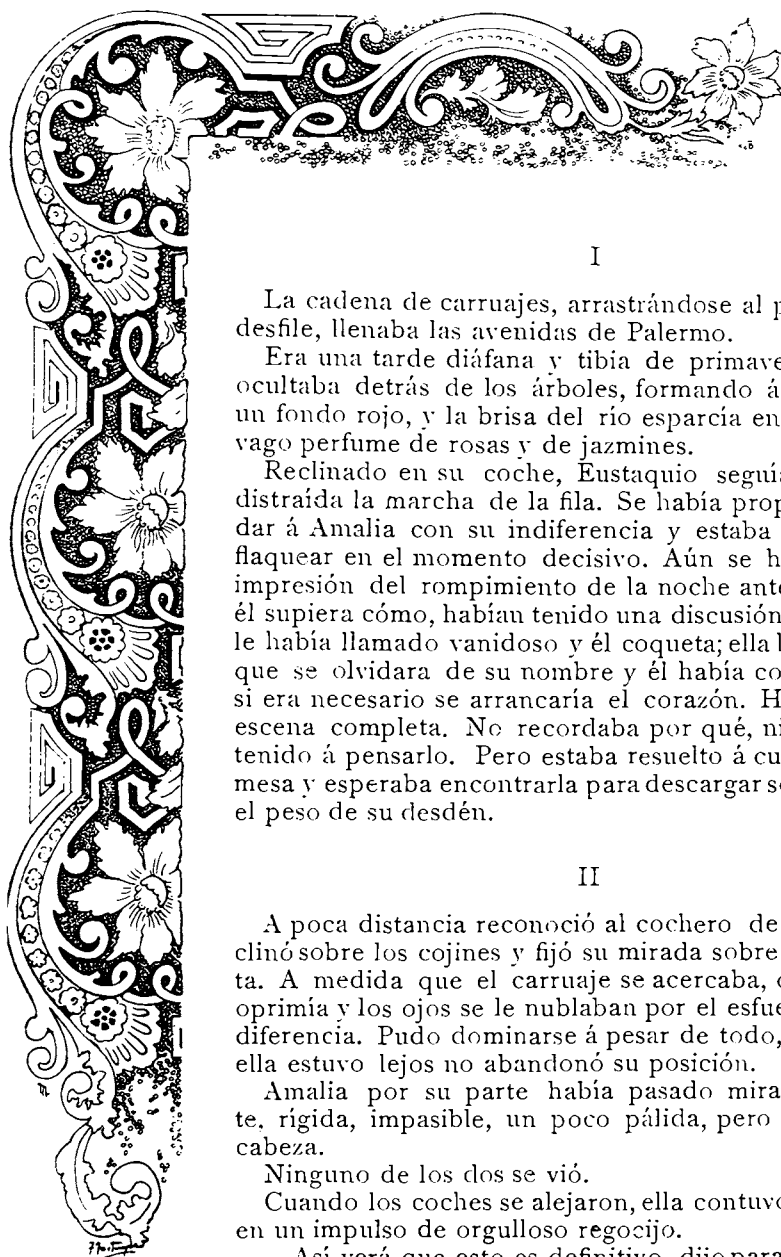
Su bisabuela bruja.

Y su tatarabuelo asesino.

—¿Seguimos haciendo el árbol?—preguntó uno de los hermanos.

—Sí—respondió el otro; hagámosle lo más alto posible para ahorcar en él cómodamente á toda la familia.

Hubes



I

La cadena de carruajes, arrastrándose al paso lento del desfile, llenaba las avenidas de Palermo.

Era una tarde diáfana y tibia de primavera. El sol se ocultaba detrás de los árboles, formando á la enramada un fondo rojo, y la brisa del río esparcía en el parque un vago perfume de rosas y de jazmines.

Reclinado en su coche, Eustaquio seguía con mirada distraída la marcha de la fila. Se había propuesto anonadar á Amalia con su indiferencia y estaba seguro de no flaquear en el momento decisivo. Aún se hallaba bajo la impresión del rompimiento de la noche anterior. Sin que él supiera cómo, habían tenido una discusión violenta; ella le había llamado vanidoso y él coqueta; ella le había dicho que se olvidara de su nombre y él había contestado que si era necesario se arrancaría el corazón. Había sido una escena completa. No recordaba por qué, ni se había detenido á pensarlo. Pero estaba resuelto á cumplir su promesa y esperaba encontrarla para descargar sobre ella todo el peso de su desdén.

II

A poca distancia reconoció al cochero de ella. Se inclinó sobre los cojines y fijó su mirada sobre la fila opuesta. A medida que el carruaje se acercaba, el pecho se le oprimía y los ojos se le nublaban por el esfuerzo de su indiferencia. Pudo dominarse á pesar de todo, y hasta que ella estuvo lejos no abandonó su posición.

Amalia por su parte había pasado mirando al frente, rígida, impasible, un poco pálida, pero sin volver la cabeza.

Ninguno de los dos se vió.

Cuando los coches se alejaron, ella contuvo una lágrima en un impulso de orgulloso regocijo.

—Así verá que esto es definitivo, dijo para sí.

Él sintió que algo de amargo había en aquella victoria, pero se declaró satisfecho de sí mismo.

—Esto le servirá de lección, fué la reflexión que se hizo. Y los dos,

cada cual por su lado, se entregaron á un largo razonamiento mental, para convencerse de que no les quedaba ni vestigios de aquel amor.

III

En la segunda vuelta, cuando los dos coches se encontraron, Eustaquio, firme en su resolución, miró hacia el lado opuesto con afectado abandono.

Pero en seguida le dominó una curiosidad intensa por conocer el efecto que á ella le producía su actitud. Cediendo al primer movimiento, volvió la cabeza. En aquel instante ella hacía lo mismo. Las dos miradas chocaron rápidamente y se separaron al verse sorprendidas.

Eustaquio quiso reprocharse su debilidad, pero sus ideas tomaron otro rumbo. No podía darse cuenta de la expresión que había vislumbrado en la mirada de ella. ¿Era rencor, era indiferencia, era pasión? Agotó todas las suposiciones y por último se dijo que para tratarse de un amor extinguido, era pueril su preocupación.

Entre tanto, ella se preguntaba las causas que había tenido el rompimiento, y con mucha sorpresa llegaba á la conclusión de que no las conocía.

IV

Cuando los coches se aproximaron de nuevo, él seguía en sus conjeturas, sin salir de la duda. Volvía á repetirse que todo estaba concluído, y para mayor seguridad tomaba esta resolución:

—Ahora la miraré de frente y podré darme cuenta.

Ella continuaba tam-

bién en su investigación sobre las causas del incidente y llegaba á este resultado:

—Puede ser que viéndolo á él, recuerde. De todos modos, esta es cuestión concluída...

Al estar frente á frente, ambos se clavaron la vista con adusta seriedad. Por un instante uno y otro sostuvieron su gesto; pero él sintió que una palpitation inmensa llenaba todo su sér, desbordando contra su voluntad, en una sonrisa de pasión. Una corriente magnética fundió la rigidez de las dos fisonomías. Amalia inclinó la cabeza y sus ojos envolvieron á Eustaquio con una caricia muda. Ella y él se abandonaron á la fuerza de un arranque invencible y condensaron en su saludo todo un poema.



V

La marcha de las filas los separó. Cuando la silueta de ella se hubo perdido á lo lejos entre el enjambre de coches, él no pudo contener una exclamación:

— ¡Es un ángel! No me perdonaré nunca haberla ofendido.

Ella, entre tanto, se decía:

— Soy una infame. Merecería que no me hubiese perdonado.

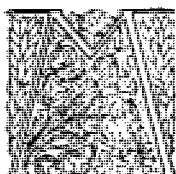
Y uno y otro se abandonaron al éxtasis de su ensueño nadando en mundos de infinita ventura.

Aschurimaturu



¡Caseros!

Al doctor Martiniano Leguizamón.



¡IRAD quién es! Urquiza en la pelea
batiéndose impetuoso y con bravura,
sus legendarias huestes apresura
al fragor de la lucha gigantea.

Sagaz y heroico, con viril idea
entorpece al tirano en su apostura:
otro empuje no más, y en la llanura
el incendio voraz relampaguea.

¡Huyó el déspota cruel! En la revuelta
cayó la multitud ebria de duelo
en el sudario del dolor envuelta,

Y al fiero empuje de potentes brazos
rodó el pendón rojizo por el suelo
y el cetro del mandón cayó á pedazos!

Paraná, Agosto de 1899.

BERNARDO L. PEYRET.

Doña Corpus Miranda



HACE algún tiempo, mandóme llamar á la Cabaña, con urgencia, mi amiga i ex aparcera doña Corpus Miranda, pobre vieja campesina mui buena i mui gaucha, que me quiere mucho, (lo mismo que yo á ella), aunque alguna vez he llegado á amenazarla con pegarle una soba si le encuentro botella de caña ó frasco de ginebra debajo de la cama ó entre las matras; la pobre es mui aficionada á dichas bebidas, i peso que tiene lo gasta en ellas ó en yerba. Debo explicar que se llama Corpus (como hai hombres que se llaman Rosa ó Isabel) porque nació en un día de Corpus Christi, i en el pobre i diminuto almanaque que consultaron las vecinas que ayudaron á la madre á salir de ella, i á ella á venir al mundo, no había otro santo mejor allí anotado, que pudiera darle nombre. Esto ha sido causa de muchos inconvenientes, pues como el Corpus es de las fiestas movibles, ella no sabe el día en que nació, pues cada año se le cambia de lugar.

Doña Corpus debe tener, á la fecha, como sesenta años, aunque se ha plantado en 55, i sostiene grandes discusiones con quien se permite contradecirla; pues como soi para ella infalible i cuanto digo es como articulo de fe, habiéndole sacado, hace cinco años, la cuenta de los que podia tener, por datos que ella misma me dió, cuando le dicen:

—Usted tiene 57 años, pues hace dos dijo que tenía 55, ella contesta.

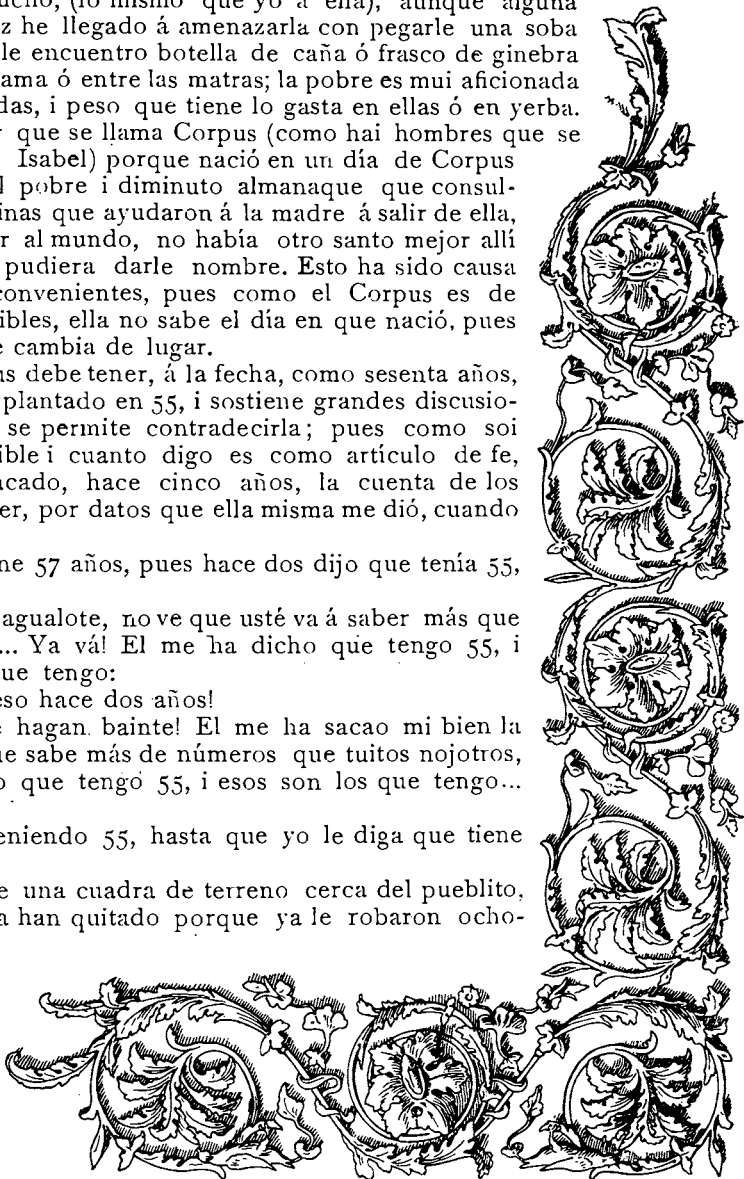
—Callesé, bagualote, no ve que usted va á saber más que el patroncito!... Ya vá! El me ha dicho que tengo 55, i esos son los que tengo:

—Pero de eso hace dos años!

—Ni anque hagan bainte! El me ha sacao mi bien la cuenta, porque sabe más de números que tuitos nojotros, i me ha dicho que tengo 55, i esos son los que tengo... bah!!

I seguirá teniendo 55, hasta que yo le diga que tiene más.

Es dueña de una cuadra de terreno cerca del pueblito, i que no se la han quitado porque ya le robaron ochocientas, que eran las de la estancia de sus padres, i porque á la fecha inspira lástima i temen las garras de su protec-



tor, el que suscribe: es sabido que á los pobres paisanos, antiguos dueños de nuestros campos, les han quitado i les quitan sus propiedades con más facilidad que á un transeúnte le roban el reloj.

Tiene doña Corpus una sobrina de dieciséis años, que no es bonita del todo, pero es más fresca, más rosada i más sana que una temprana rosa abierta recién á las caricias de la luz de la mañana. Tan criollas sus mejillas i sus ojos negros, qué maravilla son! Qué dientes más blancos, más argentinos, más hijos del país!

Naturalmente, que la tal sobrina es la desesperación de doña Corpus, pues allí está en el rancho i en la ramada, atrayendo gente como un terrón de azúcar mojado atraería moscas, i la pobre vieja anda con un miedo de todos los diablos, sin saber dónde meter á la sobrina, para protegerla de la tenacidad de los perseguidores, más porfiados que mosquito flaco.

Pues, volviendo al caso, digo que doña Corpus me mandó llamar con

urgencia, sirviéndose, como mensajero, de un muchacho que llegó á la Cabaña, jinete en un blanco lagañoso, que tenía, el pobre, más años que cinco veces los que tenía su jinete, que tenía seis, i con una nube en cada ojo, el lomo como cuchilla, el cuero sobre los huesos, i más vejigas que un Carnaval antiguo.

Con un tiento destrenzado de algún lazo viejo i más duro que garrote, había hecho el jinete sus riendas; con la faja de sus pantalones armó el bocaó, i castigando con una rama de paraíso procuró, durante todo el tiempo, hacer galopar á aquel respetable anciano criollo, que tenía, seguramente, muchísima experiencia de la vida, historia gloriosa, recuerdos mui tristes, penas sin cuento, i muchísimas, innumerables noches i días de palenque sin comer ni beber.

El caballo de mi tierra (que ya tiende á desaparecer como su jinete), es un héroe i un mártir, cuya historia de hazañas i proezas no está escrita. *L'arabe et son cheval* es un cuento de niños al lado de la magna historia de *El gaucho i su caballo*.

Dije al muchacho que iba inmediatamente; fuese éste, castigando desafortadamente, pero con el mismo resultado que si hubiera castigado á algún palenque; ensillé i fuí á ver á mi ex aparcera. Debía tratarse de la sobrina, seguramente.

I así era, no más. Unos mozos, de esos rastreadores de ganado rabón orejano i sin señal, habían querido dar qué hacer á doña Corpus.



Rillo & Cia. — Casa Especial en Alfombras. — 645, Canguallo, 647. — Teléfonos: Unión 1870 y Cooperativa 1069.



MARIANO BOSCH

—Esos mocitos, patrón, me decía, esos señores ricos del poblao, que porque uno es pobre se creen que ha de servirles pa estropajo, como cojinillo prestao, que hasta los muchachos se le sientan encima, i que porque uno no tenga la estrusión de ellos ha de ser como ojal de presilla. ¡No, señor!... Que no hai más muchachas por áhi? ¿Por qué andan atrás de ésta? ¿A qué se andan calentando las tabas al nudo por ésta que no es, de juramente, pa ninguno de ellos, por más plutados que los haya parido la madre? ¿No le parece, patroncito?

—De juro, contestéle yo.

—I son porfiaos i encarnizaos como chimango pa la osamenta; de á montones se cáin, viera patrón, i empiezan dele güeltas i más güeltas por ver si dentran, igual (mala comparasión) que ternero de tambo que no ha mamao entuavía i anda pelándose el cogote metiendo la cabeza pu'entre el alambrao.

—Es que algo espera-

rán, dije yo mirando á la muchacha.

—Cuidao que no vayan á sacar algo! ¡Pues no! exclamó ella.

—Cayáte vos, díjole la vieja, i no te metás en la conversación de la gente.

—Usté sola ha de ser gente, pué, dijo la muchacha, yéndose fuera á preparar el mate.

—Güeno, continuó Corpus, todo eso no sería nada, pero se han querido pasar i eso sí que no; que no se los hé permitir, mientras tenga estos ojos que me dan vista i un garrote á mano. Así jué como á ña Magalena le robaron la hija; i éstos son los mismos que hace como cerca de dos meses le pegaron un susto á mi comadre Martiniana, que le quisieron echar la puerta del rancho abajo porque no les había querido abrir pa que bailaran. Hizo mi bien la pobre mi comadre, más que uno de ellos iba alumbrao, i lo-j-otros pu áhi no más andaban. No!!!... no hai que darles alce á esos locos! I dé gracias que entuavía no se pasan demasio ende que están ustedes en el poder, que de no... sería como pa agarrar campo ajuera i emigrar del pago... Endeveras!

Pues vea lo que pasó la otra noche, i por eso lo he mandao molestar. Yo no quería decir nada á naides, ni á usté mesmo, pero hoi han estao dos de la partida á citarme pa'l Juzgao á que prieste reclarasión, i yo

antes de dir quería consultar con ustedé, que es mi único ausilio en este mundo i que no me ha de dejar cair en disgracia.

—Qué le ha pasado? preguntéle yo.

—Pues, me ha pasao... una cosa... un poco... güeno, yo creo que todo es por la cuistión política. Como el juez es de los de don Juan María, i mis hermanos están con los rabicales... que ya les he dicho yo de cuanto hai... porque no están con ustedé...

—Sí, mui lindo se han portao conmigo esos dos, dije yo.

—Si más que lo que les he dicho yo, patrón! Pero qué quiere hacer con esta gente inorante! Yo le digo que aunque han ido á suscribirse por los rabicales, va á llegar la elección i como no tienen la boleta de suscripción, porque la vendieron por dos pesos el mesmo día, don Venancio los va á obligar á dir con la gente de él, que ustedé sabe son de los de don Juan María, de los nacionales.

—Los mitristas, dije yo.

—Los nacionales le dicen.

—Cívicos nacionales son, pero se les debe decir mitristas ó cívicos, porque los nacionales son los vacunos.

—Bah! ya se han juntao! tan fáciles pá ingerirse que son ustedes!

—Cállese, vieja, no hable de más! Los nacionales que yo digo son los vacunos, pertenecen al partido nacional; los otros son cívicos nacionales, porque pertenecen á la Unión Cívica Nacional; cuántas veces quiere que le explique!

—Si soy tan ruda, patrón! dijo la vieja riendo con gran malicia gaucha. Pues, como iba diciendo, los muchachos hacen mal, pues, pá mejor, Ciriaco Flores, el que los llevó al atrio el día de la suscripción, está juído del pago por causa de la puñalada que le pegó, estando divertido, á Segundino Arroyo, el marido de mi comadre Martiniana, en el boliche del gallego Félix. Si son una gente, patrón, que da inquina verlos. No saben nada, como no sea de ovejas ó de hacienda. No han estudiao de letra i son más brutos que mancarrón alunao!

—Bueno, pero vamos al caso de la otra noche, interrumpí yo.

—A eso voi... Le iba á decir del vasco Culebra... (Culebra, por mal nombre, que yo no sé cuál será el nombre propietario de él), ahí anda el vasco pícaro diciéndoles que se vayan á votar por...

—Bueno, hombre! exclamé yo impacientado ya, vamos al asunto por que me ha llamado. Me está haciendo ahí una relación con más vueltas que un sebo de tripas.

La vieja me miró, sacudió las polleras, encendió el pucho de hoja, dió dos humadas, escupió, cruzó la pierna i continuó:

—La cuistión es ésta, tal cual: como esta muchacha no les da lazo á esos que le he dicho, ellos andan viendo de ver cómo me comprometen en alguna. Pues las otras noches sucedió esto: éste... ya sabe que la muchacha lava alguna ropa pa algunas estancias i á más pa do-j-o tres señores de aquí, del poblao. Las otras tardes al escurecer salí á la puerta del rancho i vide una grau cerrason pa'l lao del poniente, pero una cerrason mi fiera, que ya la habrá visto ustedé, patrón; como yo tenía que dir pa lo de mi comadre Rebastiana á llevarle la ropa que había lavao la muchacha i amenazaba lluvia, juí á traír al overo pa las casas, pero ese mancarrón es tan mañero i resabiao, que en cuantito me quise atracar á la punta de la sogá pa agarrarla, me lo malició i agarró á disparar por el potrero i por las calles; yo, dele perseguirlo, pero qué!... era al cuete! En un repente se me escuende entre una cina-cina de lo de Ortiz i como ya era medio escuro, yo qué lo había 'e ver!... Le he echao más maldiciones á ese mancarrón! cáyese, si era como pa pegarle un tiro!...

La suerte jué que acertó á pasar el chico de ña Desculapia, i el pobrecito jué i áhi no más lo vido i me lo trujo; viera que gauchito es el chiquilin... Güeno, yo siempre le encajé unos guascasos al mancarrón, pero qué, es inúti, lo mesmito ha de hacer de contino. Ya es mañero de si Amalaya tuviera unas boleadoras güenas!... A ver si me hace retobar unas, patrón, ó me manda algunas que tengan algún tiento cortao.

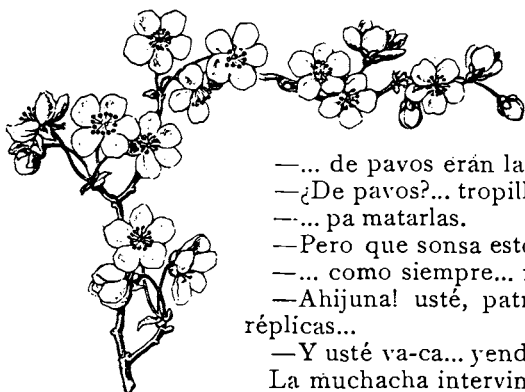
—Bueno, contesté, le voi á mandar, pero cuidado no vaya á bolar mucho... no vaya á quebrarlo al pobre bicho!... Si usté, vieja, ya no puede ni con boleadoras de carne!

La vieja soltó la risa.

—¡Le parece, patrón! Si entuavía soi capaz hasta de voltiarle un ternero en el corral de su cabaña.

—Cállese, doña, si usté ya no sirve ni pá bolar chingolos en los cercos, i como no se enlace la trenza, no sé qué más va á enlazar. Voltear... algún banco de un tropezón.

—Ave María, patroncito, en qué descrédito me tiene! Mire que en cuando en cuando sale la gansa volando i de ande menos se piensa vuela la perdiz. I usté no sabe que las mentas mías son mi grandes, i en mi tiempo, allá por mis pagos viejos de Cañuelas, he sabido hacer desparra-
mo en una tropilla?



—... de pavos eran las pisadas...
—¿De pavos?... tropillas güenas!
—... pa matarlas.
—Pero que sonsa estoi hoi...
—... como siempre... no ha de estar uno igual.
—Ahijuna! usté, patrón, parece ser-do... tor, por las réplicas...
—Y usté va-ca... yendo recién en esa cuenta?
La muchacha intervino diciendo:
—Ahí se han trenzao dos de contrapunto!

Reimos un rato i luego dije:

—Bueno, vieja charlatana, á ver si sigue su relación que se va haciendo más larga que lazo chileno.

—Güeno, prosigo en lo que iba diciendo... Ché, cambiále la yerba á ese mate, que lo estás traíndo mu lavao ya!

La muchacha chupó el mate y contestó:

—¿Lavao?... ande está lavao este mate! Si ya ni vés, ya!

—Cambiá esa yerba, caracho! i no seas respondona i tan dura é boca! Tan mal criadas que están estas guachas de hoi día! Ai Dios! mirá en mis tiempos!... ajá! como no!... Capaz que de un guantón me ensangrientaban la jeta! Mirá, con mama, que íbamos á jugar nosotras! Ya vá!

—Bueno, siga el cuento, pues, vieja, i no se me salga tanto de la huella.

—Es que á cada rato el güai de mano me hace endierezar pal campo... Pero vean cómo se fija este patrón! No lo creiba tan apurao! Ande tié que dir á estas horas?... Güeno! pus, como iba repitiendo, le tenía que llevar la ropa á mi comadre Rebustiana; le puse los cueros al mancarrón i me fi. Ah! aura que me acuerdo, á ver si me manda una carona, pus, patrón; vea que no tengo, porque la mía estaba ya tan hecha pedazos que la tiré.

—Cuidao no se le vaya á bastiar el mancarrón!

—Claro que se va á bastiar! si entuavía tiene la carne tierna... No se

riya, si anque el pobre ha pasao tribulaciones i está rengo de la pata del lao del lazo, no se vaya á figurar que es algún matungo de esos que andan arrumbaos por ahí. Mándeme una carona, i un cuerito pa cojillo.

—Le mandaré un apero completo.

—Bien haiga este patroncito! si es como San Juan bendito, que no bendito se lo pide ya le ha hecho el milagro! Es mui güen gaicho este patroncito!

—Pero siga, vieja de porquería, que de nó me mando mudar!

—Párese, si no me da resuello!... Güeno, aura le largo todo el rollo de una sentada. Pues, le llevé la ropa á mi comadre, i cuando llegaba á su casa, ya se vían una punta 'e rejucilos por toos laos; i al ratito no más, empezó á tronar de lo lindo. Natural que no quise ni acetar un mate, porque era noche cerrada, i me iba á agarrar el agua! Regresé en el ato, pero qué escuridad tan fiera, patrón, viera! no se le vían las orejas al mancarrón, i en cuando en cuando los rejucilos le hacían á uno sacudir las orejas i persinarse. Al momentito, no más, empezó el agua de lo lindo, i yo, pa mejor, sin rebenque, i el mancarrón sin querer galopiar. Llegué á casa como una sopa. De yapa no teníamos carne pa asar, i apenas un chiquito 'e yerba. La leña toa mojada, porque esta niña se había olvidao de metér-la abajo la cama: bien haiga!... Hacía rato que se vía venir la tromenta i ella, nada! cuándo se le había de ocurrir dentrar la leña pa dentro!

Como Dios nos ayudó hicimos un juego i calentamos agua. Estábamos ya por acostarnos, ¿qué íbamos á hacer? apenas nos quedaba un chiquito de asaite en el candil... cuando sentimos toriar al perro, como si llegase algún forastero. Vea, patrón, á esas horas i con esa noche, quién podía llegar por acá que no juese un malevo! El perro seguía toriando cada vez más encarnizao, hasta que en repente larga un auyido i se viene auyando hasta la puerta del cuarto; en seguida auya de nuevo i se va pal lao de la ramada. Esta muchacha se asusta de un modo terrible i empieza á quererle dar el mal. Yo no me asusté, ya sabe que soi medio corajuda i quería abrir la puerta i salir, pero esta sonsa empieza á yorar i á prendérseme de las poyeras pa que no abriese. En eso, zás!... de una patada que me le acomodan á la puerta le hacen saltar la aldaba con horqueta i todo, ésta da un grito, yo caso un fierro del fogón, i en el hueco de la puerta, ahí no más, parao, aparece Aniceto Corrales, too emponchao, con las alas del chambergo bajas i chorriando agua. Ahí no más lo atropellé con el fierro i le tiré un hachazo al medio 'e las aspás, pero él lo paró con el rebenque, me casó el fierro i me lo arrebató de las manos. En seguida empezó á floriarse i á hacerse el gracioso, diciendo que lo recibíamos mi mal, que ajuera el perro lo había casao de una al-pargata i le había roto la media i un pedazo del cuero, i qué se yo qué otra punta de cosas, que yo con la indinación no quería ni oír. Más después nos pusimos á alegar, yo le dije de cuanto hai, i él á disculparse i á decir que andaba perdido, que el mancarrón con la juerza del viento i de la lluvia se le sentaba i no quería seguir adelante, i que se había bajao aquí sin saber qué casa era. Yo le dije que no era guapeza echar la puerta abajo en un rancho donde vivían dos mujeres solas; pero él dentró á disculparse tan bien i con un modo tan lindo i tan sosegao, que me hizo tragar tuitas las bolas que quiso. Se puso á componer la aldaba de la puerta, i peló debajo el poncho un frasco de giniebra, que dijo que llevaba pa su casa, pero quería tomarla con no-j-otras.

—I usted en cuanto vió la giniebra se le hizo agua la boca.



— Por Dios que no, patrón! Ese pícaro me había cómprao más con sus lloros que con sus ofertas. Dispués comprendí que lo que había intentao él era hacerme alumbrar pa aprovecharse, pero, gracias á Dios, le malicié el juego i apenas aceté dos tragos del frasco. A todo esto pasó el tren de adentro i se empezó á hacer tarde i la bendita lluvia caiba que era un gusto i el viento soplabá con tal juria que sacudía el rancho que parecía se venía abajo.

Como hasta entonces había estao mi moderao, i no remostraba la mala inquina que traiba ni que quisiera aprovecharse de la intrusión, yo no me animaba á echarlo... con una noche como esa; i lo iba dejando. Pero el candil no daba ya casi lumbre, i vide que si prendía la vela (la única que tenía), con el viento que dentrabá por las endijas se me iba á chorriar tuita i no iba á durar ni una nada, le dije con mui güen modo que se juese, porque yo no le podía dar hospitalidá pa toa la noche en el cuarto: que si quería se juese á la ramada ó á la casa vieja, que es una tapera, pero que por lo menos le iba á atajar el viento.

Aquel endino, tan achicao i mansito estaba, pa boliarme después, escuendiendo el juego, que dijo que acetaba i se iba á retirar. I el mui zorro viejo se levantó, se dispidió i se jué. Yo cai en la trampa i me dentré á disculpar. I él, que ya lo tenía too pensao i bien preparao, siguió achicao no más i dijo que no quería seguir de intruso i se iba; que ya se había seco al lao del juego i ya podía soportar el agua hasta llegar á su casa. Se jué...

¡Hijo e perra!... al rato golpió la puerta i me dice — ¡Abra, doña Corpus, por vida suya! — ¿Qué le pasa amigo? le dije yo. — No ve, doña, que el mancarrón se me ha sentao i me ha cortao el cabestro, i se me ha mandao mudar; ha dejado el pedazo en el palenque: afijesé... mal haya!...

Esta vez me bolió; le abrí la puerta, i me enseñó el pedazo del cabestro... aquí lo tengo... Después vide que estaba cortao á cuchillo... Afijesé, patrón.

La vieja me dió el pedazo de un cabestro doble, cosido, que se veía, en efecto, que había sido cortado á cuchillo.

—No ve, patrón, ese endino como se burló de mí.

—Y usted ¿por qué no se fijó bien? dije yo. ¡Parece chica de escuela!

—Ya lo sé, patrón; pero no me afijé, porque ese malevo me había engañao lindo, hasta creo que me había añublao los ojos con agún maleficio! Dejeló no más, que nunca es tarde cuando la dicha es güena, entuavía me la ha de pagar pior! Ya me la pagó un poco, pero alguna vez no le voi á errar. ¡No le hace, déjelo no más! Dicen que ha jurao vengarse, pero no me va asustar con esas, i no me le he de achicar aunque se venga con el mesmo Juan Moraira que salga del Cementerio!

Güeno, pues, lo hice dentrar, pa decirle otra vez que no lo podía dejar adentro, que la vela se iba á apagar i no era propio...—Pero, doña Corpus, me dentró á lamentar, en qué quiere que duerma? Ni una matra tengo, el mancarrón se me ha ido, con qué me voi á tapar? ¿Cómo quiere echarme ajuera, como perro sarnoso, á meterme hasta el cogote en los pantanos pa dir pa casa, ni cuándo voi á llegar tampoco, si no se ven ni las manos en tanta oscuridá? Yo no le voi á faltar; y yo es cierto que la quiero á su hija, i si usted permitiera me la llevaría á vivir conmigo.. ¿Por qué no me la dá, doña Corpus?

Yo áhi no más le corté el resuello i le dije que la muchacha no era para él, que se dejara de esas porfias en vano. I él me replicó que esto i que el otro, i seguimos alegando hasta que se nos apagó la vela. Entonces yo, ya media resuelta, le dije ya, á las claras, que se juease. Ahí jué ande cambió el pronto de hombre, i me dijo mui altivo, que no se iba i que había jurao que esa noche Desideria sería de él; i que estaba dispuesto á degollarme si yo me metía á querérselo impedir. Ya me gustó, al verlo hacerse el pesao, y empecé á manotiar por lo oscuro á ver si se casaba algo pa peliarlo; pero no hallé nada; los fierros del fogón, este endino, los había refalao! Entonces atropelló á la muchacha i la quiso voltiar. Esta gritó i yo me abalancé sobre él: pero di un trompesón en los adobes del fogón que habíamos hecho, (porque la trebe se había roto) i me juí de hocico al suelo. Me levanté pero no daba con él. En repente sentí á ésta que gritaba como si la tuvieran medio mal i pensando que el diablo ya me la estaba atrasando, me juí ande había oído el quejido á prestarle auxilio. Llegué i empezamos á tirones á lo oscuro. En eso le manotí el cuchillo i antes que tuviera tiempo de prevenirlo se lo saqué de la cintura.

Cuando el hombre se vido desarmao aflojó i largó un terno.

—Deme la cuchilla, ña Corpus, me dijo, y no haga que me pierda. Vea que si me llega á pinchar la volteo de un taleraso.

—Voltiá, no más, sin vergüenza, le dije yo, si sos quién!

Al oír mi voz me atropelló i me tiró un rebencaso i me encajó un lonjaso que me hizo arquiár de dolor. Entonces, ciega de ira, i sin saber lo que hacía...

La vieja se calló; dejó de mirarme, tosió y se puso á encender otro cigarro de hoja.

Yo la dejé hacer i luego le dije:

—¿Lo lastimó?

La vieja hizo una mueca.

—Pagó la puñalada que le pegó al Jazmín al dentrar! dijo.

—Pero, lo lastimó mui mucho?

—Como estaba oscuro i yo airada no vide ande pegaba: le bandié un brazo i le aujerié las tripas! Si se la pongo dos deditos más pa allá no cuenta el cuento... La cuchilla era muy grande!

Se levantó i sacó de bajo de unos trapos una cuchilla sin vaina, i me la dió, diciendo:

—¿No vé?

Era una cuchilla enorme de más de cuarta i media de hoja, de cuatro dedos de ancho i que desde antes de la mitad empezaba á disminuir hasta concluir en una punta agudísima i afilada de una manera archi-salvaje. En ninguna carnicería la habrá igual.

—¡Son de las que se dueblan, mas no se rompen! añadió la vieja.

—¿I para qué la lavó? pregunté yo.

—Pa no quedarme con la repunancia del endivido.

Teléfonos: Unión 1870 y Cooperativa 1069. — 647, Cangallo, 647. — Gran Empresa de Adornos y sillas de alquiler. — Rillo & Cia.

—Después que lo lastimó, ¿qué hicieron?
 —Dispués él pidió tregua. «Me ha jorobao, me dijo por las claras; déjeme salir, que me voi».—Pero prontito, salí, condenao, que estoi caliente i en cuanto te güelva á sentir que revolías el talero te voi á dejar en el sitio. «No; si me voi, doña, pero he de volver», dijo él. Manoteó la puerta i salió. No sé como llegaría á su casa; yo creo que se jué á caballo, porque al aclarar salí ajuera i vide ende lejos no más el pisoteo ande había estao atao el mancarrón. Él usa cabrestos mui largos i le ha podido cortar un pedazo i dejarlo atao entuavía... Yo cuando vide que se iba, dije:—más vale ansina, i atranqué la puerta.



Güeno, patrón, tal es la relación; aura, á ver, pues, si usted me libra del compromiso... Yo le he pegao en güena lai, i no le iba á tolerar ni á él ni á naides que se viniera á aprovechar de la ocasión. Yo soi una triste paisana del campo, sin estrusión, que lo mesmo respeto á uno de cli-ripá que á uno de pantalón, pero que no por eso me he de dejar arriar con las riendas, ni voi á cabrestriarle en contra el viento á ningún mal gaucho que me quiera atribular con engaños.

—¿I ha tenido noticias de él?

—Sí, por Fulgencio; la herida del brazo es la pior; pero la de la pansa es poca cosa; está mejor, i no se ha de pasmar. Lo han curao en su casa namás... Aura yo no sé por quiéna lo habrán sabío en el Juzgaol!.....

En poco tiempo le arreglamos el asunto á la corajuda doña Corpus; éramos amigos con el comisario i juez de paz, i el caso de ella era sencillo. El herido, comprendiendo que se encontraba en mal terreno, se guardó mui bien de abrir la boca para quejarse. Era de buena carnadura, como todo hombre de campo, i sanó pronto.

Corpus se quedó con la cuchilla, le hizo ella misma una vaina, i dice que con ella quiere ver cómo harán esos guapos i pesaos que dicen que la van á cuatrear.

Mariano Pines



Doña Ruperta, sempiterna habladora, ha exhalado el último suspiro. Su yerno daba la noticia á sus amigos en estos términos:
 «Mí suegra ha dejado de hablar esta mañana á las siete y media.»

* * *

Teresita presenta un ramo de azucenas en el altar de San Antonio. Después de besar los pies al santo, le dice humildemente:

«Mira que ya he cumplido dieciséis años; que ahora se envejece en un momento. ¡Santo mío! todas mis amigas tienen novio, menos yo. Concédeme pronto. Sólo te suplico que, si puede ser, sea rubio.»

José Gabriel Brochero

(CANÓNIGO DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA)



Después de los trabajos que había realizado, Brochero se consagró enteramente á moralizar el vecindario, llevando á todas partes la doctrina cristiana, procurando que su ejemplo precediera á su palabra, que la profesaran en acción y practicándola conocieran sus preceptos.

Desde sus primeros años tenía una elevada idea de la influencia benéfica que producían los ejercicios espirituales en el ánimo del hombre, y se apresuró á invitar á los vecinos, á que concurrieran á los que anualmente se daban en la ciudad de Córdoba.

La gran distancia y los caminos intransitables que separan aquellos escabrosos lugares de la capital de la Provincia, debía ser por sí solo un grave inconveniente para responder á este llamado.

En general, la gente de primera clase se negó en absoluto, y Brochero recorría los campos caminando día y noche y haciendo la misma súplica á las personas que encontraba.

Un joven amigo, que algunas veces lo ha acompañado en estas piadosas excursiones, me refería que se bajaba en cualquier *rancho* ó casa, y dirigiéndose á los que se encontraban en ella, les decía: — Compañeros! vengo á invitarlos para que vamos al pueblo á los ejercicios.

— Pero, señor, le decía alguno, si no tengo en qué.

— No, eso yo le daré, amigo.

— Y de ahí, y con quién voy á dejar mis hijos, pues, señor?

— No tenga cuidado por eso, que arreglaré todos esos inconvenientes.

— Pero señor, si tampoco tengo para dejarles con qué se alimenten no estando yo.

— No importa, amigo, yo le he de dar para que les deje.

Y bien: de esta manera, allanando todas las dificultades que se le presentaban, conseguía Brochero reunir trescientas ó cuatrocientas

personas, y atravesaba la sierra con ellas para alojarse por nueve días de penitencia y meditación en la casa de ejercicios, y este hecho se repetía dos veces al año, aumentando cada vez más el número de concurrentes.

El nombre de Brochero corrió muy luego en todos los departamentos de la Sierra y en las provincias de La Rioja y San Luis limítrofes con ellos.

Con su ejemplo y con su prédica fué desarraigando las costumbres inmorales y matando las inclinaciones brutales de habitantes que habían vivido siempre en medio de las antiguas montoneras, contrayendo hábitos vandálicos á las órdenes de Chacho y de Guayama.

Los caminos poblados de ladrones principiaban á ser vías de seguro tránsito; la gente que deslizaba su existencia en brazos de miserable holgazanería, empezó á sentir los goces del trabajo honrado, la Policía á disminuir sus pesquisas en los bosques, á paralizarse el movimiento de los tribunales, á permanecer solitaria la estrecha cárcel de campaña. Los vecinos observadores veían que la causa de esta transformación social estaba en la misma población que elevaba su sentido moral.—Brochero era el agente constante, activo, incansable, que no todos distinguían, pero que, sin embargo, actuaba en todas partes.

Existía entonces un bandido terrible que moraba en las quebradas profundas ó en los bosques espesos. — Inútiles habían sido para su captura todas las diligencias de la Policía.

Un día salió Brochero en dirección al punto en que se hallaba. — Montó tranquilamente en su mula, y sin comunicar á nadie su pensamiento partió solo al lugar indicado.

Encontró á su hombre recostado en el suelo y el caballo que montaba á poca distancia — No manifestó la menor señal de alarma al verlo aproximarse, y conservó la misma actitud con impassibilidad estoica.

Brochero, después de saludarlo y conversar un momento, le dijo:— «Amigo, vengo á convidarlo para que vamos á los ejercicios».

El gaucho se levanta entonces y le dirige brutales insultos acompañados de horribles amenazas. — Brochero saca una imagen del Cristo que lleva siempre bajo su sotana y enseñándosela le responde: — «Yo no soy, amigo, el que viene á convidarlo, es éste. ¿A que no lo insulta?»—Movido por este original recurso, el bárbaro paisano, tan colérico al principio, se presta entonces á conversar con él, y concluye aceptando la invitación de concurrir á los ejercicios — Hoy es un vecino honrado y un esposo irreprochable.

Había un individuo que vivía perpetuamente ebrio, haciendo la desgracia de una familia numerosa, que iba acercando á las puertas de la miseria.

Todos los medios que la imaginación aguzada por la necesidad puede sugerir, se habían tentado para despojarlo del vicio. — Todos los esfuerzos habían sido infructuosos.

Una vez le dice Brochero—Vea, don N.: ¿quiere que hagamos un trato?

— Señor, como usted mande *hay* ser.

— Bueno; usted se va á comprometer á no tomar ni un traguito de licor durante dos años, y yo tampoco voy á tomar ni un chiquito de dulce ni un poquito de bebida — ¡vaya! — ¿quiere que hagamos este convenio?

— No, señor, no me animo.

—Pero, hombre, vea que yo también me voy á embromar.

El paisano se queda pensando un momento, y al fin responde:

—Está bien, señor.

Desde este día, en el tiempo determinado, no se vió á ninguno de los dos infringir lo pactado, y desde esa época el ebrio consuetudinario ha olvidado para siempre su vicio, y vive contraído á su familia y á sus intereses.

Serían innumerables los actos de este género que pudiera referir, pero bastan los mencionados para mostrar el sacrificio, las privaciones, el peligro, las fatigas y los dolores que con gusto soporta Brochero, para conseguir el bien que se propone.

Esto se llama practicar la virtud cristiana, de la que los pueblos mucho necesitan.

Hay un acto en la vida de Brochero, que no puedo dejar que pase en silencio.

Guayama, el heredero de las tradiciones de Quiroga y Chacho, á la cabeza de sus montoneros andaba sublevado en los Llanos de La Rioja, saqueando las poblaciones que mantenía en constante alarma y haciendo sentir su acción vandálica hasta en los departamentos de la Sierra.

Brochero se propuso desarmarlo y hacerlo entrar á la vida civilizada, de trabajo y de sosiego.

Se dirigió á la Provincia de La Rioja en busca del célebre caudillo, y vagó varios días por esos desiertos, sin más compañía que su propio pensamiento

De Guayama no adquiría noticias.— Encontraba sus gauchos, les interrogaba por su jefe, y todos guardaban misterioso secreto del sitio en que se hallaba; pero Brochero persistía en su propósito y seguía por campos despoblados y caminos intransitables en sus laudables correrías.

Por fin un día encontró á un amigo suyo, que servía á las órdenes de Guayama y era persona de su confianza. Este le prometió conducirlo delante del caudillo, pero después de prevenírselo y recabar su consentimiento.

Guayama, informado del objeto de la visita de Brochero, accedió á darle una cita en un bosque espesísimo é impenetrable. — El cura fué puntual y el montonero no concurrió. Desconfiaba profundamente de este amigo oficioso que se le ofrecía, y creía que bajo la capa humilde de un sacerdote se le ocultaría una celada.



DR. R. J. CÁRCANO



Rillo & Cia. — Lonas para parvas y carros. — Toldos y Cortinas. — 645, Cangallo, 651 — Teléfonos: Unión 1810 y Cooperativa 1069.

Brochero insistió, no obstante, y Guayama volvió á repetir la cita. El primero asistió acompañado del amigo que le servía de intermediario, y nuevamente no encontraron al segundo. Brochero quedó en el lugar señalado y su compañero comenzó á reconocer las inmediaciones. Como á las dos cuadras encontró á Guayama que con atenta vista seguía todos sus movimientos.

Allí en ese punto, el virtuoso cura y el semibárbaro de los Llanos, último vástago del individualismo brutal de nuestros campos, tuvieron una larga conferencia, abandonándose en íntima y franca conversación.

Brochero lo exhortó á que abandonara esa vida andariega y aventurera que llevaba y se contrajera por entero al trabajo. Le prometió entregarle una estancia con numerosa hacienda, dándole una fuerte participación en sus productos, lo que conseguiría de un acaudalado propietario de su departamento, y le ofreció pagarle todas sus deudas y darle un indulto del Gobierno Nacional.

Guayama aceptó esta proposición, exigiéndole, sobre todo, el cumplimiento de la última promesa, que el doctor Juárez Celman se encargó de solicitar del Gobierno de la Nación.

El General Roca respondió que por parte del Gobierno Nacional no se le molestaría, pero que esto mismo no podía asegurarle respecto á la acción común que podría entablarse ante los tribunales ordinarios.

Brochero volvió á ver á Guayama, pero éste no tuvo valor para dejar su vida de pillaje sin obtener completas y absolutas garantías contra el fallo justiciero de las leyes.

Sin embargo, sus gauchos no se hicieron sentir más en «San Alberto», y él se vió luego en una cárcel hasta sufrir el fin trágico que todos conocemos.

¿Hay en Córdoba algún cura de campaña que pueda presentar estos hechos en su foja de servicios?

Ha llevado sus trabajos hasta desarmar al *gauchi-político* de nuestros campos y destruir la última montonera que palpitó débilmente en la provincia de Córdoba.

Brochero ha sido en su curato el cincelador de lo bueno. Donde hay un error, donde se comete un abuso, donde se violan las leyes eternas del Evangelio, allí está el martillo de su perseverancia poniendo las cosas en su lugar con la propaganda, con la persuasión y con el ejemplo, que son las armas que se emplean en el siglo para imprimir tendencias y hábitos sinceros en la conducta de los hombres.

* * *

Se propuso fundar un gran colegio que llenara las exigencias de la población de los Departamentos del Oeste, y que viniera á beneficiar también el Sud de La Rioja y el Norte de San Luis, limítrofes con ellos y más alejados de toda cultura y pulimento social. Para realizar su pensamiento, necesitaba desembolsar sumas crecidas que no las podría recoger de las poblaciones favorecidas por su fecundo proyecto. No obstante, todo debía salvarlo su actividad y su decisión entusiasta hasta conseguir la realidad que buscaba, al través de inconvenientes y obstáculos vencidos en su camino.

Recorrió toda la provincia de Córdoba, penetró en La Rioja y en San Luis, levantando suscripciones que se traducían en dinero, en hacienda ó cualquier otro objeto de valor, y después de prolongado tiempo en esta tarea, recogió una crecida suma y abrió los cimientos de un gran colegio.

En este momento empiezan los días de gran actividad para Brochero.

—Cumple con los deberes de su ministerio, vigila á los obreros de la casa cuyos cimientos ha marcado, aprovecha la noche para cruzar largas distancias y campos desiertos, llamado por algún enfermo, ó á decir misa en la capilla de alguna pedanía, predica, hace propaganda pidiendo ayuda para su obra, que, alimentada por su esfuerzo, sigue creciendo, y mil brazos estimulados por su palabra trabajan en ella febrilmente.

Y con la rapidez que es posible, aumentando el fondo de suscripción, y aprovechando el contingente personal de la gente sin dinero, que ofrece las propias fuerzas, Brochero construye en un estrecho valle, dentro de una población reducida, rodeada de grandes sierras y á la orilla de un río silencioso, dos grandes edificios cuyo costo no baja de *quinientos mil fuertes*, destinado el uno para escuela y el otro para casa de ejercicios, para llevar la luz á la inteligencia joven y los encantos de la fe á la conciencia del creyente.

Una de las cosas que más ha influido en el ascendiente de Brochero sobre la población de la campaña, es su manera de *platicar*, según su propia frase.

Ha inventado un género de oratoria sagrada la más original que pueda imaginarse, pero perfectamente discreta y eficaz en un cura de distritos rurales, que para hacerse comprender se amolda al carácter, á la índole, y á la capacidad de la gente que lo escucha.

Su lenguaje carece de pulimento literario. Llama á las cosas como son, sin emplear rodeos, con una franqueza que á veces sorprende.—En su estilo agreste, lleno de las asperezas como de los encantos de la naturaleza virgen, con diáfana claridad y sencillez, explica las prácticas de la iglesia y los misterios de la religión, enseña, aconseja, apostrofa y ruega, desde el púlpito ó desde el altar, interroga, conversa y entabla largos diálogos con sus oyentes, que piensan que ningún hombre habla mejor que el cura, quizá porque han tenido muchos curas cuyo lenguaje no entendían.

Un día le oí pronunciar una *plática* cuyo recuerdo me bastará para ofrecer un exactísimo modelo del género oratorio que practica con todo éxito.

Estaba muy apurado en la construcción del edificio para escuela, y necesitaba urgentemente una gran cantidad de postes de madera que ya los tenía cortados en un monte vecino. Un domingo sube al púlpito, y les dice:

—Pero, caramba, amigos míos, que ando afligido. Para esta casa que estamos haciendo, me hacen mucha falta unos postes y no tengo cómo traerlos, y si no buscamos cómo hacer la cosa de alguna manera, la obra va tener que pararse.

Aquí cerquita, en Altautina, en el bajo de esta lomita que es lo primero que se divisa, aquí, hombre, en el campo de esta viudita... bah!—ya me olvidé... esta viuda... pero como se llama, hombre, esta viuda de aquí de Atautina?... pero si tampoco ninguno de ustedes se acuerda...

—Será la viuda Petrona, pues, señor,—le responde un paisano, desde la puerta de la capilla.

—Eso es, hombre, la viuda Petrona, si no me podía acordar.—Bueno,



Rillo & Cia. — Jonás para parvas y carros. — Toldos y Cortinas. — 615, Cangallo, 651. — Teléfonos: Unión 18to y Cooperativa 1069.

ahí en el campo de la viuda Petrona, tengo una cantidad de postes, con la coyuntura hecha y todo, de manera que no hay más que atarles el lazo y traerlos á la cincha.

Ustedes ya han alzado las cosechas, la hacienda está gorda, y antes que arrecie más el invierno, es necesario que me hagan este servicio, porque si no, ya les digo, el colegio quién sabe cómo ande.

Pasen, pues, la palabra á los compañeros que encuentren esta semana, y montados en caballo, mula ó burro, como quiera que sea, vénganse el domingo para que echemos una manito.

El sábado próximo, la plaza del Tránsito, villa donde residía Brochero, estaba llena de gente, y á la madrugada del día siguiente, *setecientos* hombres esperaban las órdenes del cura, que colocándose al frente de ellos llegaba al lugar de Altautina, él mismo ataba á la *cincha* varios postes, é imitado por la numerosa caravana, regresaba acarreado en un solo viaje todo el material que otros con los mayores recursos hubieran empleado días en conducir.

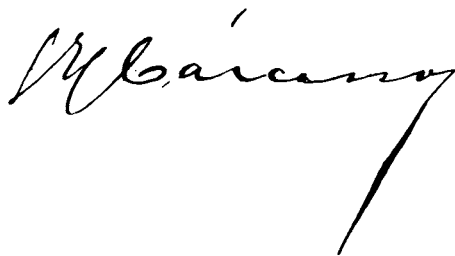
Este hecho y muchos otros semejantes que podría mencionar, explican la construcción de obras de inmenso costo realizadas por Brochero. La colectividad social dentro de la cual actúa, le presta todo su poderoso concurso para ejecutar cualquier pensamiento que pretenda hacer práctico, de manera que su esfuerzo, es el esfuerzo decidido, incansable y entusiasta de una población entera.

Entre las escabrosidades de la Sierra, donde antes imperaba el atraso y la ignorancia de la semibarbarie, existe hoy un gran colegio y una amplia casa de ejercicios, sin que nada parecido se encuentre en la provincia como producto de la iniciativa individual.

Observando el método norteamericano, que hasta para la más elemental instrucción ha implantado la escuela experimental, trescientas niñas se educan actualmente en el colegio, y en la casa de ejercicios, centenares de personas pasan durante el año algunos días de meditación y de retiro, lo cual, cualesquiera que sean los inconvenientes de esta práctica religiosa, influye eficazmente en la cultura de la gente de la campaña.

Si al beneficio y utilidad de estos hechos se agrega la abnegación, el desinterés con que se ejecutan, la falta de pretensiones, la humildad, el sentimiento del deber, el amor al bien en que se inspiran, entonces la personalidad moral de Brochero crece y se agiganta, presentándose como la encarnación del antiguo sacerdote cristiano, que enseña la fe de su culto y la virtud que encierran sus preceptos, con el ejemplo que edifica y con la palabra que ilustra.

Córdoba.



Rillo & Cía. — Lonas para parvas y carros. — Toldos y Cortinas. — 615, Cangallo, 651. — Teléfonos: Unión 1810 y Cooperativa 1069.



Presidentes Constitucionales

DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

PROCLAMA DEL GENERAL URQUIZA (1)

El Presidente de la Confederación Argentina y Capitán General de sus Ejércitos

AL PUEBLO DE BUENOS AIRES



GENERAL D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA
PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN
PERÍODO PRESIDENCIAL: 1854 - 5 DE MARZO 1860

Compatriotas! Después de la victoria de Cepeda os dije que venía á ofrecer una paz duradera, bajo la bandera de nuestros mayores y de una ley común, protectora y hermosa. Que no venía á imponeros el dominio de un hombre ni de un partido. Paz, fraternidad y unión nacional proclamaba mi ejército, y éstos eran los fines de la victoria.

Yo había procurado esos nobles fines por la discusión tranquila que evitase todo sacrificio al país, aceptando la interposición de gobiernos amigos. No quería que se derramase sangre argentina por una cuestión fraternal, fácil de resolverse por los esfuerzos generosos del patriotismo.

Yo quería la reunión de Buenos Aires á la familia argentina á que pertenecía, y á que debía y le convenía pertenecer: quería su libertad, su tranquilidad y su dicha: quería que sus hijos dejaran de estar divididos, para trabajar como verdaderos hermanos en la felicidad común. Era éste mi deseo, y

(1) No podemos publicar autógrafa esta proclama, porque, por regla general, Urquiza hacía escribir los documentos por sus secretarios.

era éste también el deber que la Nación me había impuesto. Y ¿podía resistir esto con las armas en la mano por el pueblo de Buenos Aires? Sin injusticia y sin error, no!

Sabéis vosotros que no se ha vertido por mi culpa la sangre de Cepeda, y con igual y profundo dolor contemplé los cadáveres de ambos ejércitos, víctimas argentinas en una lucha tan evitable como atroz.

La campaña entera de Buenos Aires aplaudió esa victoria, y espontáneos pronunciamientos de adhesión á la causa nacional se celebraban sucesivamente en sus poblaciones.

Llegado á inmediaciones de la ciudad con un ejército cada vez más entusiasta y numeroso, y cuando el gobierno de Buenos Aires se preparaba á una última resistencia, no creí que el triunfo de Cepeda, ni las probabilidades de una nueva victoria, debían volverme difícil á los esfuerzos por una transacción que el representante de una potencia hermana redoblaba con ahinco, con un interés que ha ilustrado su nombre, mereciendo el reconocimiento de la Nación Argentina y el aplauso y simpatías de todos.

Cuando gran mayoría del pueblo de Buenos Aires seguía la bandera nacional, la bandera de paz y fraternidad que traía en mi mano, debía esperar que la población de la ciudad de Buenos Aires, desengañada del extravío de cierto número de hombres, mirase por su suerte, y haciendo justicia á mis sentimientos hacia ella, oyese la voz de la razón, levantase la de su propio derecho, y me ayudase á un arreglo honroso y fácil, que la salvase de una nueva batalla.

Yo interpele los sentimientos de todos los patriotas, de todos los hombres sensatos, de todos los partidos, de todos los hijos de la tierra y de todos los extranjeros también, porque deseaba evitarme un triunfo que pudiese costar más sangre.

He seguido con más empeño el curso de la negociación pacífica, bajo la mediación del inteligente y distinguido diplomático del Paraguay, que las exigencias de la guerra. Pongo á todos por testigos de esta verdad.

Es lleno de gozo, de noble orgullo, de dulce gloria, que proclamo la paz al pueblo de Buenos Aires, seguro del voto nacional y de las simpatías de la humanidad entera.

La integridad nacional está salvada.

La fusión, la libertad, la fraternidad, la tranquilidad del importante pueblo de Buenos Aires cuentan con bases convenientes, que la sensatez y el patriotismo de sus hijos puede hacer fecundas.

Jamás he sentido más dulce emoción que en este momento, en que puedo gloriarme de haber ofrecido un ejemplo de moralidad política, poco común en la historia de nuestras guerras, pero que la civilización actual reclama.

En una lucha de familia debe preferirse toda transacción á una batalla; la reconciliación tranquila y fraternal funda la paz é inspira nobles sentimientos para el porvenir, mientras que la sangre que se vierte en los campos de batalla, fermenta odios inextinguibles.

¿Qué nos han dado más de cuarenta años de lucha? Arruinar el país y cosechar horrores.

Basta, ¡por Dios! de sangre inocente, sacrificada al capricho de bastardas ambiciones. Basta de guerra entre los hijos de la Nación Argentina, que sin ella sería hoy la más grande y poderosa nación del continente.

Puede ser que en la transacción honorable que se ha hecho, muchas aspiraciones individuales no estén satisfechas, pero el interés del país lo está; lo están los altos principios que han armado á la Nación, lo está el derecho, la civilización, la humanidad. ¡Gloria á todos los que han contribuido á fundar la nueva era que se abre hoy para la hermosa provincia de Buenos Aires y para toda la Nación!

Conozco la virtud y el patriotismo de los hijos de Buenos Aires que me han acompañado á la campaña, para esperar que se hagan, con su conducta ulterior, dignos de la honra que han adquirido, y que sacrifiquen á la paz todo lo que debe sacrificar el ciudadano honrado.

La Nación los reconoce como á sus leales servidores. Están en la plenitud de sus derechos.

No más unitarios ni federales: hermanos todos; la patria dolorida espera su ventura de los esfuerzos de todos. ¡No más bandos!: la Nación Argentina necesita de todos sus hijos para su felicidad y su grandeza.

Cada día que durase esta situación, sería un día de calamidad; y el del ataque á la ciudad, un día de horrores; — ¡qué hijo de Buenos Aires, qué argentino no aplaudirá una paz que acaba con la incertidumbre de un destino fatal, que protege los intereses de la industria, que seca las lágrimas de la esposa y de la madre, que garante el hogar, que tranquiliza la familia, que ennoblece y glorifica la tierra donde tal hecho grande y humanitario se establece!

Al retroceder mis armas de la populosa ciudad, y al poner mi firma en el tratado de paz, creo borrar todas las calumnias que se han lanzado contra mi nombre, y probar al pueblo de Buenos Aires que amo y celo sus intereses y sus derechos de pueblo argentino.

La conciencia propia de superioridad de la fuerza, fácil á todos de estimar, es lo que hace para mí más consolador y satisfactorio este momento.

No creo sacrificar un laurel, como no me engríe el regocijo en Cepeda, sino porque, como lección, ha servido para reconocernos y abrazarnos los hijos de una misma madre, la famosa República de Mayo.

Pero si era un laurel, lo cedo á la madre, á la esposa, á la hija de los que iban á exponer su vida en esta batalla; lo dedico á esta juventud brillante de Buenos Aires, de cuyo entusiasmo se ha abusado, y que el honor militar debía comprometer en la lucha; al extranjero pacífico y laborioso, cuyos intereses iban á ser perjudicados; al vecindario de Buenos Aires, libertado de ser actor y víctima de un sangriento combate.

La fortuna privada, el honor del hogar, la familia, se han salvado, al mismo tiempo que se han echado las bases de una paz permanente y de la unión y felicidad de la nación.

Ha triunfado la nación y ha triunfado la campaña y la ciudad de Buenos Aires. Esta paz es para mí el mayor de los triunfos, porque es el triunfo de todos los argentinos.

De ningún campo militar me he retirado con el corazón más satisfecho.

Después de largos sacrificios y de crudas fatigas, mi ambición la labro en ser testigo de la grandeza, de la unión y la felicidad de la patria, retirándome al hogar sin odio alguno personal. No quiero otro premio que la estimación de mis conciudadanos.

El pueblo de Buenos Aires me responde de la conquista que acaba de hacer para asegurar su porvenir.

La época que acaba de pasar de cruda zozobra, sea una lección fecunda para evitar las disensiones civiles y para no dejar arrebatarse el poder por los especuladores de la política.

Argentinos de Buenos Aires: Amaos unos á otros, uníos, estrechaos con sinceridad en el abrazo fraternal que fecunda la nueva era para la libertad y las instituciones.

La nación, llena de regocijo, os estrecha con amor en su seno. Jurad su Ley, hermanos, como el mejor resultado de la paz que acabamos de establecer, como lo que puede hacerla verdaderamente fecunda en bienes.

Respetad la autoridad emanada de esta situación, y en el ejercicio de los derechos del pueblo, proceded con cordura. De vosotros todos depende ahora la felicidad y el honor de vuestra patria. Sed ciudadanos, y dejad las armas para cuando la honra, la libertad y la independencia del país lo exijan.

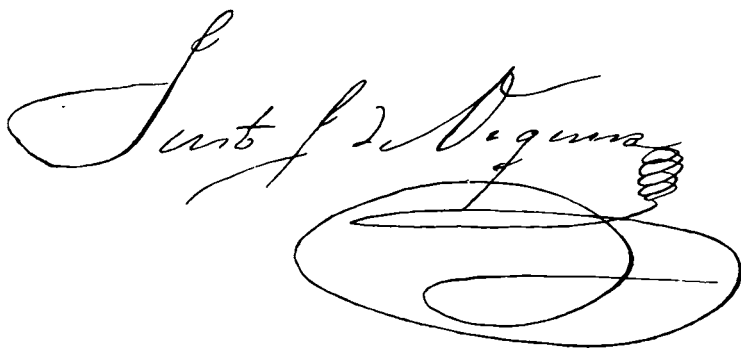
Pronto dejaré este suelo, donde llevo el consuelo de que por mi culpa no se ha vertido en él ni una gota de sangre, ni una lágrima. No quiero palmas al vencedor: me bastan simpatías al amigo y al hermano.

Antes de concluir, debo recomendar nuevamente á la más elevada estimación los esfuerzos por la paz, del ilustre mediador del Paraguay. A él debe, en gran parte, tan fausto resultado. Ninguna demostración de gratitud será demasiada para honrar su amistad. La República Argentina le debe una muestra de aprecio; la ciudad de Buenos Aires le debe una palma!

Ante la nación recomendaré la noble conducta observada por los Ministros de Francia y de Inglaterra, muy particularmente, y por los Cónsules de las demás naciones, así como por toda la población extranjera, que, prescindente en la lucha, ha mostrado sus simpatías ó sus esfuerzos por la paz.

Conciudadanos de Buenos Aires: los que habéis aumentado mi ejército, los que habéis adherido á la causa nacional, que ha triunfado debido á vosotros también, y aun los que me han combatido, os saludo á todos como hermanos; sedlo vosotros de buena fe, y se habrá levantado para siempre, á la faz de la tierra, la grande y gloriosa Nación.

Cuartel General en San José de Flores, 11 de Noviembre de 1859.

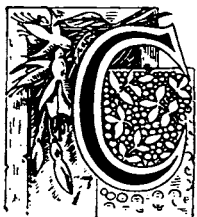
A handwritten signature in cursive script, reading "Justo J. Urquiza". The signature is written in dark ink on a light background. Below the signature is a large, circular flourish or seal, also in cursive, which appears to be a stylized representation of the name or a personal emblem.

DISCURSO

pronunciado al tomar posesión del cargo de Presidente de la Confederación Argentina

POR EL

Dr. SANTIAGO DERQUI



Señor :

ON noble orgullo he oído las tocantes palabras que acabáis de dirigirme, porque ellas os elevan á una altura adonde jamás alcanzará ningún reproche.

La historia de la República Argentina, cuyas páginas están llenas de horrores y de desastres, ha de recogerlas una á una, para hacerlas resaltar por el contraste, cuando consigne en sus anales el alto ejemplo de virtud republicana con que hacéis enmudecer á vuestros enemigos.

Ellos, señor, los enemigos del país, que son los vuestros, no podrán negar jamás que fuisteis vos quien dió libertad á dos repúblicas y que, cuando vuestras hazañas os pusieron en la mano todo el poder del país, vuestra primera palabra fué *perdón*, y vuestros primeros conatos, garantizar las libertades conquistadas con la sanción de una ley común.

Ellos no podrán negar tampoco que fuisteis vos quien, después de promulgar una Constitución que por liberalidad es sin ejemplo en Sud América, habéis consagrado preciosos afanes por hacer de esa ley una realidad, para sacar á la Nación del caos; y cuando el rencor ó la envidia los haya extraviado al punto de desconocer todo esto, ellos no podrán negar que habéis descendido del puesto en que voy á reemplazaros, dando un elocuente ejemplo de humilde obediencia á la ley.

Con razón decís, señor, que este día es de gran regocijo para el país; yo no siento la satisfacción que tal vez ha debido producirme el alto honor que se me confiere, porque en este momento no tengo corazón más que para gozar en el triunfo de esa Constitución, en pos de la cual hemos caminado medio siglo por entre ruinas y sangre.

Razón tenéis para afrontar á vuestros calumniadores sin temor de que os sonrojen sus dicitos. Sacudidles, señor, sobre el rostro vuestra foja de servicios, esa página gloriosa que la gratitud del país no olvidará nunca; y ellos, los que no respetaron siquiera el santuario de vuestra familia, tendrán que confesar avergonzados que, entre nosotros, nadie fué tan adelante como vos en abnegación y sacrificios.

Testigo yo de ellos en todo el tiempo en que me habéis acordado el alto honor de acompañaros, os debo en este momento este testimonio de admiración; aceptadlo, señor, como el homenaje del amigo y como un tributo de justicia del primer magistrado de vuestro país.

Por mi parte, yo os acepto desde hoy el ofrecimiento que me hacéis como leal soldado de la Constitución; y si he aceptado el alto honor de

constituirme en guardián de esa hermosa ley, es porque he creído que vuestra espada vencedora iría siempre allí donde se levantase un amago contra ella.

Reconozco como vos que he subido al poder con resistencias, porque mi elección ha sido libre; no temáis, señor, que yo conserve de ello un recuerdo ni una queja. Sé apreciar en cuanto vale el ~~derecho de~~ *libre elección* que la Constitución acuerda; pero no sabré acordarme de quienes lo ejercieron para combatirme. Desde esta altura en que el voto público acaba de colocarme, yo no veo más que ciudadanos interesados como yo en conservar el depósito sagrado que me han confiado.

Yo he aprendido, señor, en las vicisitudes de nuestra vida política, tan borrascosa y tan cruenta, á ver en la fusión leal y sincera la política salvadora que ha de afianzar nuestras instituciones; y cuando tantos desastres y mis propios infortunios no hubiesen bastado á aleccionarme, yo habría aprendido de vuestro ejemplo á ser el apóstol incansable de ese dogma salvador.

Es por eso, señor, que me habéis hallado siempre pronto á secundaros, cuando la salvación de ese principio ha demandado mis servicios.

No temáis, pues, que yo lo olvide: porque no he de renegar de antecedentes que son tal vez los que han atraído sobre mí la atención del país, cuando me ha elevado con su sufragio.

Acepto, señor, con entusiasmo y con fe el legado que hacéis á la Administración que yo voy á presidir. La unión definitiva de la familia argentina, bajo una sola ley, y la fraternidad política de la gran familia americana, por pactos que garantan sus conveniencias reciprocas, son dos grandes intereses que con justicia me recomendáis y que yo me empeñaré en promover.

No importa, señor, que no haya sido completo el logro de vuestros esfuerzos y que los de los buenos hijos de Buenos Aires se hayan quedado atrás, con vuestras esperanzas, sobre el éxito inmediato del pacto de «Flores».

El propio interés de esa provincia hermana ha de hablar al fin más alto que los que han alzado su voz para extraviarla y aturdirla: ella vendrá á la unión, á pesar de los malos espíritus que quizás procuren alejarla.

La unión y fraternidad americana es también, á mi juicio, de fácil consecución: no es posible creer que los positivos y recíprocos intereses de seguridad, integridad é independencia se escapen á la inteligente previsión de gobiernos, cuyo primer deber es el de promoverlos; por lo que á mí toca, yo seré constante en el propósito de alcanzar ese resultado, y desde luego acepto agradecido la cooperación que me ofrecéis, y que yo aprovecharé en bien del país.

El cuadro de nuestra situación internacional, que habéis trazado con verdad, es ciertamente alentador: yo he de empeñarme en que la brillantez de sus colores no se anuble, y he de hacer por agregar lo que en él falte para completar los altos fines que os propusisteis al establecer esa situación que habéis pintado.

Me asocio á vos, señor, para reconocer la lealtad de los servidores de la Administración y del Ejército, al recibirlos bajo mis órdenes. Será un deber de justicia para mí honrar el mérito que han contraído, y que yo también he tenido ocasión de apreciar por mí mismo.

Me es agradable que al recomendarlos á mi Administración, hayáis recordado con especial al doctor don Salvador María del Carril. Yo lo

asocio con gusto á vuestro nombre para señalarlo á la gratitud del país, á quien ha prestado servicios que no todos tal vez sepan apreciar. A su lado, como al vuestro, he pasado el período más espectable de mi vida pública: á él, como á vos, está obligada mi gratitud, por honor y la confianza con que me han favorecido.

Capitán general Urquiza :

Id en buena hora á gozar de los bienes que la libertad y la paz ofrecen, y que vos habéis conquistado para todos con inimitable esfuerzo.

Al seno de vuestra familia os acompañan las bendiciones y el respeto de la patria agradecida. Allí lleváis la admiración de los extraños que han estudiado nuestro pasado, y se asombran del presente que alcanzamos; allí lleváis también, cifradas en vos mismo, muchas esperanzas que libramos al porvenir. En medio de todo esto, que basta para llenar el corazón más insaciable, ¿querriais hacer lugar al recuerdo de vuestro leal amigo?

Y ahora, colocándome en el alto puesto que el pueblo me ha señalado, en posesión ya de la autoridad que se me confía, y dando expansión al sentimiento que me inspiran vuestras virtudes, permitidme exclamar :

Al libertador de la República,
Al fundador de sus instituciones,
Al ciudadano Urquiza, ¡ salud !



Dr. D. SANTIAGO DERQUI

PRESIDENTE DE LA CONFEDERACIÓN

PERIODO PRESIDENCIAL:

DESDE EL

5 DE MARZO DE 1860

HASTA EL

17 DE SEPTIEMBRE DE 1861

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires — Fundición de tipos y Galvanoplastia.

Extracto del discurso al Congreso Nacional
pronunciado por el General B. Mitre como
Presidente de la República el 12 de Mayo
de 1864.

La República Argentina, despedrada
y casi exánime, después de cincuenta años
de calamidades, se ha levantado al fin del
polvo sangriento de la guerra civil, más joven
y más vigorosa que nunca, con todos los
elementos de vida y de poder que son necesarios,
para glorificar su nombre y hacer la felicidad
de todos sus hijos, y de todos los que con nosotros
vengan a habitar este suelo al amparo de sus
leyes hospitalarias.

Tenemos un territorio vasto y fértil, que
puede contener y alimentar generosamente,
a una población casi igual a la que habita
la superficie de la Europa; bañado por el mar,
cruzado por ríos que penetran al interior del
país; y una llanura preparada por la mano
del Creador, que solo espera los brazos del
jornalero para fecundarla, y los rieles del ferro-
carril para activar las comunicaciones entre
los hombres.

Tenemos una población, que por una ley
demostrada por la estadística, combinadas las
fuerzas de la reproducción con la de la inmigración,

debe dolarse cada veintey cinco años; siendo nuestra inmigración actual, mayor que toda la que reciben todas las Repúblicas americanas juntas, y superior a la que los Estados Unidos reciben cincuenta años después de su fundación.

Apenas organizado por la primera vez nuestro tesoro común, podemos presentar un cuarto mayor de renta que la que posee la más próspera de las repúblicas americanas, después de largos años de paz; y por otra ley, demostrada también por la experiencia, y comprobada por la escala de nuestros productores y consumidores, y de las fuentes crecientes que verifican el capital, cada diez años, por lo menos, debe doblarse la renta,

y, en diez años más de paz, podremos tener diez y seis millones de fuertes por renta, y un aumento de medio millón de habitantes en la población.

Y este progreso que se desenvuelve espontáneamente en virtud de las leyes naturales, no es el resultado de esas combinaciones artificiales que empobrecen las fuentes de la vida, sino la consecuencia lógica de la robarter y de la vitalidad siempre creciente de los vigorosos miembros que forman el cuerpo argentino.

Honables Señores: sé que me dirijo a los representantes viriles de un pueblo educado en la escuela de la desgracia, que nunca ha retrocedido ante el trabajo y el sacrificio; y por lo tanto, no pretendo halagar la vanidad nacional ni deslumbrarlo, ocultándole los verdaderos peligros de esta situación, que pueden conducir igualmente al engrandecimiento o al oprobio.

Señalo como uno de los peligros más inmediatos de esta situación, ese sentimiento de intolerancia política, que envenena con sus rencores el aire de la patria, y niega el agua y el fuego al humano decidiente. Ese sentimiento, que puede imitar las corrientes en una lucha a muerte, es disolvente en toda situación normal. El, en vez de inocular elementos de actividad y de vida en el cuerpo político, le inyecta principios de descomposición y de muerte. Todo hombre, tiene derecho a la justicia, a la libertad y a la simpatía, y este principio conservador y reconstituyente de las sociedades humanas, y que nos ha salvado hasta hoy de la disolución, es el único que puede normalizar nuestra situación constitucional y política.

Pero este elemento esencialmente conservador, sería por sí solo insuficiente para la libertad y para la paz, si no nos agrupamos todos en torno de la idea constitucional, procediendo de la dicción de las formas teóricas de gobiernos, trayendo al terreno legal todas las cuestiones de aplicación práctica que puedan dividirse en lo presente y en lo futuro; porque esta situación solo puede tener bien consolidada, por la asociación de todas las fuerzas y de todas las voluntades hacia un fin común, respecto del cual no quepan disidencias, y solo puede salvarse por la recta observancia de la ley democrática que nos rige. La mejor política será, pues, aquella que menos divide; y la mejor forma de gobierno será la que mejor concibe el hecho existente con el derecho.

Esta situación, que tuvo por punto de partida y tiene por fin la libertad que nace de la ley, sucumbirá también, sea espelido su origen, si no saca su fuerza de las mismas instituciones, si no reacciona enérgicamente y a tiempo, contra el abuso que puede exigirse en sistema de gobierno.

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires — Premiada en seis Exposiciones (únicas á que ha concurrido).

comprometida la existencia de pueblos y gobiernos.

La elección de sus representantes, es el único acto por medio del cual ejerce el pueblo una influencia directa en los negocios del Estado; y el ejercicio pacífico y real de este derecho, es la más eficaz garantía de la estabilidad del orden, porque el pueblo, aunque no siempre elija lo mejor, elije siempre lo que está más dispuesto á sostener. Si los gobiernos, no satisfechos con gobernar, y á título de más capaces se empeñan en constituirse en poderes electorales, poniendo al servicio de una parte del pueblo contra otra, los medios de acción y de poder que el pueblo todo les ha confiado para la seguridad común ¿que hacen de ellos? ¿que dejamos al pueblo en el régimen representativo? ¿que garantía sólida damos al orden institucional?

La lucha ardiente en que hemos vivido antes de ahora, la necesidad de la defensa de los partidos atrincherados en el gobierno, la trasmisión de un abuso que se ha considerado por mucho tiempo como

inherente al ejercicio de la autoridad, han podido explicar ó disculpar esta distracción de las fuerzas del gobierno, á objetos extraños y contrarios á su naturaleza y fin; pero me asiste la confianza, de que, á medida que la opinión se fortalece y la prensa se educa, esa intromisión ilegítima de los gobiernos en las elecciones populares, ha de desaparecer, y con ella uno de los más eminentes peligros de esta situación.

Bartolomé Mitre

PERÍODO PRESIDENCIAL

1862 — 12 DE OCTUBRE — 1868



BRIGADIER GRAL. D. BARTOLOMÉ MITRE

Desde el 17 de Junio de 1865 hasta Enero de 1868 asume el poder el Coronel Doctor Marcos Paz, Vicepresidente de la República, marchando á la guerra del Paraguay el Presidente, General Mitre.



DR. MARCOS PAZ

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires — Ejecución rápida, perfecta y económica de toda clase de trabajos.

Buenos Aires Mayo 23 de 1873

Al Honorable Congreso de la Nación

El Poder Ejecutivo tiene el honor de presentar al H. Congreso el adjunto proyecto de ley, propuesto como reparación para contener á Lopez Jordán en la casta de calculada providencia ejercida sobre soldados del Ejército Nacional, sorprendidos en funciones del servicio y degollados, una recompensa al que o á los que hubieran y entregaran las personas de Ricardo Lopez Jordán, de Quieromon y los demás ejecutores de estos horribles actos de barbarie, que son presentados ante los ojos del mundo como un pueblo de caníbales.

El Poder Ejecutivo á cuyo Jefe están afijos los poderes de guerra de la Nación, como Comandante General en Jefe del Ejército y Armada, puede por si y en su caso pero necesario, deber mantener el uso de la guerra, según están reconocidos y permitidos por el derecho de gentes; bien que la guerra no se ejerce propiamente sino entre naciones. No es guerra la que un gobierno hace contra insurrectos, sino simple represion por medio de las armas, de resistencias demanadas por el derecho para ser sometidas por el curso ordinario de la justicia.

En el caso presente podria ordenar el Poder Ejecutivo ser ejecutados igual ó mayor número de presos, hechos á los sublevados, pues no son prisioneros de guerra, honrandose con este nombre solo á los que tienen derecho de guerra ó título reconocido, ó tolerado.

Por la tradición que ha habido frecuentemente estos actos de barbarie, desde que Attila y Rosas, los practicaron, el propósito de Jordan de renovar la confiscación y el q de quíella como medio de intimidación, aconseja en el promotor mismo de estos odiosos crímenes, y a fin de que no queden impunes, estimular con fuertes recompensas a los que se encargaron de perseguir al criminal y satisfacer la vindicta pública, donde no alcanza la justicia ordinaria.

El Presidente Johnson en igual caso decretó la suma de doscientos mil pesos para ser distribuida a los que aprehendieron a Booth asesino del Presidente Lincoln; declarado delicto de guerra aquel asesino, y jefes honorables del ejército y marina emprendieron y llevaron a cabo obra que parecía de difícil ejecución.

El Congreso de los Estados Unidos temiendo con razón que el rebelde ex-Presidente Jefferson, después de reunidos los ejércitos de los confederados, prolongase la guerra, insistiendo en llamarse Presidente, y obrar como tal, ofreció una recompensa de 200,000 \$ a los que le entregasen y el Congreso mismo hizo la equitativa distribución de aquella suma, como de la anterior le hizo el Ejecutivo entre los que alegaron y probaron haber tenido parte en la captura.

Este expediente usado por los poderes públicos de todas las naciones lo fué por el Poder Ejecutivo actual ofreciendo en Santa Fe un premio de 1000 \$ a los que aprehendieran al asesino de un inglés y la medida fué coronada con el mas completo resultado.

Lopez Jordán es no solo el instigador del desquite de empleados públicos ya nacionales o provinciales que encuentran donde se presenta el un arma contra las autoridades, sino que con desquite a los vecinos como Casas y Tornarillo que permanecieron en la pasada inmundicia fieles a la Constitución y las leyes. Es el asesino del Gobernador de Entre Ríos, Capitán General D. Justo José de Urquiza, según la evidencia de los hechos y su propio alarde; y este sistema de asesinatos ejercido en aquel funcionario, y en sus dos hijos, en el Coronel Barboza y en otros que han salvado de las anchuras de sus ríos, es como el desquite, de lo que no le ayudan en sus descastos, un medio de intimidación.

El Poder Ejecutivo antes de irse a las represalias en que el uso de las armas obliga a reprimir y escarmentar, los actos irregulares, osados, o atentatorios a que se abandone un enemigo, cuanto, y mas el que no es ni puede ser reconocido enemigo de la República Argentina, como Lopez Jordán, y lo que le siguen, ha creído denunciar al H. Congreso la hecho atroz, que motivó el proyecto de ley o fin de que ordene lo que al efecto se propone, y condene en fin un acto prohibido, aquel sistema de salvajes violencias, cuya existencia disimulamos por una especie de pudor público; pero que acaba por ser atribuida a un estado moral de nuestros sentimientos como pueblo civilizado, contrarios de a malos y promiscuos espíritus, a presentarlos como rasgo característico nuestro, como pueblo y como nación.

Los tres soldados y el saigante, que fueron barbaramente degollados, en acto de servicio, y sin saber que habían sublevado ni suble-

...veim, ostentaban como emblemas por actos gloriosos de guerra; y
sin esto el soldado que derrama su sangre, su vida, y regala guerra en
defensa de su patria, debe su prestigio contra estos actos de bandalaje,
que salen de los usos de la guerra, y le informan a muerte que el valor
no puede entrar.

El Gobierno se ocupa por tanto, de restar a sus familias,
primaria íntegra del sueldo que ganaban.
Dios que a V. H.

D. F. Sarmiento

PERÍODO PRESIDENCIAL

1868 — 12 DE OCTUBRE — 1874



D. DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO

Durante la presidencia del señor Sarmiento se realizaron, como se sabe, importantes innovaciones en el orden social y político, y la actuación del presidente podría señalarse por muchos documentos que llevan el sello personal del viejo luchador; pero hemos preferido publicar el Mensaje precedente, dirigido al Congreso, por sostener en él una doctrina constitucional que fué en aquel entonces materia de grandes discusiones.

He subido y he descendido
viendo la aurora y,
las sombras en mis cielos

He contado con los
latidos del corazón los
horas del deceso y otras
horas amargas han
venido después a
emblanquecer mis
cabellos.

He soñado con la
Deatrid desconocida y
he creído un día y
besar sobre una frente
de mujer la pureza ideal
de su alma. Vivieron después
los ardores profundos y las
pasiones sombrías y he abierto
una vez una arteria de
mis venas, para contar
los minutos con las gotas
negras de mi sangre
latenturienta

He acometido
grandes tareas y he
labrado mi surco,
en el que crece ya,
para muchos la mies —

He pasado por las shamblas
inquietas y por las muchedumbres
tumultuosas, para salir de
las batallas que dan las
pasiones humanas sin orgullo
y histeria, pálido y vencido

He visto caer
el baldon sobre mi intencion
pura — Clero polvo en mis
vestidos, palidez enfermiza
en la frente; pero creo todavía
en el deber como fuere
para mi vida y en
la libertad como destino
para mi pueblo.

Buenos Ayres 1875.

A. Avellaneda

PERÍODO PRESIDENCIAL

1874 — 12 DE OCTUBRE — 1880



DR. NICOLÁS AVELLANEDA

Con motivo del 14.º aniversario del fallecimiento de este distinguido hombre público (25 de Noviembre de 1899) el ilustrado director de la Biblioteca Nacional ha publicado un artículo en *El Diario* recordando la deuda que tiene el pueblo argentino de levantar un monumento a la memoria del ex-presidente.

Es de desear que la indicación del señor P. Groussac sea tomada en cuenta.

V. S. Lobato y C.^{ta} — Remates, Comisiones, Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14



El Dr. Avellaneda lleva su biografía en su nombre. Ha sido el iniciador de las grandes reformas en la instrucción pública. Era un hábil estadista, un hombre de talento admirable, de suma erudición, dotado de un carácter tolerante, que mantenía limpia su alma de todo rencor, aun para sus detractores, gratuitos. Por muchos años

en las bancas del Congreso se extrañará la presencia del Dr. Avellaneda y en el recinto de las Cámaras se ojará de omeos su palabra elocuente, intensa, honrada. Se le extrañará en los consejos de Gobierno, en la silla del magistrado, en la Cátedra Universitaria. No lo olvidará la prensa; lo recordarán los amantes de la suave y delicada literatura, la República en sus días de apuro y de conflicto, volverá sus ojos hacia su tumba buscando la sombra del ilustre político..... Su nombre está inscripto ya en el Calendario de las grandes figuras nacionales.

Julio A. Roca,

V. S. Lobato y C.^{ta} — Remates, Comisiones, Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14

(Trampos de Carta 1840.)
(darsida al Sr. M. N. Cordoba)

Presido un hombre no
puede desempeñar por sí solo
su papel y carece de amigos
que lo ayudan con honor y
episcopa, lleva su deber aban-
donando la escena.

Quiera Dios poderinos de
ca más tarde al pasar
esta... revolución — guardan-
do los distancios, por cierto —
— lo me Macaulay de la in-
glesa de 1688 — esto es: que el
más grande elogio que pueda
hacerse a un respecto, sea de
ca que fue nuestra última
revolución.

Fuero
M. Juárez Celman



DR. MIGUEL JUÁREZ CELMAN

Desempeñó la presidencia desde el 12 de Octubre de 1886 hasta el 7 de Agosto de 1890, día en que presentó su renuncia ante el H. Congreso de la Nación. De ese documento entresacamos los siguientes párrafos:

• Mis nobles esfuerzos han sido inútiles.
La República tiene grandes compromisos de honor que cumplir en el exterior, y en el interior una obra inteligente y laboriosa de administración y de política que no se puede retardar.
Dejo á otros la tarea, confiando en que serán más felices que yo, y presento á V. H. la renuncia del cargo de Presidente de la Nación, haciendo el sacrificio de mi persona, al inspirarme en los grandes intereses del país.
No es el momento de discutir los actos de mi gobierno, pero por mi parte descanso seguro en la justicia de los hombres, cuando se hayan apagado las pasiones encendidas, y se pueda juzgarme con ánimo tranquilo y levantado.

M. JUÁREZ CELMAN.

Han pasado los años y hoy me veo
 al punto de partida, recuerdo los días lejanos,
 las aulas donde dentro su espíritu, al
 maestro y al condiscipulo desapareado y
 mental estirada de gratos recuerdos y pro-
 fundos misterios emocionan su ^{alma} espíritu.
 Permitidme ya que lo habes invitado
 a acompañarnos en este acto que se
 siente un momento en el tiempo y cuando
 hogar, que limpie de su frente el sudor
 y el polvo de la jornada y rodeado por
 los serenos doctores que se preparan a
 emprender idéntico camino, evoque sus
 recuerdos y en entona y ametrina cono-
 sacim los cuente lo que vio y lo que
 aprendió y les de así lo invita que puede
 traer para aumentar su bagaje: - una
 parte de la experiencia

C. Pellegrini

L. Adhemar. Maison de Blanc, Saipacha y Cangallo - Precio fijo.



DR. CÁRLOS PELLEGRINI

En su carácter de Vicepre-
 sidente asumió la presidencia
 el 7 de Agosto de 1890, desem-
 peñándola hasta el 12 de Octu-
 bre de 1892.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Especialidad en ropa blanca con iniciales.

Parrafos de la nota oficial con que
renunció la Presidencia de la
Republica —

Buenos Aires Enero 22 de 1895 —

Al Honorable Congreso de la Nación

He administrado con escrupulosa integridad
los intereses financieros de la Nación
que recite en una situacion la
mas comprometida y grave, y el Gob.^o
ha cumplido religiosamente sus compromi-
sos sobre los arreglos financieros que el
H. Congreso aprobó, atendiendo puntual-
mente a todas las necesidades de la
Nacion. —

He cumplido así mismo lo que ofrecí
de no contratar nuevos empréstitos, ni
recaudar al fisco con nuevas emiso-
nes, amoviendo las normas que V. H.
ha autorizado, y haciendo frente a todas
estas necesidades con las rentas or-
dinarias de la Nacion, dejando
al retiro del Gob.^o una existencia
en el Tesoro publico de = 12,757,807 p^o =
en su y 441,119 p^o oro —

No debo aparecer ante la Republica, mas
tiendo a una iniciativa simpatica de olvido
y de perdón — de la que participo como
el que mas —

Heque hasta proponer en el acuerdo de
Gob.^o dictar un caso de mis atribuciones

constitucionallo espontaneamente rein-
la corte de un dulto general que con-
fueran dñese en todos los ciudadanos
a finies se signise causa por
delitos politicos - - - - -
disponiendo asi mismo que pudiesen
regresar nuevamente al pais todos
los que se habrian abegado de el por
causas politicas -

Este proyecto de indulto que fue
aceptado al principio por unani-
midad de mis secretarios, fue
rechazado al dia siguiente por
la mayoria, pero el demuestra que
el presidente ha estado dispuesto a
tomar medidas adecuadas mientras
no comprometan la disciplina
militar del ejercito armada -

¿michas que las Re-
micanas aparecen
como distincion a
os organicos regulares
de constante amar-
clamente los hechos
la America Espanola
to accionan esa

- - - - -
vamente y he prestado
- observar la Consti-
la Nacion, si som-
ciones frías a
y a experiencias de otros
o mas respetables



DR. LUIS SÁENZ PEÑA

Se recibió del mando el 12 de Octubre
de 1892, ejerciendo la presidencia hasta el
22 de Enero de 1895, en que presentó su
renuncia.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Canguallo — Ropa de punto para señoras, hombres y niños.

Puedo estar en error con un anterior
decididamente estas ideas pero
procedo con un sentimiento de
convicción sincera cumpliendo lo
que considero mis deberes mas
sagrados —

Es de notoriedad que jamas solicite
el alto cargo de Presidente; se ge=
tino mi asentimiento por los lar=
tidos del acuerdo en la grave situa=
cion en que se encuentra la Repu=
blica en 1892 —

He luchado con contrariedades de todo
genero, y sintiendo fatigado mi
espíritu y quebrantada mi
salud, he adquirido la convicción
de que mi continuacion en la
Presidencia de la Republica es
ineficaz para el bien de la Patria
y me veo en el deber de presentar
al H. C. de la Nacion mi renun=
cia irrevocable del cargo de
Presidente con que fui honrado. Fu=
mis concienzudos anhelados nec=
esar mi tranquilidad privada, segun
no es que se ve mas respetado =
como si nada de lo que he sido
desde que fui investido con la autori=
dad suprema de la Nacion —
Haciendo votos por la prosperidad de
la Patria espero y pido al H. C. de la
Nacion, si sirve tener en consideracion
esta renuncia aceptandola —
Dios guarde al H. C. de la Nacion

Luis Saenz = Peña



DR. JOSÉ EVARISTO URIBURU

Por renuncia del Dr. Sáenz Peña asumió la presidencia el Vicepresidente Dr. Uriburu, el 22 de Enero de 1895 desempeñándola hasta el 12 de Octubre de 1898.

Debo declararos en esta ocasion, la primera que me proporciona la honra de dirigiros la palabra, que mantengo el patriótico programa de la eleccion que me halló al frente que ocupó la voz pública calificó los propósitos y el alcance de ese programa con la expresion sintetica de reparacion, que yo entiendo como la aspiracion generosa al establecimiento de un gobierno moderado, al mismo tiempo que eficaz, para garantizar al pueblo la libertad, la correcta ad-

ministracion de sus intereses y la tranquilidad dentro del orden legal.

Para dar satisfaccion á este triple mandato, porque en esa condicion la acepto, entiendo que basta afirmar el imperio de las instituciones, cuyo funcionamiento regular encierra la fórmula concreta de la garantía que ampara las libertades públicas, así como vigilar la escrupulosa aplicacion de las leyes que confieren la fuerza de los procedimientos fiscales; sobre tales bases dearenos establecida la paz, que es condicion esencial de progreso para la República.

Mayo 1.º de 1895

José E. Uriburu

Gran taller de pintura de Pedro Petrocchi — Cuyo 1334 — Caligráfico y decorador en oro bajo vidrios y cristales

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Ropa blanca sobre medida para hombres y niños.

Yo Julio A. Roca juro por Dios,
 Nuestro Señor y estos Santos Evangelios,
 desempeñar con lealtad
 y patriotismo el cargo de Pre-
 sidente de la Nación y observar
 y hacer observar puntualmente la
 Constitución de la Nación Argen-
 tina
 Si así me lo pidiere, Dios y la Na-
 ción me lo demanden

Julio A. Roca,

Diciembre 12 de 1899



TENIENTE GENERAL JULIO A. ROCA

PERÍODO PRESIDENCIAL

1898 — 12 DE OCTUBRE — 1904

El Dr. D. Juan Mariano Larsen

*Quidquid amarimus,
quidquid mirati sumus,
manet, mansurumque est
in animis hominum...*

TACITUS.



El doctor don Juan Mariano Larsen, muerto hace cuatro años, fué un profesor de latín, griego é historia, que brilló en su época en la Universidad y cuya memoria debe ser conservada por los que fuimos sus discípulos.

Es agradable, por otra parte, recordar los maestros que nos han precedido, señalar sus méritos y defectos, gozando del placer de revivir unos años de nuestra juventud.

*Tempora mutantur
et nos mutamur in illis,*
es demasiado cierto; pero no lo es menos que los recuerdos juveniles brotan, para consuelo nuestro, de tiempo en tiempo, y sirven de bálsamo de amargas presentes.

El doctor Larsen fué un hombre fuerte, autodidacta, que se abrió camino en un país que no era el suyo, y llegó á representar el tipo del profesor universitario en una época desfavorable, antiliteraria; empleó y gastó sus energías para ganar el solo pan cotidiano. Maestro de varias generaciones poco estudiosas, casi enemigas de las letras y de estudios serios, y sobre todo de la erudición, que era reputada pedantería, echó, sin embargo, semillas que no fueron del todo infecundas y prepararon el terreno para mejores cultivos.

El nombre del doctor Larsen no debe ser olvidado en la Universidad, como no lo hemos olvidado los que fuimos sus alumnos.

Larsen no era propiamente un profesor querido, á pesar de un gran fondo de bondad, pero bajo las peores apariencias.

Sus genialidades, sus incoherencias, que tenían su razón de ser, no las comprendíamos los que no estábamos iniciados en el mecanismo de las

I. Athemur. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo --- Ropa de cama y de mesa.

manifestaciones de su pensamiento, no profundo á la verdad, pero siempre espontáneo, brillante y original.

Sus elucubraciones tenían la consistencia y el aspecto de las nebulosas, eran heterogéneas; una mezcla de ingenuidades del norte con alegrías retozonas del mediodía de Europa, su patria; una dualidad en la unidad, que, guardadas las distancias, nos pinta Renan para sí mismo.

Sus émulos y envidiosos, lo llamaban: *biblioteca revuelta, loco extra-vagante...* pero pocos lo igualaban en proporcionar la cita oportuna, en señalar la fecha exacta de un acontecimiento, en recitar un párrafo de un autor clásico... en ser exacto, fotográficamente exacto al reproducir la antigüedad, objeto de sus estudios. Sus adversarios eran sombras litográficamente vagas de imágenes para él vivientes y animadas.

En sus citas Larsen era soberano; ponía, al hacerlas, la vanidosa fruición del colegial portento; su memoria privilegiada no la gastaba, la derrochaba en los asuntos más fútiles.

El medio en que se vive es gran parte del hombre. Larsen vivió, lo repetimos, en época desfavorable, impropia para su talento y sus condiciones. Su masa encefálica era la de los hombres superiores. Le faltó un escenario, le faltaron los medios de exhibir sus vastos conocimientos, desarrollarlos, lo mismo que la ventaja de aprovechar sus cualidades.

Si hubiese vivido en su patria, habría ocupado un sillón del Instituto. Hubiese sido un discípulo de Bournouf, un émulo de Renan, de Mariette Bey, de Maspero. Muchos de los estudios y trabajos de estos exhumadores del documento histórico y evocadores del pasado, habían sido su misma preocupación. Con iguales medios habría alcanzado resultados que le fueron negados.

En su misma cátedra universitaria actuaba en un medio impropio para su genio y su talento.

En toda su vida fué un *estudiante* en el sentido más lato y exacto de la palabra. Amaba, adoraba las materias de su enseñanza, las poseía como pocos. Para su clase hubiese necesitado de otros alumnos. Nosotros éramos unos muchachos incapaces de comprender su mérito; no lo podíamos apreciar, sólo veíamos la parte ridícula de los entusiasmos de sus lecciones.

Después de algunos años, cuando la madurez había producido sazón en alguna planta sembrada por él en nuestra imaginación, podíamos darnos cuenta exacta de sus *superideaciones*, que habíamos podido aprovechar.

Recordábamos entonces esas conferencias del profesor; esas conferencias que tenían algo de la linterna mágica, que nos hacía ver imágenes vivas, que, por desgracia nuestra, no habíamos comprendido y apreciado suficientemente.

Cuando no le prestábamos la atención que merecía, se exasperaba. Su sistema nervioso, sumamente excitable, lo llevaba á excesos deplorables, que movían nuestra predispuesta alegría y nuestros entusiasmos retozones de escolares mal educados.

Los bochinchos de la clase de Larsen eran proverbiales en la Universidad. En los últimos años de su enseñanza, vivía de estas excitaciones, se complacía en ellas y lo diremos, las buscaba, como indispensables á su organización, pues se había connaturalizado con ellas hasta constituir una necesidad orgánica.

Necesitaba, para excitarse, del bullicio estudiantil. El día que al comenzar su lección, no se manifestaba, se ponía inquieto, como el navegante experto que desconfía de la calma y del silencio del mar que surca cauteloso.

Con mirada sospechosa interrogaba las caras de los más traviosos, y tanteaba sus intenciones con estas ó parecidas palabras: «Muchachos, hoy estoy bueno, tranquilo; no tengo mis nervios excitados, sino sosegados, y cualquier desorden no me perturbaría.»

Las consecuencias de estos desafíos se adivinan, se iniciaba el movimiento, primero ordenado, diremos, hasta convertirse en desordenado y barullero. Larsen, radiante de gozo, trataba de dominarlo.

Impotente para descubrir los culpables, echaba de la clase al más aparentemente tranquilo.

Una vez le oímos decir, desechando las protestas de un inocente: «*Te echo de clase porque no sabes ni meter bochinche, te echo por tonto*».

Pero una bondad extremada para los estudiantes era su lado flaco. Todo lo perdonaba por una buena exposición de un tema de sus lecciones, hasta las faltas más graves al respeto.

A un estudiante que después de algunos años le confesaba con sinceridad el pesar de haberle fastidiado cuando era su discípulo, le contestaba: «No te aflijas, son cosas de muchachos». Otro hombre menos generoso hubiese guardado rencor. En su memoria no tenía prevención á ninguno; sólo odiaba á los tontos.

—*¡Jesús, qué bruto!*—era su expresión favorita para señalar un ignorante, que consideraba su verdadero y único enemigo.



A su regreso del último viaje á Europa, se encuentra el doctor Wilde con un ex ministro de hacienda de la provincia de Buenos Aires, que antes era bastante grueso y que ahora no sólo está delgado sino que no se preocupa mucho de su indumentaria; y así se le ve con la ropa llena de manchas, la barba desgreñada, los botines con respiraderas, la levita rota, etc., etc.

El ex ministro detiene á Wilde y sus primeras palabras fueron: ¡Qué grueso ha regresado, doctor!

El doctor Wilde, con esa rapidez de observación que lo distingue, había notado la indumentaria de su amigo y le dice á éste:

—Vea usted: yo creo que en ningún país de la tierra lo reciben á uno con palabras tan desagradables como entre nosotros al regresar de un largo viaje:—qué delgado está usted, dicen, qué feo se ha vuelto usted, qué sombrero tan viejo usa usted, qué camisa tan sucia se ha puesto usted, qué levita tan raída viste usted, qué botines agujereados calza usted, qué uñas tan largas y tan sucias tiene usted, y así por el estilo: lo reciben poniendo de manifiesto todos los detalles desagradables.

El ex ministro de hacienda no ha vuelto á saludar al doctor Wilde.

El alma del ciego

Gran taller de pintura de Pedro Petrocco — Cuyo 1334 — Caligrafo y decorador en oro bajo vidrios y cristales



ALEJANDRO GHIGLIANI

Toda entera vibra-
ba en las cuerdas de
la guitarra.

Cada nota era un
suspiro, una lágrima, un recuerdo per-
dido en las lejanías de la vida, un rayo
tenue del sol que ya no brillaba en sus
pupilas.

Buscando en la gama musical un
colorido que no encontraba en sus
ojos, tocaba el ciego. Tocaba para sí.
Y desde la penumbra del rincón en
que su pobre cobardía de artista men-
dicante había buscado refugio, brota-
ban dulces armonías, extrañamente
combinadas con arpegios agudos de
gritos dolorosos, y notas suaves de
prolongada queja sin consuelo.

Era todo un canto.

Un canto de vida interna, de pro-
funda vida interna rebotante de agrios
dolores y de penas inmensas.

Cuando el grito agudo de la cuerda
cimbraba latigueando el espacio, un
estremecimiento recorría las venas asusta-
das de los oyentes.

Cuando el encanto dulcemente doloroso
acariciaba el ambiente aterciopelado, su-
bía desde el fondo de los espíritus un

raudal de bondad, de inmensa bondad por todos los que sufrían, por
todos los que lloraban, por todos los que no se atrevían á protestar gri-
tando contra las injusticias del mundo.

Y cuando la mano del cantor sin pupilas se extendió implorante, una
voz se elevó sobre los estremecimientos de temor, sobre los raudales de
bondad.

Esa voz era la voz de todos los repletos.

Esa voz decía:

— ¡Perdona; hermano!

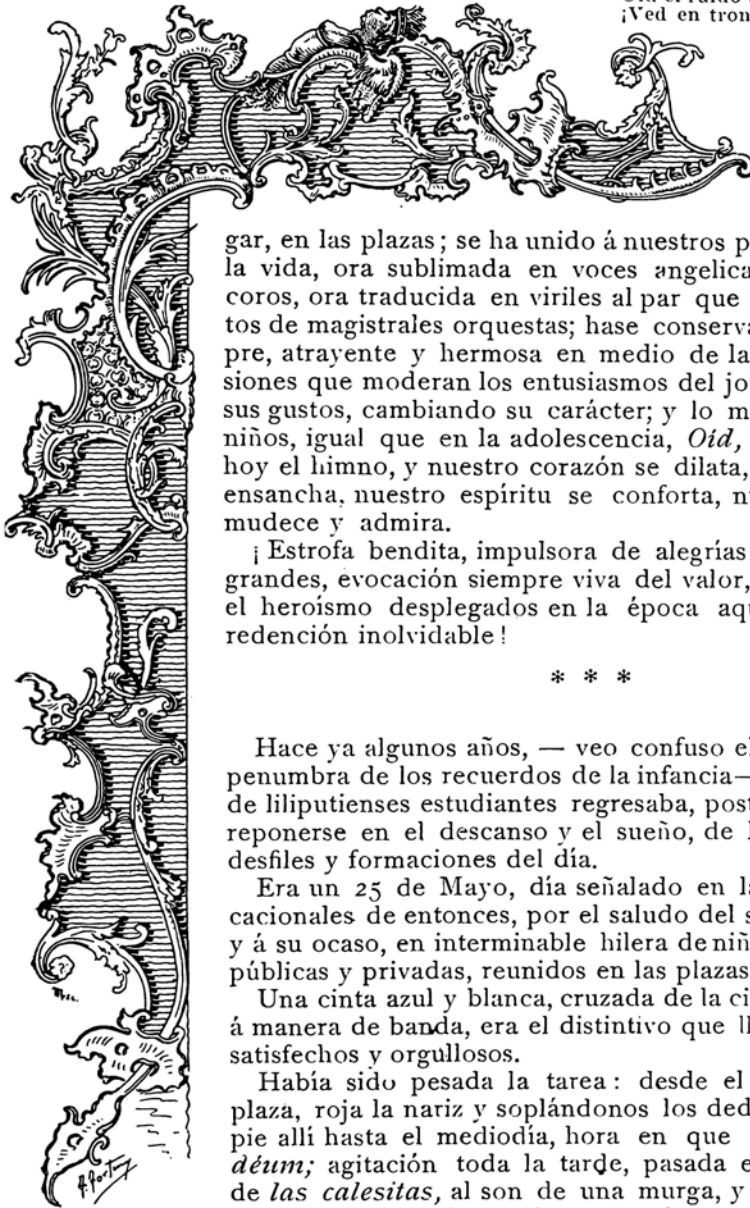
Y en tanto, en el fondo del cuarto inmensamente oscuro, un niño
sollozaba:

— ¡Perdona, Señor!

Alejandro Ghigliani

¡ Libertad !

Oíd, mortales, el grito sagrado:
¡ Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas,
¡ Ved en trono la noble igualdad!



Todos hemos oído esta estrofa una y cien veces, en la escuela, en el hogar,

en las plazas; se ha unido á nuestros primeros pasos en la vida, ora sublimada en voces angelicales de infantiles coros, ora traducida en viriles al par que dulcísimos acentos de magistrales orquestas; hase conservado fresca siempre, atrayente y hermosa en medio de las amargas desilusiones que moderan los entusiasmos del joven, modificando sus gustos, cambiando su carácter; y lo mismo que cuando niños, igual que en la adolescencia, *Oíd, mortales...* dice hoy el himno, y nuestro corazón se dilata, nuestra alma se ensancha, nuestro espíritu se conforta, nuestra mente enmudece y admira.

¡ Estrofa bendita, impulsora de alegrías tan puras y tan grandes, evocación siempre viva del valor, la abnegación y el heroísmo desplegados en la época aquella de nuestra redención inolvidable!

* * *

Hace ya algunos años, — veo confuso el cuadro entre la penumbra de los recuerdos de la infancia—una turba alegre de liliputienses estudiantes regresaba, postrada de fatiga, á reponerse en el descanso y el sueño, de los innumerables desfiles y formaciones del día.

Era un 25 de Mayo, día señalado en las prácticas educacionales de entonces, por el saludo del sol á su aparición y á su ocaso, en interminable hilera de niños de las escuelas públicas y privadas, reunidos en las plazas.

Una cinta azul y blanca, cruzada de la cintura al hombro, á manera de banda, era el distintivo que llevábamos todos, satisfechos y orgullosos.

Había sido pesada la tarea: desde el amanecer en la plaza, roja la nariz y soplándonos los dedos de frío, y de pie allí hasta el mediodía, hora en que terminaba el *Tedéum*; agitación toda la tarde, pasada entre las vueltas de las calesitas, al son de una murga, y los espectáculos del palo jabonado y el rompecabezas; y nueva formación luego, á la puesta del sol, con las consiguientes marchas y plantones.....

¡ Oh! No sin razón llevaba apagada la mirada é inseguro el paso, la

La Hispano-Argentina y La Franco-Platense. — Compañías de seguros — Piedad 588 — Buenos Aires

turba alegre que regresaba á sus casas ese día, á la hora en que las sombras nocturnas extendían su manto de luto.

* * *

Mi padre y mi madre conversaban en una solariega casa de la ciudad, sobre el glorioso aniversario, después de habernos hecho recoger la última, entre amorosos besos.

Yo luchaba en vano contra la imaginación, empeñada en no dejarme conciliar el sueño.

Cerraba los ojos decidido, respiraba á compás, y hasta sentíame ya dulcemente mecido por secretas fuerzas, en esa semi-inconciencia, precursora del ansiado reposo, cuando se presentaban ante mi vista y me volvían nervioso, febril, los espectáculos del día: la ciudad cubierta de banderas, la plaza repleta de gente, y en el centro, sobre tosco tablado, un enjambre de niños, cantando alegres y entusiastas: *Old, mortales, el grito sagrado: ¡libertad, libertad, libertad!*

Por una explicable correlación de ideas, de las estrofas del himno pasé á su significado. ¿Por qué esas fiestas, de dónde esas frases cuya simple enunciación infundía en mi pecho titánicos alientos, por qué ese júbilo de todos, por qué tanta satisfacción y tanto orgullo al ostentar en el cuerpo los colores blanco y azul, de la patria enseña?

Recordé las lecciones escuchadas en la clase, las palabras pronunciadas momentos antes por los labios paternos; puse á la memoria en aprietos, y como por virtud de mágico conjuro, fueron hilándose en mi mente las ideas.

Había oído decir que San Martíu era un genio. Me lo figuré grande, de vivos y llameantes ojos, en una mano la espada vencedora, en la otra las riendas de brioso corcel, y coronada su altiva cabeza por esplendente aureola. ¡Belgrano! No sé por qué parecíame haber notado siempre que le oí mentar, al par que admiración, una cierta expresión tristona y compasiva. Héroe le llamaban, sin embargo, prócer invicto y alma abnegada.

Mirada suave, delicada; voz de dulce timbre, pero seca, enérgica, firme en el mando. La bondad seductora, junto á la adusta estrictez de los deberes. Y por sobre todo, cual foco de inextinguibles irradiaciones, un corazón noble y esforzado, abierto á todas las exaltaciones del entusiasmo y á todos los sacrificios.

Mi corazón se estremecía á impulso de las grandes emociones que transmitían á todo mi sér aquellos recuerdos. Pensé con agrado en el futuro. Cuando creciera, cuando yo fuera hombre, ¡ah!... ¡cómo deseaba que volaran los días, para que, llegada mi hora, pudiera también hacer algo por la patria, siquiera sólo fuera amarla mucho, mucho!

Empero, esos hombres inmortales, esos héroes, esos grandes, merecían un tributo de todos, algo propio, personal, expresión de afecto, de reconocimiento, de admiración. Busqué instintivamente á mi redor una corona, una flor, cualquier cosa. No había nada. Un rayo de luz me hirió de pronto. Todos nuestros héroes habían sido mortales, y, en tal virtud, sujetos á deslices. ¿Qué mejor, entonces, que la oración de un niño, en desagravio de sus culpas y yerros? Púseme de rodillas sobre el lecho, elevé al cielo los ojos, y se movieron mis labios. «Padre nuestro, que estás en los cielos.... sálvalos; Madre mía, concédeles la gloria por los siglos de los siglos....»

Y me dormí.

Fué la noche en que más contento cerré los ojos, y la oración más

consciente y sincera que nació de mi pecho, en aquella edad encantadora. A nadie la había oído. Nadie me la había enseñado. Brotó natural y espontánea de donde tienen su raíz todos los grandes sentimientos: ¡del alma!

* * *

El niño de ayer se ha convertido en hombre. ¡Cuánta magnitud en la obra que entonces admirara sin comprenderla, y que ofrecen hoy á sus disquisiciones, desnuda de atavíos, la reflexión y el estudio!

El grito de Mayo es, para todos los que piensan, la resolución que no mide peligros; la decisión que no cuenta en pro del éxito con otros elementos que vidas generosas dispuestas al martirio.

Derrumbar la dominación extranjera era obra imposi-

ble, juzgada con el criterio de aquella época. Detrás de ese dominio estaban la tradición, con su fuerza conservadora; y un reino poderoso, de valor nunca desmentido, que disponía de toda clase de bélicos recursos. La prudencia condenaba, pues, cualquier tentativa, como fatalmente infructuosa.

Y suben todavía de punto las dificultades, si se considera que mucho falta aún por hacer para que, uniformadas las opiniones respecto á las reformas fundamentales que perseguiría la revolución, contara ésta con el plan definido y completo, propio de la trascendencia que revestía el movimiento.

Los criollos del año diez, cuando gritaban á una voz al pie del cabildo, *abajo el Virrey*, pretendían un cambio *cualquiera*, no especificado, que derrumbara la opresión y les diera libertad.

No pensaron ni quisieron saber más. Monarquía ó República, triunvirato ó junta, todo era secundario. El propósito que condensaba las aspiraciones de aquellos hombres, y los resolvía al sacrificio, era éste: morir si era preciso, pero concluir una vez por todas con los exclusivismos, convirtiendo en seres libres, iguales ante la ley, á todos aquellos sobre quienes pesaba, como marca de infamia, el sello puesto por la naturaleza, cuando no en el color, en el carácter, á su condición de hijos de esta tierra feraz.

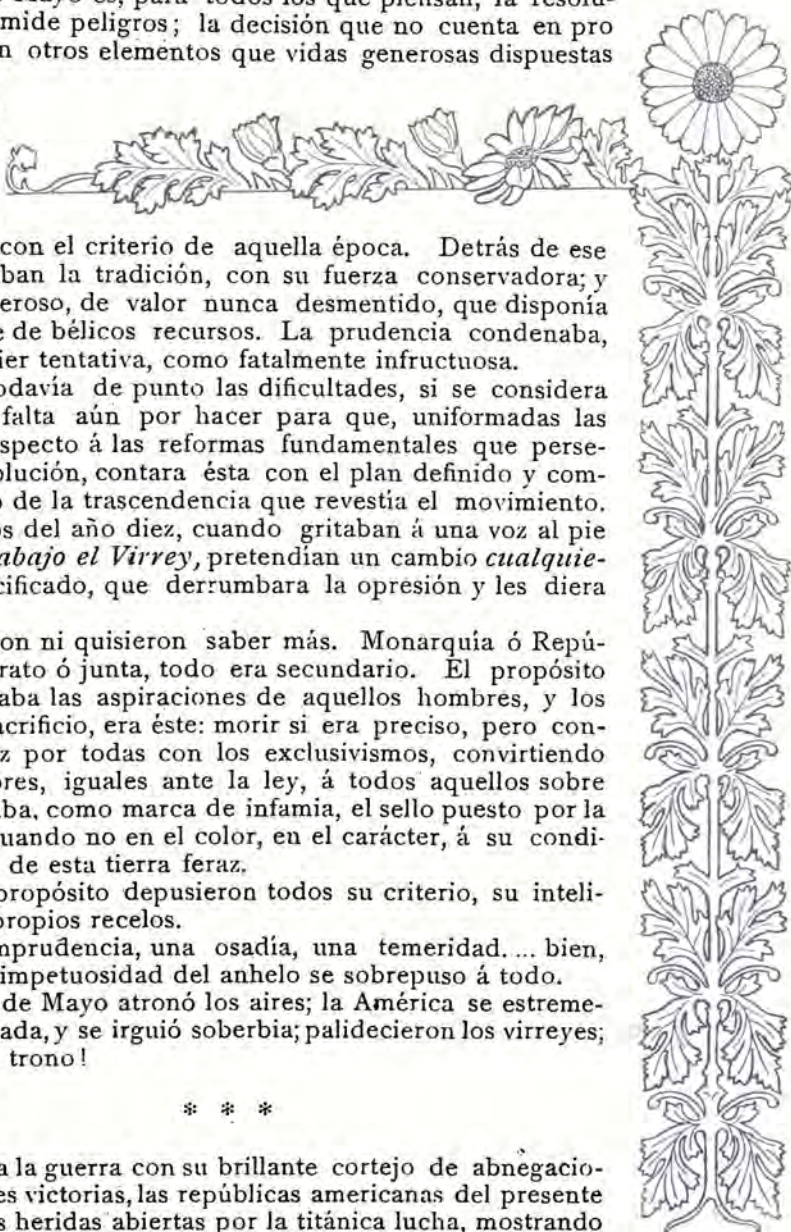
Ante ese propósito depusieron todos su criterio, su inteligencia, sus propios recelos.

Era una imprudencia, una osadía, una temeridad... bien, ¿y qué? La impetuosidad del anhelo se sobrepuso á todo.

Y el grito de Mayo atronó los aires; la América se estremeció esperanzada, y se irguió soberbia; palidieron los virreyes; ¡tambaleó el trono!

* * *

Terminada la guerra con su brillante cortejo de abnegaciones y geniales victorias, las repúblicas americanas del presente cicatrizan las heridas abiertas por la titánica lucha, mostrando



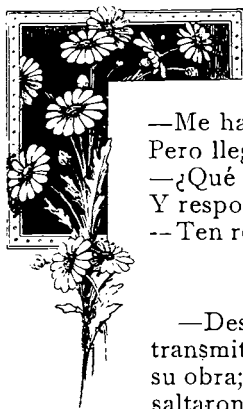
«La Hispano-Argentina» y «La Franco-Platense» — Compañías de seguros — Piedad 588 — Buenos Aires

que no son ingratos; que saben reconocer y admirar en la hidalga España á la madre que les dió vida y vigiló cuidadosa sus primeros pasos, preparándolas para actuar con honra en el concierto universal de las naciones soberanas.

Pero recordando que no es sólo el gobierno propio lo que constituye la libertad; que tan denigrante ó más que el yugo extranjero, es el yugo de las pasiones y los vicios, y más criminal la opresión en el régimen republicano que en el monárquico; trayendo á la mente estas ideas fundamentales y las puras y grandes enseñanzas de la revolución emancipadora, brota del corazón un noble anhelo, un voto:

¡Que la República Argentina ponga decidida manos á la obra de extirpar sus llagas! ¡Que la veamos sobresalir pronto por su moral y su civismo, como destaca por sus progresos materiales! En fin: que podamos recordar sin reproches de la conciencia, sin rubor, sin inquietudes, — convencidos de ser verdaderamente libres, satisfechos de no conocer la tiranía de los fraudes ni de las coimas — las inmortales estrofas de nuestro himno: «Oíd, mortales, el grito sagrado: ¡libertad, libertad, libertad!»

Francisco Beirón



En casa de un autor dramático en dos noches de estreno. La mujer espera con ansiedad al marido, y le pregunta:

—¿Qué ha sucedido?

—Me han aplaudido con entusiasmo.

Pero llega el otro estreno.

—¿Qué ha pasado?

Y responde el marido con tristeza:

--Ten resignación: nos han silbado.

* * *

—Desengañense ustedes—decía un autor:—el que escribe transmite al público las emociones que experimenta al hacer su obra; si rió al escribir, también el público ríe; si se le saltaron las lágrimas, el público llora.

Cuando yo escribí mi novela...

—Ya adivino lo que le sucedió á usted.

—¿Qué me sucedió?

—Que se durmió usted en todos los capítulos.

* * *

Tratando de defender á un criminal alegando locura, le preguntaba su abogado:

—Convendría que hubiese algún loco en la familia de usted. ¿Recuerda usted alguno?

El criminal reflexionó, y respondió luego con aplomo:

—Diga usted al tribunal que me ha salido loca mi mujer.



A Grecia

De tus hijos la estirpe soberana
te hizo grande, divina y opulenta
pues el relato de ellos representa
el arco iris de la gloria humana.

La historia de los siglos se engalana
con todo aquello que tu nombre alienta
y el impulso del Arte se acrecienta
con el recuerdo de tu acción lejana.

Espíritus modernos, anhelantes
van á buscar en tu corriente pura
poderosos alientos de gigantes.

Y tú, como la espléndida natura,
les ofreces tus pechos desbordantes
de inspiración, de luz y de hermosura.

Salvador Fornieles



La muerte de la señorita Clementina

(CUENTO DE OTOÑO)



UNA mañana, el jardín apareció cambiado. El viento de Otoño, con un sostenido clamor de tres días, había abolido su pasajera exuberancia, en violentos arranques, inmenso como un hachador de la Iliada. Al cabo de esos tres días, el cielo, austeramente puro, arrojaba hacia los agrandados horizontes sus nubes en columbina desbandada. El oro del Sol era más pálido. Un olor de humedad llenaba el aire, ligeramente cáustico ya, por la proximidad de las escarchas. Difundíanse, con la tenuidad de un suspiro, diafanidades grises en los lejanos bosques. El adiós crepuscular de la última tarde había sido más largo. Los pájaros ya no cantaban, piaban. Y el jardín, que fué coqueto en la primavera y lujoso en el verano, se tornaba salvaje. Las ramas, llenas de rústico vigor, se desnudaban. El ruido continuo de las hojas que caían, semejava un llanto pensativamente largo. Cerraban las mariposas sus abanicos, acortaban el paso los grandes bueyes, y en aquel paisaje lleno de melancolía holandesa, se esperaba instintivamente que la preciosa de Verlaine, *Frêle parmi les nuëuds énormes de rubans*, pasara bajo los ramajes umbríos, plegando entre sus dedos el abanico pintado con temas eróticos, tan vagos, que hacen sonreír... Pues aquel jardín tenía, en efecto, una monótona dulzura de cuadro amanerado para jardineras paradógicas, que hacen gotear la regadera sobre el brodequín de raso.

Precisamente había una jardinera así, que era la dueña de aquel jardín, y se llamaba Clementina. No sé si habréis notado que las campanillas de plata saben todas decir *Clementina*, y que además debe ser este nombre muy difundido entre los pájaros, por la frecuencia con que se le oye en los matorrales. Madamas las Ruiséñoras son todas Filomenas, así como las señoritas Calandrias son todas Clementinas. El autor cree de su deber añadir que está dispuesto á sostener muy seriamente estas exactas onomatopeyas.

Bien, pues; Clementina se llamaba la dueña del jardín, y era muy bonita. No diré cómo era, pues ni las violetas ni las lilas han querido darme una gota de color para mi pincel. Y como necesito de las lilas para pintar sus medias y de las violetas para describir sus cintas, me encuen-

tro dolorosamente reducido á la impotencia. Yo no soy de esos feroces pintores que hacen mujeres desnudas. Y estoy convencido, además, de que la señorita Clementina sin sus medias y sus cintas, no resultaría lo que ella era: una porcelana rococó, que fuese al mismo tiempo una bombonera.

Lo que ella era, he dicho, pues se murió hace cabalmente un año. Se murió de pena porque el Sol, ocupado en dar una gran batalla contra las nubes, no pudo bajar á verla, según lo hacía fielmente cada mañana. El Sol era el novio de Clementina. Le doraba los cabellos y le pintaba las mejillas, según dicen los sonetos de aquel tiempo. A veces divertíase dándole un ligero pinchazo en la nuca, pero muy ligero, nada más que para hacerla reír. Y también le ponía puntos de diamante en el broche de su liga, cuando ella tenía que estirla ante el Sol para buscarse una pulga. Perdonadme con vuestra bondad característica estos ínfimos detalles; y cuando vayáis á enojaros, optad por reír pensando en las pulgas de las piernas de Clementina.

El Sol, como he dicho, pasó tres días sin ver á su novia; y ésta, que tenía una idea sumamente vaga sobre los deberes de los grandes capitanes, se puso celosa y se murió. Yo estaba allí el mismo día de su muerte.

Era por la mañana: desde un balcón que daba sobre el jardín, entreteníame en considerar los desastres causados por el viento sobre las plantas. Casualmente, á mis pies había un rosal, y por una casualidad había en aquel rosal una rosa. Aunque algo triste, conservaba todavía su buen color, y en la desolación general permanecía siendo reina por necesidad, después de haberlo sido por derecho.

En el interior de la casa, las gentes circulaban con pasos quedos, un poco turbios los ojos y un poco roja la nariz. Había lámparas encendidas, aunque eran las once de la mañana. En el solemne silencio de la habitación de la enferma, contaba el médico las pulsaciones, grave, más bien imposable como un personaje de tapicería. El ambiente estaba demasiado denso, olía á tinturas farmacéuticas, y un reloj sonaba con tanta insistencia, que concluyó por hacerme daño y salí. He aquí el origen de mi encuentro con la rosa.

Pasaron algunos momentos. La calma del jardín se hacía más profunda con la proximidad del mediodía. De pronto me pareció que la pequeña rosa colocada á mis pies quería hablar. Si deseáis saber cómo es cuando las flores quieren hablar, esperad un poco. Oportunamente os lo diré, y en esto, á lo menos seréis como Salomón. Lo cierto es que la pequeña flor quería hablar, y como esos delicados seres no hablan sino en las circunstancias muy graves, me decidí á entablar conversación.

—¿Cómo estás, pequeña rosa? la dije.

La pequeña rosa contestó:

—Mal, muy mal, porque Clementina se va á morir.

Aquello me inquietó profundamente.

—¿Cómo sabes que Clementina va á morir?—repliqué.

Transcurrió un minuto, y como la flor hiciera un movimiento para contestar, cayó un pétalo.



—¿Y cómo lo sé? Escucha. La vida de Clementina, es mi vida misma. Mi sér flotaba en las vaguedades informes de la vida vegetal...

—¡Rosa filósofa!— pensé.

La flor no pareció molestarse de que la interrumpiera y relizo su frase.

—Mi sér flotaba en las vaguedades informes de la vida vegetal, cuando un día, espulgando Clementina la planta que me sostiene, se picó un dedo en una espina, y yo nací de la gota de su sangre.

Transcurrió otro minuto, y lentamente, con un temblor casi imperceptible, cayó otro pétalo.

—Apenas se desarrolló mi pimpollo, siguió diciendo la pequeña rosa, comprendí que ella y yo éramos hermanas. Instintivamente, separadas por el infranqueable abismo de las especies, sin poder hablarnos, nos amábamos. Yo le decía en carmín, todo mi afecto; ella me comunicaba en sonrisas todo su cariño. Nuestras existencias pasaban como dos perlas en el mismo hilo. Su tristeza era mi palidez; mi púrpura era su alegría...

Otro minuto, otro pétalo.

—Cuando Clementina se enamoró del Sol, yo hice todo lo posible para disuadirla. Le dije que el Sol era un inconstante, que su amor quemaba. ¡Como yo había visto morir tantas rosas por el amor del gigante! Ella no quiso oírme. Se enamoró, pues, del Sol. Este se hallaba entonces muy cerca y podía visitarla diariamente. Pero yo bien sabía que muy pronto se iría por allí, á las grandes batallas con las nubes, según ha sucedido. Esos grandes guerreros son incapaces de sacrificarse por el amor de una mujer. Son unos grandes animales muy hermosos, y nada más. Ya ves lo que ha pasado. Clementina se muere y yo con ella. Ambas por culpa del Sol...

Otro minuto; otro pétalo.

—Y el médico, ese pobre hombre, se afana con su ciencia. Pero no conoce el secreto del mal de Clementina. Yo sí que lo conozco, y voy á decirte lo, brevemente, pues ya no tengo sino dos pétalos de vida; pero antes expulsa á ese insolente gorrión, cuya charla interrumpe nuestro diálogo.

Bajé al jardín para echar al importuno pájaro, y cuando volví noté con terror que había caído otro pétalo.

La pequeña rosa dijo con una voz muy débil:

—Clementina se muere de celos. Y estos celos son tan vagos como el tul de la bruma. Se muere porque á veces entra su amante y coloca su



LEOPOLDO LUGONES

sombrero en la percha antes de besarla, cuando debía ser lo contrario Crimen de amor. Otras veces, cuando ella está entusiasmada con una bella nube, su amante le habla de tambores, ó le describe un movimiento táctico mientras ella quisiera versos. Crimen de amor. Pero, ¿cómo ha de adivinar el amante esas ideas no expresadas? preguntarás. A esto no tengo sino una cosa que responderte: el amante debe adivinar. Ahora resulta que se pasa tres días sin verla. El cumplimiento del deber, exclamarás. ¿Y por qué si tienen deberes hablan de amor? Muchas veces Clementina ha suplicado á su amante que se quedara un momento más, pues le daban miedo las melancolías de la tarde, y el infame le ha respondido que *no podía* quedarse; que provocaría con su retardo un cataclismo de estrellas. ¡Cobarde! ¿No valía el amor de la pobre niña, siquiera una fractura de firmamentos? He aquí cómo se mueren las almas sensibles y delicadas. Por un sombrero colocado en la percha, por una caricia deseada, por un verso mal leído..... Pobres víctimas, pobres víctimas del amor!

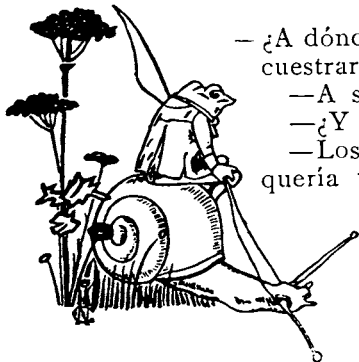
Y el último pétalo se desprendió del cáliz.

En aquel momento, la voz del médico dijo gravemente á mi espalda:

—¡Todo ha concluído!

Mudo, estrecha la garganta, le señalé la última hoja de rosa que el aire se llevaba. Pero, ¿podía acaso comprender aquel hombre, con sus patologías y sus psicologías, que en esa brizna trivial viajaba precisamente el alma de la señorita Clementina?

Seguros.



—¿A dónde ibas por aquellos andurriales, cuando te secuestraron los bandidos?

—A suicidarme.

—¿Y por qué hiciste que te rescatara la familia?

—Los ladrones me exigieron veinte mil pesos si no quería morir, y entonces comprendí todo el precio de la vida.

* * *

—¡Oh! doña Encarnación: supongo que su hijo será ya un médico famoso....

—Si sólo estudió medicina dos años: abandonó la carrera para seguir la de ingeniero... pero se cansó y se propuso ser arquitecto....

Hoy está empezando á estudiar leyes.

—De modo que ...

—Que no acaba nada, pero acaba con nosotros.

* * *

La señora de... va á dar una suntuosa fiesta y le dice á la sirvienta:

—Sube al cuarto al lado de la cocina, y baja las arañas.

—¿Muertas ó vivas, señora?



La Yesca

Lo que paso á referir es rigurosamente histórico, con tener para mí el encanto que produce siempre la evocación de un recuerdo agradable.

Era el año de 1875; estaba de guarnición en Gerona, y en la casa en donde me alojaba se moría una niña, se desangraba. Se la habían aplicado unas sanguijuelas, y no había manera de restañar las heridas que produjeran los antipáticos animalejos. Las telarañas, á pesar de su fama, se declararon impotentes.

La pobre madre, mientras iba empapando en sangre algunos paños, sollozaba, y yo, de pie, envuelto en mi ancho capote militar, contemplaba atónito aquella escena de horror. La angustiada mujer me miraba de vez en cuando, y yo, á decir verdad, volvía la vista como si fuese el causante de su tormento.

Serían las once de la noche de un día del mes de Enero, y el silencio era sepulcral.

De pronto la madre, abiendo desmesuradamente los ojos y mirándome, exclamó: «¡Si tuviésemos yesca!»

Aquello era más que un ruego, un mandato.

Arranqué de mi cabeza la gorra de cuartel que llevaba puesta, tomé el *ros*, y con acento de la más profunda convicción la dije: «Voy á buscarla».

Mi determinación tenía algo de arriesgada.

Estábamos en plena guerra, y hacía ya tres horas que sonara la retirada, y dos que el silencio había recordado al militar la obligación de no moverse de su alojamiento. Pero..., ¡debía buscar yesca!

Salí á la calle, y casi como un criminal me fuí deslizado pegadito á las casas en busca de una farmacia, único sitio en el cual, á tales horas, podía recurrir con probabilidades de éxito.

Dí con una al fin, y después de algunos minutos de espera, el dependiente abrió la tienda, y con ella sus sorprendidos ojos al ver entrar por las puertas á un discípulo de Marte.



¡Tenía yesca! La tomé y volé con ella hacia el alojamiento.

Al verme de regreso, la madre, que salió á abrirme la puerta, exclamó sollozando: «Se me muere!»

—«¡Qué se ha de morir, mujer!—¿Y esta yesca no ha de servir para nada?»—repliqué yo, más por humanidad que por convencimiento.

Trémula, la buena mujer me tomó el paquetito de la mano, temblorosa rompió el papel, pero con suave y cariñoso cuidado fué aplicando pedacitos de aquella materia seca en las abiertas heridas de su hijita.

A la una de la madrugada la hemorragia cesó, y á las dos la niña dormía un profundo sueño, preludio de franca mejoría.

La yesca obró el milagro.

Posteriormente, cuantas veces durante la guerra y después de ella fuí á Gerona, otras tantas visité á la niña salvada tan milagrosamente.

Y Dios había operado aquel día otro milagro.

A las once y media, y no lejos del sitio por donde yo pasara en busca de la yesca, la ronda sorprendió á un cabo y lo llevó arrestado á la prevención.

Decididamente, hay que convenir en que la Providencia vela por la infancia.

R. Moreno Sanz



Entra un pintor en el gabinete de su esposa, con un aparato que coloca sobre el velador; cierra después la puerta, saca el revólver y dice á su mujer:

—Prepárate á morir, que lo sé todo.

La esposa retrocede; y en su cara se refleja el espanto. El pintor dirige hacia ella el aparato y mueve el resorte.

—Tranquilízate ya— dijo á su señora; —necesitaba un estudio de cabeza que expresase el terror, y ya está hecha la fotografía instantánea.

—¿De veras? — dice temblando la mujer y no del todo vuelta en sí.

—Sí, mujer; y en prueba de ello tona un abrazo.

La mujer empieza á respirar, y por fin exclama, devolviendo las caricias á su esposo:

—¡Qué susto me has dado! Creí que lo sabías.

* * *

—Almacenero, este vino tiene agua.

—No, señor.

—Le digo á usted que sí. Lo conozco.

—¿En qué?

—En que estoy mareado, y yo sólo me mareo en alta mar.



La novela



Si se estudia con detención la índole y diversas faces de la literatura en la última mitad de nuestro siglo, se llega sin dificultad alguna á esta consecuencia: la pasión predominante tanto en los literatos como en los lectores es la novela. Para convencerse de ello basta indagar el género á que pertenece la inmensa mayoría de las obras que se editan casi diariamente en todas las naciones civilizadas, especialmente en las de raza latina, y preguntar al pueblo lector cuál es el libro de su predilección. Los autores contestarán que por cada obra científica que aparece, puede asegurarse que la sociedad recibe cien novelas, y no se crea que por falta de competencia en los escritores, porque los hay de mucha preparación y con un bagaje científico muy recomendable. La gran mayoría de los lectores dirá que el libro que tiene siempre en la mano, no es el histórico ó el científico, sino el novelesco, y los librereros, confirmando este aserto, asegurarán que la venta de novelas es extraordinaria, que las ediciones se agotan como por encanto, mientras que los libros ú obras de otro género se van consumiendo paulatinamente en los estantes, víctimas del polvo ó de la polilla. Ante esta predilección general por la novela tanto en el joven como en el anciano, en el hombre como en la mujer, en el pudiente como en el obrero; el hombre sensato, sobre todo el que tiene en sus manos la dirección de otros, debe estudiar, con la atención que el asunto reclama, esta cuestión de palpitante actualidad: ¿es útil la novela? ¿puede tolerarse, ó debe reprimirse su lectura? Hablando en tesis general, creemos firmemente que la novela es un género de literatura muy nocivo al orden social y que, por consiguiente, debe trabajarse para que sea desterrada y sea proscripta su lectura.

El fin principal de todo libro ú obra no puede ser otro que el de enseñar el camino recto del cumplimiento austero de las obligaciones de la propia condición y estado y formar el carácter del pueblo en general, para que así, con mayor facilidad y perfección, pueda responder á la misión que le ha asignado la Divina Providencia. Cualquier otro efecto que constituya el objeto del libro, será siempre vituperable. No temo afirmar que la novela moderna se halla en este caso y en elló me fundo al sostener su poca ó ninguna conveniencia para la sociedad.

La novela, en efecto, en nuestros días ó tiene un fondo histórico, ó es

el simple producto de la imaginación. En el primer caso la historia ocupa el último lugar, y en la mayor parte de las ocasiones es desfigurada con personajes más ó menos reales ó con diálogos, monólogos, acciones, etc., más ó menos verosímiles. En el segundo por lo regular, tanto si se describe lo bueno, ó se hace notar lo malo, es tal la exageración de los hechos, la impracticabilidad de los consejos, y el tinte romántico con que se inspiran y se efectúan las acciones principales y secundarias que á ninguno se le ocurrirá decir: esto es lo que en buena ley debe practicarse. Tal es el carácter, la verdadera fisonomía, de la novela moderna, como puede comprobarse por la lectura de aquellas que hoy están más en boga y han conseguido mayor difusión. Cabe, pues, aquí esta pregunta: ¿se cree con sinceridad que semejante producción intelectual puede ser verdaderamente útil? Si no es para perder un tiempo precioso y para desnaturalizar el gusto literario y el carácter del pueblo, sostengo que es de todo punto imposible.

Con la novela moderna no puede estudiarse la historia, ni formarse siquiera una idea aproximada del carácter de una época ó de una nación, porque de antemano se sabe que á lo menos hay mucha invención, y que, faltando por lo tanto la principal dote de un historiador, que es ser verídico en la narración, no pueden merecer fe alguna las afirmaciones del libro en cuestión. Ninguna persona sensata puede por esta razón fundamental, fundarse en una novela para narrar un hecho histórico, para hacer notar con toda propiedad las tendencias de una época, ó para ensalzar las virtudes ó recriminar los vicios de un pueblo cualquiera.

Tampoco sirve para formar el carácter del lector. No puede negarse, si con atención y ánimo imparcial se analiza la índole de la novela moderna, que ella está impregnada de subido tinte de romanticismo ó de una aberración espantosa en lo que se refiere á moralidad. Los episodios que forman la parte principal del libro; las ideas que se emiten y se ponen en la boca de los diversos personajes; los medios de que se valen para obtener su realización; el fin que se asigna á la misión del hombre y de la mujer sobre la tierra, y la opinión que se sostiene sobre el matrimonio, el divorcio, el amor, la sociedad, y sus diferentes estados, están probando con evidencia abrumadora, que lo que se describe ó pinta no es lo que en realidad sucede ó puede suceder, sino sencillamente lo que querría que se verificara la imaginación febril y soñadora del autor. Esto es: la transformación del mundo real en otro á gusto del novelista; del gusto, de las inclinaciones y de los deberes positivos del hombre y de la mujer, de la familia y de la sociedad, en otros que fueran la expresión genuina de otra naturaleza, muy diferente y hasta contraria á la que ha salido de las manos del Creador.

Pero donde sube de punto esta incongruencia es en la parte moral. Allí lo que predomina es el sensualismo, y lo que se destierra es la religión, la fidelidad, el pudor y hasta la dignidad humana; lo que se ensalza y enaltece es la intriga, el rapto, la despreocupación, el abandono de los más sagrados deberes; y lo que se critica y se hace objeto de mofa es el apego al hogar, á la crianza de los hijos, al retiro y al trabajo; lo que se enseña ó insinúa es el divorcio, el abandono del hogar conyugal, el duelo ó el suicidio y se llama cobardía ó cortedad de ánimo á la resignación en los contratiempos, el perdón de las injurias, el respeto y obediencia al padre, al esposo, al superior; lo que se enaltece es la fuerza de la pasión y la destreza para satisfacerla, y lo que se ridiculiza es la virtud y los medios para practicarla. Esto es en general la novela moder-

na, y en tal caso ¿podría sostenerse que ella es útil ó á lo menos conveniente para instruir y formar el carácter del pueblo?

Los estadistas que hoy se preocupan de la marcha de la sociedad, de estudiar sus tendencias, su fisonomía, su nota ó cualidad característica; y los que más tarde escudriñen nuestro modo de pensar y obrar, hallarán, sin mucho trabajo, que el carácter de nuestra época es muy frívolo; que en los grandes centros la moralidad se resiente; que los jóvenes, sobre todo, profesan y practican teorías muy contrarias al orden social; y cuando investiguen la causa de tanto error y de tanta anomalía, la encontrarán en la lectura de la novela moderna, pudiendo llegar, con toda facilidad, á establecer esta regla que no falla: el descreimiento, sobre todo en la juventud; el romanticismo que caracteriza la mayor parte de las acciones en la mujer; el desorden, la desobediencia á los padres y á los superiores y los delitos que se cometen, está todo en razón directa de la lectura de novela. Y si se recorre pueblos y naciones se verá que los suicidios, los duelos, los delitos contra la moral, la frivolidad en el carácter, la ambición, el sentimentalismo ridículo, y tantos otros males son mucho más numerosos y se notan con mayor intensidad en aquellos en los cuales la novela está á disposición de la mayoría de sus habitantes; sobre todo cuando se trata de la novela naturalista, que con el pretexto de fustigar las más repugnantes acciones y la miseria de la humanidad, las presenta con tal lujo de detalles y tan á lo vivo, que lejos de edificar, escandaliza y corrompe al lector enseñándole tal vez lo que no sabía y lo que siempre debiera ignorar. ¿Por qué los mismos autores de tales novelas no permiten que sean leídas por sus esposas y sus hijos? ¿O será porque existe una moral para éstos y otra para el público?

Si de los lectores se pasa á los autores, se verá también que la novela



causa gravísimos males. Como ya he indicado, los hay que son verdaderos portentos de ingenio, de laboriosidad, de gusto literario y científico. Sin embargo, tan bellas dotes se pierden ó se desnaturalizan porque no se las emplea en producir una obra de verdadera y positiva utilidad científica, ó de necesaria instrucción para el pueblo en las diversas esferas de los conocimientos útiles, sino en halagar las pasiones y el pésimo gusto del mismo, proporcionando novela y más novela. Tómense las estadísticas de la producción intelectual de las diversas naciones y todos notarán una crisis espantosa en obras útiles, científicas é históricas, y un verdadero diluvio de libros, folletos y folletines de diario cuyo único fondo es la ficción, cuyo único mérito es, á veces, el gusto literario del autor, la pureza del escritor y cuyo único fin es propinar al vulgo lo que reclama y mediante esto obtener una pingüe ganancia. En otros términos: la producción intelectual hoy es una verdadera empresa comercial en la que sobre todo se atiende á la utilidad del tanto por ciento.

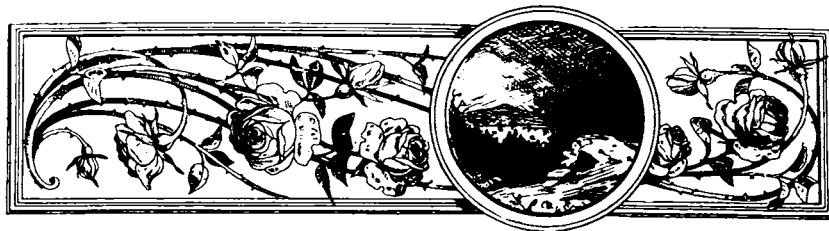
Recórranse las columnas de nuestros grandes diarios y de las principales capitales europeas y americanas y se hallará un gran vacío: hay muchos corresponsales extranjeros, mucho folletín, muchos novelistas, pero falta casi siempre la nota científica, la explicación de algo de positiva utilidad, las reflexiones del historiador al comunicar un hecho cualquiera y el fruto de largos estudios y profundas meditaciones. ¿Habla esto en favor de la intelectualidad de los autores modernos? ¿Favorece esto el bien real del pueblo que devora esos diarios? ¿Podrá ser éste un elemento interesante y de mérito para que el historiador del siglo próximo pueda afirmar ser verdad que la última mitad del nuestro en general se distingue por el gran número de obras históricas, científicas y verdaderamente útiles?

Si la novela moderna, pues, hablando en tesis general, no es apta para instruir ni para formar el carácter del pueblo, antes por el contrario es sumamente perjudicial tanto para lo uno como para lo otro; si ella acusa en sus autores á lo menos poca afición á lo serio, á lo importante, á lo útil, á lo científico y malogra tan bellas inteligencias; si es la causa más ó menos directa de tantos males que afectan á la sociedad, á la familia y al individuo, ¿podrá sostenerse que es útil y que su lectura debe permitirse? Responda á esto, después de meditarlo con detención, el criterio sincero é imparcial de lectores y autores y de todos cuantos se interesan ó deben interesarse por el bien de la sociedad y del individuo y hasta por el gusto literario y científico de nuestra época.

José A. Ozali

✻ ✻ ✻

- ¡A ese, á ese!—gritaba un poeta persiguiendo á otro poeta.
Detenido el que corría y llevado á la comisaría, dijo el oficial de guardia al que gritaba:
—¿Qué le ha robado á usted?
—Me ha robado el pensamiento de una redondilla.
—Que le registren los bolsillos—dijo gravemente el oficial.



Buenos Aires

Piedad 588

Compañías de seguros

«La Hispano-Argentina» y «La Franco-Platense»

TRADICIONES AMERICANAS

Belzu-Melgarejo

(EPISODIO HISTÓRICO)

El hombre, bien ó mal dirigido por las aspiraciones que determinan su actuación social, es hijo de sus propias obras; del medio en que se desenvuelve, ó un fruto espontáneo del carácter con que la naturaleza ó su educación le dotaran.

C. CARBONELL.



EN 1865, gobernando el Presidente Belzu (1) en Bolivia, el general Melgarejo se levanta en armas, proclama la revolución, y la chispa fratricida de la guerra civil incendia el vasto imperio de los Aimarás.

Cámbianse los primeros tiros, la honda domina en los cerros, encuentros parciales se suceden, y meses después los beligerantes libran gran batalla en las inmediaciones de La Paz.

Las fuerzas insurrectas son vencidas y destrozadas, los sostenedores del orden y la legalidad quedan dueños del campo, el general Melgarejo huye y en la disparada intenta suicidarse (2), se lo impiden los pocos fieles que le acompañan, y por fin, fuera de sí y loco de ira, adopta una resolución que raya en lo temerario y va á decidir para siempre de su suerte y su destino, inmortalizando su nombre y su bravura al través del espacio y de la historia.

Mientras en las afueras de la ciudad se desarrollaba este drama de la desesperación, el general Belzu, rodeado en la casa de gobierno de sus principales jefes, festeja el triunfo, las multitudes lo aclaman, y el ejército boliviano formado en línea de batalla en la Plaza de Armas, asóciase al regocijo entonando sus músicas las dianas de la victoria.

Frenéticos de entusiasmo se deslizan insensibles los transportes de alegría, el champagne corre á torrentes, y nadie piensa sobre la catástrofe que se cierne sobre sus cabezas y pronto va á estallar, sembrando el infortunio y la desolación en Bolivia y la vergüenza y el crimen en América!

De improviso un grito anuncia que el general Melgarejo, á quien se le supone fugitivo, va á llegar, y en medio de la estupefacción y la sorpresa

(1) El general Belzu se hallaba vinculado á la sociedad argentina por su matrimonio con la distinguida escritora señora Juana Manuela Gorriti, hija del general del mismo nombre, y á quien todos hemos conocido por sus trabajos literarios é históricos.

(2) ¡O me seguís, coraceros, ó me destapo los sesos! (palabras del general Melgarejo).

Rillo & Cia. — Lomas para parvas y carros. — Toldos y Cortinas. — 645, Cangallo, 651. — Teléfonos Unión 1810 y Cooperativa 1069.

consiguiente, vésele dirigirse al Palacio de Gobierno seguido de dos de sus ayudantes (1).

Todos lo creen rendido, las guardias ábrele paso, trincheras y fosos son flanqueados, los batallones redoblan sus vivas agitando las banderas, Melgarejo penetra resueltamente en el salón de gobierno y el Presidente Belzu, suponiéndolo su prisionero, se adelanta á recibirlo con los brazos abiertos.

Pero el general Melgarejo, que ha previsto la tragedia que va á consumarse, no vacila, y con la rapidez del águila ó el halcón que se arroja sobre su codiciada presa, resbala las pistolas de la cintura (2) y de un balazo deja exánime al desdichado presidente, y por este acto de audacia y de valor sin ejemplo, se erige en el héroe del día, mandatario único irresponsable y absoluto de su país.

Sin pérdida de segundos y aprovechando la confusión y el estupor que hemos de imaginar produjo aquella escena horrorosa, Melgarejo toma de los cabellos al infortunado presidente, aparece en los balcones, y enseñando su víctima ensangrentada al pueblo y al ejército, exclama: ¡El presidente Belzu ha muerto! ¡Viva el general Melgarejo!

Si aquel grito se impuso ó encontró eco es cosa que no hemos averiguado, pero sí sabemos que Melgarejo gobernó á Bolivia entre regueros de lágrimas, abofeteando á sus ministros en las expansiones de su ebriedad, y que el mundo, acaso por la pequeñez del teatro en que se desenvolviera el suceso, ignora este hecho de coraje y arrojo sin igual, que bueno es, por lo que á las tradiciones americanas

se refiere, no desaparezca en medio del polvo del olvido y la glacial indiferencia del futuro. No es respondiendo á otro propósito que lo consignamos entregándolo á la reflexión y al comentario de la posteridad, que, si bien, como dice Max Nordau, son los imbéciles de mañana, no es inoficioso conozcan lo que hicieron los de hoy.



C. CARBONELL

Crystiano Carbonell

(1) Bien merece recordemos el nombre de los ayudantes que, impldiendo el suicidio de Melgarejo, le acompañaron en tan arriesgada empresa. Uno de ellos fué el coronel Campero, distinguido oficial de escuela, recientemente llegado de Europa, más luego general y presidente de la República de Bolivia; y el sargento Rafael Rodríguez, del Batallón Rifles, que alcanza el grado de coronel y rinde gloriosamente su vida en la guerra del Pacífico.
 (2) Las pistolas de que se sirviera Melgarejo para consumar la muerte de Belzu fueron obsequio de don Juan de la Cruz Benavente, ex ministro plenipotenciario de Bolivia en el Perú, y el mismo que en la conferencia del 6 de Marzo de 1865 decide al coronel Campero por la causa que se llamó de Diciembre.

Paisaje

Paraná, 1899.

•La Hispano-Argentina• y •La Franco-Platense• — Compañías de seguros — Piedad 588 — Buenos Aires



SRTA. FAUSTA GARBINO

Mi estimado amigo:

Regreso en estos momentos de una excursión á las orillas del Paraná, y vengo con el alma llena de gratas impresiones, que quiero trasmitirle, así, *calientitas*, como deben servirse ciertas golosinas criollas — las tortas fritas, por ejemplo, tan apetitosas tomadas al son de la lluvia que cae y que sé, por referencias, cuánto le gustan.

Agradables como las horas pasadas en la casi familiar intimidad de nuestras fiestas sociales, sencillas y cultas,—cual lo fué un concierto á que asisti últimamente y al que concurren bellísimas y amables muchachas.—son las que suelo matar recorriendo los senderos solitarios, que serpentean entre las pintorescas barrancas y que, vistos á la distancia, blanqueando al

sol, parecen perezosas víboras plateadas extendidas entre los arbolitos enanos, que á costa de increíbles esfuerzos arraigan caprichosa y tenazmente sobre la tosca, apenas cubierta por la tierra vegetal.

El Paraná es el paraíso de las flores: éstas me parecen más vistosas y más fragantes que en otras partes; abundan en las casas opulentas como en los ranchos pobres, en las plazas como en los solares baldíos, y se las ve esmaltando los valles diminutos y perennemente verdes, tapizando las ásperas laderas empinadas, ó trepando por ellas en grandes manchones vistosos, como anhelantes por llegar allá, arriba, á tender un tapiz multicolor bajo las copas enmarañadas de los arbustos que negrean apiñados, poniendo una nota alegre en el paisaje que hace severamente triste la lejanía brumosa. Me detuve embelesada en el alto de una loma que mira

hacia Los Anegadizos, en los cuales una puesta de sol en estas tardes diáfanas de invierno, permite ver colores ni soñados aún por los pintores —y tendí mi vista á lo lejos...

¡Cuánto sentí que no pudieran ver sus ojos lo que vieron los míos!

Todo un idilio campestre, de esos cuya existencia se empeña usted en negar.

En un repliegue del terreno,—casi en la linde de una isleta negruzca, como engarzada entre el verde gramillal naciente—resguardada por una alta barranca rojiza, en que triscaban algunas cabras y pacían dos vacas y un buey viejo jubilado—tal vez un pariente próximo, algún tío ó primo veterano—alzaba su moginete alegre un ranchito blanqueado, medio cubierto por una diamela gigantesca, casi arbórea, como es frecuente verlas aquí y cuyo aroma exquisito, mezclado al de la flor del aire, en el pebetero de la próxima primavera, ya me parece aspirar.

A la puerta, cosía una muchacha, cuya fisonomía no alcanzaba á distinguir, pero á quien por la manera de sentarse y por la coquetería de sus movimientos en el clavar y desclavar la aguja, juzgué como bonita, atribuyéndole toda esa belleza sencilla y graciosa, resultante de la pureza de las líneas, que es atributo de nuestras criollitas verdaderas, las de los ojos pestañudos y suaves, las de los labios rojos y carnosos y de mejillas tostaditas, pero rosadas, en que se ve circular la sangre generosa, madre de las pasiones vehementes, engendradoras de esos tristes y de esos estilos que nos encantan con su armonía dulcísima, y nos conmueven con su sentimiento ingenuo y elocuente, como un *pucherito* de niño.

A su lado, con una mano sobre el marco de la puerta y la pierna correlativa apenas asentada sobre el taco de la deslustrada bota de vaqueta, estaba parado un mocetón, que, dado el aire de su persona en aquellos momentos y el jueguito de su pie moviéndose lenta y acompasadamente de derecha á izquierda, se me antojaba á la espera de alguna respuesta decisiva...

El sol brillaba, bañando la comarca, pero creo que el mocetón no lo veía de puro anhelante y abstraído.

Se lo confieso sin rubor: estuve tentada de hacer un apunte, y si hubiese tenido á mano mi cartera, no se escapa usted, á la hora presente, de recibir con ésta un boceto ilustrativo del cuadrito sencillo que le esbozo y al cual, para darle movimiento, no le faltan sino dos pollitos que picoteaban algo, en comandita, cerca de un malvón florecido, un perro que sestaba no lejos de su ama y la vieja lechera dañina, que aprovechando del descuido general, despuntaba unas plantas de hortaliza que verdeaban á lo largo del alambrado.

Aquí hay mucho que pintar y mucho que ver, amigo mío.

Cada rinconcito es un cuadro que pide una acuarela ó una de esas manchitas á la sépia que se llevan los ojos de los aficionados y provocan en las personas que, como yo, aman la pintura, un sentimiento de despecho; quisiera trasladar al papel todo lo que alcanza la mirada... y no puedo.



«La Hispano-Argentina» y «La Franco-Platense» — Compañías de seguros — Piedad 588 — Buenos Aires

«La Hispano-Argentina» y «La Franco-Platense» — Compañías de seguros — Piedad 588 — Buenos Aires

Miro mi trabajo, recuerdo el modelo y me parece pálido lo hecho. Extendí mi excursión hasta el arroyo Antoñico, que se retuerce entre barrancas medio derrumbadas, y no me pesa. He coleccionado valvas de mariscos preciosos, y en un momento que quedé sola, hasta me pareció oír en el silencio que me rodeaba, el cadencioso golpear del oleaje marino sobre las playas anchurosas, en aquellos días tan lejanos hoy, en que el océano batía acompasado estas costas carcomidas, donde á cada paso se descubre su huella soberana...

Este arroyo es una página elocuente de la historia del planeta y la verdad que envidio á quienes las pueden leer y traducir.

Señor José S. Alvarez.

Fausta Garbino



Doña Eufrasia quiere festejar á su esposo en el día de su santo, con una sorpresa, y prepara un pastel enorme, en el cual se han de meter vivos sus dos canarios, que volarán por el comedor, muy adornados de cintas, al quitar la tapa del pastel. Como hay visitas, no puede vigilar la operación, que confía á su criada. Pero en un momento de libertad entra en la cocina.

—¿Está hecho aquello? — pregunta á la sirvienta.

—Sí, señora.

—Bien: me alegraré que los canarios canten en la mesa; será un pastel de música. ¿Ha hecho usted los agujeros que le encargué para que respiren los canarios?

—Sí, señora.

—¿Dónde está el pastel?

—En el horno.

—¿Y los canarios?

—Dentro del pastel.

* * *

Un tirano despertó á un bufón que estaba durmiendo, y le dijo muy furioso:

—Dime una gracia ó te corto la cabeza.

—Corta mi cabeza — respondió, — y saldrá de ella toda la gracia de tu reino.

* * *

El juez de..... escribía á un amigo, que se había interesado en favor de un criminal:

«Hice lo que pude por tu recomendado: le he perdonado todas las penas accesorias: se le fusilará únicamente.»



Piedad y Respeto

PARA las tiernas vírgenes
que viven en el mundo
sin otro hogar ni abrigo
que un mísero hospital;
que velan junto al lecho
del triste moribundo
para enjugar sus lágrimas
y consolar su mal;
para las almas púdicas
hijas del alto cielo
que al pie del ara arrancan
dulcísima oración,
y que en la tierra huérfanas
no tienen más consuelo
que amar á los que sufren
y remontarse á Dios:
¡Oh! no tengáis palabras
de enojo y de aspereza!
¡Oh! no abriguéis afectos
de torva voluntad!
Tan bello es su martirio,
tan santa es su pureza,
que nada más merecen
que amor, respeto y paz!

Palomas inocentes,
sufrir es su destino,
sufrir por dondequiera
las lleve su misión...
De espinas y de abrojos
sembrado está el camino
que siguen en la tierra
las hijas del Señor!

¿Por qué con labio lleno
de hiel herir su nombre,
su nombre que es más puro
que el rayo de la luz?
Si algo de bueno abriga
el corazón del hombre,
no le neguéis siquiera
la noble gratitud!

Piedad para las vírgenes
que humildes y escondidas
no tienen más defensa
que el ara del altar;
reclaman el respeto
las almas desvalidas,
admiración reclama
la santa caridad!

L. Parker Murray

La Madrid y Paz

La Madrid no es un militar, en la acepción rigurosa del vocablo; no tiene ni la instrucción ni la estrategia que caracterizan á los verdaderos guerreros; no es ni un espíritu científico, ni un matemático, ni un calculador, militarmente hablando; pero es un valiente, un héroe que realiza hazañas tan magnas y gigantescas, que son la admiración de sus contemporáneos y de la posteridad.

Con un puñado de hombres se arroja contra un adversario diez veces mayor. « Poco le importa que la batalla se pierda », ha dicho uno de nuestros geniales escritores: « lo que él quiere es tronchar cabezas enemigas y contemplar el filo de su espada destilando sangre caliente. »

No sabe disponer un plan de defensa ni conoce la táctica de combate; no se vale de la estratagema ni de la habilidad, pero él halla su gran fuerza en la legendaria intrepidez de su coraje, digno de los más grandes héroes militares de la antigüedad.

Paz, por el contrario, constituye su verdadera antítesis. Y, sin embargo, ambos son militares y generales. Aquél está vaciado en el molde del impetuoso Murat; éste en el de Napoleón.

Paz es un espíritu calculador y científico; la suerte de la batalla entraña para él la solución de una ecuación. Es menester conocer las causas para deducir los efectos; es menester saber operar para despejar la incógnita.



SILVIO MAGNASCO

No cree ni en el valor temerario, ni en el heroico arrojo; dice que la batalla es un problema de ajedrez, los soldados las piezas y el terreno el tablero donde éstas deben maniobrar.

El jugador que dispone matemáticamente de aquéllos, dará forzosamente mate al adversario; así, el general que hace desempeñar á cada soldado el rol que le corresponde, obtendrá seguramente la victoria.

No obstante ser caracteres diametralmente opuestos, La Madrid y Paz son, si no dos genios, dos organizaciones superiores.

El uno es Murat cargando impetuosamente al frente de su caballería irresistible, el otro es Wellington meditando con estoica tranquilidad en las supremas incertidumbres de Waterloo.

Silvio Guayana



Agustín N. había tomado á préstamo inmensas cantidades á diferentes judíos y se lisonjeara de que la sucesión de uno de sus tíos pagaría todas sus deudas. Este tío se casó y tuvo un hijo.

Al nacimiento del hijo, Agustín exclamó: — Este niño es el Mesías: viene al mundo para la destrucción de los judíos.

* * *

Del corral de Juan desapareció un gallo durante una fuerte tormenta.



EL DR. JOSÉ C. PAZ
Actual propietario de "La Prensa"
en la batalla de Pavón

Juan se encontró con un amigo, y le preguntó éste si había sufrido algo con el huracán.

—Sí—respondió —ha habido en mi casa una desgracia: todas mis gallinas han quedado viudas.

* * *

Gil es muy tacaño y acaba de perder á su esposa, que era muy bella.

A los cinco días del entierro le presentaron la cuenta de los gastos funerarios.

—¡Ochocientos pesos! grita Gil. ¡Qué escándalo! A este precio preferiría que mi mujer no se hubiera muerto.

*

Carolina, la novia de Andrés, es muy descuidada.

Viste siempre con gran desaliño.

Juan la llama *mi vida*.

¡Y luego se incomoda cuando se le dice que tiene una vida muy desarreglada!

•La Hispano-Argentina y •La Franco-Platense•
Compañías de seguros
— Piedad 588 —
Buenos Aires

La sociedad y el arte

(INÉDITO)



Buffon decía: las ideas son el tesoro común de la civilización: la genialidad artística ó científica no pone de suyo al expresarlas sino la forma; el pensamiento es la humanidad: el estilo es el hombre.

Hay verdad y hay error en este juicio.

Hay verdad, porque cada cerebro de hombre descompone, rehace y refracta los conceptos de manera tan variable como son variables las propensiones y los caracteres nativos y adquiridos de las inteligencias.

Hay error, porque el elemento estético de las civilizaciones es un producto de elaboración solidaria, una de las formas de cultura que expresan mejor el refinamiento

ó la vulgaridad de los espíritus que concurren á la creación ó al éxito de las obras del arte.

Sin la profunda infiltración teológica, sin la sensación vibrante del dolor, que individualizaba la raza hebraica en los días de Moisés.— no habría hallado eco, acaso no habría tenido fuentes de inspiración, el acento desolado de Job, sus sacrílegos reniegos, su apacible y dulce resignación, aquel maravilloso concierto de blasfemias y santas manse dumbres.

No han dejado los griegos eternos modelos para retemplar todas las almas enamoradas de lo bello, sino porque en virtud de mil y mil circunstancias, llegaron á formar un pueblo impresionable bajo el influjo de todo lo delicado, de todo lo grande, de lo limpio, de lo insinuante, por el resplandor purísimo que penetra en los senos íntimos del corazón y engrandece las últimas familiaridades de la sensibilidad. El mundo moderno lo reconoce: no hay individualidades dispersas en el arte de aquel pueblo: hay un arte griego, hay un gusto ático.

Ha habido un arte romano, más brusco, tal vez, pero viril, exponente

La sociedad y el arte

(INÉDITO)



Buffon decía: las ideas son el tesoro común de la civilización: la genialidad artística ó científica no pone de suyo al expresarlas sino la forma; el pensamiento es la humanidad: el estilo es el hombre.

Hay verdad y hay error en este juicio.

Hay verdad, porque cada cerebro de hombre descompone, rehace y refracta los conceptos de manera tan variable como son variables las propensiones y los caracteres nativos y adquiridos de las inteligencias.

Hay error, porque el elemento estético de las civilizaciones es un producto de elaboración solidaria, una de las formas de cultura que expresan mejor el refinamiento

ó la vulgaridad de los espíritus que concurren á la creación ó al éxito de las obras del arte.

Sin la profunda infiltración teológica, sin la sensación vibrante del dolor, que individualizaba la raza hebraica en los días de Moisés.— no habría hallado eco, acaso no habría tenido fuentes de inspiración, el acento desolado de Job, sus sacrílegos reniegos, su apacible y dulce resignación, aquel maravilloso concierto de blasfemias y santas manse dumbres.

No han dejado los griegos eternos modelos para retemplar todas las almas enamoradas de lo bello, sino porque en virtud de mil y mil circunstancias, llegaron á formar un pueblo impresionable bajo el influjo de todo lo delicado, de todo lo grande, de lo limpio, de lo insinuante, por el resplandor purísimo que penetra en los senos íntimos del corazón y engrandece las últimas familiaridades de la sensibilidad. El mundo moderno lo reconoce: no hay individualidades dispersas en el arte de aquel pueblo: hay un arte griego, hay un gusto ático.

Ha habido un arte romano, más brusco, tal vez, pero viril, exponente

de un carácter nacional altivo y fogoso, animado por la tremenda robustez de un pueblo que triunfaba con la espada de César, un gigante, y hablaba por los labios de Cicerón, otro gigante.

Ya se suba, ya se baje en las corrientes de la historia; trépose á la cumbre desde la cual se abarca en conjunto el drama de una vida nacional, ó descuéndase á los detalles y al análisis de las vicisitudes que le constituyen, siempre aparecerá refulgente esta verdad experimental: que cada forma del arte corresponde á una forma de civilización; que el estilo es más que el hombre, según decía Buffon: refleja el sentido moral y estético de las razas. Shakespeare tenía el profundo lenguaje de quien tiene el criterio de las contradicciones humanas, vivísimo en el tiempo de dolorosa formación social que alcanzó; Dickens, con tanto genio como él, baja el tono porque baja la mirada, y estudia lo vulgar y habla en idioma casero, porque el propósito que atarea á su país consiste en purificar lo doméstico, y él obedece á la perpetua ley en cuya virtud el teatro hace al artista. Racine restablece los temas y las formas clásicas: Luis XIV y su época le explican; Théophile Gauthier, consintiendo que visiones impuras mancharan su fantasía capaz de alojar la creación delicada de *Espirita*, hasta producir el fruto más canalla del realismo, «*Mademoiselle de Mau-pin*», cedía al torrente de la opinión y del gusto pervertido por la exaltación del temperamento nervioso en sociedades enfermizas ó decadentes.

Esa es la ley.

Quien haya profundizado nuestra historia, breve pero llena de complicaciones, reconocerá, sin duda, que no hemos formado una excepción de la regla.

Propiamente hablando, no hemos tenido ni tenemos, ni hay esperanza de que por mucho tiempo tengamos una literatura; pero hubo siempre y sobre todo después de la revolución, hombres que piensen y que escriban, hubo y hay una prensa popular, de la cual no puede responderse á ciencia cierta lo mismo que de la literatura, si guía ó obedece á la sociedad.

Cada una de las fases que la civilización de este país ha revestido, ha traído consigo formas peculiares para la expresión de las ideas: un gusto y un estilo.

Aquel lenguaje difuso, oscuro, incorrecto, con que se escribía las leyes para las Indias, en un país donde se había escrito con espléndida belleza las *Leyes de partida*, era el instrumento de los pocos que hablaban bajo el colonialismo, más ó menos hinchado, como en boca del P. Guervara, descolorido como en boca del P. Lozano, plebeyo como en boca de Guzmán, ridículo como en boca de Barco de Centenera, pretencioso y digno del único anatema de Boileau, como en boca del Deán Funes,— era el mismo lenguaje de Alzaga en los debates del Consulado, que forma un contraste resaltante con las exposiciones luminosas, transparentes, de fácil lectura y de facilísima inteligencia, con que combatían su escuela social y política, Belgrano y Escalada, en sus *Memorias*, Vieytes y Cerviño en nuestra primitiva prensa liberal. Transformábase la sociedad, y con ella se transformaba el estilo.

Si el pensamiento de Moreno es un rayo, su palabra es el estampido que hiere antes que su luz. Ya no hay reforma, hay revolución, y el estilo es revolucionario como el pensamiento del apóstol.

Vacila y se enreda en la revolución: decae el estilo. Es necesario leer la *Gaceta*, para percibir el paralelismo de las ideas corrientes con las formas aceptadas de expresión. Funes habla como al hacer el panegírico de Carlos III, Agrelo en lengua curial: después, la producción es mercancía oficial, literatura de Estanco, en tono falso é insípido.

Su monotonía es á veces interrumpida por los órganos de los partidos en pugna: con mayor relieve, calorosos, cultos, profundos á menudo, acreditan el estado de una sociedad seriamente consagrada á labores fecundas y transcendentales.

Ha sido brillante la familia de Moreno. De dos hermanos, cupo al uno la gloria de ser el iniciador de la democracia, al otro la gloria de ser el representante científico más elevado del federalismo.

Estaba en lucha con el partido unitario, tan robusto por su inteligencia como por su fe.

Contrastan entre sí de un modo verdaderamente instructivo.

El partido unitario parecía hecho á imagen y semejanza de Rivadavia, por su espíritu y por sus formas: empleaba el mismo fausto literario, la grandilocuencia, la envoltura altisonante dada á pensamientos concebidos en espíritus ensimismados.

Fuera del énfasis de Cavia y de la vehemencia de Dorrego, los federalistas doctrinarios revestían su idea con formas más llanas, más próximas á la temperatura del estilo parlamentario y periodístico del presente, porque estaban más lejos que los unitarios del artificio teórico. Mirabeau hablaba más sencillamente que Siéyes. La luz no necesita sino un cristal que la transparente, y el cristal mientras es más puro es menos sensible.

No olvidemos la lóbrega Jona.

Bajo la dictadura de Rosas, á consecuencia de ella, reflejando el estado social que la produjo y que ella empeoró, un estilo extravagante, recargado como una invención de Churriguera, repugnante y feo, relleno de epítetos, era la investidura con que se envolvían villanos pensamientos y pasiones vergonzosas, al mismo tiempo que López, Alberdi, Sarmiento, conservaban, estudiando pacientemente, cuando la lucha les dejaba reposo en el extranjero, la tradición del buen gusto.

Desapareció con Rosas el estilo rosista.

En momentos de elevación intelectual, nuestras formas de lenguaje han subido. En momentos de decadencia han tendido á arrastrarse.

La ley universal que la experiencia revela en las relaciones del arte con el espíritu social, no ha tenido excepción en nuestro país. La historia lo acredita. El estilo ha oscilado con las vicisitudes de la mente, de la conciencia y de la sensibilidad de los pueblos.

Por eso, hoy día es acongojado el espíritu delante de un espectáculo y de un problema que el espectáculo suscita.

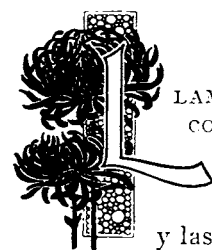
Tanto dicterio impreso, tantas y tan acerbas imprecaciones contra hombres y grupos de opinión, tonos tan iracundos, expresiones de rencor y despecho formalizadas en lenguaje compuesto de trivialidad y de furor, como infortunadamente circulan á millares, y turban la armonía que la civilización establece sobre los que luchan, igualando sus cabezas bajo el nivel de la cultura y elevando su espíritu hacia contemplaciones generosas, ¿son por ventura el elemento preferido por la sociedad en la hora y la situación presentes?

He aquí el problema. Compromete la mente, compromete la conciencia. El error viene de la flaqueza: el arrepentimiento es hijo de la razón, la fuerza humana por excelencia. Meditemos todos los que escribimos para el pueblo. Inocentes ó culpables, la responsabilidad es común. Pesa sobre unos porque hacen el mal, pero sobre otros porque lo disimulan.

J. M. Estrada



Paddy O'Brian



LAMÁBASE Paddy O' Brian. Su nombre extraño le cuadraba como un marco dorado á un antiguo retrato de familia. Él era de la raza del judío errante: era tal vez alguno de sus innumerables descendientes esparcidos por los cuatro ámbitos del mundo. Los hombres no lo comprendían y las mujeres no le amaban. Y él marchaba siempre! Un país que se abandona es un recuerdo más para el alma, una dulzura más para la vejez, y.... ¿quién sabe? quizás otra ilusión que pasa!

Mucho tiempo debió de haber vivido ya, cuando me encontré con él en Alemania, pues su espíritu estaba fatigado de pensar, su corazón encallecido de sentir.

Era un bohemio como yo: estudiante que recorría las Universidades, tal vez más en busca de placer que de ciencia. ¿Y qué? ¡Cuántos hay que se arrepienten demasiado tarde de haber seguido el camino opuesto! Pero era un caballero, un alma noble. Su vida, que contaba siempre en pocas palabras, sin detalles ni menudencias, que consideraba indiscretas, se resumía en estos cortos rasgos: nacido en Londres y obligado por su espíritu investigador y vagabundo, á abandonar su melancólica ciudad, había recorrido el mediodía en busca de luz y vida, de colores y poesía; la Rusia y el helado Norte de la Europa, y luego... había venido á parar á la pintoresca Heidelberg,—la joya del Neckar y del Rhin,—la ciudad de los severos dómines y de las bonitas muchachas rubias y frescas como la cerveza de su país.

Nunca pude saber más de su boca.

Un buen día apareció melancólico: su cara flaca y larga parecióme más larga todavía, y sus negros ojos, más hundidos aún en sus inmensas órbitas.

No reía ya, y cuando los alegres camaradas llamaban á la puerta de nuestra humilde habitación de estudiantes, buscándonos para beber y cantar, Paddy O' Brian permanecía mudo y triste en un rincón de su cuarto, ó acosado, pretextaba, para no seguir la bulliciosa turba, algunos de esos males vulgares: un dolor de cabeza ó una molestia cualquiera. Una vez lo ví llorar. Al entrar bruscamente de vuelta de una de nuestras estudiantiles fiestas, lo encontré hundido en su sillón, con los codos sobre la mesa

en que se hallaba un diario desplegado, y dos gruesas lágrimas, preñadas de amargura, corrían por sus pálidas mejillas. Sorprendido al verme, quiso ocultarlas, mas era tarde y su corazón repleto de inquietudes necesitaba desahogarse.

Nada me atrevía á preguntarle, yo, que, queriéndole como á un hermano, no había obtenido jamás una confidencia de sus labios—alguna de esas francas expansiones tan comunes en los corazones jóvenes.

—¡Mira! — me dijo, rompiendo el silencio embarazoso en que nos encontrábamos, y me tendió su diario. Era el *Times*, de Londres, del 8 de Julio de 1896. Lo recuerdo aún, como si lo tuviera ante mis ojos. Y siguiendo la dirección que me indicaba su mano, me encontré con el siguiente aviso:

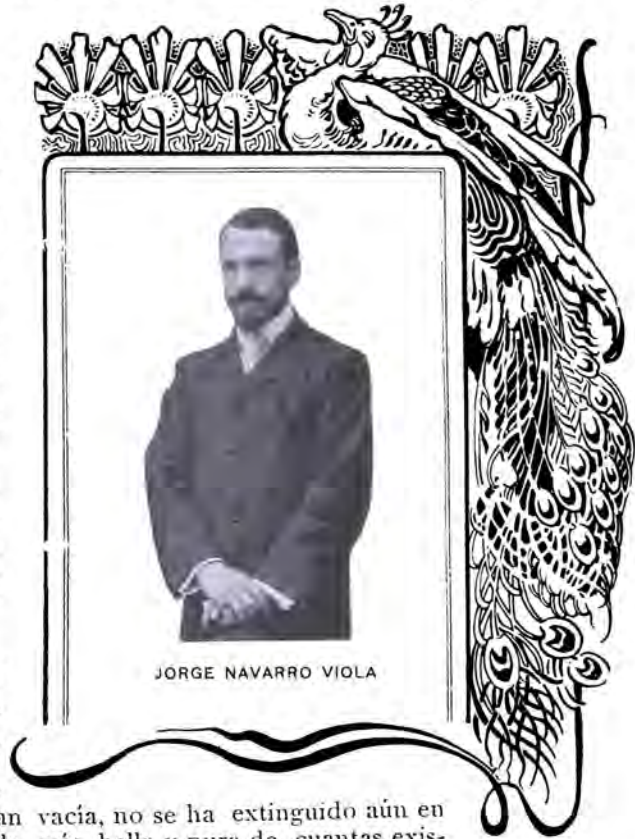
«El caballero que dijo en Londres, en 1884, que me amaba y que fué entonces echado de la casa, ¿hablará otra vez ahora? Todo lo recuerdo. Mis padres han muerto.—E. D. G.»

—¿Y qué?—le dije, después de un momento de meditación, en que había vislumbrado y reconstituido en mi imaginación de meridional toda esa historia de amor desgraciado que renace, feliz, después de tan largo periodo de silencio y ausencia.

—¿Y qué?—repuso, —que me ama todavía! que la única pasión que ha conmovido mi alma, que me ha alentado y reconfortado durante esta vida tan larga y tan vacía, no se ha extinguido aún en mi pecho! ¡Que ella,—la más bella y pura de cuantas existen,—me quiera todavía!

Y al hablar así, su rostro se animaba, sus ojos desprendían extrañas llamaradas fosforescentes,—efluvios de vida,—como si su apático sér hubiera sido repentinamente habitado por otra alma joven y en la plenitud del amor y las pasiones.

—¿Eres feliz, entonces, ahora que has realizado el sueño de tu vida? ¿Eres dichoso y concluirás de una vez por todas, con ese pasado de vagancia y abandono, para volverte el hombre del hogar? Dichoso tú, que no tienes ya nada que ambicionar, puesto que el gran amor de tu existencia,—ese amor por el cual todo lo has soportado,—se te presenta y te grita desde allá lejos: «ven que no espero más que á ti, á quien tanto he esperado!»



Mas, al contrario de lo que yo me imaginaba, mis palabras lo pusieron de nuevo sombrío y desesperado.

A medida que hablaba, su rostro se demudaba; los fulgores extraños de sus ojos iban desapareciendo poco á poco, y luego las lágrimas empezaron nuevamente á brotar.

—¡No!—exclamó de pronto.—Lo he jurado y jamás volveré á verla.

Tarde, muy tarde de la noche, lo oía pasearse desesperado por su habitación, con juramentos entrecortados por los sollozos; y cuando desperté,—bien avanzado el día—la portera me entregó esta carta: .

«Mi querido Jorge:

« Tal vez nos encontremos por el mundo; tal vez no nos volvamos á ver jamás. Hoy parto para las lejanas regiones del otro lado del Océano, « porque la tentación es más fuerte que el hombre. Acaso no me comprendas: un secreto se esconde en mi pecho, y ya que la casualidad ha « querido que conozcas el principio, quizás un día puedas también conocer el resto.

«Debo partir. ¡Adiós!

Paddy O'Brian.»

Y desde entonces nada he sabido de él.

La casualidad,—esa amiga de los afortunados,—no me ha favorecido á mí....

Si algún día, errando por el mundo, te encuentras con él, pídele el resto de esa historia que ni siquiera me atrevo á adivinar.



Los carniceros de un barrio apartado de la ciudad se hacen tal competencia, que han llegado á regalar la carne á los clientes.

Un carnicero detuvo á una cocinera y le dijo:

—¡Muchacha! Toma este kilo de carne.

—Gracias,—contestó la mujer siguiendo su camino.

—Tómala, que te la regalo.

—No me conviene: me la regalan sin hueso en la otra carnicería.

* * *

Después de un gran incendio, que estuvo á punto de hacer desaparecer toda una manzana, un bombero que había hecho actos de verdadero heroísmo presentó su dimisión al coronel Calaza.

El jefe, asombrado de que un bombero que había merecido los mayores elogios por su comportamiento se retirase á la vida privada, le preguntó:

—¿Podría conocer la causa de su determinación?

El bombero suspira, reflexiona, y después de una pausa dice:

—No tengo inconveniente. Me he convencido de que el oficio es insostenible. Figúrese, coronel, que en el último incendio, tuve la desgracia de salvar la vida... ¡á mi suegra!



Las campanas



Las campanas te saludaron, feliz recién nacida; sus lenguas parleras y revoltosas cantaron el *hosanna* de tu llegada, inundando de alegría el hogar venturoso de tus padres.

¡Con qué placer las escuchaban! ¡con qué regocijo se precipitaba el corazón de tu padre tras el voltear escandaloso del campaneó de gloria!

¡Te vistieron! ¡Qué bella estabas! ¡Quién diría que bajo el mundo de lazos y de encajes con que te ocultaron, latía una pasta sin fermentación, pasta que debía de ser más tarde levadura, para dar vida á otros seres, naciendo éstos igualmente dulces y llegando igualmente también, á sufrir la transformación inevitable!

Recibiste la sal y el agua y quedaste registrada con arreglo á la ley divina y ley humana; te dieron el pasaporte social; el nombre que en el torbellino de los infortunios equivale al *número* de la cárcel; al *caso* del hospital, á los galones de *cabo* en el ejército: ya no eras *la niña*; eras *fulanita*: Sofía si quieres. ¿No te gusta el nombre?

Quedaste en libertad de crecer y por algún tiempo no supiste si había campanas en el mundo.

Han pasado cinco años.

Las campanas vuelven á tocar por tu causa: repican primero y se echan á vuelo después; todas, las grandes y las más pequeñas, y los esquilonos y las esquilas desparraman sonidos cada cual por su lado, sin entenderse, sin guardar concierto, sin ponerse en tono.

En el templo penetra un hombre, su traje morado, su *capello* rojo; el paje que sostiene la inmensa cola de su vestidura, el andar majestuoso, los movimientos pausados y la mano derecha formando en el aire elegantes cruces, símbolo de bendiciones que descienden sobre cabezas inclinadas á su paso, demuestra que es un príncipe de la iglesia el que traspone la nave central de la casa de Dios, y la iglesia recibe á sus príncipes con júbilo estruendoso.

¡Qué alegría! ¡Qué algazara! El príncipe divino, concediendo á tus padres honra inusitada, acude al templo para confirmar tu bautismo y las campanas celebran la ratificación de tu primer sacramento.

Sientes algo, ¿verdad, Sofía?

Tu corazoncito se repliega; tus nerviecillos, que jamás acusaron sensaciones, agitanse imperceptiblemente, y te dan ganas de saltar, de correr mucho, de estrujar el vestido nuevo, aunque con los estrujones se arrugue y se ponga inservible.

Miras al cardenal con ojos espantados: ¡Te parece Dios mismo! Aquel Dios de que te habla tu madre y al contacto de la mano santa en tu mejilla recorre tu hermosísimo cuerpo un escalofrío de miedo, de vergüenza, de timidez...

¡Creías que te habían llevado á la iglesia para otra cosa! ¿No es eso? ¡Tantos preparativos! Probarte el traje cinco veces, tocar tanto las campanas... y acabarse la ceremonia en un santiamén... Hubieras querido que durase mucho tiempo... mucho más de lo que ha durado...

Aunque tu viveza infantil se aguza, no alcanzas el significado de lo que te rodea.

* * *

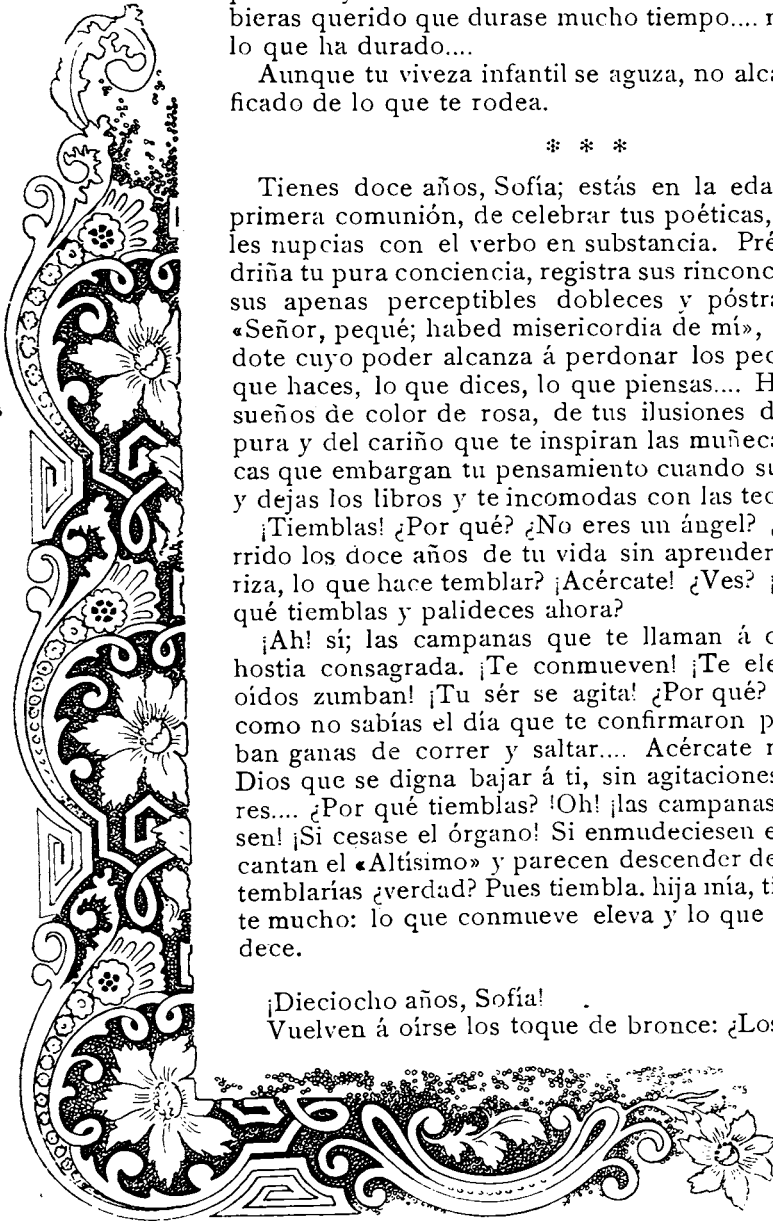
Tienes doce años, Sofía; estás en la edad de hacer tu primera comunión, de celebrar tus poéticas, tus espirituales nupcias con el verbo en substancia. Préparate, escudriña tu pura conciencia, registra sus rinconcitos, desdobra sus apenas perceptibles dobleces y póstrate diciendo: «Señor, pequé; habed misericordia de mí», ante el sacerdote cuyo poder alcanza á perdonar los pecados. Dile lo que haces, lo que dices, lo que piensas... Háblale de tus sueños de color de rosa, de tus ilusiones de adolescente pura y del cariño que te inspiran las muñecas, esas muñecas que embargan tu pensamiento cuando sueltas la aguja y dejas los libros y te incomodas con las teclas del piano.

¡Tiemblas! ¿Por qué? ¿No eres un ángel? ¿No has recorrido los doce años de tu vida sin aprender lo que ruboriza, lo que hace temblar? ¡Acércate! ¿Ves? ¡Ya está! ¿Por qué tiemblas y palideces ahora?

¡Ah! sí; las campanas que te llaman á que recibas la hostia consagrada. ¡Te conmueven! ¡Te electrizan! ¡Tus oídos zumban! ¡Tu sér se agita! ¿Por qué? No lo sabes, como no sabías el día que te confirmaron por qué te daban ganas de correr y saltar... Acércate más: recibe á Dios que se digna bajar á ti, sin agitaciones, sin temblores... ¿Por qué tiemblas? ¡Oh! ¡las campanas! ¡Si no tocasen! ¡Si cesase el órgano! Si enmudeciesen esas voces que cantan el «Altísimo» y parecen descender de los cielos, no temblarías ¿verdad? Pues tiembla, hija mía, tiembla y sientete mucho: lo que conmueve eleva y lo que eleva engrandece.

¡Dieciocho años, Sofía!

Vuelven á oírse los toque de bronce: ¿Los oyes? ¿Sabes lo que piden? La víctima propiciatoria: ¡Vas á casarte, á casarte!



No tocan á gloria, no se lanzan á vuelo, no repican tampoco: llaman á misa, á la misa de velación, con martilleo monótono, que no dice nada, nada: es una sola campana, la más sencilla, la que anuncia el diario sacrificio del altar y sin embargo, te conmueve más, mucho más que cuando sonaban todas juntas. Ya no tiembles; pero ¿qué sientes? Eres feliz, sí, muy feliz. Amas; te crees amada, unes tu vida á la del hombre que ha elegido tu corazón.... ¿Por qué no repicarán hoy las campanas.... hoy que quisieras volverte loca con sus atronadores sonidos?

¡Casarte! ¡Viajar sola con él! Sin tus padres! ¡Sin tus hermanos! Serían estorbos á tu dicha.

¡Ya no tienes más familia que él, solo él!

* * *

¡Pobre Sofía! ¿Por qué lloras? ¡Sola, sola al pie de una camita en donde la fiebre consume un cuerpecillo amado! ¡Y esas despiadadas campanas martirizándote sin cesar!

¡El día de los Santos! ¡Que lúgubre tañido! Parece que convidan á los muertos á que visiten á los vivos. ¡Oh! ¡Si fuese cierto! ¡Si voiviese tu madre al mundo para acompañarte en esa horrible soledad en que te deja el que á tu lado debiese estar ahora!

¿Comprendes por qué no tocaban á vuelo las campanas el día de tu boda?

¡Es tarde, muy tarde! Se han aterido tus miembros; desfalleces velando al hijo de tu alma. ¿A dónde fué su padre? ¿Por qué te deja sola sin otra compañía que la fatídica cadencia que espíritus adoloridos imprimen á las campanas plañideras?

¡Tienes miedo! ¡Tiembles!.... ¡Qué diferentes eran los sublimes temblores de aquella mañana en que recibistes á Dios por vez primera!

¡Las campanas! ¡Siempre las campanas presidiendo los actos de tu vida!

* * *

¡Qué cambiada estás, Sofía!

Sufres, sufres mucho, ¿verdad? ¿Por qué llamas la muerte? ¿Quizás no viene ella con paso acelerado sin que tú la llares? ¿No la ves cerca? ¿No la sientes tomar posesión de tus arterias, para congelar en ellas la sangre?

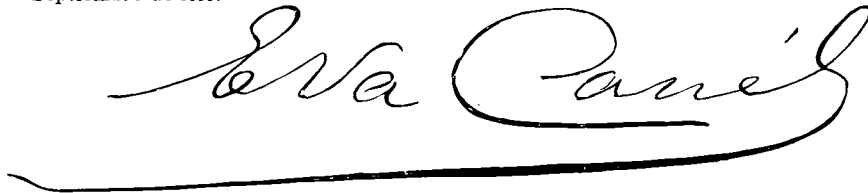
¡Doblan, sí; doblan por ti, es el canto postrero que suena en loor tuyo, te acompañan hasta las puertas de la eternidad como te recibieron en los umbrales de la vida!

¡Qué tristemente anuncian que nos dejas!

¡Que callen, pides! ¡Pues que callen! ¿Por qué has de llevar á la gloria, á la gloria que te espera resplandeciente de luz y saturado de aromas el eco de un son que te hace daño!

¿Que son otras las campanas, dices? No, Sofía: son las mismas, las mismas; ellas no han cambiado de tono. ¡En ti, pobre mujer, en ti se han ensañado las evoluciones!

Buenos Aires,
Septiembre de 1899.



Ortografía



ERÁ cuestión de idiosincrasia, ó de educación, ó de nervios, tal vez,—algo ha de ser,—pero una palabra escrita con mala ortografía me hace el efecto de ese chirrido áspero é hiriente que suelen producir las ruedas de un tranvía en las líneas curvas de los rieles.

Y no se crea por esto que pretendo echármelas de sabio ni de mero cultivador de la filología. No hay tal cosa: cultivo solamente las buenas formas como puede hacerlo cualquier hijo de vecino.

No se requiere ser profesor de música para observar una desafinación, por más que haya sujetos para quienes la sucesión de sonidos armónicos no sea otra cosa que el más soportable de los ruidos.

Ahí, donde alguien vería con fruición y con encanto los colores abigarrados y chillones de una tela de brocha gorda, un espíritu más culto se limitaría á hacer la crítica mental de ese embadurnado y á apreciar el grado de potencialidad artística de su autor y de su dueño.

No pretendáis descubrir en un analfabeto el buen gusto de Brillat-Savarin, ni pretendáis tampoco aspirar perfumes suaves y delicados al pasar junto á una mujer vulgar.

Y, sin embargo, á cada instante hallaréis intelectuales que escriben con una ortografía detestable las palabras más usuales del idioma, sin que jamás hayáis acertado con la explicación de este fenómeno.

* * *

Conocí un sujeto que escribía *haiga, irrucción, mostruario*, y que pretendió en un tiempo ser intendente municipal, y también á otro, — deudor mío, — que en carta me decía:

« Créame, que sus *onorarios* están seguros. Una persona *onesta* « como yo..... »

Ustedes, en mi caso, habrían creído en la honestidad de ese *onesto* ciudadano. Pero yo no he creído ni en lo uno ni en lo otro.

Lo otro es lo que todavía no me ha llegado, ni con hache, ni sin hache.

Ni con cheque ni sin cheque.

* * *

El grado de doctor,—el más eminente de todos los grados universitarios,—se acuerda á la persona que ha terminado su carrera, facultándosele así « para enseñar lo que aprendió. »

¡ En qué figurillas se verán algunos de estos *bortados* para enseñar lo que no saben!

Es de suponer que el graduado antes de haber cursado



los estudios superiores, haya estado en una escuela elemental. Pues bien; anda ahí un doctor, magistrado por más señas, que escribe *ablar!* ¡y se queda tan fresco!

Si yo fuera gobierno, ya me hubiese dado maña para sustituirle la toga por una anagnosia.

Porque, á la verdad, es un poco difícil convencerse de la ilustración y del criterio jurídico de un *letrado* que ignora las *letras* con las cuales deben de formarse las palabras.

Y cuidado que ha tenido tiempo de sobra el tal doctor para haber

aprendido eso y mucho más, pues no obstante sus pretensiones juveniles, es, por lo menos, tan viejo como la *Novísima* Recopilación.

Vamos al decir.

* * *

En el mecanismo de nuestro ayuntamiento, existe un cuerpo de inspectores, creado con el objeto de inspeccionar, según su propio título lo indica.

Y entre sus obligaciones se cuenta la de vigilar la ortografía de los letreros que se colocan en los muros

de los edificios ó en cualquier parte de la vía pública. Creo que la sintaxis y la prosodia se han dejado de lado, para no recargar el trabajo de los señores inspectores.

Ni estos caballeros, ni la intendencia municipal se preocupan mayormente de hacer cumplir esa fruslería, tal vez porque el orden de los factores no altera el producto de los impuestos. Lo mismo se les paga por un letrero redactado con arreglo á las prescripciones gramaticales que por el más monumental adefesio.

He ahí la causa de la impunidad de que disfrutan los felices autores de leyendas como éstas: *Benta de aseites, binos y sigarriyos—Ceda tierra al caro—Fábrica de precianas—Camicería de medida y echas. Et sic de cæteris.*

¡Y pensar que en la República existen innumerables escuelas sostenidas por el Estado para el desasnamiento de los habitantes!



¡Y pensar que los pobres panaderos se pasan toda la noche sin dormir, fabricando pan para todo el mundo!

* * *

Ya que la municipalidad no cumple con su deber, ordenando la desaparición de esas afrentas contra sentido común, el público mismo podría reemplazarla con evidente ventaja, como quien se administra justicia por su propia mano.

Exactamente lo mismo que hizo algunos años ha el malogrado é inolvidable Luis María Gonnét en el caso que voy á referir:

Había ideado este amigo ciertas modificaciones al fonógrafo de Edisson, en el sentido de aumentar considerablemente la intensidad del sonido.

Habiendo conseguido en su primer ensayo el objeto que perseguía, se dedicó á perfeccionar su fonógrafo empleando los mejores elementos.

La tarea estaba casi terminada. Faltábale solamente un disco de acero pulido en cuyo centro debían de colocarse varias piezas pequeñas con sus tornillos;— toda una obra de relojería.

Después de mucho andar—pues no acertaba á tropezar con un artífice capaz de satisfacerlo,—Gonnét resolvió encomendar el trabajo á un viejo mecánico, de anteojos azules, establecido en una calle céntrica que no hay para qué designar. Yo le acompañaba.

Entramos en el taller y, después de convenir la forma, dimensiones y detalles que le fueron explicados minuciosamente, se ajustó el precio, y cuando nos disponíamos á retirarnos, el mecánico nos detuvo entregándonos una tarjetá de su casa que decía así:

Taller de mecánico — Se trabaja con hesmero

—«Mire,—dijo Gonnét, dirigiéndose al viejo,—no me haga nada. Veo que usted trabaja con *hesmero*, y eso no me conviene.»

Y dándole las buenas tardes, salimos del taller.

El mecánico quedó mudo de sorpresa.

Tan mudo como la misma *h* de su *hesmero*.

Han pasado cuatro años, pero estoy seguro de que el viejo de los anteojos azules no se ha dado aun cuenta de la singular é irrevocable resolución de mi amigo.

A. Richieri.



El *Boletín de Estadística Municipal*, haciendo el resumen de las representaciones dadas en los teatros de esta capital durante un mes, dice que en ellas tomaron parte 342 artistas; de éstos 174 hombres, 160 mujeres y 8 enanos.

Por lo que se ve, los enanos no tienen sexo.

* * *

—¿Qué es gramática?

—Una ley que se venera mucho y nadie cumple.

La primera comunión de mi hija

UN día esplendoroso prestó sus mágicos encantos á la fiesta con que las Madres del Sagrado Corazón rinden culto divino al Rey de los Cielos y de la Tierra.

¡Oh santas Madres, que completáis la obra de la mujer sublime, abnegada y virtuosa, que nos dió el sér y de la que lleváis el dulce nombre! ¡Oh santas Madres, que educáis cristianamente el corazón de nuestras hijas, inculcándoles la fe que conforta y alienta, y os ha hecho perseverar y vencer en la sacrosanta misión que os habéis impuesto! ¡Que las bendiciones del cielo caigan sobre vuestra benéfica institución, y sus puertas se abran de par en par para recibir vuestras privilegiadas almas, cuando la hora del descanso, de la recompensa eterna, haya sonado!

Templo, iglesia, capilla, pedazo predilecto de los cielos, poblado de querubes, conjunto indescriptible que sobrecoge el ánimo y levanta el espíritu: tal es el sagrado recinto donde se va á efectuar la primera comunión de mi hija querida, tierna ave-cilla, inocente como sus sueños, pura como el alma de un recién nacido.

Con las primeras notas del órgano y los cánticos religiosos da principio la ceremonia, y mis ojos buscando ansiosos al objeto de mis desvelos, ven algo vaporoso que se agita á la entrada del templo; diríase que es una helada que se levanta, una blanca nube que avanza hacia el altar. ¡Ah, no! es algo más puro, más ideal, más divino; es una legión de ángeles, que con sus alas plegadas se desliza silenciosa, agitando, conmoviendo profundamente nuestros corazones, penetrándolos de la grandiosidad del acto que van á realizar esos seres queridos.



¡Quién pudiera profundizar el corazón, leer el pensamiento, comunicarse con el alma de esas criaturas tan llenas de piadosas ilusiones!

¡Cuántas caricias para sus padres, cuántos ojos humedecidos por el llanto, provocado por el recuerdo de los que faltan; cuántos deseos bondadosos para todos los que presencian el celestial desfile!

La angélica legión, al llegar al sitio que le ha sido destinado, se abre en dos hileras que, serpenteando, va á ocupar el estrado tapizado de blanco y adornado con flores y cirios, desde el cual se oirá la misa, preparará su espíritu para recibir con unción divina el manjar predilecto de las almas puras, y escuchará la elocuente palabra del virtuoso prelado que, con las manos sobre el corazón y los ojos cerrados como para no ver más que el fondo de su alma, poseído de santa inspiración, explica en términos al alcance de las tiernas inteligencias el significado, la trascendencia, la influencia decisiva de la primera comunión, para el porvenir y la felicidad de la familia cristiana.

Resuenan nuevamente en el sagrado recinto, acompañados del órgano, los cánticos religiosos, que parecen poner en comunicación el cielo con la tierra, y la vaporosa legión, puesta de pie, abandona el estrado para ir á ocupar la sagrada mesa.

La casualidad ha puesto delante de mis ojos á la hija querida, seráfica visión que me subyuga. Renuncio á describir las impresiones que agitan mi alma en ese instante; sólo diré que todo mi sér se reconcentra; que ya no veo más que á mi hija y que, á partir de ese momento, Dios está en ella y ella debe creerse en la Gloria, porque su rostro se ilumina y la suprema felicidad se retrata en su celestial semblante.

El recuerdo de mi santa madre punza mi corazón; cierro mis ojos para comunicarme con ella, con la imaginación, con el pensamiento, dedicándole todas las emociones de ese día, pedirle sus bendiciones para mi Ana Luisa, para el ángel custodio que alegra mi existencia.

Gruesas lágrimas corren por mis mejillas: me siento confortado, transportado; no creo estar en la tierra.

Cuando abro los ojos, la seráfica visión ha desaparecido de la sagrada mesa, para caer en oración é implorar la gracia de Dios que está en ella, para sus padres, para sus maestras, para todos los seres queridos y predilectos de su tierno, pero grande corazón.

Con la bendición del Sumo Pontífice, enviada por intermedio de nuestro prelado, y la renovación de los votos, terminó la solemne ceremonia de ese día, que no se borrará jamás de mis recuerdos.....

.....

La alegría reina en todos los hogares donde se haya posado uno de esos ángeles; el mío está de fiesta, fiesta íntima, presidida por mi seráfica visión, por mi ángel custodio ungido con la gracia divina.

V. S. Lobato y Cia., Rematadores San Martín 50, Buenos Aires

La musa criolla

A Alcides De Maria.



DR. MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Muy lindo, viejo, «El Fogón»,
Parejito y empilchado
Con mucho pretal plateado
Y bullas de pericón,
De las vihuelas al són
Vibran los cantos queridos,
Esos que tienen gemidos
De los montes y las lomas
Que traen silvestres aromas
Entre sus versos sentidos.

Que del juncal y el bañado
Cuentan historias viriles
Y de los patrios pensiles
Copian el cuadro encantado,
Donde el paisano esforzado
Luce su gracia serena,
Llenando toda la escena
Con la figura bizarra,
Cuando canta en la guitarra
La amargura de una pena.

Los que retratan colores
Del remanso y la laguna
En donde tiembla la luna
Como una estrella entre flores,
Esos que tienen rumores
De la tarde mortecina
Y la diana matutina
Del zorzal en el ramaje,
Los que saben del salvaje,
Del matrero y de la china.

Los que de luchas pasadas
Refieren el entrevero,
En que la chuzza de acero
Enrojeció las cañadas,
Que de hierras y domadas
Pintan lances inauditos,
Que imitan risas y gritos
De la esquila y de las eras
Y esas rimas lastimeras
De las huellas y cielitos.

Los que susurran las hojas
Bajo el sauce cimbrador
Cuando gime el payador
Dando al viento sus congojas,
Que al compás de las coscojas
Y la espuela nazarena,
Van en la noche serena
Volando por la llanura,
Con mensajes de ternura
Para el rancho y la morena...

Que siga chisporroteando
La brillante llamarada
De ese «Fogón», que llamada
Está á los criollos tocando.
La guitarra bordoneando
Cante en estrofa sencilla
Del hijo de la cuchilla
La leyenda portentosa,
Agreste, libre y hermosa
Sin sonrojo ni mancilla.

M. Leguizamón



La Iglesia Católica en Hispanoamérica



o les es dado á las naciones americanas de origen español ser indiferentes á la suerte de la Iglesia Católica, sin olvido de su propia historia, sin renegar de sus tradiciones más gloriosas, sin incurrir en atroz ingratitud, i sin desconocer, cerrando los ojos á la luz, los muchos i fecundos beneficios que la deben.

Ahí estan los hechos para demostrar este aserto, irresistibles por su verdad i abrumadores por su elocuencia. Un sentimiento religioso, el deseo de difundir el catolicismo, es el móvil principal de la magna empresa de Colón, i la Iglesia preséntasenos como elemento primordial de sociabilidad i progreso en el nuevo mundo, desde el día mismo en que el intrépido navegante hollara la tierra de su primer desembarco.

Vémosla en todas partes, en efecto, confortando con su fe á los valerosos soldados del descubrimiento i la conquista; presidiendo i solemnizando con sus graves ceremonias la fundación de ciudades; evangelizando con inagotable constancia muchedumbres de infieles; defendiendo con entereza á las razas indígenas de la avaricia i crueldad de los encomenderos; educando á la juventud por los medios i en la forma que las circunstancias lo permitian; invocando el auxilio divino sobre las comarcas poco favorecidas por la naturaleza ó desoladas por calamidades; i finalmente, llorando con los acentos lúgubres de sus profetas, las desgracias de los pueblos, ó vistiéndose de gala i celebrando con himnos de triunfo sus glorias i felicidades.

Esto i mucho más ha hecho la Iglesia Católica entre nosotros, como en todas las regiones hispanoamericanas; i no desdice de ello, ciertamente, su acción social en el presente, ni será menos importante la que despliegue en el porvenir. Nuestro sér, entonces, á su sér hállase identificado, i su espíritu ha informado é informa fundamentalmente la vida nacional. Siendo así i poniendo de lado otras razones, ella tiene derecho á la adhesión i respeto de gobernantes i gobernados, en todo momento i en todas las circunstancias.

Juan M. Garro.

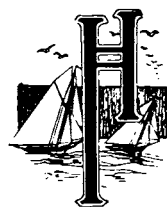
La Plata, Octubre de 1899.



Cuento fríste

LA MUERTE DE BEBÉ

Al Ilmo. Sr. Obispo Gregorio Romero.



HACÍA largo tiempo que permanecía contemplando el tranquilo ondular de las olas, que solemnes, pausadas, rumorosas, lamían suavemente las arenas de la playa de Mar del Plata.

Avido de entregarme á mi pensamiento, y para separarme un momento del ruido incesante de los hoteles balnearios, busqué la tranquilidad solitaria que en esa hora —dos de la tarde— tenía la seguridad de encontrar en la playa, tan fresca, alegre y llena de juvenil bullicio algunas horas antes.

Y así era, en efecto. Una que otra criada de persona rica *flirteaba* con un señorito de familia distinguida, aprovechando igualmente ese mismo silencio y aislamiento en cuya procura me había dirigido. Traté de no interrumpir la pareja é hice de cuenta que no existía. Me tendí sobre el mullido colchón de arenas, apoyé los codos sobre ella é inclinando la cabeza la dejé caer sobre las manos, y en esa rara pero cómoda actitud permanecí algún tiempo, hasta que me interrumpió un fuerte y repetido chasquido de besos, que sentí á mis espaldas.

Volví precipitadamente la vista pensando en las ventajas del moderno fusil de repetición y,—¡por qué no he de decirlo!—recordé la graciosa silueta de la criada que poco antes había visto acompañada de un Foblas de playa.

Pero mi sorpresa fué grande, pues, contra todo lo que esperaba, ví, en vez de la criada, una señora distinguida, acompañada de un niño de aspecto enfermo y delicado, que abandonaban una de esas enormes sillas de paja tan comunes en las playas de baño. La señora bajaba el niño de sus rodillas, y al desprenderse de él, quiso, sin duda, darle algunos besos expresivos, como besos de madre, y cuyos ecos fueron los que yo recogí.

Fuera por efecto del chasco recibido ó por la natural sorpresa que me causara el inesperado grupo, mis ojos se fijaron en él con visible y simpática curiosidad. Tenía el niño el tipo candoroso de sus pocos años. Era blanco y rubio. Su madre debía de cuidar en extremo su blonda cabellera, pues su carita pálida de niño enfermo se encuadraba en el do-

rado marco de sus largos rizos, rubios como los viejos cognac de la Champagne.

El niño dió algunos pasos; sus piernas, delgadas y endebles, hacían esfuerzos para sostener aquel cuerpecito fino y delgado. Su madre le llevaba de la mano y fijaba en el rostro de su hijo su mirada tierna de madre afectuosa, como deseosa de transmitirle vida.

Les ví pasar á mi lado, y no sabré decir por qué aquel niño enfermo, que veía por la primera vez, me despertó una rara y curiosa simpatía. Vestía un traje de marinero, llevaba calzón largo, y un amplio sombrero de paja hacía sombra á un blanco cuello que se volcaba sobre sus espaldas, donde caían también sus dorados rizos, para destacar más la enferma palidez de su semblante.

Miraba á la madre con gran ternura, con suplicante afecto. El mar, el sol, las arenas, todo eso que consuela y hiera la retina de los niños, para formar su deleite, no existían dentro de su lánguido organismo, que parecía sólo vivir para sentir el alejamiento de la vida.

Le ví caminar; sus piernecitas se doblaban faltas de energía, y luego ví también que, después de haber hecho algún camino, alzaba sus brazos lánguidos solicitando el auxilio materno.

Y así, entre el ruido del mar y el templado calor de las arenas, ví alejarse aquel grupo tristemente solo, dejándome en el espíritu una dolorosa impresión.

Los días pasaron; yo había adquirido el hábito de ir después del almuerzo á la playa. Me encontraba allí bien, en medio de esa atmósfera saturada de sales y de esa adorable sencillez de la vida, dentro del programa que me había trazado.

Cuando sentía fatiga por la conversación de la gente de salón, me alegraba el espíritu el trato sencillo de los pescadores y marineros que me narraban á su manera los variados accidentes de su vida.

Una tarde de estas que refiero, me encontraba algo distante de la rambla central. Había dirigido mis pasos hacia el macizo de rocas que forman el camino de la gruta, y en una de ellas encontré nuevamente á la señora y el niño enfermo que tan dolorosa impresión me causarían.

No sabré decir qué secreta atracción me llevó hasta ellos; saludé cortésmente á la señora y acaricié su niño con interés, con tan vivo interés, que la madre con visible emoción me preguntó con marcado acento extranjero «si tenía niños». Mi respuesta afirmativa debió consolarla, pues entonces me refirió, breve y discretamente,—á fin de que el niño no se apercibiera—el grave estado de su pequeño enfermito.

Y entonces miré de cerca aquellos grandes ojos celestes que tenían pegados á ellos, como si fuera un velo, el tinte melancólico de la muerte. Sus labios querían sonreír, pero su espíritu resistía, y su pequeña cabecita de rizos de oro se volvía displicente como esquivando la alegría de la vida que su alma sentía extinguir.

Después. . . después, transcurrió algún tiempo. Ya no le ví más en la playa, lo encontraba algunas veces en la terraza del Bristol, en un hermoso coche que la madre adornaba con primoroso afecto, llenándolo de cintas y de flores. Le saludaba; él fijaba en mí sus grandes ojos, me sonreía acaso, y luego me tendía sus manitas, delgadas, pálidas, huesosas y calientes.

¡Pobre Bebé! Su rostro había perdido todo rasgo de belleza, su carita delgada, fina y pálida como la cera, contristaba con sus ojos, que,

si habían perdido en brillo, parecían haber ganado en tinte oscuro y melancólico.

Y Bebé dejó también de ir á la terraza.

Pasaron varios días, y en una tibia mañana de Febrero la calle que divide el Bristol de su gran comedor se encontraba atestada de carruajes, en los que se notaban varios de aspecto señorial, por su elegancia, lujo y hermosura de sus caballos de raza.

Las niñas y jóvenes señoras, vestidas con los colores propios de la estación, daban al cuadro el pintoresco y gracioso aspecto de las mariposas multicolores. Movíanse alegres y risueñas, como que dentro de cada uno de aquellos corazoncitos femeninos todo parecía sonreírles.

Un joven elegante, vestido completamente de blanco, de la cabeza á los pies, distribuía entre las niñas graciosos bouquets de flores. Criados bien puestos, ponían en los carrua-

jes canastos con ligeras provisiones de boca, y era general, alegre y bullicioso el franco movimiento que podía observarse, ya fuera en las mamás graves ó complacientes, ó bien de las niñas y jóvenes, ó, en fin, de todo el conjunto de ese hermoso cuadro, en el que se mezclaban alegremente los niños y el personal de criados y

criadas, en su incesante movimiento.

Estábamos ya para partir; los caballeros,—muchos de ellos montados en sus cabalgaduras,—impartían las últimas órdenes; otros, más dados á la galantería, acompañaban hasta el carruaje á la dama de sus pensamientos, y las mamás,—siempre previsoras,—daban á las gobernantas las instrucciones del día. Estábamos, como digo, en este momento de verdadero derroche de vida, cuando vimos aparecer por el costado derecho del hotel un doloroso cuadro que nos llenó de dolor el alma.

Bebé había muerto la mañana anterior, y su madre, únicamente su madre,—y dos criados que llevaban el pequeño ataúd—era todo el cortejo que tenía Bebé. Su madre apenas podía caminar. El director del establecimiento era la única persona que le hacía compañía; de cuando en cuando la cabeza de la desolada mujer caía en convulsiones sobre el hombro de su acompañante, llegando hasta nosotros el eco triste y desgarrador de su lamento.

¿Qué pasó por nuestro espíritu? No lo sé. Las señoras—¡al fin madres!



HÉCTOR C. QUESADA

—se miraron acongojadas y sintieron entristecida su alma y sus ojos húmedos de llanto.

¡Un hijo muerto, qué dolor! Los hombres nos miramos y nos comprendimos. Las niñas callaron. Los jóvenes se apearon de sus caballos y y otros descendieron de los coches. Hubo un momento de silencio solemne, sugestivo y palpitante. Una señora—anciana ya—llena de virtudes y respeto, dió la palabra de orden y nos indicó el camino. Acercóse llena de amor hacia aquella «mater dolorosa», y nos dijo:—«Vamos, acompañemos á esta señora.»

Y no hubo más. ¡Bebé tuvo un cortejo de ángeles! Manos virginales cubrieron de flores la blanca lápida de su tumba. Madres virtuosas la regaron con sus lágrimas, y su almita angélica subió al cielo unguida por las plegarias de las madres llorosas, que doblaron la rodilla junto á su sepulcro infantil, para pedir á Dios resignación para la madre que quedaba en la tierra.

Y la tumba de mi amigo Bebé está allí, en Mar del Plata, llena de flores. Los días de verde primavera se ve el blanco mármol de su lápida, regado de continuo por lágrimas maternas. Los millares de pajarillos del cementerio se dan cita junto á su tumba: entonan allí sus himnos, lloran sus penas ó cantan sus amores, y en el triste y melancólico trinar de aquellas aves parece que se renovase para la madre el recuerdo doloroso é inolvidable de su hijo muerto.

¡Viajero! si alguna vez llegas á las playas del Mar del Plata, acercaos al cementerio á rezar por los muertos. Allí encontraréis la tumba de Bebé, cubierta de flores esparcidas por manos virginales y regada con lágrimas de madre. Y allí veréis también, en la hora en que el sol declina, á la madre de Bebé, triste y llorosa, orar por el alma de su tierno hijito.

Uníos á ella con el corazón y con el alma.... ¡Llorad!



—Pero, Inés, ¿es mudo tu novio?

—No.

—Como no habla nunca....

—Es verdad: cuando nos vemos yo le tengo que decir todo. Él me mira y se contenta con mirarme.

—¿Tan callado es?

—Tan callado, que temo que no se decida nunca á hablar á mi papá.

* * *

Un periódico femenino que dirige la señora C. de L. (tal vez Condesa de Luna), le dice á *El Adelanto* que «las damas argentinas tienen su órgano propio».

¡Qué barbaridad!

Y añade:

«Y ese órgano se llama *Galería de damas porteñas.*»

¡Por Dios, Condesa, nosotros creíamos que tenía otro nombre!



Agua y Luz

Unos aman la linfa escurridiza
que reflejando el cielo y la ribera,
sin cansarse jamás, viva y parlera,
entre flores y juncos se desliza;

Otros, la luz del astro que armoniza
con la vislumbre interna del que espera
subir de esta región á la alta esfera
donde el alma inmortal se diviniza;

El agua va sobre la tierra, leve,
como la dicha, exenta de cuidado,
sin remover el fondo misterioso;

En tanto el rayo de la luz plateado,
llega hasta el corazón y lo conmueve
en un delirio suave y delicioso!

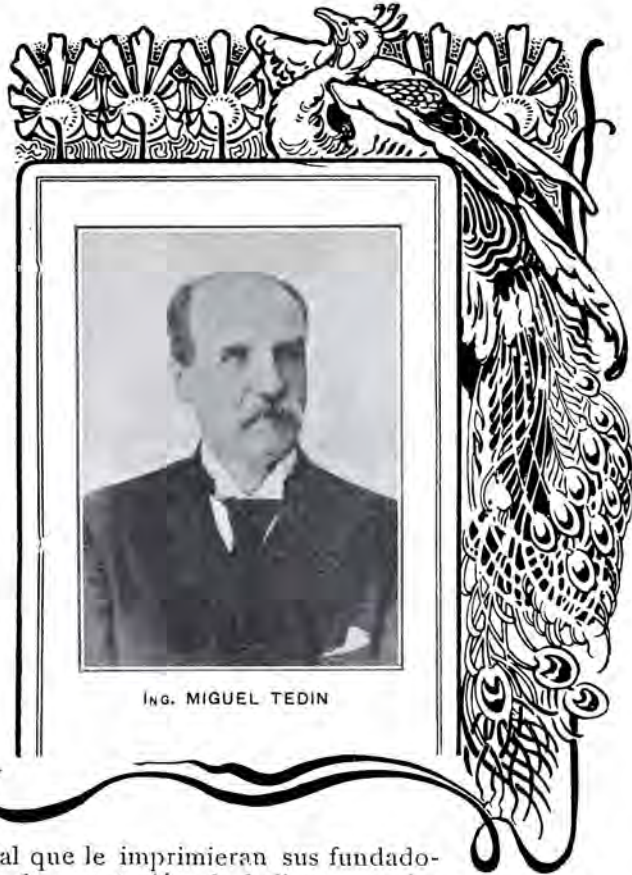
A large, elegant handwritten signature in black ink, which reads "Pedro Guyena". The signature is written in a cursive style with long, sweeping lines.

Edilidad de la Capital

Los que han seguido de cerca los progresos de esta ciudad durante los últimos treinta años, han podido apreciar el aumento enorme de su población, que casi se ha cuadruplicado; la extensión de la superficie edificada, que se ha duplicado; la mejora de sus servicios sanitarios, que la colocan al nivel de las más adelantadas del mundo; la pavimentación de sus calles, el embellecimiento de sus parques y plazas, sus institutos de educación y de beneficencia, sus medios de tránsito urbano, su puerto, su comercio y algunos edificios públicos y privados, dignos de fijar la atención, todo lo cual la coloca en el rango de las grandes capitales; pero ello no ha bastado para quitarle el aspecto colonial que le imprimieran sus fundadores, ni le han conquistado la reputación de belleza que tienen otras ciudades con menos elementos de prosperidad y de grandeza.

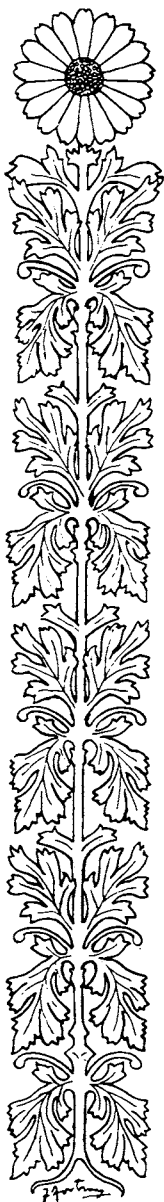
En efecto, sus calles han continuado trazándose bajo el mismo plan que les diera don Juan de Garay al fundarla, y á no ser por el espíritu previsor de Rivadavia, ni aun existiría el corto número de avenidas de mayor anchura que la generalidad que sirven de desahogo al tráfico y permite la plantación de árboles, que son salud y recreo de la población.—La edificación, aún más rudimentaria que la misma colonial, pues no tiene la amplitud ni solidez que aquélla, sin carácter definido y sin otro propósito que satisfacer las más premiosas exigencias de la vida urbana, se ha extendido indefinidamente sobre la llanura, levantándose apenas muy pocos metros encima de ella, con desesperante monotonía; de manera que, mirada desde un punto de vista elevado, produce la impresión de un inmenso campamento sin panoramas ni variantes que impresionen agradablemente el espíritu.

Un propósito de especulación, agregado quizás á otras causas económicas, ha precedido al ensanche de esta gran ciudad, dejando completamente relegado al olvido razones de carácter edilicio, que habrían de-



ING. MIGUEL TEDIN

V. S. Lobato y Cia., Rematadores — San Martín 50, Buenos Aires



bido primar, si se quería conservar con justo título el nombre de *gran Capital del Sud* que con tanto orgullo se le ha dado.

El trazado urbano ha debido ser de amplias arterias, como corresponde á una ciudad destinada á ser el centro de un vasto comercio, que necesita usar de todos los medios de circulación para hacer fáciles y rápidas las operaciones y ha debido condensar su población en los límites compatibles con la higiene y la seguridad pública, para facilitar el contacto necesario en la vida de los negocios y evitar las pérdidas de tiempo que ocasionan las grandes distancias y que se traducen en disminución de la capacidad productiva de cada habitante.

Pero no ha sucedido así y se ha continuado el trazado de calles, que en el porvenir resultarán estrechas, y se ha fomentado la edificación en localidades que aún por muchos años debieran haber permanecido bajo el dominio de la agricultura. Un interés comercial explicable en los individuos, ha apresurado la transformación en centros urbanos de zonas enteramente rurales, sin que las autoridades encargadas de velar por los intereses comunes, se hayan apercebido de los peligros que semejante tendencia entrañara.

Los resultados desfavorables no han tardado en hacerse sentir, y si bien tenemos una ciudad de mayor extensión superficial que París, en cambio una buena parte de ella carece de pavimentos y muchos de los que hay son defectuosos; su iluminación deficiente, y falta de provisión de agua y de obras sanitarias, lo que los coloca en condiciones inferiores en materia de higiene, que si la población se hubiera aglomerado en los barrios provistos de esos elementos. Y la causa de estas deficiencias tiene su origen en las mismas condiciones de la población, porque la renta con que ella contribuye, á causa de su poca densidad y del reducido valor de las propiedades, no es bastante para cubrir los gastos que los servicios públicos perfeccionados importan.

Ha habido, pues, imprevisión de parte del poder municipal al permitir que se produzca una situación semejante, y si bien no ha podido impedir que cada propietario disponga de su tierra como más convenga á sus intereses, ha debido adoptar medidas indirectas que hubieran contenido el desarrollo de la especulación é hicieran menos fácil la edificación en los terrenos no dotados de las obras que son necesarias para la higiene pública.

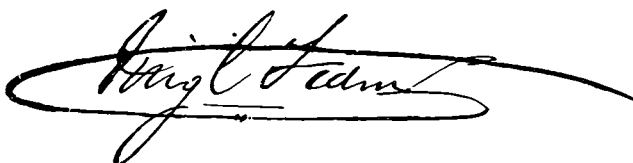
La única obra municipal que revela en su concepción un pensamiento amplio, es ciertamente la Avenida de Mayo, porque ha venido á romper la monotonía y estrechez del trazado colonial y á abrir nuevos horizontes á la edificación urbana, creando el gusto por las formas arquitectónicas en su aplicación verdaderamente artística.—Hasta ahora, después del período colonial, en que á lo menos la edificación tuvo su sello propio, la inmensa mayoría de las habitaciones sólo han servido para educar mal el gusto del público, aplicando las líneas de la arquitectura clásica, que requieren grandes dimensiones para ser bellas y majestuosas, á construcciones raquíticas.—De allí ha resultado el contraste tan marcado que se observa entre los antiguos y

nuevos edificios, quedando aquéllos tan deprimidos, que parece fueran la obra de lejanas generaciones.

No puede desconocerse, sin embargo, que en los últimos años se han levantado construcciones bastante bellas, á las que se han aplicado los estilos del renacimiento italiano y francés, y que se ha introducido en ellas todos los adelantos del confort moderno y aún los refinamientos del arte; pero esas constituyen una inmensa minoría, con relación á la totalidad de la edificación urbana y aparecen apenas como jalones del progreso futuro en medio de la mediocridad general.

Los edificios públicos tampoco han servido de modelo de buen gusto arquitectónico, y el único de que podrá enorgullecerse la capital, será el palacio del Congreso, que se levanta en la intersección de la Avenida de Mayo con la de Entre Ríos, el cual, tanto por sus formas clásicas, como su elegante conjunto, está llamado á ser el punto culminante de la edificación urbana,—quizás demasiado culminante sobre la que le rodea, pues toda ella va á quedar empequeñecida en comparación de la silueta de aquél.

En resumen, si bien mucho hemos progresado en cuanto á población, comercio, riqueza é industrias, muy poco se ha hecho para transformar esta gran ciudad y darle el carácter que tienen las capitales europeas ó de los Estados Unidos, en que á la grandiosidad y belleza de sus construcciones, se unen todos los elementos que hacen cómoda y agradable la existencia.



En el teatro Doria, de esta capital, se representaba un drama en cuyo tercer acto debía morir la protagonista envenenada por su amante.

El acto llegaba á su fin; los dos personajes estaban en escena; sonó el momento del envenenamiento.

—He olvidado el frasco, murmuró él al oído de la dama.

—Pues dame una puñalada.

—No tengo puñal.

—Descarga un tiro.

—No tengo pistola.

—Haz algo, que el público se impacienta.

Entonces, como si el galán se sintiese inspirado, hizo un gesto terrible y acompañado de un gran grito, dió á su amada un furioso puntapié que la hizo rodar exclamando:

—¡Ah! ¡Muerdo envenenada!

* * *

La Patria de Olavarría titula una de sus noticias *Los tipos del cambio*.

¿A qué tipos se referirá?

Vayan ustedes á saber, con tanto tipo que se dedica al veleidoso juego de la Bolsa.

El cuadro de la batalla de Pavón

I



No es una demostración política, es una comprobación histórica, el propósito que anima al Comité Nacional, organizado en la Capital Federal, para llevar á cabo la realización de este pensamiento.

La batalla de Pavón no fué un hecho de armas de los antiguos campos de implacables venganzas, que las maldiciones de los muertos se escuchaban al través de las tumbas; puede decirse más bien que es el choque de nuevas ideas, de nuevos principios; el ruido de una época que se derrumba, el murmullo de la retirada de los antiguos combatientes y, á la vez, una transformación sociológica que se siente en el corazón y se ve con los ojos del alma en los horizontes del porvenir.

El triunfo de Caseros derrocó y dió muerte á la tiranía, sepultando al monstruo en los abismos del ostracismo, de eterna execración.

En Pavón, la Confederación no murió, desapareció momentáneamente para renacer unida con los hermanos que el día antes se anatematizaban los unos en nombre de la Constitución del Estado, y los otros en nombre de la *Ley federal jurada*, resueltos todos á vivir en la paz inmortal de la conciencia de un nuevo orden social.

Sin empañar el brillo militar de los combatientes, la victoria de Pavón, más que una acción decisiva de las armas, es el *Mane Thecel Phares*, del reinado de la anarquía, escrito con letras de oro y de brillantes en la espada del vencedor.

II

Nuestros ilustres próceres nos dieron patria, libre, independiente de todo poder extranjero, dejándonos una nueva y gloriosa nación á constituir en el rango de los pueblos civilizados del mundo.

En vez de colocarnos en las regiones de tan elevada misión, patentizando en nuestras acciones una justicia más alta, una gloria más espléndida, una política más santa, la anarquía hizo de cada provincia un fortín con su enseña de guerra á muerte, inundando con sangre de hermanos el suelo de la patria desde el Plata al Aconquija.

El libertador Urquiza, bajo la Constitución de 1853, organizó las provincias en disidencia con el Estado de Buenos Aires, cuyos ejércitos se batieron en los campos de Cepeda y de Pavón.

El Ejército de la Confederación se desbandó en este último combate, no por complot ni traición, sino obedeciendo á leyes inevitables en el destino de pueblos organizados bajo una Constitución sin plenitud de vida.

En las ruinas del gobierno general del Paraná quedó sepultado un fondo de moral administrativa y una chispa del fuego patrio: la Constitución del 53, que el argentino y no porteño vencedor en Pavón, supo hacerla brillar en todo su esplendor y en toda la extensión del territorio nacional.

En efecto, de esa victoria surgió la integridad de la nación, su definitiva organización institucional, la terminación del proceso de recriminaciones y reconveniones entre federales y unitarios, porteños y provincianos, renaciendo de las cenizas de la discordia la fraternidad argentina.

III

Un mes antes de la batalla de Pavón, el día 15 de Agosto de 1861, los dos ejércitos en operaciones detienen su marcha y, por primera vez entre nosotros, los representantes del unitarismo porteño y del federalismo provinciano se reúnen para tratar de solucionar la integridad nacional, evitando la efusión de sangre.

El vapor de guerra inglés *Ardent*, surto en el puerto de las Piedras, hoy Constitución, es el que sirve de escenario para la conferencia, á la que concurrió el General en Jefe del Ejército y Gobernador de Buenos Aires, don Bartolomé Mitre, dejando su escuadra en la rada de San Nicolás; el General en Jefe del Ejército de la Confederación y Gobernador de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza, y el doctor don Santiago Derqui, Presidente de la Confederación. En presencia de los señores ministros extranjeros se hace el canje de las proposiciones de arreglo, reconociéndose por ambas partes la conveniencia de una solución patriótica y hasta se siente el soplo precursor de una nueva era, de una nueva vida, y, sin embargo, no se llegó al anhelado convenio.

¿Quién es el responsable de este resultado negativo? Lo dirá la historia.

Yo no culpo sino á la discordia. Ella es la que borró las hondas huellas de los tiempos de la patria, trazadas con abnegación y heroísmo. Es ella, á no dudarlo, la que hizo extraviar el sentido de las acciones que indujeron á la entrevista.



Si ostensiblemente fracasó esa loable tentativa, en el fondo de los espíritus, en el alma de la patria quedó hecha tácitamente la reconciliación argentina en la víspera de la batalla de Pavón.

En ese combate, los elementos incultos de una y otra parte son los únicos que con feroz encarnizamiento se chocan hasta quedar aniquilados los de Buenos Aires, impotentes los de la Confederación.

Antes de terminar la acción, el general Urquiza abandona el campo de batalla, reconociendo su impotencia: comprende que su época ha concluído y quiere poner fin al derramamiento de sangre inútilmente.

El general Mitre, en vez de ensañarse en la persecución del vencido, le reconoce á su vez sus títulos de Capitán General y sus derechos soberanos de Gobernador de Entre Ríos.

En Buenos Aires, espíritus ilustrados, pero ofuscados por el humo de las pasiones encendidas por el fuego del combate, condenan esta conducta del vencedor, clasificando el triunfo de Pavón de *batalla ganada general perdido*.

Los exaltados partidistas de la guerra en la Confederación responsabilizan al general Urquiza de haber entregado la victoria al ejército de Buenos Aires.

Cuando sólo se perciben limitados horizontes, no se concibe fácilmente que las espadas más poderosas de invencibles generales se emboten impotentes contra el alma y la conciencia de pueblos que han creado una nueva situación.

Elementos prepotentes de uno y otro lado del Arroyo del Medio se sublevan contra los fecundos y patrióticos resultados de la batalla de Pavón.

Para vencer esta nueva resistencia, fué menester recurrir á nuevas fuerzas, librar otros combates desde lo alto del espíritu, bajo las inspiraciones de la más alta previsión que realizó los ideales de 1810, en la Constitución y en las leyes que actualmente nos rigen y son la base de nuestra admirable prosperidad y grandeza.

IV

A pesar de haber declarado en todas nuestras leyes y constituciones desde 1810 hasta 1853, que la propiedad era inviolable, sin embargo, ese derecho fué siempre absorbido por el organismo político de los gobiernos y de los ejércitos, conservando así, en el surco de la vida, gérmenes de odios inextinguibles que hacían ilusorio el imperio de las instituciones, imposibilitando la unión de pueblos hermanos.

Al abrir su campaña el ejército que triunfara en Pavón, reconoció hasta en el último de los habitantes no sólo del Estado de Buenos Aires sino también de la Confederación, nacional ó extranjero, federal ó unitario, porteño ó provinciano, el sagrado derecho sobre sus bienes considerándolos rodeados de un círculo de llamas intangibles, á los abusos de la

fuerza del poder de la autoridad, declarando criminal y civilmente responsable al que atentare contra el dominio privado.

Lo que hasta entonces los gobiernos se apropiaban por la violencia y el despojo, el ejército de Buenos Aires lo adquiría por compras, previo convenio impago.

Para consolidar este nuevo orden de cosas, al día siguiente de la victoria se estableció en todas y cada una de las provincias el poder judicial de la nación, sancionándose luego los Códigos Civil y Penal.

Monumentos legislativos que honran las luces de nuestra civilización y que perpetuarán en la memoria de los tiempos los nombres de Vélez Sarsfield y Tejedor, como las Pirámides del Egipto guardan la de los Pharaones y de los Sesostris.

Esto sólo bastaría para conmemorar en el lienzo indeleble y grabar en la conciencia de las generaciones venideras, los principios que triunfaron en Pavón, cuna de nuevos derechos para nosotros, incorporados á la práctica de la vida constitucional.

V

De la batalla de Pavón ha salido la brillante constelación de los generales Gelly Obes, Levalle, Garmendia, Arredondo, Campos y tantos otros que sostienen hoy el honor de la patria y son el orgullo y la gloria de los ejércitos de la nación.

De ese mismo campo de batalla ha salido también el general Roca, que por segunda vez ocupa la presidencia de la República.

Rodeado de la estimación y respeto de todos los generales del Estado de Buenos Aires y de la Confederación, se destaca en el escenario militar el egregio patriota Teniente General don Bartolomé Mitre, vencedor en Pavón y fundador de la Unidad y Fraternidad Argentina, por cuya mano el Comité Nacional anhela colocar sobre el altar de la patria, consagrado por la verdad de la historia, en el templo de nuestras glorias, el cuadro de la batalla de Pavón, en nombre de la justicia social y de la civilización del pueblo de Mayo.



Un vendedor de loza saluda con mucha cortesía á un matrimonio.

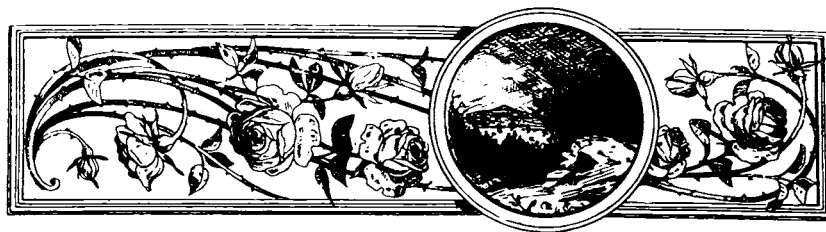
—¿Los conoces?—dice un amigo al comerciante.

—Son mis mejores marchantes. Todos los días se tiran los platos á la cabeza.

* * *

Se lee en una novela recientemente publicada:

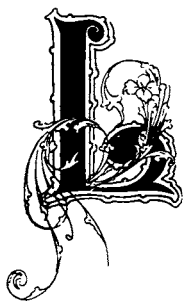
....El tiro no se oyó en la habitación donde se hallaban los dos amantes, porque la sala estaba completamente á oscuras.



Hacia la libertad política

(APUNTES)

LA COLONIA



LA época colonial fué fructífera para la libertad y civilización de América.

Los aborígenes estaban sujetos á la esclavitud natural del medio ambiente, rodeados de fuerzas irresistibles, y la metrópoli los preparó para la independencia y el mando, haciéndoles saber que no se triunfa de la naturaleza sino obediéndola.

Si el vasallaje, en ocasiones cruel, dió lugar á imprecaciones y lágrimas, fué muchas veces patriarcal y promovió el desenvolvimiento casi espontáneo de las reducciones indígenas.

La colonia ofreció á las nuevas poblaciones lo mejor de su sangre y de su espíritu.

No fueron éstas constituídas bajo la forma del *self government*, pero quedaron inoculadas con la esencia de este Gobierno, ó sea la institución de los Cabildos.

LA EMANCIPACIÓN

La emancipación americana fué un hecho de reacción natural, superior á toda resistencia; y, si nos fuera permitido invocar los recuerdos de la mitología pagana, diríamos que la metrópoli no tenía más autoridad para evitarla que aquella de que hubiera podido disponer el hijo de Saturno para oponerse á las infalibles decisiones del destino.

La madre patria, aunque desgarrada por los desastres, quiso resistir con todas sus energías de león el cumplimiento de los fines de América y detener el voraz incendio extendido á lo largo de la cordillera y de las llanuras; pero la llama revolucionaria no se había engendrado para seguir la caprichosa dirección que pretendiera imponerle la voluntad humana, y como si fuera un alud, lo arrolló todo.

Cumplida, de este modo, la segunda fase de este proceso sociológico, la América española fué independiente y libre.

Durante la colonia había tenido pensadores, ahora tenía héroes. Desvinculada de todo poder, se encontraba á raíz de la victoria, dueña y soberana, en aptitud de incorporarse al concierto de las naciones, con sus tierras fértiles, sus innumerables tesoros, sus puertos y ríos abiertos á todas las banderas.—Acompañábale la simpatía de todos los pueblos que la habían seguido paso á paso durante las vicisitudes de las campañas, en las derrotas y en los triunfos, mientras hacía esfuerzos de cíclope para conseguir el dominio exclusivo de las tierras índicas.

La ocasión era propicia para constituir la nación ó las naciones que en el soñado atlante debían continuar la obra inmortal de la conquista, y bajo tales auspicios se comenzó la tarea.

ANARQUÍA Y DESPOTISMO

Las poblaciones que se habían alejado momentáneamente de sus respectivas circunscripciones, reunidas de consuno en un campo de gloria en el centro de la América, se replegaron de nuevo sobre ellas, asentándose, unas sobre la falda de sus montañas nativas, otras sobre las costas de los mares y en la ribera de los ríos, y las demás en la pampa dilatada é inmensa.

Los genios de la revolución, empero, fueron impotentes para imprimir una dirección uniforme al gran pensamiento de la consolidación nacional. Las voluntades se estrellaron en los prolegómenos de esta empresa, por mera disparidad de conceptos y dióse lugar á un estado anómalo de indecisión y desgobierno.

Durante esta etapa de la evolución americana, todas las energías nobilísimas, todas las actividades gastadas hasta entonces para la civilización del continente, fueron abatidas por la ingratitude ó por la fuerza, no quedando en pie en medio del caos que siguió á la independencia, del Orinoco al Río de la Plata, más que el fantasma de los levantamientos y el sombrío arbitrio de los jefes de bando.

La Argentina fué, entre las antiguas colonias, la que sufrió más hondamente esta crisis. Pasó, sin solución de continuidad, de la emancipación á la anarquía y de ésta á la más horrenda de las tiranías, en un plazo nefando que debía durar hasta que las nuevas generaciones se dieran cita patriótica en las lomas de Caseros.

Las demás naciones, excepción hecha de Chile, modelo de prudencia y orden, estuvieron de continuo embarcadas en la revolución bajo diferentes pretextos, ora para combatir la monocracia de Bolívar y organizar los nacientes estados bajo el régimen liberal y federativo, ora con el objeto de salvar á esos países de toda tendencia reaccionaria.

En los pueblos de la América española el partido democrático sostuvo siempre la causa de la libertad y de la justicia y del derecho constitucional. El partido conservador inauguró períodos de reacción y disensiones civiles.

LOS PRESIDENTES

La era de los presidentes constitucionales forma la fase actual de la evolución colombiana.

La civilización ha respondido, durante esta nueva etapa de la evolución, á las iniciativas de los presidentes, para bien de América, con igual

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires — Impresión de etiquetas ó envoltorios de productos alimenticios.

espontaneidad á como había contestado, lustros antes, á los primeros pronunciamientos de los días de Mayo.

Merced á su esfuerzo, se han pacificado los países sometidos á su imperio; se han construido ciudades donde dominaba el indio; se ha divulgado el conocimiento y la aplicación de las artes y los inventos útiles, y para integrar la obra de atracción y dilatación emprendida, se ha conseguido incorporar á la administración y á la política los mejores principios del gobierno libre.

Diríase que el porvenir de las repúblicas americanas estaría ahora pendiente de la ecuanimidad de sus jefes constitucionales, del mismo modo que la libertad y el federalismo lo habían estado, desde la terminación de la guerra, de la funesta ambición de los caudillos.



DR. C. RODRÍGUEZ ETCHART

Examínese la obra realizada por los patricios continentales, llámense Páez, López, Urbina, Montt, Portales, Castilla, ó los presidentes que han hecho honor á la nación argentina, y se observará que han merecido, como los ciudadanos de la época heroica, la gratitud de la patria.

Sobre el suelo libre había que arrojar la semilla de la paz y de la constitución definitiva; había que educar á las masas populares para el ejercicio de los derechos proclamados por la República; había que consolidar y unir, y que disputar á los naturales el dominio de las riquezas escondidas en el desierto. La tarea, como se ve, era gigantesca, pero fué ejecutada por los presidentes.

Si no se han colmado las aspiraciones siempre crecientes de la democracia, no culpemos á unos pocos hombres, sino á la colectividad entera.

LA LIBERTAD POLÍTICA

¿Cuál es el camino que debe conducir á los pueblos de Sud América hacia la adquisición de sus ideales políticos? se preguntará un espíritu curioso. No podemos averiguarlo, ni nos importa saberlo.

Estos estados serán grandes, y entre ellos habrá tal vez alguno que en el transcurso de los tiempos sea preferido por la gloria.

Nótase, sin embargo, que todos han seguido un idéntico proceso y

que, hasta hoy, prosiguen dirigiéndose por iguales vías á la realización de los mismos propósitos.

El día de mañana será, pues, de júbilo para la América libre; pero que no se tuerza la ruta, ni se pretenda violentar los medios, porque las instituciones sociales, como la fortuna y la felicidad humana, son el producto de una actividad cooperativa y paciente; nunca el resultado de una gestión inconsulta.

Nada hay bajo el sol que emerja á la vida por generación espontánea, diría el filósofo, y nada que pueda interrumpir el orden de producción natural de los fenómenos.

Estando preparada la América, del uno al otro confín, para el ejercicio libre del sufragio, natural es que la situación contemporánea se transforme por el esfuerzo común, y que aquélla aparezca, orgullosa de sí misma, ostentando á la faz de las naciones, á la vez que el espectáculo de una civilización grandiosa, el hermoso galardón de la libertad política.

Buenos Aires, Noviembre de 1899.



Un noble napolitano contrajo matrimonio con una señorita que, al morir su madre, debía percibir una gran herencia.

La madre vivió hasta los 97 años, y cuando se le pedían al yerno noticias de la suegra, respondía fuera de sí:

—¡Hombre! Yo creía en el Padre Eterno, pero nunca sospeché que pudiera existir también la Madre Eterna.

*

¿Qué es un políglota?

—Es un hombre que sabe decir las mismas cosas de muchas maneras diferentes.

* *

—¡Conque, te has casado, Elvira! ¿Y es buen mozo tu marido?

—No.

—Los maridos no necesitan serlo. ¿Es rico?

—Tampoco.

—La verdad es que la riqueza no constituye la felicidad. ¿Tiene talento?

—No es un Salomón.

—Puede ser apreciable sin esa cualidad. ¿Te quiere?

—No estoy muy convencida

—Acaso sea cavilosidad tuya. ¿Qué tal carácter tiene?

—Un carácter muy igual. Siempre insoportable.

* * *

¿Qué es rima?

—La cárcel de los pensamientos y el palacio de las frases huecas.

El Inválido

¡Cuán tierna, cuán conmovedora, cuán patética es la figura doliente del Inválido por la patria y en la guerra, que después de haber derramado su sangre en cien combates, entra en el Asilo silencioso, donde aguardará la muerte, sin queja en los labios, sin amargura en el alma y pidiendo sólo en pago de sus miembros rotos — pan y reposo!!!

Peró ¡cuán siniestra y cuán repulsiva es esa otra figura del Inválido político, caído en las luchas de la ambición, presa de sus propias pasiones embravecidas hasta la demencia, y que cercado por ruinas sigue vociferando desde el fondo de un sepulcro! — Agita un lienzo en sus manos convulsivas. ¿Va á conducir nuevamente los hombres á la muerte? Afortunadamente, — no. — No se enarbolan banderas para los pueblos, arrancando girones á un sudario!!!

¡Gratitud al que viene á tender su cuerpo mutilado en el lecho de los inválidos, habiendo combatido por la patria y en heroicas guerras!! ¡Gloria á las heridas hechas y á las heridas recibidas en campo abierto, á la luz del sol y por la noble espada del soldado!!

Estas heridas forman la cicatriz gloriosa que el inválido ostenta en su pecho y que el poeta de las « Orientales » ha llamado en su lenguaje mágico — « la estrella del honor », — que guía el heroísmo de los pueblos.

Mayo 23 de 1881.



Dr. NICOLÁS AVELLANEDA

A large, elegant handwritten signature in cursive script, which reads "N. Avellaneda". The signature is written in dark ink and is positioned below the printed name.



El monumento de Yapeyú



ACABA de inaugurarse en la solitaria población misionera, —donde San Martín vió la luz, á orillas del imponente Uruguay y en medio de la alta y majestuosa selva virgen, —un modesto monumento destinado á conmemorar ese hecho. Esa fiesta parecía estar destinada á ser la apoteosis del héroe argentino, y el siglo XIX,—que contempló la libertad de este continente, consolidada por el sable victorioso, la austera virtud y la acción, enérgicamente inquebrantable, del gran capitán criollo que ha merecido ser llamado «el Washington sudamericano»,—debía, antes de perderse en los anales de los tiempos, saludar con gratitud y con amor la memoria del grande hombre. Sud América le debe la existencia de cinco repúblicas; y, más que eso: el ejemplo del patriotismo más desinteresado y sin tacha, la reputación cívica más immaculada, el sacrificio más puro por el bien de los pueblos. Y el homenaje de reconocimiento por todo ello le corresponde tanto más cuanto que, en el siglo que ha pasado desde entonces, ¿hemos tal vez logrado realizar el magno é imperatorio ideal del civismo de San Martín? ¿por ventura hase siempre prescindido de los mezquinos intereses personales, sacrificándolos en aras de la patria?; en una palabra, ¿han llevado acaso las generaciones sucesivas esta patria, tan amada por aquel héroe, á la grandeza y al poderío que soñó le estaban destinados y por los cuales luchó, triunfó y se sacrificó?

Es posible que no sea fácil una contestación afirmativa. Pero, por lo menos, esos ideales deben estar siempre presentes en la mente de todo argentino; de manera que tenían que provocar una explosión de entusiasmo al despedir, con dicho monumento, «el siglo de San Martín». Bajo todos puntos de vista era simpática fiesta semejante; y, para que nada pudiera observarse, la comisión encargada de aquélla había preparado todo convenientemente, á fin de que fuera hacedera la traslación de los ciudadanos, desde cualquier punto de la república, hasta el apartado rincón, medio oculto aun por la vegetación exuberante de la flora de Misiones, situado en un extremo del país, y para llegar al cual era menester recorrer centenares de leguas, en medio del silencio no interrumpido de inmensos ríos,—no turbados todavía por el tráfago del comercio bullicioso,—y de selvas seculares, cuyos árboles gigantescos vie-

nen á humedecer sus abundosos follajes en aquellas aguas perezosamente adormecidas.

Pues bien, preciso es decirlo: sólo se logró reunir un grupo reducido de hombres de buena voluntad, que, para cumplir aquel verdadero deber cívico, abandonaron sus comodidades ó interrumpieron por pocos días su vida de labor febriciente. Más todavía: el mismo gobierno nacional, absorbido quizá por preocupaciones de otra índole, sólo pudo enviar un piquete de soldados para que sirviera de escolta al general de la nación, encargado de recibir el patriótico monumento; ochenta infantes fueron los que formaron guardia de honor, al descubrirse la efigie del gran capitán de los Andes.... Y la ceremonia del 12 de octubre de 1899 habría pasado así á la posteridad, envuelta en la fría atmósfera de esa aparente ó inexplicable indiferencia, si la provincia de Corrientes,—siempre palpitante ante el sentimiento patrio,—no hubiera enviado allí un batallón de guardias nacionales, voluntariamente movilizado; trasladándose además sus autoridades, con el gobernador á la cabeza, para rodear aquel monumento y recordar á la república que la provincia guaraní sabe honrar á sus hijos preclaros, ya que le ha tocado en suerte contar entre ellos al vencedor de Chacabuco y Maipo, y al triunfador de Montevideo é Ituzaingó. Pero, á pesar de todo, resultaron pocos los argentinos que allí se inclinaron respetuosos ante el busto del libertador de tres repúblicas. Sin embargo, el homenaje tributado no tuvo carácter exclusivo nacional, pues Chile y el Perú enviaron delegaciones especiales, y el mismo Brasil se hizo galantemente representar por brillante oficialidad; los ejércitos chileno y peruano se habían apresurado á venerar en ese día aquella gloria común, y, al pie del monumento, dejaron placas conmemorativas para constancia de que esos países tienen siempre presente la memoria del ínclito guerrero y del libertador glorioso.

Quizá es mejor que así haya sido. Aun no ha llegado el momento de la apoteosis definitiva y grandiosa; verdad es que no es solamente con discursos que ha de celebrarse, sino con hechos tangibles. Cuando hagamos práctico el ejemplo sublime del patriotismo de San Martín, cuando hayamos demostrado, con la realidad del hecho y no con lo sonoro de la palabra, que la patria marcha sin tropiezos y con el concurso de todos á los brillantes destinos que hoy, como en aquellos días, pertenecen todavía al porvenir; entonces sí que podremos—que podrán las generaciones de esa época,—saludar el nombre del libertador con la verdad en los labios y en los actos. Tiempo es ya de que el patriotismo vuelva á fundirse en el molde austero de San Martín. Un siglo de vida independiente es período bastante largo para autorizar á los manes de los que nos dieron patria, á exigirnos cuenta de la herencia recibida. Y, si no cabe dudar de que, á la larga, justificaremos con creces los sueños de grandeza que aquéllos abrigaron, no es menos cierto que corresponde apresurarse alguna vez á emprender resueltamente esa tarea.

Así, mientras el vapor llevaba á la comitiva hacia el lejano Yapeyú, el espectáculo estupendo de aquella región tropical,—verdadero paraíso terrenal,—elevaba el espíritu hacia la pródiga madre naturaleza, sin poder acallar el asombro producido por el hecho de buscar en vano la huella del hombre en muchos puntos de la costa argentina; por más que, en la orilla brasilera, cada montículo esté coronado por el caserío de una hacienda, y se divisen animales paciando por doquier... Y, con todo, ¡qué lujuria de vida! ¡qué fuerza de vegetación, fecundada por los calores abrasadores de un sol de fuego y refrescada por el caudal inagotable de las mansas aguas del soberbio Uruguay! Sólo el hombre, dueño de aque-

llos tesoros envidiables, parece concretar su admiración por ellos á no perturbarlos, á no contrariar su desarrollo y su despliegue... Todo allí entona un himno de gloria á la naturaleza, la cual parece languidecer, como virgen desdeñada, ante la indiferencia del hombre, que se muestra remiso en gozar de los favores que de tal guisa le brinda.

¿Pasará acaso otro siglo en ese cruel desvío? ¿Continuaremos proclamando la bondad de nuestros territorios, y dejando tranquilamente que una casual iniciativa extranjera los haga valer y contar para la civilización común? ¿Es quizá una fatal maldición de raza la que convierte hoy en indolente aquella sangre generosa que, cinco siglos hace, violó con subyugadora altivez esta tierra encantada de América? Descendemos de los esforzados conquistadores, cuyas hazañas no tienen semejantes en la historia; los siglos desde entonces transcurridos no han bastardeado esa sangre ardorosa, pues elocuentemente demostramos lo

contrario en la homérica contienda de la independencia. Y hoy, alejado todo peligro, sin más misión que la de engrandecer la patria, parecen disminuidas esas energías, apocados aquellos altos caracteres, convertidos todos á un extraño y sensual indiferentismo; y pasan los años y termina un siglo, y seguimos embriagándonos con los loores altisonantes á nuestro suelo y á nuestro cielo... Para los hombres que nos dieron patria, el tiempo les fué poco en la tarea de echar los cimientos de una gran nación; trabajaban con la vista fija en la posteridad; nos legaron el esqueleto de un imperio colosal. Antes de un siglo, ese trazado ha sido sucesivamente roto en el norte, en el sud, al oriente y al occidente; las generaciones actuales ya no parecen trabajar para la posteridad, sino que el presente las absorbe y esclaviza.

¿No es acaso tiempo de levantar los corazones, y hacer que esta nación grande sea una gran nación? El engrandecimiento material no basta para ello, porque las factorías ultramarinas, cuando están en regiones feraces, son también emporios de riqueza. El alma nacional es preciso formarla definitivamente, pues la avalancha de inmigración extranjera,—por razones que no es del caso repetir aquí,—parece refractaria á refundirse espontáneamente en un molde común; pero es necesario que las nuevas generaciones, cualquiera que sea la patria de origen de sus pa-



DR. ERNESTO QUESADA

Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, Buenos Aires — Autotipia, Fototipia, Galvanoplastia.

dres, se sientan argentinas por los intereses y por las tradiciones. Fomentar el culto de las glorias patrias es, por lo tanto, servir á la grandeza nacional. Todo lo tiene este país privilegiado; á sus hijos no les toca sino saber aprovechar los dones existentes, sin malgastarlos, pues—como reza el proverbio antiguo—«es peligroso tentar á los dioses». No es insoluble este problema, de usar sin abusar; quizá sólo se requiere buena voluntad, y amar la patria, pero amarla por sobre las banderías efímeras y las personas, más efímeras aun. «Las generaciones, como las olas del mar,—háse dicho con razón—se aprietan, se empujan y se precipitan en el hondo abismo de los siglos, sin que de ellas quede sino levisima estela que, al revolver de los días, se desvanece y se borra. Así han pasado por la faz del globo, hombres, pueblos y sociedades enteras, que los presentes no conocemos siquiera; y así pasaremos los más de los que vivimos ahora, sin que nuestros propios descendientes, de la tercera ó cuarta generación en adelante, tengan ni la más pálida idea de cómo fuimos, ni aun de qué existimos». Lo único, pues, que perdura es la patria; los únicos nombres que sobreviven son los de aquellos que la han ilustrado ó engrandecido.

De ello es elocuente ejemplo San Martín, y su último monumento es la demostración palpable de la verdad de ese hecho. Reposan en la patria las cenizas del gran guerrero; en nuestros labios sólo se oyen las alabanzas de sus virtudes y de sus memorables acciones; falta únicamente que, en la práctica, realicemos las nobilísimas aspiraciones del héroe, para que el espectáculo de la patria, poderosa y llena de virtudes, pueda hacer estremecer de gozo los huesos del más grande de sus hijos. La deuda está aun sin saldar, y es cada día más premiosa la obligación de satisfacerla. Si la significativa ceremonia de Yapeyú apresurara ese momento, no habría hecho poco; y por ello, al menos, merecería ser inscrita con letras de oro en el libro de la historia nacional.

San Rodolfo, Noviembre de 1899.

Máximas de un borracho:

No bebáis agua: no quitéis á los peces lo que es suyo.

No comáis uvas, que devuelven bien por mal, dando vino al que las pisa.

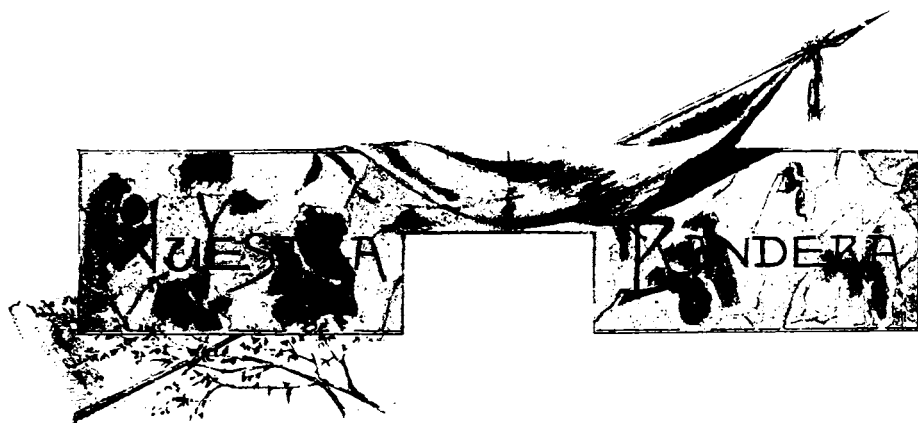
Mahoma prohibió el vino: esto justifica los siete siglos de guerra que hicieron los españoles á los moros.

La tierra donde no prende la vid es un desierto.

El aire da vida á los pulmones. El vino es el aire del estómago.

No se debe beber sin limitación. El limite del beber es el fondo de la botella.

No insultes al caído, que puede estar borracho.



Esta margen del Paraná vió pasar por esas aguas á los primeros españoles que se internaban en las soledades americanas, sin otro estímulo que agregar nuevas glorias á su patria, ni más fuerzas que la de sus corazones animosos y esforzados.

Después, más altivos y fieros, los conquistadores la recorrieron en nombre de la civilización y con su espada, en la vasta distancia que media de Santa Cruz á Buenos Aires.

Esta tierra ha temblado bajo el peso de las armaduras y por el grito del salvaje; ha sido mudo testigo de ilusiones y padecimientos, de trabajos y de éxitos.

Y durmió, porque la época colonial, que fué de siglos, no tuvo vigor ni voluntad para despertarla.

Y así permanecía, hasta que, en día inmortal, un gran prócer la señaló como baluarte de guerra, y el tiempo lo ha afirmado, de labor, de población y de riqueza.

La historia cuenta la comisión de que fué encargado el ciudadano-soldado, que había sido de los iniciadores y era de los más abnegados sostenedores de la revolución.—General de un ejército, malograda su expedición por el rechazo de sus armas, no lo fué por las ideas que las impulsaran, y procesado sin causa y sin justicia, la pureza de su intención y de sus procedimientos dominó las pasiones y los extravíos de sus acusadores y de sus émulos.

La comisión que se le confió, era necesaria, pero sin importancia.—El vino á desempeñarla, y como pensaba y sentía cual Moreno, Rodríguez Peña y otros de los que guardaban el secreto de sus nobilísimas inclinaciones—que iban hacia la emancipación política del país—comprendió que si la revolución no había proclamado su anhelo, sus ejércitos debían tener una bandera, y la ideó, la hizo, y la enarboló, el 27 de Febrero de 1812.

¡Qué escena sería aquélla!

Sobre los últimos perfiles de la Pampa, que corta el Paraná, aquí mismo se levantó una batería, cuyos cimientos he visto, y allí en frente, sobre una de esas islas, quizá en alguna que ya no existe, colocóse otra, y en hora marcada é inolvidable retumbó el cañón cruzando sus fuegos, que interrumpían el profundo silencio de una comarca ignota y estéril todavía.

Belgrano en ese momento alzó la bandera y el sol al ocultarse se fijó en ella.

¡Qué emociones sentirían los que presenciaban el saludo de la «Independencia» y de la «Libertad», al flamear por primera vez la enseña nacional!

No ha vibrado hasta nosotros el ruido de sus palpitations patrióticas y la tradición ha perdido la voz, el eco de esos corazones argentinos, pero

podemos presentirlo, hoy, que á través de los años laten los nuestros con el mismo entusiasmo y á igual diapasón, al evocar la memoria de su creador y al saludarla henchidos de ese fluído misterioso que liga las almas de los que la aman en la fortuna y la amarían aun más en la desgracia.

Belgrano no se inspiró en los colores del cielo, sino en los recuerdos de cuando los lucía en su uniforme de «Patricio» durante la invasión inglesa, y en los de otros más gratos días, en que fueron distintivo de los que volcaban virreyes, y en los que adornaban la boca de los fusiles de la primera expedición libertadora que llevó el voto de *Mayo* hasta el Desaguadero.

Al crearla él obedecería á sus principios y á un plan que era su consecuencia. Decidida la guerra para obtener la independencia, el simbolo de la soberanía de estos pueblos no podía ser el mismo de la soberanía de los reyes.

Trasladado á Jujuy y ya al frente del ejército del Alto Perú, alzóla nuevamente en el segundo aniversario de Mayo, para imponerla al fin después de la victoria de *Tucumán*.

¡Esa es la bandera del Juramento!

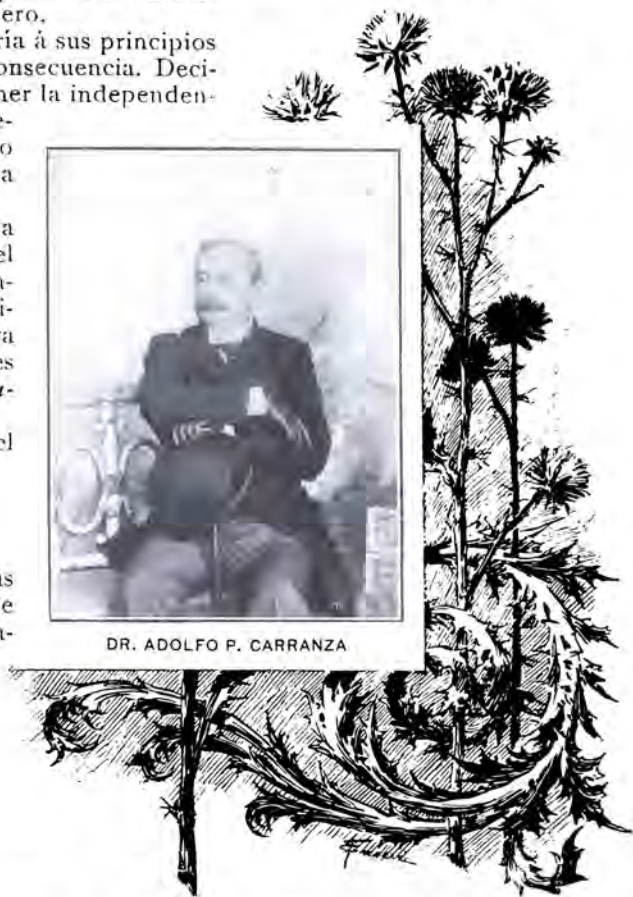
Tan antiguo como las naciones es el origen de ese emblema de supremacía en su territorio y de dignidad dondequiera que ondee. — Ella es orgullo en la prosperidad, aliento en la lucha, esperanza en su desenvolvimiento, consuelo en los descensos, púrpura para la gloria, mortaja del heroísmo, lábaro de redención, encarnación de ideales, de sentimientos, de virtudes, de pasiones, de entusiasmo, alma de los pueblos, que flota con su grandeza y se recoge con sus desgracias.

¡La bandera argentina! Nunca fué opresora ni conquistadora, y ha recorrido la América en triunfo, amada por los pueblos de todas las zonas, al marchar cobijando bajo sus pliegues, legiones de civilización y de libertad!

¡Nuestra bandera! Ella ha sido auxiliadora y generosa á todos los rumbos en que, fuera de las fronteras, se precisaba combatir; una llegó hasta el corazón de Bolivia, en manos de su propio autor; otra flameó en las alturas, en manos de un genio más alto aún que el eterno pedestal de su



DR. ADOLFO P. CARRANZA



gloria; la última de ellas en el Perú, cumplió la profecía del Himno Nacional, conmoviendo la tumba de los Incas, y su sombra vigilaba la presencia airosa y viril de los pocos de sus hijos que asistieron á la jornada de *Ayacucho*.

* * *

Lo que fué de esas banderas, las mutilaciones que sufrieron, el olvido en que quedaron, las vicisitudes por que pasaron después de conducir los ejércitos libertadores por áridas pampas, por mares insondables y por escabrosas montañas, es para leyenda.

Una de ellas, guardada por Belgrano en la víspera de la batalla de *Ayohuma*, en la capilla de una aldea, estuvo perdida por más de cuarenta años. Hallada, por acaso, fué á servir de trofeo en una iglesia de Chuquisaca, y allí pendía de una nave, como vencida, jella en una tierra á que fué como enseña regeneradora! hasta que el patriotismo argentino logró recuperarla y se conserva, gironeada y forrada, en el local destinado á mantener todo lo que resta de esa época gloriosa.

La de los Andes, que bordaron las damas mendocinas y que tremoló radiante en las cumbres de esa Cordillera y paseó gallarda, triunfadora, desde *Chacabuco* á *Talcahuano* y de *Talcahuano* hasta *Maipú*, anduvo errante y sin luz, alguna vez lejos del hogar de sus amores, en manos profanas y desconocidas, salvándola de una extinción completa un buen ciudadano que la devolvió á su pueblo natal, donde hoy se ostenta rodeada por la veneración y el cariño de sus hijos.

Hubo una más, en los grandes tiempos de la epopeya continental, bordada en el Cuzco y que sirvió para reunir los restos de aquellos batallones de infantería que terminaron con el nombre de regimiento «Río de la Plata».

La América conoce aquel suceso inaudito que se llamó la sublevación del Callao, donde la perfidia, la traición, el crimen, empañó el honor de nuestras armas, cuando los bravos y constantes guerreros de quince años se hicieron acreedores al anatema de la posteridad. En esa hora menguada desapareció el regimiento y el famoso ejército de los Andes, pero no así la bandera que custodiaba aquel Falucho que el bronce ha perpetuado, como un reproche á los que la enlodaron y como un homenaje al oscuro soldado que hizo protesta contra esa vergüenza y esa villanía.

Se sabe el proceso de la peregrinación realizada por esa bandera hasta donde ahora se encuentra, y ahí está, para mostrar á los que la contemplan, que si pudo alguna vez haber desdicha, no faltó nunca patriotismo, porque hubo quienes la guardaran.

Ese ha sido el éxodo de los estandartes de la revolución; después, muchas banderas ha habido, y aun recuerdo cuánto me impresionaron los que conducían las últimas reliquias del ejército que hizo la campaña del Paraguay: eran trapos desteñidos y desflecados, pero que emocionaban



fuertemente porque las escoltaban puñados de hombres, curtidos por clima extraño, inválidos, tristes, porque sus filas había raleado el enemigo y las fatigas, pero severos y altivos, con la satisfacción del deber cumplido.

* * *

¡Nuestra bandera! ¡Ah! es la que afirmó Brown sobre el Río de la Plata, en *Montevideo*, el *Juncal* y *Costa Brava*, la que llevó Bouchard por los mares del globo, la que se confunde con el firmamento al tope de nuestras naves.

¡Que sea como siempre redentora, inmaculada y libre; que de Ushuaia hasta la Quiaca, de los Andes al Uruguay la conserven y defiendan generaciones sin término y que la saluden, respeten y estimen todos los países de la tierra!

En el Rosario, hoy 3 de Julio de 1899.

Adolf Plarrusa

✠ ✠ ✠

Una señora escribe preguntando á un periodista si este señor Koch de la tuberculosis es el célebre macaneador francés Paul de Kock.

El periodista, como era natural, contestó que no; pero nosotros agregaremos que algo tiene que ver el uno con el otro.

El novelista francés ha causado muchas tisis, que ahora cura su homónimo alemán.

* * *

Dióle á un mendigo Bartolo
Un pantalón destrozado,
Diciendo: —No lo he llevado
Sino dos veces tan sólo.
—¡Dos veces! dijo el pobrete;
Y exclamó el otro:— Sí, á fe;
Pero una vez lo llevé
Seis años y la otra.... siete.

* * *

En el cementerio central de Montevideo se encuentra el siguiente epitafio:

Aquí un gramático había
que de nicho lo han cambiado
porque estaban los de al lado
con faltas de ortografía.

1/6

Un duelo fin de siglo

por Eusevi



1



2

177

L. Aulicmar, Maison de Blanc, Supacha y Cangallo — Mosquiteros portátiles.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Precio fijo.



3



4

178



5



6

179

La Adhemar: Maison de Haute, Supérieure y Campallo — Especialidad en ropa blanca con iniciales.

L. Adhemar. Maison de Blanc, Suipacha y Cangallo — Gran surtido de artículos para baño.



7

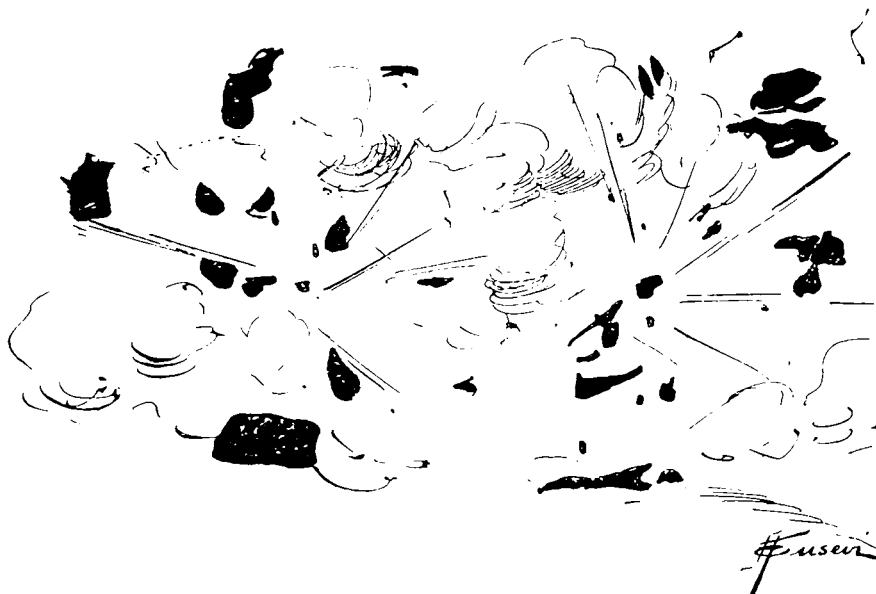


8

180



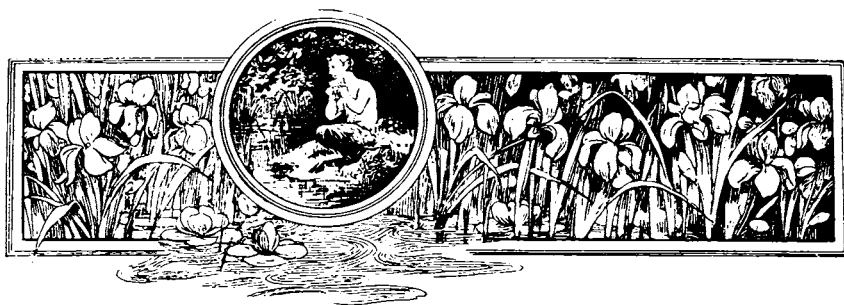
9



10

181

L. Adhemar. Maison de Blanc, Supacha y Cangallo — Ropa de cama y de mesa.



Palomas blancas y garzas morenas



COMO una alemana, rubia, era mi prima Inés.

Fuimos criados juntos, desde niños, en casa de la buena abuelita que nos amaba mucho y nos hacía vernos como hermanos, vigilándonos cuidadosamente, viendo que no riñésemos. Adorable, la viejecita, con su traje á grandes flores, y sus cabellos crespos y recogidos como una vieja marquesa de Boucher!

* * *

Inés era un poco mayor que yo. No obstante, yo aprendí á leer antes que ella; y comprendía — lo recuerdo muy bien — lo que ella recitaba de memoria, maquinalmente, en una pastorela, donde bailaba y cantaba delante del niño Jesús, la hermosa María y el señor San José, todo con el gozo de las sencillas personas mayores de la familia, que reían con risa de miel, alabando el talento de la actrizuela.

Inés crecía. Yo también; pero no tanto como ella. Yo debía entrar á un colegio, en internado terrible y triste, á dedicarme á los áridos estudios del bachillerato, á comer los platos clásicos de los estudiantes, á no ver el mundo — ¡mi mundo de mozo! — y mi casa, mi abuela, mi prima, mi gato, — un excelente romano que se restregaba cariñosamente en mis piernas y me llenaba los trajes negros de pelos blancos.

Partí.

Allá en el colegio mi adolescencia se despertó por completo. Mi voz tomó timbres aflautados y roncós; llegué al período ridículo del niño que pasa á joven. Entonces, por un fenómeno especial, en vez de preocuparme de mi profesor de matemáticas, que no logró nunca hacer que yo comprendiese el binomio de Newton, pensé — todavía vaga y misteriosamente — en mi prima Inés.

Luego tuve revelaciones profundas. Supe muchas cosas. Entre ellas, que los besos eran un placer exquisito.

Tiempo.

Leí *Pablo y Virginia*. Llegó un fin de año escolar, y salí en vacaciones, rápido como una saeta, camino de mi casa. Libertad!

* * *

Mi prima, — pero Dios santo, en tan poco tiempo! — se había hecho una mujer completa. Yo delante de ella me encontraba como avergonza-

do, un tanto serio. Cuando me dirigía la palabra, me ponía á sonreírle con una sonrisa simple.

Ya tenía quince años y medio Inés. La cabellera, dorada y luminosa al sol, era un tesoro. Blanca y levemente amapolada, su cara era una creación murillesca, si veía de frente. A veces contemplando su perfil, pensaba en una soberbia medalla siracusana, en un rostro de princesa. El traje, corto antes, había descendido. El seno, firme y esponjado, era un ensueño oculto y supremo; la voz clara y vibrante, las pupilas azules, inefables; la boca llega de fragancia de vida y de color de púrpura. ¡Sana y virginal primavera!

La abuelita me recibió con los brazos abiertos. Inés se negó á abrazarme, me tendió la mano. Después no me atreví á invitarla á los juegos

de antes. Me sentía tímido. ¡Y qué! ella debía sentir algo de lo que yo.

¡Yo amaba á mi prima!

Inés, los domingos iba con la abuela á misa, muy de mañana.

Mi dormitorio estaba vecino al de ellas. Cuando cantaban los campanarios su sonora llamada matinal, ya estaba yo despierto.

Oía, oreja atenta, el ruido de las ropas. Por la puerta entreabierta veía salir la pareja que hablaba en voz alta. Cerca de mí pasaba el frufú de las polleras antiguas de mi abuela, y del traje de Inés, coqueto, ajustado, para mí siempre revelador.

Oh, Eros!

* * *

—Inés...

—.....?

Y estábamos solos, á la luz de una luna argentina, dulce, una bella luna de aquellas del país de Nicaragua!

La dije todo lo que sentía, suplicante, balbuciente, echando las palabras, ya rápidas, ya contenidas, febril, temeroso.

Si! se lo dije todo: las agitaciones sordas y extrañas que en mí experimentaba cerca de ella, el amor; el ansia; los tristes insomnios del deseo; mis ideas fijas en ella allá en mis meditaciones del colegio; y repetía como una oración sagrada la gran palabra: el amor! Oh, ella debía recibir gozosa mi adoración. Creceríamos más. Seríamos marido y mujer...

Esperé.

La pálida claridad celeste nos iluminaba. El ambiente nos llevaba per-



RUBÉN DARÍO

fumes tibios que á mí se me imaginaban propicios para los fogosos amores. Cabellos áureos, ojos paradisiacos, labios encendidos y entreabiertos!

De repente, y con un mohín:

— ¡Ve! la tontería.

Y corrió, como una gata alegre adonde se hallaba la buena abuela, rezando á la callada sus rosarios y responsorios.

Con risa descocada de educanda maliciosa, con aire de locuela:

— ¡Eh, abuelita! me dijo...

Ellas, pues, ya sabían que yo debía «decir»!

Con su reír interrumpía el rezo de la anciana que se quedó pensativa acariciando las cuentas de su camándula. Y yo, que todo lo veía, á la husma, de lejos, lloraba, sí, lloraba lágrimas amargas, las primeras de mis desengaños de hombre!

* * *

Los cambios fisiológicos que en mí se sucedían y las agitaciones de mi espíritu, me conmovían hondamente. ¡Dios mío! Soñador, un pequeño poeta como me creía, al comenzarme el bozo, sentía llenos de ilusiones la cabeza, de versos los labios, y mi alma y mi cuerpo de púber tenían sed de amor. ¿Cuándo llegaría el momento soberano en que alumbraría una celeste mirada el fondo de mi sér, y aquel en que se rasgaría el velo del enigma atrayente?

Un día, á pleno sol, Inés estaba en el jardín regando trigo entre los arbustos y las flores, á las que llamaba sus amigas: unas palomas albas, arrulladoras, con buches niveos y amorosamente musicales. Llevaba un traje — siempre que con ella he soñado la he visto con el mismo — gris azulado, de anchas mangas, que dejaban ver casi por entero los satinados brazos alabastrinos; los cabellos los tenía recogidos y húmedos, el vello alborotado de su nuca blanca y rosa, era para mí como luz crespá. Las aves andaban á su alrededor currucueando, é imprimían en el suelo oscuro la estrella acarminada de sus patas.

Hacía calor. Yo estaba oculto tras los ramajes de unos jazmineros. La devoraba con los ojos. Por fin se acercó por mi escondite, la prima gentil! Me vió trémulo, enrojecida la faz, en mis ojos una llama viva y rara, y acariciante, y se puso á reír cruelmente, terriblemente. ¡Y bien! ¡Oh! aquello no era posible. Me lancé con rapidez frente á ella. Audaz, formidable debía estar, cuando ella retrocedió, como asustada, un paso.

— ¡Te amo!

Entonces tornó á reír. Una paloma voló á uno de sus brazos. Ella la mimó dándole granos de trigo entre las perlas de su boca fresca y sensual. Me acerqué más. Mi rostro estaba junto al suyo. Los cándidos animales nos rodeaban. Me turbaba el cerebro una onda invisible y fuerte de aroma femenil. Se me antojaba Inés una paloma hermosa y humana, blanca y sublime, y al propio tiempo llena de fuego, de ardor, un tesoro de dichas. No dije más. La tomé la cabeza y la dí un beso en una mejilla, un beso rápido, quemante de pasión furiosa. Ella un tanto enojada, salió en fuga. Las palomas se asustaron y alzaron el vuelo, formando un opaco ruido de alas sobre los arbustos temblorosos. Yo, abrumado, quedé inmóvil.

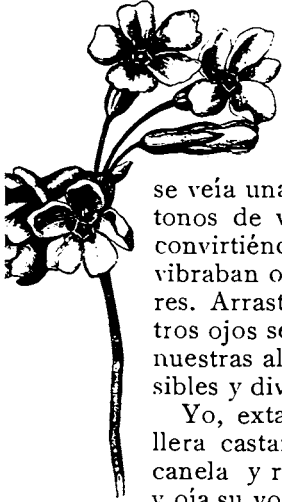
* * *

Al poco tiempo partía á otra ciudad. La paloma blanca y rubia no había, ¡ay! mostrado á mis ojos el soñado paraíso del misterioso deleite.

✽ ✽ ✽

Musa ardiente y sacra para mi alma, el día había de llegar! Elena; la graciosa, la alegre, ella fué el nuevo amor. Bendita sea aquella boca, que murmuró por primera vez cerca de mí las inefables palabras!

Era allá, en una ciudad que está á la orilla de un lago de mi tierra, un lago encantador, lleno de islas floridas, con pájaros de colores.



Los dos, solos, estábamos cogidos de las manos, sentados en el viejo muelle, debajo del cual el agua glauca y oscura chapoteaba musicalmente. Había un crepúsculo acariciador, de aquellos que son la delicia de los enamorados tropicales. En el cielo opalino se veía una diafanidad apacible que disminuía hasta cambiarse en tonos de violeta oscuro, por la parte del oriente, y aumentaba convirtiéndose en oro sonrosado en el horizonte profundo, donde vibraban oblicuos, rojos y desfallecientes, los últimos rayos solares. Arrastrada por el deseo, me miraba la adorada mía y nuestros ojos se decían cosas ardorosas y extrañas. En el fondo de nuestras almas cantaban un unísono embriagador, como dos invisibles y divinas filomelas.

Yo, extasiado, veía á la mujer tierna y ardiente; con su cabellera castaña que acariciaba con mis manos, su rostro color de canela y rosa, su boca cleopatrina, su cuerpo gallardo y virginal; y oía su voz queda, muy queda, que me decía frases cariñosas, tan bajo, como que sólo eran para mí, temerosa quizás de que se las llevase el viente vespertino. Fija en mí, me inundaban de felicidad sus ojos de Minerva, ojos verdes, ojos que deben siempre gustar á los poetas. Luego, erraban nuestras miradas por el lago, todavía de vaga claridad. Cerca de la orilla se detuvo un gran grupo de garzas. Garzas blancas, garzas morenas, de esas que cuando el día calienta, llegan á las riberas á espantar á los cocodrilos, que, con las anchas mandíbulas abiertas, beben sol sobre las rocas negras. ¡Bellas garzas! Algunas ocultaban los largos cuellos en la onda ó bajo el ala, y semejaban grandes manchas de flores vivas y sonrosadas, móviles y apacibles. A veces una, sobre una pata, se alisaba con el pico las plumas, ó permanecía inmóvil, escultural ó hieráticamente, ó varias daban un corto vuelo, formando en el fondo de la ribera llena de verde, ó en el cielo, caprichosos dibujos, como las bandadas de grullas de un parasol chino.

Me imaginaba junto á mi amada, que de aquel país de la altura, me traerían las garzas muchos versos desconocidos y soñadores. Las garzas blancas las encontraba más puras y más voluptuosas, con la pureza de la paloma y la voluptuosidad del cisne; garridas con sus cuellos reales, parecidos á los de las damas inglesas que junto á los pajecillos rizados se ven en aquel cuadro en que Shakespeare recita en la corte de Londres. Sus alas, delicadas y albas, hacen pensar en desfallecientes sueños nupciales; todas,—bien dice un poeta— como cinceladas en jaspe.

¡Ah, pero las otras tenían algo de más encantador para mí! Mi Elena se me antojaba como semejante á ellas, con su color de canela y de rosa, gallarda y gentil.

Ya el sol desaparecía arrastrando toda su púrpura opulenta de rey oriental. Yo había halagado á la amada, tiernamente, con mis juramentos y frases melifluas y cálidas, y juntos seguíamos en un lánguido dúo de



pasión inmensa. Habíamos sido hasta ahí dos amantes soñadores, consagrados místicamente uno á otro.

De pronto, y como atraídos por una fuerza secreta, en un momento inexplicable, nos besamos en la boca, todos trémulos, con un beso para mí sacratísimo y supremo: el primer beso recibido de labios de mujer.

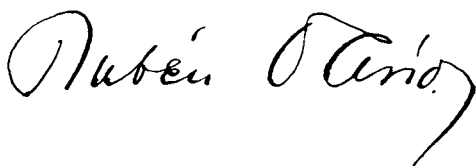
Oh, Salomón, bíblico y real poeta! tú solo dijiste como nadie: *Mel et lac sub lingua tua.*

Aquel día no soñamos más.

* * *

Ah, mi adorable, mi bella, mi querida garza morena! Tú tienes en los recuerdos profundos que en mi alma forman lo más alto y sublime, una luz inmortal.

Porque tú me revelastes el secreto de las delicias divinas, en el inefable primer instante del amor.



✠ ✠ ✠

—Veo que tu mujer no es tan celosa como antes: te deja pasear con tres amigos.

—¡Qué mal la conoces! Esos individuos extienden un documento cuando volvemos de paseo, y allí declaran lo que hago.

—Pues, ¿quiénes son?

—Son el escribano y dos testigos.

* * *

En el concierto.—Una señora á su vecino en las butacas:

—¿De quién es esta obra tan magnífica?

El vecino gravemente, después de leer el programa:

—De *adagio*, señora.

—¡Ah, sí!—replica ésta con aire de suficiencia.—¡Es un compositor muy conocido!

* * *

Hacia el inventario de los objetos de una testamentaria un escribano minucioso.

—¿Qué es esto?—preguntó el funcionario.

—El difunto era sordo: es una trompetilla.

—La pondremos con el armónium y el piano y demás instrumentos musicales. Y esto ¿qué es?

—El difunto era tuerto, y ese es su ojo de cristal.

—Han debido enterrarle con el muerto, porque ahora ¿dónde incluimos ese ojo?

—¿No es de cristal? Inclúyalo usted en la vajilla.

* * *

Casabamba

PÁGINAS DE VIAJE

Solamente en la línea férrea de Málaga á Córdoba he visto pasos tan soberanamente hermosos como el de Casabamba. Sin ser largo, pues apenas si se pierde la luz, el túnel abierto en la roca viva es espléndido; sin una sola calza, el cincel ha socavado á grandes mordiscos acusando un esfuerzo atrevido y revelador del vasallaje que al empeño humano debe la materia bruta.

Figuraos un embudo envejecido en el trasiego de vino negruzco y con lamparones grises, sin regularidades de curva geométrica, en el que la vista puede seguir la yuxtaposición de las piedras cortadas á tajos desiguales, húmedo, frío y resbaladizo, con manchones de musgo y rezagos de hollín, un enorme embudo abierto en la peña para dejar pasar corrientes sucesivas de fuerza y de vida, y tendréis idea de lo que es esta obra de arte amorosamente guardada en las entrañas de los montes cordobeses.



ILDEFONSO D. MONZÓN

De uno y otro lado levántanse las altas cumbres erizadas de peñascos y en el fondo de la cuenca que diseñan corre el río Primero con caprichos de cabra salvaje. No es propiamente un río, es un arroyo original de corte de torrente, que debe ser impetuoso repleto por las lluvias, pero que de ordinario es jugueteón y

V. S. Lobato y C.ª — Remates. Comisiones. Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14

Unión Telefónica N.º 14
—
San Martín 50
—
Remates. Comisiones. Hipotecas.
—
V. S. Lobato y C.ª

susurrante; sembrado de pequeñas cascadas, casi á distancias iguales, las aguas transparentes duermen á trechos sobre millares de guijarros, y á trechos se revuelven, giran, saltan, forman espumas y, obedientes á las depresiones del terreno, se filtran por entre grandes peñascos que, como vados primitivos, cortan el cauce.

Rueda el tren encajonado entre la sierra y el río; el camino de fierro enclavado, tal es la firmeza de construcción, en el reborde de la barranca, semeja una larga cinta ceñida á la mitad de las cuevas pedregosas; visto á la distancia, cualquiera lo tomaría por una estría natural de la peña, estría muy larga, llena de vueltas y continuamente sombreada por los árboles de la montaña y los cañaverales enmarañados y en flor. Por este camino rueda el tren, y al llegar á la boca de entrada lanza un grito estridente y prolongado, penetra en la cueva saturándola de humo, por unos segundos se pierde en la penumbra, que remeda una noche negra, y otra vez aparece á la luz, á la dulce claridad, en que se baña aquella naturaleza agreste y bella, tan soberbia y tan grande como su misma soledad.

.....
.....
Yldefonso v. Bronzón
.....



En una disputa acalorada fué injuriado un ciego gravemente. El agraviado envió sus padrinos al ofensor, que no quiso dar explicaciones. El ciego insistió en ir al terreno.

—¿Pero á qué quiere usted batirse? —le decían sus padrinos.

—A pistola.

—Si no puede usted apuntar, ni ve á su adversario.

—Nos batiremos de noche, en un salón, con las puertas y ventanas cerradas y sin luz. Así nos igualamos.

—¿Y si el otro enciende fósforos?

—No creo que lo consientan los padrinos.

—¿Y cree usted que habrá padrinos que se encierren con ustedes?

* * *

Antonio, que ha sido ascendido á jefe de una oficina, quiere darse aire de malo y todos los días reta á sus subalternos.

Días pasados, después de haber tratado peor que á un perro á uno de ellos, agregó:

—Y todo ha sucedido porque es Vd. muy respondón.... Cuando habla conmigo debe callar, porque Vd. es un imbécil, y esto se lo digo no como superior, sino como su igual.



SEÑORITA SOFÍA POSADAS



« Porque es lo mismo »

TRADICIÓN RIOJANA



Se llamaba Rosario Cruces y nació en la provincia de La Rioja, allá en el fondo de la *Vega de las Tambillas*; como si dijéramos, en un rincón del mundo, en una oscura caverna, donde se extremaba el rigor de las estaciones.

Ya era de los inviernos, cuyos vientos glaciales y bramadores arrastraban en los barrancos y pendientes los peñascos de la cordillera con lúgubre rumor á los abismos; allí también donde se precipitaban los ríos que bajaban como torrentes al valle, avanzando vertiginosos y con estrépitos de cataratas, en sus lechos de piedra.

Ya era el sol ardiente del verano abrasador, que bañaba aquellas quebradas y sillares, en cuyas breñas reverberaban los rayos solares con reflejos de incendio y que no era guarida de sér viviente alguno, porque se hacía imposible la existencia entre aquellas rocas, moles y cerros que no mostraban ni una brizna de pasto, siquiera fuese para alimentar uno que otro insecto zumbador que cruzaba pesado aquella atmósfera caliginosa y sofocante cual la cima de un volcán.

Y era, sin duda, porque su vida se había habituado á aquel medio sombrío, que era de miseria y de muerte, que la existencia para Rosario Cruces tocaba en la indiferencia más extrema.

Por eso, sin duda, á él nada le arredraba en el movimiento de los sucesos físicos ó humanos, bien se originasen aquéllos por las grandes catástrofes de la naturaleza ó bien se produjesen éstos por los hechos trágicos y sangrientos de sus semejantes; de ahí su estribillo, que era el lema de su actuación: « Para mí lo mismo es vivir que morir ... ¡Si es lo mismo! »

Admitido esto, no era entonces de extrañar que cuando Rosario Cruces, recorriendo el pago ó viajando por las provincias limítrofes, llegaba á las estancias ó se acercase á la rueda del fogón, á las trillas, los apartes y esquilas, ó en las villas y capitales de provincia, donde se narraban, comentándose, las tristes noticias, nuestro hombre interviniese siempre en la conversación, terminando sus juicios ó reflexiones: « Phs!.... no me

explico por qué se lamentan tanto.... ¿á qué apesadumbrarse?... ¿por qué exclamar acongojados: Dios mío!... Señor Nuestro!... Si lo mismo es vivir que morir.... Pero, si es lo mismo. Para probarlo bastaría un hecho.... Vean ustedes, voy á referirles un cuento al caso.... escuchen :

— Yo fuí, como ustedes saben, uno de los que se encontró en la famosa batalla de la *Tablada*.... Me acuerdo de ella tanto.... la tengo tan presente, que me parece que fué ayer.... (sí.... así es), cuando descendíamos las sierras de Catamarca, cruzando fugaces y vertiginosos como relámpago, la pampa de San Luis y los llanos de La Rioja, contando las horas por las leguas que recorriamos, como que hubo día que anduvimos las veinte y cuatro sonadas, á fin de llegar á las afueras de Córdoba « y derrotar al manco de *Venta y Media*, cuyos soldados aventaría lejos como miserables granos de polvo, con las rudas é invencibles cargas de sus jinetes », según la expresión de Facundo.

Era de verlo cómo se le iluminaban á aquellos sus ojazos negros, cuando imaginaba la derrota del general, temido para todos, jamás para él.

Es así, cuando llegó el *veinte y dos de junio* de 1829, en las primeras luces de ese día, á poco de presentarse las descubiertas y guerrillas enemigas, notando Facundo que el general, lejos de huirle y amedrentarse ante nuestras turbas desmelenadas y probadas, les hacía constante fuego volteando jinetes y caballos con los tiros certeros de unos soldados que tan pronto veíamos de cerca ó de lejos y tan presto aparecían como se nos perdían; empezó el caudillo á fastidiarse para terminar estallando en gritos de cólera y bramidos de furor, cuando sus caballerías volvían las espaldas una y otra vez, y no obstante los reveses, cargábamos ya en escalones, ya en pelotón ó formando abanico y rebalsando á los contrarios, nos entreverábamos con las milicias de caballería de Tucumán que mandaba el gobernador López. — Aquí de los choques y de la confusión con las columnas en masa del enemigo, hasta que otra vez rehechos volvíamos á avanzar, llegando á los compactos cuadros y línea de batalla enemigos, allí donde los *Cazadores de la Libertad* y los veteranos porteños de la campaña al Brasil, nos enviaban nutridas lluvias de plomo mortífero, volteándonos como á moscas y ocasionando el desbande y la dispersión.... ¡Lucha á muerte.... sangrienta y tenaz, de valiente á valiente!!... Duelo salvaje, en que jugábamos la vida con saña tremenda, pues es histórico que, agotadas las municiones, nos batimos hasta á pedrada limpia!

Era de ver entonces á *Facundo*, con la chaquetilla abierta, echado á la espalda el ancho sombrero que pendía del cuello por el barbijo, el pañuelo de seda rojo cruzado sobre el cuello y flotando al viento sus negros y profusos cabellos, resplandeciendo de cólera y valor sus ojos, que tenían reflejo de acero y tanto más relucientes cuando brillaban sobre los pómulos pálidos y temblorosos por la ira, en aquel rostro al que servía de marco su espesa y negrísima barba.... Parecía una evocación siniestra, un poseído; un aborto del infierno, terriblemente feroz!!

Era de verlo, digo, blandiendo con su nervioso brazo su potente lanza engastada en oro y plata del *Famatina*; estallando en grito, que era un alarido que recorría con eco de muerte las filas, exclamando: « ¡Canalla estúpida, miserable y cobarde!... Por escuadrones en columna y distancias.... de frente al galope!... carguen! » y mientras los regimientos se precipitaban á la carrera y el sonido triste y fúnebre del clarín tocaba á degüello, Facundo se reproducía en todas partes envuelto en nubes de polvo, ó cruzando como flecha y como si fuera un fantasma ante las caballerías, á vanguardia, en las reservas ó por los flancos y siempre

oíamos pavorosos el grito que era una imprecación: «Canalla! Canalla!... ¿Es que los van á correr los coraceros y lanceros cuerpeadores del loco La Madrid y de Pringles ó las figuras raquíticas, los muñecos de Barcala, Deheza y Videla Castillo?»... y repetía la orden de cargar hasta el fin, y volvía á oírse triste y lúgubre el clarín, en aquel día glacial, que parecía de nieve, tales eran las ráfagas heladas que soplaban de la sierra y en el que también nos ahogábamos entre nubes de tierra y de pólvora, escuchando sólo el ruido de las espuelas y nazarenas que ensangrentaban los ijares del animal y el *chaj, chaj* del chocar del sable y de la lanza, del puñal y la bayoneta, que alternaba con el estampido del cañón y el

incesante fuego de fusilería, cuyos proyectiles rebotaban de la tierra.

Y bramaba Facundo de despecho y de cólera, con los reveses que sufría su caballería frente á aquellos cuadros de infantería, invulnerables é incommovibles, que parecían formados con soldados de fierro, clavados allí sobre el duro suelo, y sentíamos... (sentí yo sin pestañear) encajarse en mis carnes la filosa y penetrante punta de la lanza de Quiroga, al conducirnos como tromba sobre las enemigas filas que nos repelían una y otra vez.

Ni aún en aquel momento, el más supremo y difícil de mi vida, sentí yo miedo.— Y no es eso porque yo presuma que soy de mejor temple que los otros. ¡No!... Es que entonces pensaba como pienso hoy; quiero decir,

que abrigo la misma convicción: «Para mí lo mismo es vivir que morir... ¡Si es lo mismo!»

Otro día... no... que fué una noche, la del veinte de marzo del 61... Me encontraba en Mendoza... Anocheceía, como he dicho, y era la hora del rosario, en que tocaban oraciones en el Convento de San Francisco... Y la noche plácida y tranquila, con un cielo sereno que se iba bordando de lucientes y numerosas estrellas, y la brisa fresca que bajaba de los Andes, invitaba al espíritu á descansar, cuando de repente un ruido sordo, pero que parecía venir del centro de la tierra, de cavernas subterráneas...! ¡horror...! estremeció á todos los tranquilos habitantes de la villa, y aquel ruido que hería nuestros oídos con rumor de muerte se acercaba más y más!... y á su eco se siguió un temblor y después otro y otros, cada vez más fuertes y más continuos... hasta que aquel fragor subterráneo estalló



en trueno y en estrago!... y la gente desesperada, corriendo en tremenda confusión, se abalanzó confusa, desalentada, de un sitio á otro sitio; de la casa á la calle, de la calle á la plaza, de la plaza á los campos, invocando al cielo en ademán de ruego; altos los brazos y afligente la mirada, ensordeciendo el espacio con los gritos y los ayes del dolor; mientras que las casas y los templos y sus altas torres y los edificios, todos caían y se derrumbaban, pareciendo aquello una danza fantástica, infernal, porque también en lo bajo y por la grieta abierta de la tierra, ó la honda zanja que atravesaba el llano, y en la colina instantáneamentealzada, ya corría, ya saltaba, agua caliente que era hirviente lava!

Y ni aún entonces, que el pesar fué general,—tantas fueron las víctimas de la catástrofe y el pavor que la misma produjo á los que la presenciaron,—sentí yo temor ó experimenté impresión de horror.... Crucé, por el contrario, frío y sereno entre la desolación y la muerte, apenándome, no por mí ciertamente, sino por los otros infelices á quienes el terremoto dejaba sin techo, sin pan, en la miseria..... Para mí, me era igual vivir que morir. Phs!... ¡si es lo mismo!

Mi vida ha sido así, como ustedes la ven: de una resignación evangélica y de una tranquilidad absoluta.... Nunca el temor me ha parado un cabello, ni hizo latir mi corazón con más fuerza que la natural, ni me estremeció un nervio, sea que me encuentre en la soledad más lejana ó entre la turba más famélica y salvaje; sea que busque al *jaguar* en medio del enmarañado bosque ó espesa selva del Chaco, ó que provoque al carnicero *yakavé* en las aguas correntosas del Paraná; sea que me abandone á las furias de un potro desbocado ó que precise contener y dirigir á un redomón; sea que corra á los combates á derramar mi sangre y á jugar mi vida en defensa de la patria y de la bandera, ó de mi caudillo y de mi honor, ó sea, en fin, que me encuentre postrado por la fiebre en la solitaria pampa ó bajo el alero de mi rancho. Si, así soy yo.... Para mí es lo mismo vivir que morir.... ¡Si es lo mismo!»

Y así, haciendo referencias ya tristes, ya alegres, Rosario Cruces gastaba la conversación narrando sus recuerdos con natural ingenuidad y sencillez: «Para él lo mismo le era vivir que morir.... ¡Si era lo mismo!»—pero el dicho á fuerza de repetirse habíase vuelto abrumador, cansador, insoportable; por eso había más de un oyente que deseaba, sintiendo las ganas de las ganas, no escucharlo más.

Fué así que, llegando un día de reunión en la que Cruces empezó á referir hechos y repetir el dicho, uno de los circunstantes, aprovechando la oportunidad feliz, le preguntó repentinamente y mal humorado:

— Dígame, Cruces: su convicción es « que para usted le es lo mismo vivir que morir.»

— ¡Claro que sí!.... ¡si es lo mismo!

— Bueno entonces, y si le es lo mismo ¿por qué no se mata de una vez?

— ¿Por qué no me mato.... dice?

— Sí; ¿por qué no se mata, si le es lo mismo vivir que morir?

— Precisamente por eso.... porque es lo mismo.

Buenos Aires, Noviembre 12 de 1899.

Carlos Millier



Los hombres dirigentes

(FRAGMENTO DE UNA OBRA Á PUBLICAR)



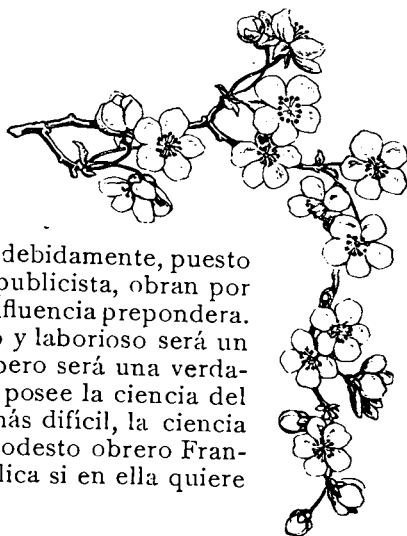
UN filósofo profundo ha dicho: Los cuerpos políticos necesitan almas y las almas de estos cuerpos deben ser los sabios; pero los sabios honrados, desinteresados y patriotas. El patriotismo ilustrado avanza la causa de la patria dirigiéndola por el camino de la verdad; el que no lo es la atrasa y la entorpece.

El alma de los cuerpos políticos, llámesele Estado ó Nación, es la manifestación exterior, que se refleja, diré así, en el espíritu público; faltando el espíritu político sabia y desinteresadamente dirigido, no habrá riqueza estable, no habrá libertad consolidada, nadie le respetará como pueblo culto, fuerte y civilizado; en la paz será un pueblo materialista, sin religión, sin arte, sin administración, y el lujo burgués y la ostentación de mal gusto serán sus únicos ideales.

En la guerra será débil, inepto para defender sus propios intereses, porque para vencer, más que cañones, se necesitan orden y administración. Jamás pueblo alguno que haya mirado como cosa insignificante el desquicio administrativo, pudo triunfar de sus enemigos. La historia antigua y moderna da testimonio de esto.

Y es imposible que exista espíritu público, ó por lo menos que dé resultados prácticos, por más que los pueblos sean desinteresados, laboriosos y patriotas, donde no hay ilustraciones que lo formen y sostengan debidamente, puesto que esas masas, como decía hace poco un publicista, obran por sugestión de los hombres culminantes cuya influencia prepondera.

Un estanciero ó un comerciante honrado y laborioso será un elemento útil y necesario en la sociedad, pero será una verdadera calamidad como hombre público si no posee la ciencia del financista, del economista y, la que es aún más difícil, la ciencia de gobierno que tuvieron Wáshington y el modesto obrero Franklin, para aplicarla á la administración pública si en ella quiere tomar parte.



V. S. Lobato y C.^a

Remates. Comisiones. Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14

V. S. Lobato y C.^a — Remates. Comisiones. Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14



DR. B. LLERENA

Faltando esas grandes ilustraciones, que son el centro de atracción de los elementos sanos y el escollo en que se quiebran las aspiraciones del círculo, viene el caudillaje irresponsable, que ha sido y será siempre fatal á la prosperidad del país.

Esos caudillos, aun los mejor intencionados, viéndose impotentes para resolver los graves problemas sociales ó políticos, sólo atienden los intereses de su círculo; y es sabido que estos intereses de círculo siempre son antagónicos.

Pero el espíritu público levantado por los estadistas de principios, por las grandes ilustraciones que hacen ver á los pueblos el caos de

la anarquía y las bellezas del orden, es fecundo porque produce la libertad, es seguro porque camina iluminado por la claridad inextinguible de saber, y es duradero porque se funda en los principios inmutables de justicia, que es el más fuerte baluarte de la libertad humana.

Esta clase de hombres son los que necesitamos; procuremos formarla, y confiemos á sus manos el cumplir y hacer cumplir los preceptos de nuestra carta fundamental.

B. Llerena



A un farmacéutico *irregular* le ha impuesto 200 pesos de multa el Departamento Nacional de Higiene. El multado gemía así:

¡Pero si esto es arbitrario!
¡Oh, qué multa malhadada,
Que viene como pedrada
En ojo de boticario!

* * *

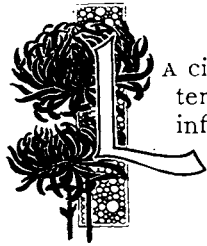
—¿Qué es traducir?
—Destruir á un tiempo dos idiomas.



Estrellas

PÁGINA ÍNTIMA

(INÉDITA)



La ciencia progresa. Se llega hoy hasta determinar qué materias hay por lo menos en la superficie de los astros. Se infiere sobre si son habitables ó no. Y entre tanto, al mirar el firmamento, aún sabiendo lo que el astrónomo nos dice de esas esferas luminosas que brillan en el azul oscuro, sentimos hoy lo mismo que los viejos poetas sentían al contemplarlas. Es que la naturaleza, como los otros libros divinos, tiene más de un sentido.

Al sabio, los astros le dejan escudriñar con dificultad su volumen, la distancia á que se hallan de nosotros, los elementos que entran en su composición. A los ojos del que ama, del que sufre, del que espera, brillan de un modo especial. Aquí, el análisis y la demostración son imposibles. Se siente y basta.

Hilo de luz, tenue y delicado, que llega á nuestra pupila y por ella á nuestro corazón, ¡cuántas cosas nos dices de otros mundos!

Y ¿quién — si ha tenido una alma de poeta dentro del pecho — no ha sentido derramarse en ella, una suprema delicia al recibirte, mensajero de las alturas, que venías á decirle con mudo pero suave lenguaje: el amor es la vida de todo lo que ves sobre la tierra, en los abismos ó en el cielo?

Quien ha sufrido y levantando la mirada, ¿no ha hallado un astro amigo que mitigara su dolor, haciéndole misteriosamente sentir que la desesperación es una injuria al Creador?

¡Cómo! la noche tiene sus luces, la tiniebla es consolada por los suaves rayos desprendidos de tantos focos inextinguibles, y tú, alma preciosa sobre todo lo que vive, ¿no tendrás, más allá de las estrellas todavía, el consuelo, la calma, la ventura?

¡Oh, armonía divina! ¡oh, belleza! ¡oh, silencio! ¡oh, estrellas resplandecientes y puras! ¡oh, vigías de Dios! ¡faros en el viaje del alma!

1889

Pedro Sazeng

195



De cómo Don Bosco hizo un milagro en Santa Fe

HISTORIA QUE PARECE CUENTO



oy de los que creen que la realidad es muchas veces más novelesca que la fantasía, y que es posible componer novelas que semejen las más extravagantes invenciones, tomando por tema hechos realmente producidos.

En apoyo de mi aserto, voy á relatar un hecho que pudiera pasar por novelesca invención, y que tiene la ventaja de ser una realidad testificada por documentos oficiales, y hasta por una ley de mi «Invencible y Heroica Provincia de Santa Fe», como constaba en el lema de su sello de armas, allá á principios de nuestra vida independiente.

Pues, vamos al caso.

A principios de 1895, los padres salesianos, que habian establecido una pequeña escuela en la ciudad del Rosario de Santa Fe, en la República Argentina, trataron de fomentarla y hacerla más útil, enseñando artes y oficios á los niños puestos bajo su custodia.

Necesitaban, para instalar una sección de enseñanza profesional, de útiles, herramientas, y local adecuado, de todo lo que carecían.

Concibieron entonces la idea de solicitar un subsidio del gobierno de la provincia, que ellos pagarían educando cierto número de niños durante varios años.

Yo era entonces diputado á la legislatura de mi provincia, y, visto por los padres, aprobé la idea y ofrecí mi concurso.

Todo marchó bien al principio.

Se presentó al Senado un proyecto de ley acordando diez mil pesos al Colegio Salesiano, para establecer la escuela de Artes y Oficios, y fué sancionado en esa Cámara.

Pasó, pues, el proyecto á la de diputados, y allí empezaron las dificultades.

La prensaliberal se alarmó por el proyecto.

Se gritó en todos los tonos que aquello no daría más resultado que favorecer el incremento del fanatismo—como si enseñar á trabajar fuera un delito,—y principalmente un periódico, redactado por una lumbrera

de la iglesia, que, caída en la apostasía, se convirtió en ahumada y desvencijada linterna, la emprendió á linternazos contra los fanáticos diputados que apoyaron aquel proyecto y votaron en su favor.

El asunto empezó á tomar feo cariz.

Aunque mis compañeros de la Cámara eran todos buenos muchachos y comprendían la conveniencia de enseñar oficios á los niños de la grande y comercial ciudad del Rosario, empezaron á tener miedo á los linternazos.

Cierto era que muchos de ellos me acompañaban, pero también había otros que, un poco porque no les gustaba favorecer á los Salesianos, otro, por sentar plaza de liberales y progresistas (como si pudiera haber progreso sin escuelas y sin trabajo), y un mucho por librarse de las pullas de los diarios anticatólicos, empezaron á recular para atrás, y acabaron por sentar la gama.

Llegó, por fin, el día solemne en que debía decidirse el asunto en la sesión de la Cámara.

Se necesitaban catorce diputados para formar *quórum* y había dieciséis ó diecisiete en la ciudad, de los cuales solamente seis estaban decididamente contra el proyecto, uno dudoso, pero en quien tenía fundadas esperanzas de que me acompañaría con su voto, y todos los demás, incluso el presidente, eran favorables.

Llegó el momento de entrar en sesión—eran las ocho de la noche—y no había presentes más que catorce diputados: los seis adversarios, los cinco favorables, yo, y el dudoso, llamado ¿por la casualidad? á decidir del asunto, pues que el presidente no tiene voto sino en caso de empate, y allí no podía haberlo, pues los votantes eran trece, número reconocidamente fatal y cabalístico.

Ví el asunto malparado.

¡Aquí de mi elocuencia! me dije á mí mismo, perfectamente convencido de que no había recalcitrante que resistiera á mis argumentos; seguramente iba á conmovér por lo menos á una de aquellas almas de cántaro, y me bastaba uno solo de sus votos para decidir el asunto.

Empezó la discusión.

Los adversarios hicieron una exposición en contra del proyecto, con todos los argumentos de cajón en tales casos—economía—lo exhausto del tesoro (es sabido que todos los *tesoros* están siempre exhaustos)—lo apremiante de las deudas que debían pagarse y no se pagaban, y dos docenas de etcéteras.

Yo repliqué valientemente.

Hablé con fervor, digno de la causa.

Hice desfilar en procesión todos los beneficios que de aquella ley iba á reportar la provincia: los muchachos iban á salir de la escuela educados, patriotas, trabajadores; los herreros iban á ser capaces de construir, solitos, otra torre Eiffel, pero más alta, que iluminara desde las barrancas de Santa Fe las tumultuosas ondas del río Paraná, convirtiendo la noche en mediodía; los carpinteros serían tan hábiles, que en caso necesario le pondrían puertas al campo, y los zapateros le echarían capelladas hasta á la bota de Italia.

Estuve sublime.

Mis miradas relampagueaban á través del cristal de los anteojos, y magnetizaban al diputado dudoso, en cuyos ojos leía el convencimiento que mi elocuencia había producido en su noble espíritu.

Terminé entre los aplausos de mi propia conciencia (porque nadie más me aplaudió), y me sentí satisfecho; el asunto estaba ganado.

V. S. Lobato y C.^a — Remates, Comisiones, Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14

El presidente tocó la campanilla, y dijo:—Si no hay quien tome la palabra, se va á votar.

Profundo silencio; los diputados de ambas fracciones se miran entre sí como tanteando el probable resultado.

El presidente agrega:—Los que estén por la aprobación del proyecto, de pie.

Seis diputados se levantan, y siete continúan sentados!

¡Yo me quedo estupefacto!

El diputado dudoso me mira con sorna, y se repantiga cómodamente en su banca, como para quitarme la esperanza de que fuese por equivocación que permanecía sentado.

En aquel momento sentí una inmensa pena, pero también una grande resignación, y brotando el pensamiento del espíritu á los labios, exclamé en voz alta:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

Inmediatamente se levantaron los vencedores, y salieron á antecámaras para festejar su triunfo y salpimentarlo con calurosas felicitaciones por mi elocuencia, cada una de las cuales era una pulla de las más corteses, pero de marca mayor!

Concebí entonces la idea de pedir que se rectificara la votación, aprovechando el *cuarto intermedio* en que habíamos entrado, para llamar á alguno de los inasistentes que pensaban como yo, y ganar el asunto, puesto que el presidente decidiría por la afirmativa; pero ninguno vino, y mis adversarios se retiraron alegremente haciendo imposible todo cambio.

El asunto estaba completamente perdido, porque con arreglo al reglamento de la Cámara, un proyecto rechazado en general no puede ser tratado de nuevo hasta pasado un año.

Me retiré, pues, pesaroso y entristecido, y tomando inmediatamente el tren, me fuí al Rosario, mi domicilio, pues dicho queda que todo esto pasaba en el edificio de la Legislatura en la ciudad de Santa Fe.

* * *

Sobre la amargura de la derrota, tuve que soportar los alegres comentarios de la prensa adversaria, que aplaudió el rechazo y se atribuyó, como es muy natural, todo el *honor* de la victoria; se escribieron

Vi-Perinas contra mí, no siendo la menor de las farsas que me hacían, el reproche de que Don Bosco no valía dos pepinos, pues si su santidad fuese cierta y tanto su valimiento de tejas arriba, no le habría faltado medio de catequizarse siquiera un solo voto, que era lo que faltaba, para proteger su propia obra, lo cual era la prueba más acabada de que Don Bosco y un pepino eran dos pepinos.

Todo lo aguanté, con más ó menos buena voluntad.

En los únicos en quienes hallé compasión y consuelo, fué.... ¡en los padres Salesianos!...



En vez de enojarse conmigo y declararme inservible é inútil, cuando fuí, con la cola entre las piernas, á darles cuenta de mi desastre, me consolaron, diciéndome que así lo tendría Dios dispuesto, que así convendría, y que quizá aquello se había hecho, como la enfermedad de Lázaro, no para su muerte, sino para gloria de Dios, y otras muchas de esas palabras que la resignación inspira á las almas cristianas, y que los despreocupados sintetizan y ridiculizan con la frase consagrada de: al asno muerto, cebada al rabo!

Por último, llevaron su bondad hasta destapar una botellita de cierto vino espumante de Italia, que tienen para cuando repican fuerte, y convidarme en agradecimiento de mi buena voluntad.

El berrinche me duró muchos días.

Aunque teníamos en la Cámara tres sesiones por semana, me pasé muchos días sin ir.

Me mandaron llamar; no fuí.

Allá, al cabo de dos semanas, aplacada mi cólera, habiendo asuntos urgentes, me decidí á volver.

Llego, pues, á Santa Fe, me encierro á estudiar varios asuntos, y, tarde ya, me presento en la Cámara: en ese instante iban á entrar á sesión; había trece diputados y el presidente.

Entramos al recinto, tomamos asiento, y sin que se leyera acta alguna, el presidente toca la campanilla, y dice:

—Continúa la sesión....

—¿Cómo? ¿Pues no entramos á sesión en este momento?

—¡No, señor! La Cámara no se ha reunido hace quince días, y como en la última sesión, después de votarse la ley concediendo diez mil pesos para el establecimiento de la escuela salesiana de Artes y Oficios, y rechazarse, los señores diputados pasaron á *cuarto intermedio* y se retiraron sin que la sesión se levantara, estamos en la misma sesión, de acuerdo con lo que dispone el reglamento.

Un rayo de luz cayó en aquel instante sobre mi espíritu, rayo que sin duda fué por el estilo del que brilló á los ojos del pescador Pedro cuando contestó á Jesús lo que sus discípulos creían de él.

Aquel rayo era, sin duda, inspiración que Dón Bosco me mandaba, y no se me escandalice el lector, y eché mi pensamiento á mala parte, tratándome de orgulloso, porque es sabido que en ciertas cosas suele contrastar la importancia del resultado con la pequeñez é insignificancia de los medios.

La inspiración se tradujo en las siguientes palabras que pronuncié con asombro de todos:

—Pido la palabra, señor presidente.

—La tiene el señor diputado.

—Pido que se reconsidere la votación.

—¿Qué votación?



V. S. Lobato y C.^a — Remates. Comisiones. Hipotecas. San Martín 50 — Unión Telefónica N.º 14

—La que ha tenido lugar en la reunión anterior de la presente sesión, relativa á conceder diez mil pesos para cooperar al establecimiento de la escuela salesiana de Artes y Oficios!

Todos los diputados se miraron: en efecto, siendo aquélla la misma sesión, yo tenía derecho para pedir que se reconsiderara el asunto.

Ahora bien, aunque se encontraban presentes algunos de los adversarios y el *dudoso* (que ya era también adversario), todos los otros eran partidarios del proyecto y estábamos en grande mayoría.

Pero había una grave dificultad: para reconsiderar un asunto ya votado, se necesitan las dos terceras partes de votos de los miembros presentes, y yo no sabía si tendríamos esas dos terceras partes.

— ¡Que se vote! dijeron los adversarios del proyecto, que creyeron no tendríamos esos dos tercios.

— Los que estén por que se reconsidere este asunto, sírvanse ponerse de pie, dijo el presidente.

Nueve diputados nos levantamos, y cuatro permanecieron sentados.

— ¡Queda rechazada la reconsideración! dijo muy alegre uno de los opositores. Somos catorce; las dos terceras partes de catorce son nueve y una fracción; no hay más que nueve votos en favor, luego no alcanza á los dos tercios, y no puede reconsiderarse el asunto!

¡Yo me quedé frío! ¡Había perdido el asunto, teniendo nueve votos contra cuatro, por faltarme un tercio de voto!

Pero uno de los diputados favorables dijo:

— ¡No, señor! La persona del presidente no puede tenerse en cuenta porque no tiene voto sino en caso de empate, y en el presente no puede haberlo. Los dos tercios de votos deben computarse sobre los que pueden votar, y, por consecuencia, es sobre trece, y no sobre catorce diputados. Las dos terceras partes de trece son ocho y dos tercios; tenemos nueve votos, y por consecuencia, hay más de los dos tercios; queda sancionada, pues, la reconsideración!

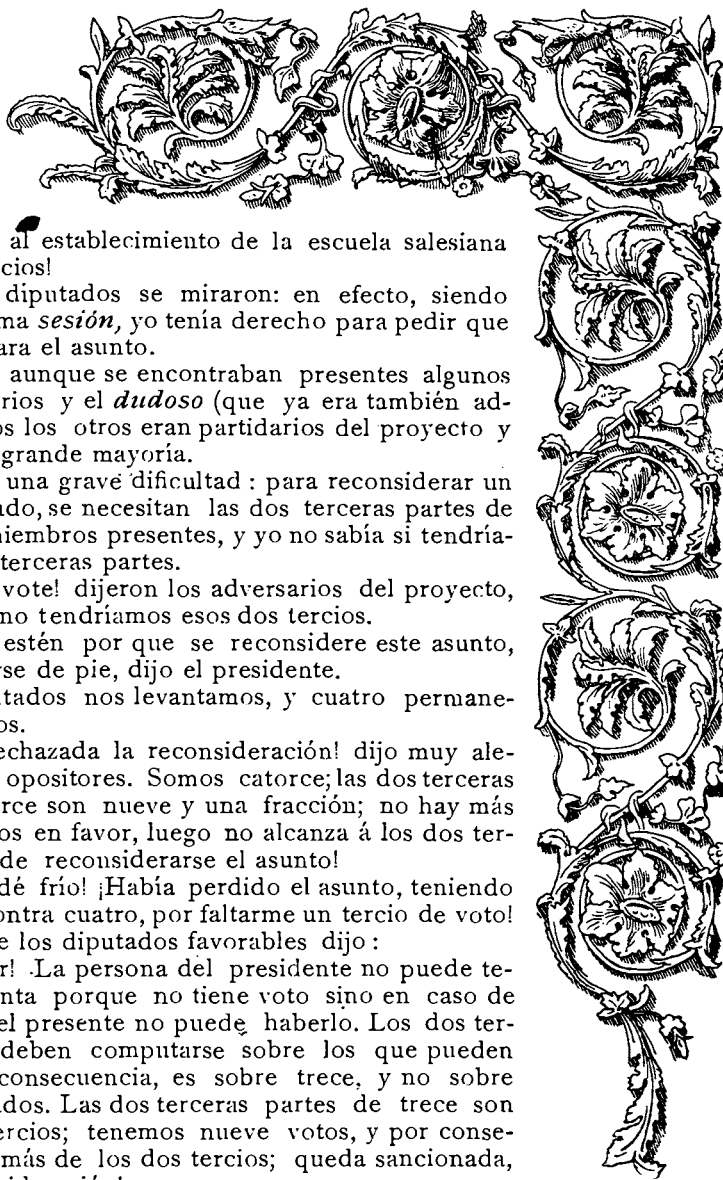
Esta interpretación era tan clara y razonable, que convenció á todos.

Así quedó resuelto: se discutió, después, nuevamente el proyecto, y se sancionó por nueve votos contra cuatro.

La ley, pues, quedó sancionada y triunfante, después de haber sido rechazada y derrotada!

Y eso, á pesar del fatídico y cabalístico número trece!

El triunfo había sido dado precisamente por los adversarios, que al levantarse gozosos para festejarlo, y ausentarse para referirlo y comentarlo, habían procedido del único modo en que era posible intentar la reacción, pues, si eso no hacen, la sesión termina con arreglo al regla-



mento, y no cabía ya rectificación ni reconsideración, que sólo pueden hacerse en la misma sesión.

Don Bosco había protegido su obra, sirviéndose precisamente de su primera y aparente derrota, para hacer brillar con más vivos resplandores el sol de su victoria.

Y si esto no es un milagro de Don Bosco, hay que confesar que se le parece mucho.

* * *

Ahora, el apéndice.

Tal fué el alegrón que me dió la victoria, que no pude contener mis nervios y quise darme el divino placer de la venganza.

Corrí al telégrafo, y dirigí á la lumbrera lintenera del periódico adversario un telegrama muy cortés, dándole cuenta de que acababa de sancionarse la ley acordando la creación de la escuela salesiana de Artes y Oficios, y felicitando por ello al Rosario, que iba á obtener tantos beneficios.

¡No podía darse pifia mayor al periódico que había batido palmas por la derrota!

Aquello me puso á la moda.

Durante dos meses el citado diario no tuvo personaje más importante de quien ocuparse que de mí; me ponía todos los días de oro y azul.... lo que no impidió que la escuela se fundara, y que tenga ya el Rosario muchos de sus hijos que han aprendido un oficio en ella, y son buenos cristianos....

En el día en que esto escribo, uno de mis hijos entra en esa escuela: cuando trabajé por su creación, lejos estaba de pensar que gestionaba por mí mismo: hermosa é infinita solidaridad del bien, que llamamos comunión de los fieles cristianos!

¡Casi estoy por creer que éste es también otro milagro de Don Bosco!

Buenos Aires, Octubre 16 de 1899.

Jahud Canas

NOTA.—Esta relación es exacta hasta en sus más mínimos detalles, como puede verse en la publicación de las actas de la legislatura de Santa Fe, número 13, de 28 de Agosto de 1895, página 5, y en la siguiente, número 14, páginas 3 y 4.



DEFINICIÓN DEL ÁLGEBRA

El niño.—Papá, hoy me han dado una nueva lección, una lección rara. Figúrate que se hacen las cuentas con letras. ¿Qué es el álgebra, papá?

El papá.—El álgebra, hijo mío, son esas letras que ponen los tenderos en las piezas de género para que nadie las entienda.

Vinos

CORDERO



Los renombrados y ex-
quisitos vinos CORDERO
N.º 1 y CORDERO extra,
son los mejores ~ ~ ~ ~ ~



SE VENDEN EN LOS

ALMAGENES POR MAYOR

Y MENOR, CONFITERÍAS,

CAFÉS, HOTELES

Y RESTAURANTS DE TODA

LA REPÚBLICA.

Taller Nacional Brillantes y Piedras Preciosas,
Alhajas, Artículos * * * *
de Plata y Fantasía * * *

DE

El primer * * * * *
Taller Argentino fundado
en la República en 1886

Joyería y Relojería

PODESTÁ HERMANOS

Calle Artes, 365 * Buenos Aires

Es la casa que cuenta con mayores elementos en el país.
Sus talleres están dotados
de las máquinas más perfeccionadas en el ramo.

LA JOYERÍA CHICHE

(DE «EL DIARIO» DEL 18 DE NOVIEMBRE DE 1899)

Entre todas las más afamadas vitrinas de nuestra capital, ninguna más radiante, ni de mejor gusto, ni de más chic, que la joyería de los Sres. Podestá Hnos., uno de los pocos industriales criollos que han sabido colocar este ramo á envidiable altura.

Ayer hemos tenido ocasión de pasar por la transitada y animada calle Artes, y al enfrentar la casa de Podestá Hnos., quedamos agradablemente sorprendidos por el precioso aspecto que ofrece esta joyería.

Es, sin exageración ni ditirambo, la más bonita y elegante de todo Buenos Aires.

El exterior, con su deslumbrante vitrina donde tornasolean con mil fuegos y lucen las piedras preciosas y primorosas alhajas cinceladas en plata vieja y oro, sirve de atrayente antesala á la joyería, cuyo interior confortable ofrece el modelo exacto de una de esas monisimas «bombonieras».

En la nueva instalación de la casa de los Sres. Podestá Hnos. ha presidido un gusto que se separa de lo vulgar. Todo es allí novedad: desde los hermosos armarios con vidrios cóncavos hasta el detalle de los mostradores de rica madera tallada, ningún requisito ha sido olvidado y la vista se recrea en aquel armónico conjunto de elegancias y de exterioridades de gusto artístico refinado.

Contribuyen á dar originalidad y confort á esta joyería sin igual dos preciosos mostradorcitos laterales, de madera esculpida, con apoya-manos de peluche azul celeste: sitios de estrategia mercantil, pues detrás de esos mostradores en miniatura se ven dos elegantes sofás de peluche azul, que brindan mullido asiento á las damas que van de compras.

Es, en suma, un dechado, el colmo del arte industrial aplicado al sistema de ventas.

Como surtido novedoso, de factura finísima y variedad de objetos y de alhajas, la casa Podestá no tiene rival.

Cuando hicimos nuestra visita, vimos allí á varias damas de nuestro mundo elegante, ocupadas en examinar las artísticas alhajas y preciosidades de esta joyería, llamada á ser la más de moda de Buenos Aires, y salimos complacidos de la curiosidad que tuvimos al penetrar en la casa de los Sres. Podestá Hnos.

La Veloce

NAVEGACIÓN ITALIANA Á VAPOR

Sociedad Anónima — Sede en Génova

Capital emitido y suscrito, liras 18.000.000

Flota de la Sociedad:

Nord-América

Savoia (nuevo)

Duchessa di Genova

Duca di Galliera

Venezuela (nuevo)

Centro América (nuevo)

Cittá di Milano (nuevo)

Cittá di Torino (nuevo)

Cittá di Genova

y Las Palmas

Vapores elegantes, iluminados á luz eléctrica y con las mayores comodidades para pasajeros de todas clases.

Salidas fijas de Buenos Aires, el 8, 18 y 28 de cada mes

» » » Génova, » 8, 22 y 28 » » »

Se dan pasajes de los puertos del Río de la Plata para Las Palmas, Barcelona, Génova, Nápoles, Messina y Palermo, y se expiden pasajes de llamada de los mencionados puertos para Buenos Aires.

Se dan pasajes directos para París, Londres, Berlín, Viena y las principales ciudades de Europa. El viaje de ferrocarril de Génova á París dura sólo 21 horas !

La Sociedad está haciendo arreglos para poder emitir pasajes directos á Madrid vía Barcelona, con el nuevo tren expreso que efectúa aquella travesía en menos de 15 horas.

Representante en la República Argentina :

E. CHRISTOPHERSEN

BUENOS AIRES, Calle Cuyo 249

ENSENADA, Calle Gran Dock

Agentes :

CHRISTOPHERSEN Hnos. Montevideo: Piedras 142. Rosario: San Lorenzo 869

CHODOWIECKI y Cia., Valparaiso : Blanco 426

GRAN CASA

DE

Ornamentos y Orfebrería Religiosa para el servicio de Iglesias y Oratorios

GRAN FÁBRICA DE ATAÚDES Y URNAS FUNERARIAS

É INVENTORES DEL

PRESERVADOR PRIVILEGIADO

—*—

Casa importadora de todos cuantos artículos forman el complemento de las dos antedichas secciones, pudiendo ofrecer un surtido completo como ninguna otra casa puede presentar, formando su conjunto una verdadera exposición de modelos, sobresaliendo entre ellas las

IMÁGENES DE MADERA

altares, nichos, repisas, candelabros, lámparas, cálices, custodias, librería religiosa, estampas, rosarios, etc., etc.

Ataúdes de lo más sencillo y elegante á lo más rico. Urnas funerarias esculturadas y lisas, coronas del país y extranjeras, paños, flecos, galones y muchos más artículos que sería prolijo enumerar.

José Ferrer y Sagarra é Hijos

BUEN ORDEN Y EUROPA — BUENOS AIRES

Francisco P. Bollini & Cía.

160, CALLE BOLIVAR, 160 * BUENOS AIRES

SUCURSAL EN LA PLATA

—*—

SOCIOS

FRANCISCO P. BOLLINI Y EUDORO GALLO

CASA DE REMATES, COMISIONES Y CONSIGNACIONES

Dirección Telegráfica: MARTILLO — U. Telefónica, 557

Grandioso Hall con toda clase de comodidades

~~~~~  
Venta de haciendas en general,  
frutos y productos del país, campos, terrenos, fincas, muebles, carruajes,  
plantas y toda clase de mercaderías.

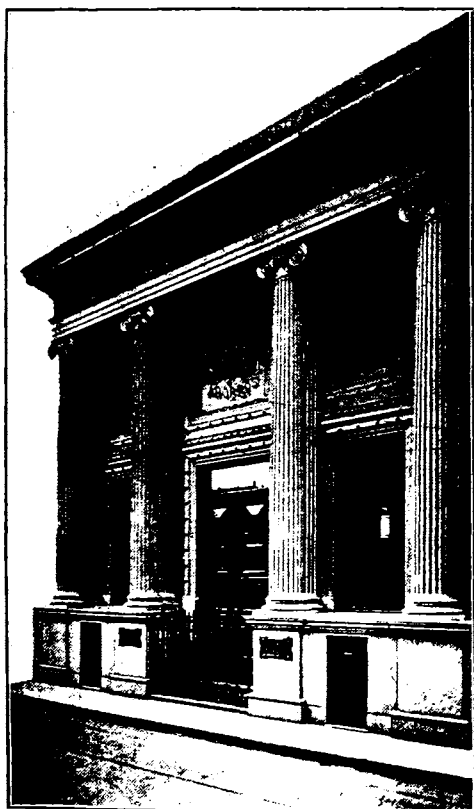
INSTALACIONES ESPECIALES PARA ANIMALES FINOS



# Compañía Nacional de Ahorros

RECONQUISTA, 31 — BUENOS AIRES

Sorteos mensuales de 2 certificados de \$ 1000 m/n c. u. el 21 de cada mes



En los tres sorteos mensuales efectuados hasta la fecha, han resultado premiados con

\$ 1000 m/n  
cada uno de los siguientes números:

**1490 — 3515**

**4319 — 4440**

**6143 — 7955**

Emite Certificados de Ahorro, al portador, del valor nominal de Un mil pesos moneda nacional cada uno, pagaderos en cuotas de dos pesos por mes, más cincuenta centavos mensuales como cuota de inscripción durante los 24 primeros meses. La Compañía hace sorteos mensuales pagando en el acto al tenedor del certificado premiado la suma de Un mil pesos moneda nacional, aunque el interesado sólo haya abonado una sola cuota de \$ 2.50  $\frac{1}{4}$ .

Los suscriptores pueden retirar su capital con las utilidades correspondientes, después de los 5 años, en las épocas establecidas en los mismos certificados.

Los suscriptores en las provincias, pueden efectuar sus pagos mensuales en las sucursales del Banco de la Nación Argentina.

## DIRECTORIO

*Presidente.* Sr. Rafael Peró.

*Vicepresid.* Sr. G. Frederking.

*Vocales.....* Dr. David de Tezanos Pinto, Señores H. von Bernard, Ricardo Lezica, Joaquín Dorado, Ernesto Piaggio.

*Suplentes...* Sres. Nicolás Mihanovich, Gmo. Arning (hijo), José Peró, José Guerrico.

*Síndico.....* Sr. Mauricio Mayer.

*Síndico suplente,* Sr. Enrique Schlieper.

*Gerente.....* Sr. Horacio F. Guerrico.

Pidanse Prospectos y Estatutos — Se solicitan Corredores